Una Novela de
Roberto R. Bengoa

ASTRAL

Tomo II
Renacimiento

Astral

Tomo II:

Renacimiento

Roberto R. Bengoa

Copyright © 2018 Roberto R. Bengoa
All rights reserved.
ISBN:
ISBN-13:
WGA Registration # :1647650

Mi eterno agradecimiento a:

La maestra Alicia Osorio y a los alumnos de Bachillerato del Instituto Juárez Lincoln, Generación 2016-2019. Sus preguntas y comentarios enriquecieron aún más el objetivo de mi novela. A mi cuñada Laura Patricia Bengoa por toda su ayuda, apoyo y comentarios tan acertados acerca de mi obra. Y sobre todo a mi madre, quien siempre ha estado ahí y que sin ella, mi inspiración quedaría tan solo en un recuerdo.

Para Christian, Andrea, Paola & Zeven: Que su camino siempre esté iluminado

A cada persona en esta tierra la muerte le llega tarde o temprano. Y no hay mejor manera de morir que enfrentando a nuestros miedos.

Prólogo

Episodio 3

El Viaje sin Retorno

Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38

Capítulo 39

Episodio 4

Destino y Voluntad

Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49

Capítulo 50

Episodio Final

El Camino al Despertar

Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67

Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75

Epílogo

Glosario
ACERCA DEL AUTOR

Prólogo

El mundo estaba muriendo y la humanidad con él.

Los árboles y cosechas habían perdido sus colores verdes y dorados, dejando con ellos un matiz marrón y gris en los campos, bosques y selvas.

Los mares eran ahora un ataúd gigantesco; donde toda clase de flora y fauna flotaba sin vida: peces, delfines, tiburones e incluso ballenas yacían en las aguas que se habían convertido en una alfombra mal oliente y putrefacta.

Con la desesperanza llegaron nuevas oportunidades y, con estas, los mortales aprendieron a separar el alma de sus cuerpos. Así inició el último éxodo. Las almas, de los todavía vivos, comenzaron a entrar en territorio desconocido. Un desplazamiento hacia el inframundo. El lugar donde solo podían ir los muertos; ahora estaba abierto para los vivos. La mayor migración jamás vista en la historia de la humanidad.

Estaba en sus genes: por curiosidad, aventura o hambre; el ser humano siempre buscaba nuevos horizontes. Un nuevo comenzar cuando las cosas se ponían difíciles en su lugar de origen.

Las almas de los varones fueron las primeras en partir, dejando atrás a familias enteras.

Las mujeres observaban a sus esposos permanecer inmersos en meditación profunda por días, semanas y meses. Aquellos hombres se habían convertido en otro mueble de la casa. Una figura decorativa sin ningún uso. Mientras tanto, las mujeres miraban a sus hijos morirse de hambre.

Con el tiempo, ellas, se dieron cuenta de que los hombres no regresarían: ahora les tocaba emprender la partida. Así que: tomaron a sus hijos, entraron en meditación profunda con ellos y emprendieron el viaje a un mundo hasta ahora desconocido.

Mientras permanecían en meditación profunda, sus cuerpos se alimentaron del *Prana* (una forma de nutrirse con la energía vital dentro de todo ser viviente y que entraba por medio de la respiración y su vínculo en el aire). El mejor modo para lograrlo era la meditación profunda y separando el alma del cuerpo. A esto se le llamó: *Astral.*

Episodio 3

El Viaje sin Retorno

Capítulo 31

El sol nació al este del Río Caribdis, arrastrando sus rayos naranjas sobre las turbulentas aguas. La corriente del río rugía como miles de leones que levantaban sus gruñidos al cielo.

Navegando sobre él, avanzaba a paso lento el transbordador. Este era arrastrado por sus cientos de briznas entrelazadas.

Seis kilómetros al occidente del transbordador, se encontraba un remolino de agua con cinco kilómetros de ancho. Aquella aterradora bestia arrastraba todo a su paso: era un monstruo colosal con una corriente tan fuerte que solo se comparaba por su insaciable hambre. Todo lo que cayera dentro de él se sumergía eternamente sin posibilidad de salir a la superficie jamás.

Una gigantesca nube se erguía sobre el Remolino de Caribdis, al tiempo que los relámpagos descargaban su fuerza magna al centro de la espiral de agua. Cinco kilómetros arriba, se encontraba la costa. Allí, dos enormes Gargantúas, idénticas a las del otro lado del río, daban vueltas a un torno; avanzando a paso lento en un círculo alrededor del mismo. Los cientos de sogas, entrecruzadas, formaban el calabrote y se enrollaban en el torno. De esta forma, el transbordador se iba acercando lentamente a la orilla. A lo lejos, se alcanzaba a ver, como en un punto pequeño, al transbordador cruzando en medio del Río Caribdis.

∞ ∞ ∞

Flujos bestiales de agua jalaban al transbordador rumbo al remolino. Las cuerdas, que formaban el calabrote, se tensaban y chirriaban; crujiendo y quejándose a cada estirón que daba la marea, mas nunca cedían. Nunca lo habían hecho en miles de años y no lo harían ahora. Era una eterna lucha para no ser arrastrado hacia a una muerte segura.

Abordo, centinelas y ortros patrullaban la cubierta. Cientos de durmientes se habían escabullido en aquel viaje. Aquellas almas habían pasado un punto estrictamente prohibido.

El transbordador llevaba horas navegando y Maya no había cerrado los ojos en toda la noche. Su cabeza estaba embotada con tanto pensamiento. Miró hacia el occidente, donde se encontraba el remolino que daba nombre al río. La chica solo distinguió relámpagos que caían como raíces de luces encandiladoras en sus

aguas. Después de cada destello, se escuchaba el rugir en el cielo; tan fuerte que el mismo barco sacudía su estructura de madera y metal.

La brisa del río subió hasta la cubierta, creando nubes de agua que refrescaron el rostro cobrizo de la chica. Ella sintió el agua fría relajar cada uno de los músculos de su cara: lo que la hizo sentir mejor. Luego de un momento, miró por debajo de la embarcación: fijó su vista en las tempestuosas aguas que, de vez en cuando, sacudían los tablones que conformaban la estructura de la nave. Mirando con atención, distinguió, bajo las aguas, a un enorme pez de casi dos metros de largo. Le pareció que, aquel ser marítimo, tenía tentáculos. La chica agudizó la vista, pero el pez dio un rápido zigzagueo y se perdió bajo la base del buque.

«¡Qué fuerza tan poderosa de ese animal para no ser arrastrado por la corriente! —pensó—. La naturaleza siempre se la ingenia para burlarse así misma».

De pronto, una sensación viscosa, sobre su mano, la hizo despertar de sus pensamientos. Miró abajo y se sorprendió al ver a un ortro olfatear y lamer su mano. Entonces, alzó la mirada y descubrió que un centinela la observaba con sus irritados ojos sin párpados. Maya sintió su corazón palpitar con fuerza; cada vello de su cuerpo se erizó. Su aura estaba a punto de traicionarla. Fue cuando recordó los consejos de Vanthy.

«Controla la respiración y controlarás tus sentimientos».

Entonces, respiró con calma y de forma pausada. El aire frío entró en sus pulmones lentamente. Luego, al exhalar, el aire salió cálido. Repitió la acción un par de veces hasta que su corazón comenzó a latir con normalidad. Los vellos en su piel bajaron como caen los prados con una suave brisa. El centinela miró en otra dirección, jaló de la cadena del ortro y se alejó de ella.

Aliviada, la chica dejó salir el aire. Notó que estar en un solo lugar la ponía nerviosa. Creyó que la mejor manera de estar tranquila era dar un paseo por la cubierta. Así que comenzó a recorrer la embarcación. La cubierta era tan larga que no alcanzaba a ver dónde comenzaba y dónde terminaba.

Al deambular por la embarcación, la chica miró a su alrededor con ojos atónitos a un grupo de seis deformes enanos gritando para vender bebidas viscosas y comida exótica a las almas. Uno de los enanos, le ofreció una de aquellas bebidas. La chica cogió el jarrón de barro y miró en su interior. La sustancia era gelatinosa, de color verde oscuro y con pequeñas bolitas incoloras flotando sobre ella. Maya olió la bebida antes de probarla. El olor era como el pasto recién cortado, pero mucho más sutil. Dio un pequeño sorbo a la bebida y su paladar percibió un sabor agridulce muy suave y

glutinoso. La chica embarazada dio las gracias con la cabeza al pequeño ser. Este le regaló una sonrisa, mostrándole unos dientes tan grandes como mazorcas.

Maya continuó su andar al tiempo que volteaba en todas direcciones: le sorprendía ver la gran cantidad de centinelas y ortros patrullando el lugar. Ver esto la perturbaba, así que prefirió enfocar la mirada en las almas. Primero miró a las almas puras; se les veía relajadas, reluciendo su tenue aura de color azul. Los durmientes eran callados, tristes y pensativos: solo ellos sabían lo que era dejar todo por buscar un nuevo comienzo. Apenas se distinguía el color de su aura dorada; teniendo todo que perder, era importante que pasaran desapercibidos. Los pecadores, por su parte, con un aura color marrón, dejaban ver sus cuerpos desgastados. Esto era consecuencia de llevar una vida provocando el dolor así mismos, a los demás y a la naturaleza.

«Qué difícil es encontrar el balance», —pensó—. Los excesos corrompían y lastimaban cuerpos y almas. Incluso la contraparte ocasionaba daño: la abstinencia evitaba a toda costa los placeres humanos, pero, sin embargo, también dañaba a las almas. Dejar de comer llevaba a una anorexia provocada por una vanidad de verse delgada; eso lastimaba al cuerpo y desgastaba al alma. O al abstenerse de tener relaciones sexuales: esto solo llevaba a un deseo descontrolado de tenerlas y eso, también, desgastaba el alma. El secreto era hallar el balance. Y aquellas almas de pecadores nunca lo habían encontrado. Se habían lastimado así mismos y al prójimo. Su deterioro se acrecentaba al no sentir remordimiento y jactarse de los daños hechos. Sin embargo, muchas de esas almas de pecadores habían actuado sin pensarlo. «¿Qué pasará por la mente de aquellos que hicieron daño sin desearlo? ¿Abría alguna indulgencia para ellos? Después de todo, qué difícil es encontrar el balance».

Al final de cuentas, la única falta existente era el lastimarse así mismo, a su prójimo, y a la naturaleza. Lo demás eran pecados impuestos por el hombre. Una forma de controlar a las masas. Algo que al ser humano siempre le fascinó hacer: controlar a los demás.

Maya detuvo un momento su andar. Miró a un hombre alto que llevaba puesto un impermeable amarillo. Una capucha le cubría su cabeza y sombreaba su rostro.

«Algo es familiar en aquel hombre, quizá su forma de caminar», pensó.

Intentando no ser vista, lo siguió a una distancia prudente.

El hombre, con el impermeable amarillo, entró al cuarto de máquinas y descendió por la escalerilla cubierta de una pintura blanca resquebrajada. Bajó un par de pisos y entró a un enorme cuarto pobremente iluminado. Dentro, decenas de masivos tornos

enrollaban enormes briznas a su alrededor. Las cuerdas se tensaban y daban vueltas lentamente emitiendo un chillido agudo y constante. Debajo del torno principal, que tenía el doble de ancho de los demás, se encontraba un hombre arrinconado entre las sombras. Sus ojos brillaban como dos motas de lumbre en la oscuridad. El hombre, con el impermeable amarillo, avanzó a paso cauto al momento que retiró la capucha de su cabeza.

Maya, desde la escalerilla y oculta por las sombras, observó inquieta. Poco a poco, los ojos de la chica comenzaron abrirse incrédulos.

—¿Por qué tardaste tanto, Dante? —preguntó Somnus dibujando una sonrisa burlona en su rostro.

La chica abrió mucho los ojos al ver que Dante era el hombre del impermeable amarillo. La chica estaba segura de que Dante no había abordado la embarcación; por lo que verlo ahí la había dejado pasmada.

—Es un barco grande —respondió Dante sin ninguna expresión en su rostro.

—Transbordador, Dante, es un transbordador —explicó Somnus de forma burlona.

—¡Mi hijo! —exclamó Dante con tono enérgico.

Somnus abrió su túnica, dejando ver a Mateo por debajo de ella.

Los músculos del guerrero del tercer ojo se tensaron al ver a su hijo. Mateo tenía el rostro demacrado; enormes círculos negros sobresalían bajo sus ojos y su cuerpo estaba flaco hasta los huesos.

Mateo levantó la mirada para ver a su padre.

Al verlo también, Maya, se llevó la palma de la mano a su boca, evitando un grito que quedó atorado en su garganta. Sintió como, en su pecho, se le oprimía el corazón. Recordó aquellos pecadores que corrompían sus almas al hacerse daño así mismos y/o a los demás. Pero, ¿cuál era el castigo para aquellos que causaban daño involuntario? ¿Cuál debería ser el castigo para ella que, por querer hacer un bien, había entregado a Mateo a las garras de ese monstruo?

Las lágrimas humedecieron los ojos de Dante. Al ver a su hijo en ese estado, sintió cada parte de sus músculos aflojarse y, de no ser por apoyar su mano en una barandilla oxidada, se hubiera desplomado en aquel instante.

—¿Qué le has hecho? —preguntó.

—Nuestras almas se están uniendo —explicó Somnus—. Cuando lleguemos al Océano de Loto, estaremos listos para renacer en un mismo cuerpo.

—¡Hijo de puta! ¡Lo estás drenando!

—Es un largo viaje. Tengo que alimentarme.

—Nos llevará con Ariam, papá —masculló Mateo con una voz tan suave que apenas pudo oírse.

—Es tiempo que regreses a casa, Mateo —ordenó Dante—. Yo me encargaré de este monstruo.

Mateo negó con la cabeza.

—No iré a ningún lado, papá. Iré hasta donde tenga que ir para encontrar a Ariam. Esto —tosió Mateo—…, esto puedo manejarlo.

—Qué tierno, el pajarito abandona el nido —dijo Somnus fingiendo que se le hacía un nudo en la garganta—. Es la ley de la vida, Dante.

Dante fulminó a Somnus con los ojos y sin más ordenó:

—Hazte a un lado, Mateo.

Mateo obedeció, alejándose de Somnus. Al instante, la cadena se tensó. Mateo quedó a dos metros de Somnus; suficiente para que Dante lanzara su ataque.

El guerrero astral cerró sus ojos. De forma instantánea, su tercer ojo se abrió sobre su frente, emitiendo una radiación intensa de color azul.

—Si elevas tu aura, atraerás a los centinelas, ¡estúpido! —gritó Somnus.

—¡Qué vengan todos! —gritó Dante al tiempo que se concentraba. Su tercer ojo brilló con intensidad.

Dante abrió la boca de forma salvaje al tiempo que un gritó desgarrador salió de ella.

Ondas de energía, de color índigo, salieron disparadas de su tercer ojo; estrellándose contra la cadena que ataba a Mateo con Somnus. Bajo la sorpresa de Dante, la onda de energía rebotó de la cadena hacia un lado. Dante quedó perplejo. Sus ojos no daban crédito a lo que miraban:

«¿De qué diablos está hecha esa cadena?».

∞ ∞ ∞

Sobre la cubierta, dos centinelas sintieron una sensación fría recorrerles por todo el cuerpo: habían percibido el aura de Dante.

Al otro extremo de la embarcación, Vanthy también la había percibido. Un aura poderosa que se elevaba de forma vertiginosa. Era la energía del tercer ojo que terminaría por delatar al grupo de guerreros astrales.

—¡Dante! —masculló Vanthy para sus adentros.

La guerrera astral de Polaris volteó a ver a Yina y a Yank: ambos se encontraban recargados en la barandilla del barco. Al sentir la mirada penetrante de Vanthy, voltearon a verla.

—¡Vayan al cuarto de máquinas! —les ordenó Vanthy con una

expresión de ansiedad en el rostro.

Vanthy colocó la palma de su mano sobre la borda del estribor. Su cuerpo tomó la forma de acero con pintura agrietada de color marrón y se sumergió en ella en tan solo unos segundos.

∞ ∞ ∞

En el cuarto de máquinas, Dante miraba incrédulo la cadena que había resistido la fuerza del tercer ojo.

—No es posible, ningún material resistiría un ataque como ese —dijo sin salir de su asombro.

—Tal vez el muchacho no quiera irse —respondió Somnus.

Somnus sonrío mientras que una energía de color escarlata emergió de su cuerpo.

—No eres el único con poderes, Dante —dijo Somnus extasiado.

En ese instante, cientos de ratas aparecieron de entre las sombras. Dante saltó hacia atrás. Su tercer ojo brilló intensamente.

El chillido de las ratas comenzó hacerse ensordecedor mientras que las cerdas de sus cabellos se erizaban. El lugar estaba poco iluminado, pero Dante podía distinguir a los cientos de animales por las centenas de par de ojos brillando como carbón incandescente y sus colmillos blancos que parecían sudar saliva.

Maya sintió pequeñas garras que se aferraban a su pierna. Agachó la cabeza y miró a una enorme rata subir por una de sus piernas.

—¡Ahhhhh! —gritó aterrada al momento que sacudió al enorme animal peludo.

Dante dio media vuelta y observó a la chica congelada de miedo. Las ratas se pusieron en posición de ataque, inclinando sus patitas traseras. Estaban listas para saltar sobre sus víctimas. Dante apretó los dientes; su quijada se tensó. Cerró los ojos y dejó aparecer al tercer ojo; estaba listo para abrir fuego. Una enorme rata saltó sobre ambos. El animal emitió un chillido tan agudo como tiza sobre el pizarrón. Los vellos de Dante y Maya se erizaron. La rata, en el aire, abrió salvajemente sus mandíbulas, pero fue atrapada en pleno vuelo por el hocico de un ortro. El perro, de carnes podridas, sacudió a la rata con tanta ferocidad que, la rata, terminó por partirse en dos.

Dos centinelas entraron, abalanzándose al cuarto de máquinas. Sus despellejados perros feroces de dos cabezas tiraban de las cadenas que los aprisionaban. Sus fieros ladridos mostraban lo ansioso que estaban por atacar.

Las ratas saltaron furiosas sobre ellos mientras que las dos cabezas de los ortros las atrapaban en el aire, mordiéndolas y

sacudiéndolas con rabia desbordada.

Somnus arrastró su cuerpo hasta un rincón. La energía de su aura alumbraba el cuarto de máquinas, traicionando su presencia frente a los centinelas.

Uno de los centinelas giró sobre sus talones y miró ferozmente, con sus ojos sin párpados, a Somnus y a Mateo que permanecían arrinconados.

El soldado sin párpados introdujo la mano en su chaqueta y sacó una hoz que brilló con el filo de su borde.

Somnus colocó a Mateo como escudo, ocultándose detrás de él.

El cuerpo del devorador de almas temblaba acobardado. En aquel momento, mostraba su verdadero rostro. El rostro de un ser miedoso que únicamente se aprovechaba de los más débiles.

El centinela lanzó la hoz contra Somnus que se cubrió tras Mateo. Mateo observó aquella cuchilla curva y afilada aproximarse tan rápido como una bala. El instinto del chico fue apretar los ojos y esperar el impacto.

De pronto, una energía de luz color índigo golpeó la afilada cuchilla. El arma salió volando hacia a un lado y terminó clavada sobre una viga de madera, quedando a unos centímetros del rostro de Somnus que abrió mucho los ojos al ver la afilada hoja de metal brillando frente a su nariz.

El centinela se dio media vuelta para enfrentar a Dante. El guerrero astral lo miró desafiante con su resplandeciente tercer ojo.

El centinela encorvó su cuerpo y, con ambas manos, comenzó a lanzar hoces de su cinturón como si fueran estrellas ninjas. La energía del tercer ojo golpeó cada una de las hoces, desviándolas de su objetivo. En tan solo unos segundos, el centinela, se había quedado sin sus mortales cuchillas curvas. Fue entonces cuando el tercer ojo de Dante abrió fuego contra la criatura sin párpados. La energía del tercer ojo golpeó el pecho del centinela, lanzándolo contra un torno. Los huesos del centinela crujieron con el impacto.

Dante miró al soldado sin párpados desplomarse y quedar inmóvil en el suelo. De repente, los sentidos del guerrero astral se alertaron; fue como una corriente eléctrica que recorrió su espina dorsal.

Viró su cuerpo ciento ochenta grados vio cómo otro centinela lanzaba una hoz directo a su cabeza. Dante quiso reaccionar, pero la navaja curva ya volaba en el aire hacia él. Era demasiado tarde. La navaja estaba a punto de estrellarse en medio de sus ojos. Dante hizo brillar su tercer ojo, pero no con la velocidad que necesitaba para batir a la mortal hoja de acero.

El guerrero astral gritó. Su cuerpo se preparó para el impacto y, quizá, para su muerte. Lo que ocurrió después fue tan rápido que

apenas pudo asimilarlo: una mano de metal, oxidada, golpeó la mortal navaja y la desvió de su blanco.

Dante abrió los ojos de par en par al ver emerger a Vanthy de la pared oxidada. Su cuerpo todavía conservaba aquella estructura de hierro color pardo. El centinela arrojo otra hoz hacia ella, pero Vanthy la cogió en el aire y la devolvió a su atacante a una velocidad de proyectil. La navaja curvada encontró su blanco en el centinela, clavando el filoso metal en su pecho y haciéndolo volar de espaldas con gran fuerza.

Dante sintió una calma que no duraría mucho tiempo.

∞ ∞ ∞

Media docena de centinelas y ortros desplegaban sus pútridos cuerpos sobre la cubierta a paso veloz. Yina volteó sobre su hombro y los miró pasar junto a ella.

Silenciosa, se puso en cuclillas y colocó las palmas de sus manos sobre la cubierta. Una leve aura azul claro se elevó como neblina gélida alrededor de su cuerpo.

Uno de los centinelas miró por encima de su hombro: el aura de Yina la había delatado. El soldado sin párpados quiso advertir a sus compañeros: demasiado tarde. Una escarcha de hielo salió de las manos de Yina y expandió, a toda velocidad, su aura gélida. En pocos segundos, la cubierta se tapizó de hielo. Centinelas y ortros avanzaban a paso veloz cuando sus pies fueron alcanzados por la delgada capa de hielo, haciéndolos resbalar y perder el equilibrio. Sus cuerpos chocaron unos con otros. Tres de ellos cayeron de espaldas contra la capa de hielo y, los otros tres, patinaron sin poder detenerse, yendo a estrellarse contra uno de los estribos de madera.

Los seis ortros lucharon por mantener el equilibrio, pero sus delgadas patas resbalaban a cada paso.

Uno de los centinelas intentó ponerse de pie, pero fue a estrellarse contra una de las barandillas del transbordador, desplomándose hacia el océano.

Yina asomó su rostro fuera del barco y observó cómo la corriente arrastraba al centinela con fuerza descomunal cuando, —¡Zas!—. Un enorme pez, con dos metros de largo, saltó del agua y engulló al centinela de un solo trago.

Yina abrió los ojos de par en par al atestiguar tan horrendo espectáculo.

∞ ∞ ∞

En el cuarto de máquinas, Dante cogió una hoz del suelo, dio media vuelta y miró fijamente a Somnus con su tercer ojo que radiaba con intensidad.

Somnus arrinconó su escuálido cuerpo, cubriéndose detrás de Mateo.

—A un lado, Mateo —ordenó Dante.

—La hoz no romperá la cadena, Dante —exclamó Somnus tartamudeando de miedo.

—No estaba pensando en la cadena —dijo el guerrero astral al tiempo que alzó la hoz sobre su cabeza.

Somnus bajó la mirada para ver su esquelético cuerpo. Al descubrir las intenciones de Dante, abrió sus ojos aterrados.

«¡Piensa partirme en dos!».

El devorador de almas buscó a su alrededor:

«Cualquier arma me sería útil», pensó Somnus.

Fue entonces cuando miró con que protegerse. Somnus tomó el mango de la hoz que se había clavado cerca de su rostro y lo jaló con fuerza. Después de tres tirones, logró zafarla de la madera.

Somnus sostuvo el arma frente a su nariz y amenazó al guerrero del tercer ojo con manos temblorosas.

—¿Es en serio? —preguntó Dante sonriendo—. Te reto, dame tu mejor golpe.

Somnus dibujó una sonrisa, tan fina como navaja de afeitar, en su rostro.

—Como desees, cariño.

El devorador de almas dejó caer la hoz sobre las briznas trenzadas, partiendo parte del calabrote. Las tiras de la soga comenzaron a destejerse vertiginosamente.

Dante quedó petrificado. Somnus siempre escondía un as bajo la manga.

El transbordador sacudió su estructura de forma violenta, dejando inmóvil a Dante y a Vanthy.

Los ojos del guerrero astral y Somnus quedaron enganchados. Dante dio un paso más hacia Somnus, pero este volvió a levantar la hoz sobre su cabeza.

—No, no, no —dijo Somnus.

—No creo que seas tan idiota —dijo Dante sin quitarle la vista de encima—. Acabarías con todas las almas abordo de la nave; incluyendo la tuya.

—Idiota, no… —masculló Somnus riendo—: chiflado, sí.

Somnus dejó caer de golpe la hoz sobre el resto de las cuerdas. De inmediato, las hechuras de las sogas chicotearon en todas direcciones. Dante y Vanthy echaron sus cuerpos sobre el suelo. El zumbido de las cuerdas azotaban en todas direcciones de manera

descontrolada.

De pronto, la nave sacudió su estructura de madera y acero hacia un lado, lanzando a Dante y a Vanthy contra la pared de madera.

Maya aferró sus manos al pasamanos de la escalerilla; mientras que Somnus y Mateo estrellaron sus cuerpos a un costado del cuarto de máquinas.

∞ ∞ ∞

En el exterior de la nave, las sogas salían hechas hilachos y volaban lejos del transbordador. La nave se inclinó hacia un lado; mientras que la fuerza de la corriente la arrastraba a su viaje final.

Capítulo 32

Los tablones de la nave crujieron.

El agua entró a presión por las pequeñas hendiduras de la nave mientras que el transbordador estremeció su estructura con violencia. Ladeándose de costado, la parte trasera quedó apuntando hacia el Remolino de Caribdis. El calabrote, que salía por la proa permanecía intacto, mas el que salía por la popa había recibido el mayor daño. Hilachos de briznas azotaban en todas direcciones: el calabrote no resistiría mucho tiempo.

La parte trasera de la nave miraba directo al Remolino de Caribdis. La brutal corriente luchaba para arrastrar al transbordador, pero este se mantenía atascado. La lucha, de miles de años de nave contra remolino, por fin se inclinaba a un vencedor.

La nave se zarandeó con tanta fuerza que lanzó por la borda a decenas de centinelas, ortros y demás almas. Los cuerpos cayeron al agua en cascadas humanas mientras que la corriente se encargó del resto. La fuerza salvaje del río arrastró, sin distinción, a toda alma y criatura rumbo al Remolino de Caribdis. Una vez dentro no habría salvación: alma que se sumergiera en el remolino, sería devorada eternamente.

∞ ∞ ∞

La cubierta se sacudió por debajo de los pies de Yina y Yank.

Ambos corrieron tropezándose con sus talones al tiempo que ráfagas de viento y nubarrones de agua azotaba contra sus rostros y cuerpos. Las poderosas corrientes de aire no daban tregua y los empujaban hacia atrás.

De pronto, la nave ladeó su estructura y se inclinó en una cuesta empinada. Yina y Yank perdieron el equilibrio y cayeron de bruces contra la cubierta de madera, resbalando hacia una caída que daba directamente a las salvajes aguas del río. Ambos cuerpos lucharon con piernas y brazos por aferrarse a la cubierta, pero la madera, empapada, era tan resbaladiza como si hubieran untado grasa en ella.

Yina miró sobre su hombro hacia abajo: La corriente del río les esperaba como si fuera la boca de un gigantesco cíclope haciendo gárgaras. La nave continuó hundiéndose; pronto cubriría sus cuerpos y ambos serían arrastrados hacia su perdición.

Yina intentó enterrar las uñas sobre la superficie mojada sin ningún éxito. El nivel del agua continuó subiendo a gran velocidad. Era el final del camino.

La guerrera astral de hielo apretó los ojos y tensó los músculos para soportar el impacto que le daría la corriente. Sus piernas sintieron cómo la cubierta llegaba a su fin; el golpe contra la torrente sería inminente. El agua se estrelló contra su rostro y entró en su garganta, haciéndola toser. Fue cuando sintió un jalón en su brazo que la hizo gritar de dolor. Yina alzó la mirada y observó a Yank aferrando una mano en el pasamanos de la cubierta, mientras que con la otra, sujetaba el antebrazo de Yina. Ambos cuerpos colgaban en una inclinación de cuarenta y cinco grados, deteniéndose solamente por el brazo de Yank que temblaba por el esfuerzo mientas que la corriente los esperaba a unos cuantos centímetros por debajo de ellos: listo para devorarlos.

Yina miró abajo: su cuerpo se encontraba pegado en la inclinada cubierta. El transbordador dio otra sacudida y se hundió más. Los pies de Yina rozaron la corriente de agua. Como si tratara de correr, Yina movió sus piernas, pero estas resbalaron una y otra vez. La guerrera astral de hielo estaba consiente que si caía al agua todo terminaría para ella.

Yank tenía su brazo tenso: intentaba jalar a Yina. Ella, ayudándose con sus piernas, luchaba por escalar hacia arriba, pero la empapada superficie era tan resbaladiza que sus pies patinaban como si intentaran asirse al hielo.

Con un alarido lleno de furia, Yank gritó tan fuerte que se desgarró la garganta. El guerrero del plexo solar flexionó el brazo y jaló a Yina hacia arriba. De forma inesperada, un ortro emergió del agua al tiempo que sus garras se clavaron en la madera y sus patas se movieron a gran velocidad: el animal luchaba por salir a la superficie. Las mandíbulas, de ambas cabezas del animal, se abrían y cerraban de forma salvaje como trampa para osos. El objetivo de la bestia era claro: alcanzar los pies de Yina que estaban a centímetros arriba de él.

Aterrada, Yina encogió sus piernas. El animal estaba tan cerca de ella que se podían escuchar las mandíbulas, de aquella bestia de dos cabezas, crujir al cerrarse.

Yina intentó escalar por el brazo de Yank, pero en cada intento de trepar, resbalaba aún más.

Yank apenas sintió las yemas de los dedos de su amada: su mano se deslizaba de su brazo.

La guerrera astral de hielo miró abajo: el perro de dos cabezas estaba listo para devorarla viva.

De pronto, los ojos de Yina se ensancharon al ver brotar del

agua a un pez con mandíbulas de tiburón, cola de langosta y cuatro pares de tentáculos en los costados. Aquel monstruo acuático era una *escila*: una bestia colosal de tres metros de largo.

En un cerrar de ojos, el ortro estaba en las mandíbulas de la Escila.

Ante los ojos atónitos de Yina, la bestia marina sumergió al perro de dos cabezas a las profundidades del violento río.

Yina jadeó aterrada mientras que Yank, haciendo un esfuerzo sobrehumano, jaló de ella hasta subirla cerca de su pecho. Una vez junto a su amada, la envolvió entre sus brazos y la apretó con fuerza.

Capítulo 33

El cuarto de máquinas se inclinó peligrosamente hacia las profundidades.

Caudales de agua entraban con fuerza raudas por diversas grietas en las paredes de madera. Los calabrotes giraron a gran velocidad sobre los tornos, haciendo que la fricción creara una densa capa de humo blanco que comenzó a cubrir la habitación.

Dante percibió el olor a cuerda quemada: estaba seguro de que los gruesos calabrotes no tardarían en reventarse.

El agua alcanzaba las rodillas del guerrero astral y, aunado con la inclinación de la nave, lo hacía difícil avanzar por el laberinto de tornos que habían perdido el control y giraban de forma vertiginosa.

Luego miró a su alrededor, al tiempo que daba pasos firmes para evitar resbalarse: mantener el equilibrio no era tarea fácil en aquella superficie ladeada y resbalosa. El guerrero giró la cabeza y miró a Vanthy que, en esos momentos, ya había tomado su forma original.

Vanthy avanzó hasta las escalerillas y asió su mano a la barandilla. Luego, extendió su otra mano para ayudar a Maya a ponerse de pie. Siendo Vanthy una mujer menuda, engancho su brazo en el pasamanos y, con la otra mano, jaló a Maya hacía ella.

El crujir ensordecedor de los tablones de madera hizo que el grupo volteara a su alrededor.

Los sentidos de Dante se alertaron.

La madera chirrió y, después de un par de segundos, un estallido sordo retumbó el lugar. Tablones de madera salieron volando en todas direcciones. Sobre la pared se abrió un boquete de medio metro de diámetro. El agua comenzó a precipitarse de forma violenta por aquel boquete. Cientos de litros de agua inundaban el cuarto de máquinas. El nivel del agua subía tan rápido que, en cuestión de segundos, cubrió la mitad del lugar.

—¡Dante!, ¡hay que salir de aquí! —gritó Vanthy al momento de jalar a Maya hacia las escalerillas.

La reacción del guerrero fue mirarla directo a los ojos:

—Salva a la chica.

Sin más, Dante sumergió su cuerpo dentro de la turbia agua.

La rauda corriente hacía difícil ver por debajo el agua.

El guerrero del tercer ojo buscó con desesperación a Mateo. Miró

a un costado y percibió brillar la cadena, que ataba a Somnus con Mateo, atascada en la base del torno principal. Somnus y Mateo estaban atrapados. Ambos jalaban de la cadena sin poderla mover ni un milímetro.

«Se ahogarán en unos segundos», pensó al tiempo que se arrojó a coger la cadena. Al sujetarla, el guerrero astral tiró de ella con todas sus fuerzas, pero la cadena permaneció inmóvil.

Luego miró a Mateo. De la boca y nariz de su hijo escapaban, en forma de burbujas, sus ultimas raciones de oxígeno.

El tiempo apremiaba así que jaló de nuevo la cadena cuando un escalofrío hizo que girara sobre su hombro: por debajo del agua, un ortro avanzaba hacia él con las mandíbulas de sus dos cabezas abriéndose de par en par. Uno de los hocicos del animal lanzó una mordida al rostro de Dante.

El guerrero astral retrocedió. Su primera reacción fue coger la cadena que aprisionaba a su hijo con Somnus y ponerla, como escudo, ante los mortales caninos de la bestia.

Los dientes, filosos como cuchillas, clavaron sus afilados caninos en la cadena mientras que el otro hocico luchaba por alcanzar la cara de Dante.

El guerrero astral cerró ambos ojos. De inmediato, el tercer ojo resplandeció: listo para abrir fuego. Una de las cabezas del ortro se le fue encima cuando —¡Pow!—. El tercer ojo disparó. La cabeza del ortro estalló, dejando el agua enrojecida de sangre. La otra cabeza, enfurecida, continuó mordiendo la cadena. Dante hizo a un lado la cabeza para evitar ser alcanzado por la mandíbula del animal cuando sus ojos miraron la cadena atorada por debajo del enorme cilindro.

El tercer ojo abrió fuego, golpeando la base del cilindro. Un sonido sordo rebotó haciendo eco por debajo del agua. El torno trepidó y salió disparado, aplastando la cabeza del ortro. La cadena, que unía a Mateo y Somnus, quedó libre. El devorador de almas y su presa nadaron hacia la superficie.

El torno principal salió como un proyectil hacia los otros cilindros que hacían girar los calabrotes.

Los maderos de los tornos colisionaron entre sí, haciéndose añicos. Sogas y briznas se enredaron. Fragmentos de astillas salieron volando en todas direcciones. Finalmente, el torno principal se clavó contra la pared. La madera crujió, abriendo un hueco enorme en la parte superior. De inmediato, se formó un arroyo que chupó el agua hacia el exterior. La corriente se hizo tan fuerte que comenzó a arrastrar a Mateo y a Somnus fuera de la nave cuando. En el último segundo, Dante, con una mano, atrapó la cadena. La otra mano se enganchó en la barra de la escalerilla. La corriente era

feroz. Sus dedos, que sostenían la cadena, comenzaron a abrirse. Dante desgarró su garganta al gritar. Tiró de la cadena con todas sus fuerzas. El antebrazo del guerrero astral, enganchado en la barandilla, comenzó a ceder. El dolor era intenso: un ardor en omóplato y codo. Sintió que el brazo se le dislocaría del hombro. El guerrero astral apretó ojos y dientes. Si no hacía algo pronto, perdería a Mateo de igual modo que había perdido a Ariam. De repente, sintió un brazo musculoso rodear su pecho y jalarlo hacia la escalerilla.

El guerrero astral abrió los ojos y pudo ver un brazo pálido apretándole el pecho. Volteó sobre su hombro y miró a Yank tirar de él hacia la escalerilla. Al llegar ahí, ambos guerreros tiraron de la cadena con fuerza. En tan solo unos segundos, Somnus y Mateo estaban fuera del agua.

Capítulo 34

Una de las guindalezas, atrancada en el torno, apretaba y estiraba con firmeza, impidiendo así que la nave fuera arrastrada.

La corriente era tal que el barco no soportó más. Un crujido estremeció la embarcación. Los maderos se resquebrajaron, el transbordador comenzó a partirse en dos al tiempo que se hundía por la popa.

Ahora, la nave, apuntaba directo al embudo de agua que devoraba todo a su paso; la nave había entrado en la órbita del agujero negro que formaba el Río de Caribdis.

∞ ∞ ∞

El transbordador estremeció su estructura desde la base hasta la cubierta.

Las manos de Vanthy y Maya se aferraban al pasamanos de la proa mientras que Yina les ayudaba a ponerse de pie.

Dante arrastró a Somnus a la cubierta mientras que Mateo, aún encadenado al devorador de almas, era ayudado por Yank a subir por las escalerillas fuera del cuarto de máquinas.

Un segundo crujido, unido a una inmensa sacudida, cimbró el barco.

Vanthy alzó la vista al otro lado de la nave. Llena de asombro, observó cómo el transbordador se iba resquebrajando: los maderos brincaban, partiéndose en cientos de trozos; las astillas salían volando, mezclándose con las nubes de agua que envolvían a la embarcación. Finalmente, la nave terminó por partirse en dos, quedando la parte trasera del transbordador enganchada en el calabrote, que a su vez, estaba atascada con el torno bajo el cuarto de máquinas. Sin embargo, la otra mitad de la nave no tuvo tanta suerte. La parte delantera del transbordador fue arrastrada por la corriente del río. Las sogas que impedían que la nave fuera comida, por el monstruoso embudo, habían reventado. Aquella mitad del transbordador, con todos sus pasajeros abordo, estaba condenada a ser devorada por el Remolino de Caribdis.

Vanthy miró horrorizada aquel espectáculo: gran parte de la nave era arrastrada y se hundía lenta pero inexorablemente. Sobre la brutal corriente se perdían de vista las almas de durmientes, pecadores e, incluso, de las almas puras. Los gritos de terror que se escuchaban implorando por ayuda, eran silenciados por el rugido de

la poderosa torrente de agua. El viaje a la reencarnación se había convertido en una caída sin fin a las profundidades de un pozo sin fondo.

La mitad del transbordador había desaparecido. La otra mitad luchaba, con solo una delgada soga, para no ser arrastrada al insaciable vórtice hambriento de cualquier cosa que cayera en su corriente.

∞ ∞ ∞

La mitad de la nave, aún a flote, se zarandeó con violencia, derribando a los guerreros astrales sobre la cubierta. Dante enganchó ambas manos al pasamanos y volteó a ver a sus compañeros: Maya, sentada sobre sus piernas, se aferraba a la borda cuando la nave se estremeció y la hicieron saltar un par de veces.

Al tercer brinco, dejó de sentir el asidero de entre sus manos. Todo ocurrió tan rápido que tardó en darse cuenta de lo que estaba pasando. En un segundo estaba en la cubierta y, al siguiente, se encontraba cayendo boca abajo. Por aquella sacudida de la nave, la chica embarazada, había sido catapultada fuera de la borda. Sus manos buscaban con desesperación de dónde asirse, pero solo agarraban el vacío.

En cuestión de segundos, Maya estrelló su rostro contra el agua. Aturdida, la chica miró al alrededor: el agua la cubría por completo.

El río era helado. Con una corriente tan fuerte que sintió que le arrancaba las extremidades. La chica luchó por salir a la superficie. Lo que lograba por momentos y aprovechaba para coger pequeñas bocanadas de aire, pero estas solo eran crueles esperanzas cuando volvía a hundirse en aquella corriente fría y despiadada.

∞ ∞ ∞

Vanthy volteó a todos lados gritando:

—¡Maya! ¡Maya!

Dante había sido testigo de lo ocurrido.

—¡Cayó al agua! —gritó Dante.

—¡¿Qué?! —respondió Vanthy con ojos desorbitados.

Dante no pudo darse el lujo de pensarlo dos veces. Cada segundo de duda, acabaría con la vida de Maya y la esperanza de salvar al mundo; una vez más tenía que dejar escapar a Somnus. Se maldijo por eso y miró a su alrededor. Entonces, vislumbró parte de la cuerda del calabrote colgando del barco. Con un fugaz vistazo, comprobó que era lo suficientemente larga, pero, «¿alcanzaría?». Luego rezó para que así fuera.

El guerrero del tercer ojo tomó aquella soga que había formado parte del calabrote y la amarró a su cintura. Luego miró la caída hasta el río: una caída de más de cuarenta metros. Sin más, el guerrero se lanzó al Río Caribdis.

Dante sintió el aire frío golpear su rostro. Sus ojos miraron cómo la distancia hacia el agua se acortaba a gran velocidad. En solo unos cuantos segundos, se zambulló en aquellas terribles aguas; dejando atrás un rastro de pequeñas burbujas. De inmediato, el guerrero astral sintió la corriente arrastrarlo a gran velocidad. Su cuerpo viró de forma brutal, haciéndolo perder el sentido de orientación. Arriba y abajo, frente y atrás, lado izquierdo o derecho parecían ser lo mismo. Comprobó que la corriente lo arrastraba hacia el frente; por las burbujas adivinó dónde quedaba la superficie. Aquellos pequeños detalles le ayudaron a orientarse.

Dante tensó cada músculo de su cuerpo y luchó por ponerlo en línea recta. Pegó los brazos a los costados y quedó en forma de proyectil. Una vez controlado su cuerpo, cerró los ojos y dejó que su tercer ojo buscara el alma de la chica.

Luces de energía pasaron junto a él como burbujas de colores arrastradas a su destino. Entonces, Ariam apareció en su mente: «quizá ella estaba en la nave y, ahora, era arrastrada por aquellas salvajes aguas, llevándola directo a una caída sin fin... ¡No! Eso no era posible». La noche anterior, Dante había esperado que subiera hasta el último pasajero. El ver abordar a Somnus y Mateo, le habían impulsado a subir a la nave, mas jamás vio el alma de Ariam llegar hasta el transbordador.

El guerrero astral despertó de sus pensamientos. Tenía que enfocarse en encontrar a Maya. La corriente aumentó a cada segundo. La presión del agua desfiguraba su rostro. «Solo espero que esta soga sea lo suficientemente larga —pensó».

Por fin, después de unos segundos, divisó un alma con una aura dorada y un pequeño tono verdoso en su interior. El guerrero del tercer ojo estiró los brazos en forma de lanza y maniobró con las manos en dirección a ella.

∞ ∞ ∞

Maya era arrastrada sin control. La chica intentó salir a la superficie para poder tragar un poco de oxígeno, pero «¿dónde quedaba el arriba y dónde el abajo?».

En ese instante, recordó a Ren como una fotografía seguida de otras muchas. Todas las memorias, de su corta vida, pasaron en su mente como diapositivas. Los maravillosos y tristes momentos terminarían en un segundo o, peor aún, estarían en su cabeza como

una tortura eterna al caer en aquella espiral sin fondo. «¿Aquella sensación de ahogarse sería eterna también?, —pensó—. ¿O su alma moriría mientras continuara con la caída perpetua?» Eso la aterró todavía más; el no saber lo que vendría. Fue entonces cuando sintió un par de brazos alrededor de su torso. Miró sobre su hombro y pudo distinguir el rostro de Dante que la sujetaba con firmeza. Entonces, la brizna tensó sus cuerdas; Dante y Maya sintieron un tirón que los frenó de pronto. El guerrero astral la jaló a la superficie y, una vez arriba, ambos agradecieron la bocanada de aire entrar en sus pulmones al tiempo que los rayos del sol golpearon sus rostros.

La chica tragó aire y tosió repetidas veces. Volteó a ver a Dante: sentirse entre sus brazos le dio esperanzas de salir con vida. Luego, miró a su alrededor: los maderos del transbordador se entremezclaban con las almas. Todas dirigiéndose a un final sin esperanza.

∞ ∞ ∞

En la cubierta del transbordador, el calabrote rechinaba y se tensaba.

Vanthy alzó la mirada hacia el Remolino de Caribdis, pudiendo divisar, a lo lejos, a dos pequeños puntos que luchaban por mantenerse a flote a mitad del río. Eran Dante y Maya.

—¡Dante la tiene! —gritó Vanthy con una sonrisa.

—¿Qué hacemos con este? —preguntó Yank al voltear a ver a Somnus.

—Tenemos que liberar al niño —dijo Vanthy—. Después, dejaremos que Somnus siga su camino.

Somnus hizo una mueca de desagrado:

—El chico y yo estamos unidos hasta el final del viaje.

—¡¿Oh, sí?! —sonrió Yank—. ¿Y cómo piensas escapar de esto?

—Me alegra que lo preguntaras —contestó Somnus.

Somnus cerró los ojos. Una densa aura rojiza lo cubrió.

—¿Qué diablos está haciendo? —exclamó Yank.

Yina sintió un escalofrío recorrer su columna vertebral. Volteó sobre su hombro y lo que miró la dejó aterrada:

Cientos de ratas mordían el calabrote que mantenían a la nave sujeta con la orilla.

—¡Dios mío! —gritó Mateo.

Yina volteó a ver al chico. El joven miraba hacia otra dirección. La guerrera de hielo siguió la vista de Mateo y descubrió lo que le aterraba: un grupo de ratas mordisqueaban la brizna que ataba a Dante con el barco. En unos segundos, la cuerda estalló,

chicoteando en todas direcciones. Las ratas salieron volando y cayeron al río.

—Noooooo —gritó Mateo. Pero era demasiado tarde. La cuerda que unía a Dante y a Maya con la nave se había reventado.

Capítulo 35

En la playa arenisca, dos Gargantúas combatían tirando de las sogas entrelazadas que se tensaban con fuerza. Las patas de los grandes mastodontes ejercían presión en las arenas rocosas. Moviendo sus cuerpos con esfuerzo descomunal, hacían girar el torno y, con ello, acercaban la mitad del transbordador, que aún quedaba con vida, rumbo a la orilla. Era una batalla entre dos titanes. Músculos de veinte toneladas contra la incansable corriente del Río Caribdis. Los calabrotes se encontraban tan tensos que trepidaban, luchando por no estallar en cientos de pedazos. El esfuerzo de los animales llegaba a su límite: espuma salía de sus enormes fauces al tiempo que emitían berridos ahogados. Sin embargo, las colosales bestias no sabían que a un kilómetro río adentro, las ratas terminaban su cometido. Las briznas comenzaron a reventarse por pares y, en tan solo un respiro, el calabrote entero estalló. Las Gargantúas cayeron de bruces arrastrando consigo al torno de madera que se hizo añicos al caer.

∞ ∞ ∞

La brizna se zangoloteó y quedó libre del barco que la sujetaba.

Los roedores habían cometido su crimen: sus dientes, filosos como navajas, habían reventado la soga; al tiempo que ellas mismas salieron volando por los aires para caer, sin remedio, a las feroces aguas.

Dante y Maya dejaron de sentir la rigidez de la cuerda y, en un momento, la corriente los arrastró de nuevo hacia al Remolino de Caribdis. Los brazos de Dante envolvieron a la chica con fuerza: se había prometido no soltarla por nada del mundo. Ambos lucharon por nadar en dirección al barco, pero sus pequeños cuerpos no eran rivales para aquella corriente de agua que engullía todo a su paso.

El torrente del vórtice resultaba tan fuerte que los gruesos tablones de madera de cedro se partían como si fueran palillos de madera. Estos pasaban peligrosamente cerca de ambos. El guerrero astral, enganchando a Maya junto a su cuerpo, zigzagueaba para evitar que los enormes tablones de madera se estrellaran contra ellos.

∞ ∞ ∞

El transbordador se agitó al tiempo que su estructura de madera y metal chirriaron.

La brutal corriente del río por fin ganaba la batalla a la embarcación, arrastrándola a su viaje final. La parte fragmentada del barco comenzó a hundirse de manera rauda e inexorable.

Vanthy, Yina y Yank aferraban sus manos a la baranda con tanta fuerza que sus nudillos se tornaron blancos. El nivel del agua subía tan rápido que alcanzaría la cubierta en unos segundos: veinte metros, quince metros, diez metros; el final parecía inminente. Vanthy giró la cabeza para mirar a Yina y, clavándole la vista, le gritó con todas sus fuerzas:

—¡Congela el río! —ordenó Vanthy

Yina palideció. Lo que le pedía Vanthy era absurdo. Entonces, tratando de que su voz fuera escuchada sobre el rugir del agua, grito:

—No creo que mi energía sea tan poderosa.

—Nunca lo sabrás si no lo intentas —respondió Vanthy.

—Si elevo mi aura con esa intensidad, los guardianes del inframundo sabrán que estamos aquí.

—Mejor que lo sepan a que nadie nunca lo sepa.

Yina miró a las bestiales aguas. El tiempo apremiaba. Se trataba de arriesgar o morir.

Luego, alzó la mirada: sus ojos se engancharon con los de Vanthy. El agua estaba a cinco metros de la cubierta: una vez que la corriente los alcanzara, todo estaría perdido.

Yina volvió asomarse al río: La corriente rugía como una avalancha de rocas chocando entre sí. El agua estaba a dos metros de alcanzarlos. La guerrera de hielo cerró los ojos: un aura azul, como neblina helada, emergió de la palma de sus manos. Esta vez, aquella bruma gélida era más intensa que antes. El agua llegó a un metro de ellos. En aquel preciso momento fue cuando Yina saltó al río.

La palma de las manos de Yina fueron por delante; su aura de hielo se intensificó. Al instante que la palma de sus manos hicieron contacto con el agua, esta se congeló de manera instantánea. Yina cayó sobre el témpano de hielo que había sido creado por ella misma. Pero la energía gélida no terminó en aquel punto. Con velocidad descomunal, la escarcha glacial se expandió a lo largo de todo el río. En esta ocasión, no era una delgada capa de hielo. Era un grueso bloque de agua congelada que frenó el hundimiento del transbordador y, así, detuvo brevemente su camino hacia el vórtice mortal.

∞ ∞ ∞

La torre de las almas se cubrió con cristales de hielo que salían desde el balcón en la cima de la torre.

Dentro, Yina permanecía en meditación profunda: una gélida aura iluminaba el entorno de su cuerpo mortal mientras que todo a su alrededor se iba cubriendo con una fina escarcha que brillaba con cristales de hielo en tonos azules.

∞ ∞ ∞

Las aguas del Río Caribdis se congelaron por completo, llegando hasta el remolino que rugía con fuerza en un intento de romper el hielo.

Yina apartó la palma de sus manos del agua congelada. Ella se encontraba tumbada sobre sus piernas. Su respiración era rasposa. Pequeñas esferas de vapor azul salían de su boca. Yank brincó fuera de la nave y cayó sobre una rodilla junto a Yina que intentaba ponerse de pie. Mas sus piernas fallaron, desplomándose sobre los brazos de Yank.

—Cada vez me impresionas más —dijo Yank al mirarla directamente a los ojos.

—Gasté mucha energía —dijo Yina—. Mis piernas no me responden.

Yank alzó a su amada y la cargó como si fuera una recién nacida.

—Juntos hasta el fin —dijo Yank.

∞ ∞ ∞

La fuerza glacial de Yina había detenido la corriente en la superficie, pero por debajo, el agua se abría paso con la misma intensidad.

Dante y Maya estaban atrapados por debajo del bloque de hielo que cubría el río. La gruesa capa de hielo era tal que impedía pasar los rayos del sol. La corriente feroz los arrastraba con fuerza. Dante tenía un brazo alrededor de Maya y, con la mano libre, sus uñas arañaban frenéticamente la capa de hielo que estaba sobre ellos, pero sus dedos se deslizaban con rapidez: era como si intentara asirse al aire. La lucha de Dante era inútil: el guerrero del tercer ojo y la chica embarazada no tenían ninguna oportunidad. De pronto, un rugido sacudió el agua. Dante miró al frente y distinguió a una monstruosa bestia hecha de agua que giraba como un huracán: el Remolino Caribdis estaba un par de kilómetros de ellos, devorando todo lo que entraba en él. Sin éxito, El guerrero astral intentó de

nuevo sujetarse al hielo; entonces recordó: «la hoz».

Con rapidez alcanzó la hoz que tenía en su cinturón. La alzó sobre su cabeza y sintió cómo la corriente luchaba por arrebatársela. El guerrero astral colocó la afilada cuchilla sobre el hielo. La navaja vibraba al chocar contra el hielo, pero no lograba clavarse en su objetivo. Dante sintió que la hoz se le escapaba de la mano por lo que tomó impulso y, con todas sus fuerzas, la estrelló contra el hielo.

La afilada navaja se clavó en el grueso hielo al tiempo que el guerrero del tercer ojo sintió un tirón, tan fuerte en el brazo, que creyó que se le había dislocado el hombro. Un chillido de dolor salió de su boca; seguido de decenas de pequeñas burbujas. Luego miró abajo: la cuerda, que antes los había salvado, ahora parecía un largo hilacho sacudido por la corriente de agua. Luego, volteó a un costado: Maya estaba pegada a su pecho. Ambos brazos de la chica rodeaban su cuerpo y apretaban con fuerza. EL guerrero astral se dio cuenta de que ella luchaba por aguantar la respiración, pero burbujas de aire escapaban de sus labios. Dante supo de inmediato que el tiempo se agotaba. Él poseía un entrenamiento en apnea; podía resistir sin respirar mucho más tiempo, pero, «¿cuánto tiempo podría aguantar aquella pobre chica?». Tenía que hacer algo ya o sería demasiado tarde.

Centinelas, ortros, durmientes, almas puras y pecadores, así cómo tablones y diferentes artículos del transbordador pasaban junto a ellos: todos arrastrados hacia el remolino.

De pronto, sintió un tirón en la soga atada en su cintura. El guerrero miró abajo y pudo ver a una de tantas almas asida en la soga. Se trataba de un pecador. Su mano se aferraba con fuerza en la soga atada en la cintura de Dante. El guerrero del tercer ojo sintió que el brazo se le arrancaba. Sus dedos hacían un esfuerzo sobre humano para no soltar el mango de la hoz.

Los ojos de Dante se encontraron con los ojos del pecador: «quizá corrompió su cuerpo en vida —pensó—, pero en ese instante, solo lucha por salvar su alma».

El lastre de Maya y de aquella alma pecadora eran demasiado para él; tenía que deshacerse de aquella alma, pero con un brazo sujetado a la chica y el otro al mango de la hoz solo tenía una opción. El guerrero cerró los ojos: el tercer ojo apareció al instante, iluminando el rostro del pecador con su brillo. El ojo, en la frente de Dante, estaba listo para disparar cuando: —¡Zas!—. De las profundidades oscuras apareció una escila. Dante miró, con ojos atónitos, la mandíbula del animal abrirse y cerrarse como trampa de oso sobre el alma del pecador. En tan solo un instante, el alma del pecador había desaparecido entre las mandíbulas del enorme

pez.

El tercer ojo del guerrero continuó brillando como si fuera un faro de luz azul en la oscuridad del río. El guerrero astral se concentró aún más al tiempo que su tercer ojo resplandeció con intensidad revelando: decenas de escilas desplegadas como torpedos en todas direcciones. Sin previo aviso, una escila se abalanzó sobre ambos.

El tercer ojo abrió fuego, estrellándose contra la cara de la escila que se partió en dos. El temible animal se hundió de inmediato. Aquella criatura ya no sería un problema, pero al voltear a su alrededor, Dante, descubrió a decenas de ellas dando vueltas como tiburones oliendo la sangre. Luego miró a Maya: la joven se quedaba sin oxígeno. Era arriesgarse o morir en aquel lugar; tenía que subir su energía a niveles más allá de lo permitido.

Capítulo 36

Los niveles de energía enloquecieron en la sala de controles de C. A.

Becca se cubrió la boca con la palma de la mano para impedir que le saliera un grito. Virgilio pasó los ojos sobre ella, arrojándole aquella mirada para dejarle saber quien era el jefe.

—¿Niveles de energía? —preguntó Virgilio con firmeza.

—Al límite —respondió Becca en voz baja.

—Ya sabes lo que tienes que hacer.

—Todavía se encuentran en una zona segura —dijo Becca—. No creo que el choque de energía atraviese el cubículo de plexiglás. Además, el nivel de energía detectado en la India fue tan fuerte que, en este momento, Yama ha notado la presencia de los guerreros astrales.

—No me interesa que Yama tome repercusiones contra esos guerreros. Lo que me preocupa es que sepa que Corporación Astral está involucrada.

Virgilio volteó a ver a Sarah. Ella asintió con la cabeza.

—Asegúrate de que los niveles de energía de Dante no sobrepasen el límite permitido —dijo Virgilio finalmente.

Becca se limitó a asentir con la cabeza.

∞ ∞ ∞

La mitad del transbordador se inclinaba sobre el hielo mientras que un puñado de sobrevivientes bajaban de él.

Yank tendió la mano a Vanthy para ayudarla a bajar. Al voltear a su alrededor, se le vino una cosa en la cabeza: «¿dónde está Maya?

Yank entrecerró los ojos y agudizó la vista: a lo lejos, pudo distinguir cómo Somnus escapaba con Mateo rumbo a la orilla.

—¿Qué hay del hijo de Dante? —preguntó Yank.

—Si la chica muere, despídete del mundo mortal y del espiritual —fue la respuesta de Vanthy—. Ya encontraremos, más adelante, a Somnus y a Mateo.

∞ ∞ ∞

Bajo la capa de hielo, los dedos de Maya resbalaban de la mano de Dante. La chica había dado más de lo que había podido. El

oxígeno se le había agotado y se sentía desfallecer. El tercer ojo del guerrero miró fijamente la capa de hielo que cubría la superficie. El guerrero concentró su energía en el tercer ojo; el brillo fue intenso.

El primer disparo, del tercer ojo, rebotó contra la capa de hielo. Dante tuvo que hacer a un lado su cabeza para evitar ser golpeado por su propia energía. Entonces, el guerrero astral concentró toda la energía en el tercer ojo; el aura alrededor del tercer ojo brilló con incandescencia solar…

∞ ∞ ∞

Dentro de la cápsula de enlace comenzaron a formarse ondas que salían de la frente de Dante. Becca observó los monitores mientras que las imágenes, tridimensionales, comenzaron a distorsionarse con estática. Entonces, dudando de lo que debía hacer, volteó a ver a Virgilio.

—¡Niveles! —gritó Virgilio con voz firme.

—Límites excedidos —Becca dejó escapar el aire—. Será un buen golpe.

El cerebro de Virgilio trabajó a mil pensamientos por segundo. Finalmente, tomó su decisión.

—Baja la temperatura.

—Mire los niveles de los demás guerreros —protestó Becca—. No sabemos que está pasando en el inframundo.

—Sé lo que sucederá aquí si no bajas la temperatura. ¡Hazlo, ahora! —gritó Virgilio.

Becca dudó algunos segundos. Su empleo estaba en juego, pero también la vida de Dante. Si la energía del tercer ojo de Dante atravesaba la coraza de plexiglás, la sala de controles podría recibir una descarga de energía tan fuerte que dejaría a Corporación Astral en tinieblas. Eso llevaría a la corporación a utilizar la reserva de emergencia de energía; además de costarle millones a la compañía. «Al final de cuentas, ¿qué es más importante? —meditó Becca—. Al diablo con el dinero».

Becca pretendió bajar la temperatura en el teclado virtual.

—Ya está —dijo Becca con seriedad sepulcral.

Estaba consiente de las consecuencias, pero no se arrepentía, o eso fue lo que creyó en aquel momento.

∞ ∞ ∞

La cuarteadura sobre el hielo parecía una telaraña.

El impacto había sido enorme, mas no suficiente. Dante miró a Maya: ella estaba punto de quedar inconsciente por la falta de

oxígeno. Entonces, el guerrero astral hizo brillar de nuevo su tercer ojo. No tenía otra opción. Las escilas los rodeaban y atacaban de manera aleatoria. Dante descargaba la energía de su tercer ojo sobre ellas, pero cualquier descuido les costaría la vida. Las opciones se agotaban; tenían que salir a la superficie, así que concentró toda su aura en el tercer ojo. Este resplandeció con una intensidad cegadora. El disparo resonó con tanta fuerza que, la vibración, hizo huir a las escilas.

En la parte exterior del río, la capa de hielo explotó en cientos de pequeños pedazos, dejando una abertura de más de dos metros de diámetro.

∞ ∞ ∞

Los monitores virtuales reaccionaron con estática, haciendo un chillido sordo. Becca, Sarah y Virgilio saltaron hacia atrás. Con ojos curiosos, Marcus avanzó al tanque de Dante cuando: una explosión de energía destrozó la cubierta de plexiglás. La onda de energía, unida con el agua, salió disparada, arrojando a Marcus dos metros atrás. El guardia de C. A. fue a estrellarse contra un tablero incrustado en la pared. La energía que soltó Dante se expandió por la sala de controles, sobrecargando y haciendo estallar cableados de energía al tiempo que una lluvia de chispazos cayó sobre Becca, Virgilio y Sarah. Después de eso, la habitación quedo en tinieblas.

Luego de un par de segundos, la energía de emergencia emitió un ronroneo. La luz, en forma tenue, regresó a la sala de controles.

∞ ∞ ∞

Sentada sobre sus piernas en la costa de piedra caliza, Yina recuperaba sus energías. Exhaustos, Vanthy y Yank llegaron hasta ella y se tumbaron sobre aquella arena negra. Yina alzó la vista hacia el Río congelado de Caribdis y señaló con el dedo.

—¡Allá están! —gritó Yina.

∞ ∞ ∞

Dante emergió de las aguas congeladas del Río Caribdis. Jaló a Maya a la superficie al tiempo que la chica tosió grandes cantidades de agua. Luego de un momento, sus pulmones agradecieron cuando las bocanadas de aire entraron por su boca y fosas nasales. Extenuada, la chica, se tumbó boca arriba y miró el resplandor del sol. Los rayos cálidos iban venciendo, lentamente, el increíble frío que sentía.

El guerrero se encontraba apoyado en sus cuatro extremidades, tratando de recuperar el aliento: había sido un milagro escapar de ahí con vida cuando, de pronto, un fuerte jalón lo tumbo de bruces. Antes de que pudiera reaccionar, su cuerpo era arrastrado rumbo al boquete que, apenas hace unos momentos, él mismo había abierto. Miró a su cintura: la soga seguía atada a él; se sentó sobre sus piernas e hizo tracción con los talones para retroceder, pero el resbaladizo hielo lo hacía imposible. Entonces, notó que todavía tenía aferrada la hoz en su mano. Centímetros antes de caer al hueco, clavó la afilada cuchilla en el río congelado, deteniendo su caída a milímetros del boquete de hielo. El guerrero astral respiró tranquilo por un momento cuando, del boquete sobre el hielo, emergió una enorme escila. La reacción sucedió por instinto. En un parpadeo, cerró los ojos y su tercer ojo abrió fuego, disparando sobre el rostro de la escila. El monstruo marino desapareció tan rápido cómo había llegado. Sin pensarlo dos veces, Dante desató la soga de su cintura. Esta resbaló dentro del boquete sobre el hielo, dejándolo libre.

El guerrero astral respiró hondo y miró al horizonte. El agua helada escurría por su cara y se estrellaba contra el hielo. Los rayos de sol le golpearon directo a los ojos, nublándole la visión. El guerrero agudizó la vista. Quedó sin aliento al mirar lo que esperaba paciente a la mitad del río congelado.

Entonces, un aullido hizo eco desde la distancia.

—¡De pie, Maya! —ordenó Dante al momento que la tomó del antebrazo.

—¿Qué pasa?

—Corre —dijo sin dejar de mirar hacia la orilla del río.

—¿Qué?

—¡Corre! —gritó al levantarla en todo lo alto.

A casi dos kilómetros sobre el río congelado, Caronte, montando a Cerbero, los miraba desde lejos. Los rayos de sol hacían brillar su máscara oxidada color cobrizo. Aquella calavera inexpresiva que hacía imposible saber sus intensiones o descubrir cuando atacaría.

Dante volteó sobre su hombro y miró a Vanthy, Yina y Yank que los llamaban desde la orilla. «¿Qué tan lejos estarán?, ¿medio kilómetro, un kilómetro?». Luego, volteó para ver de nuevo a Caronte. Parecía un poco más lejos, a unos mil quinientos metros, pero montando a Cerbero avanzaría mucho más rápido que ellos. Dante no era pieza para Caronte. Quizá, si todos los guerreros atacaran al mismo tiempo, tendrían una oportunidad de salir con vida. Solo había una forma de descubrirlo, pero tendrían que llegar a la orilla antes que Caronte los alcanzara.

Dante jaló del brazo de Maya y ambos se lanzaron a la carrera.

Sus pies no tenían tracción y se deslizaban con cada zancada. Maya perdió el equilibrio y cayó de bruces. Un segundo antes de que su rostro se estrellara contra el hielo, el guerrero astral logró cogerla en el aire y, sin perder el paso, ambos se apresuraron sobre el hielo al tiempo que este comenzó a tronar bajo sus pies.

Caronte permaneció inmóvil por unos segundos. Disfrutaba ver cómo esas pobres almas intentaban escapar de él. Pero nadie escapaba de Caronte: nadie escapaba de la muerte. Caronte tiró de las delgadas cadenas oxidadas que servían como riendas en los tres hocicos de Cerbero. Con un movimiento rápido, el monstruo de tres cabezas se abalanzó sobre sus víctimas a toda velocidad.

∞ ∞ ∞

Los últimos sobrevivientes alcanzaron la orilla y cruzaron por la playa arenisca hasta llegar a un bosque oscuro. Una vez ahí, se internaron entre los árboles y buscaron su propio destino.

Yank se encontraba en cuclillas junto a Yina que comenzaba a respirar con normalidad. Vanthy notó que Caronte ganaba terreno: Las zancadas de Cerberos eran enormes; Dante y Maya no lo lograrían.

Vanthy tomó un gran respiro y volteó a ver a Yina y a Yank que todavía estaban sentados sobre la arena oscura. Les sonrió a ambos, pero una lágrima se asomó por uno de sus ojos.

Yina y Yank miraron atónitos a Vanthy; «¿qué diablos está pasando por su cabeza?».

—Por el mundo y sus habitantes. —Fueron las últimas palabras de Vanthy antes de avanzar al río congelado.

—¿Qué está haciendo? —se preguntó Yina.

De inmediato, Yank se dio cuenta de las intensiones de Vanthy y le gritó:

—¡Vanthy, nooooo!

Vanthy no escucharía suplicas ni razones, sabía lo que debía hacerse; colocó la palma de su mano sobre el río congelado y, en un instante, una escarcha de hielo recorrió su brazo, llegó a su hombro, su cabeza, su cuerpo: en tan solo unos segundos su estructura era de hielo sólido. Aquella estructura de hielo se sumergió dentro del río congelado, desapareciendo ante los ojos de Yina y Yank.

∞ ∞ ∞

Cerbero galopaba con Caronte sobre él. Las garras afiladas del animal hacían tracción en el hielo como si fueran zapatillas con clavos.

Maya cayó boca abajo, resbalando a unos cuantos centímetros delante de Dante que se apresuró para levantarla. Al ponerla de pie, Dante miró sobre su hombro: Caronte les había dado alcance y se elevaba sobre ellos.

El guerrero astral jaló de ella para volver a correr, pero Caronte hizo que Cerbero les cerrara el paso. Cerbero se levantó sobre sus patas traseras: parecía un caballo monstruoso a punto de golpear con sus pezuñas, pero esas patas eran garras arqueadas como ganchos de navajas.

Dante colocó su cuerpo frente a Maya. Tenía la esperanza de servirle como escudo; cerró los ojos y dejó abrir su tercer ojo, pero era demasiado tarde. Cerbero dejó caer sus garras sobre ellos.

De pronto, algo se interpuso entre bestia y guerrero. Una montaña de hielo emergió del glacial río y tomó una figura humana esculpida en hielo sólido. Vanthy lucía majestuosa en esa estructura dura y congelada. Su cuerpo de hielo sólido levantó a Cerbero por los aires y lo azotó contra el río congelado; con tanta fuerza que se escucharon crujir los tres cráneos del animal.

La escultura de hielo volteó a ver a Dante y, con tiernos ojos, le sonrío.

—Te tocará a ti hacer el más difícil de los sacrificios, Dante Lamas —dijo Vanthy con voz gélida—. Pero sé que podrás hacerlo.

—¿Cuál sacrificio? —Preguntó Dante confundido.

—Huyan de aquí.

Dante ayudó a Maya a ponerse de pie mientras miró, por el rabillo del ojo, a Caronte levantarse detrás de Vanthy.

—¡Cuidado! —gritó Dante con desesperación.

—¡Largo de aquí! —le contestó Vanthy al voltear a verlos.

Al voltear, Vanthy miró a Caronte que ya estaba de frente a ella.

Dante jaló de Maya, pero la chica se resistía a huir. El guerrero astral tiró nuevamente del brazo de la chica. Ambos comenzaron a correr a toda la velocidad que sus piernas podían darles.

Vanthy alzó la vista. Miró directamente la máscara oxidada de Caronte.

—¡Hazlo, idiota! —dijo Vanthy con una sonrisa, como si supiera que eso sería su destino.

Caronte levantó la mortal guadaña sobre su cabeza.

Vanthy cerró los ojos con una serenidad que daba miedo.

Dante miró por encima del hombro y gritó:

—¡Vanthy!

Pensó en regresar. Contraatacar de alguna forma. Pero solo arriesgaría su vida y la de Maya.

Caronte dejó caer la guadaña sobre la cabeza congelada de Vanthy.

En la orilla del río, Yina y Yank quedaron petrificados: no creían lo que miraban.

La guadaña cayó en picada sobre el rostro de Vanthy, haciendo añicos su estructura de hielo.

∞ ∞ ∞

El cuerpo de Vanthy, dentro del capullo de cristal, tembló de forma violenta. Las pantallas, que monitoreaban sus signos vitales, se apagaron. Su cuerpo, después de dar una brusca sacudida, quedo inerte. Becca dejó escapar un grito ahogado. Virgilio cayó sobre su asiento y Sarah quedó petrificada. En la sala de controles reinó un silencio sepulcral: Vanthy había muerto.

Capítulo 37

Dante había cerrado los ojos para dejar resplandecer su tercer ojo.

Rabia, miedo y tristeza se mezclaban en un solo sentimiento. El guerrero astral miró por encima de su hombro y disparó al azar sin dejar de correr junto con Maya. La chica resbalaba a cada momento. Lo que causaba que el avance fuera lento y accidentado.

∞ ∞ ∞

No muy lejos, la guadaña de Caronte cortaba los disparos del tercer ojo de Dante como si se tratara de mantequilla.

Todavía tumbado en el río congelado, Cerbero, aturdido, intentaba ponerse de pie, pero sus cuatro patas se doblaban y resbalaban, tirándolo de nuevo sobre el hielo. Una vez que pudo mantener el equilibrio, Caronte brincó sobre el lomo de la bestia de tres cabezas. Ya montándolo, Caronte cogió las riendas del animal. Cerbero, listo para ir sobre sus presas, se lanzó al galope.

El animal de tres cabezas cabalgó tan rápido que la túnica de Caronte revoloteó con el viento. Caronte alzó la guadaña sobre su cabeza, listo para atacar.

Del tercer ojo de Dante salieron más disparos de energía que Caronte, a galope, los destruía con la cuchilla curva y afilada. Las tres cabezas de Cerbero gruñeron al tiempo que una espesa espuma tibia salió de sus fauces.

∞ ∞ ∞

Dante corría tan rápido como lo dejaba aquella resbalosa superficie. Sabía que aquellos ataques eran inútiles y que Caronte pronto les daría alcance. «¿Qué hacer? ¿Cómo destruir a la misma muerte?». Debía cambiar de táctica si quería tener éxito en su misión. Entonces, una idea le golpeó la cabeza. No podía destruirlo, pero podría frenarlo.

Luego paró en seco y dio media vuelta para enfrentar a sus perseguidores. Concentró toda su energía hacia Caronte y Cerbero. El guardián del inframundo se le venía en cima. Dante gritó tan fuerte que desgarró su garganta al tiempo que una luz intensa de color azul oscuro emergió de su tercer ojo.

La energía salió a una velocidad sorprendente. Caronte alzó la

guadaña. La ola de energía era más potente que las anteriores, pero no tendría ningún problema en destruirla como lo había hecho con las otras. Caronte se preparó para partirla en dos. Pero en esta ocasión, el blanco no era él: ni siquiera su animal de tres cabezas.

La onda de energía del tercer ojo golpeó justo debajo de las patas de Cerbero. Al instante, los bloques de hielo hicieron erupción, levantándose como gruesos tabiques blancos. Las patas de Cerbero intentaron mantener el equilibrio, pero el hielo se desmoronó bajo sus pies. En un acto desesperado, sus garras rajaron la orilla, intentando escalar a la congelada superficie. Caronte jaló de las riendas de metal oxidado. Aún con la máscara de bronce puesta, Dante pudo percibir, por primera vez, la angustia que sintió el dios de la muerte.

Caronte alzó su guadaña como si intentara anclarla con el aire. Sus esfuerzos fueron en vano, Cerbero y jinete desaparecieron en las aguas del Río Caribdis.

Dante cayó sobre sus rodillas. Sus fosas nasales no eran lo suficientemente grandes para coger el aire que necesitaba, por lo que abrió la boca, dejando entrar una gran bocanada de aire fresco. El ardor que sentía en sus pulmones se apaciguó y, al dejar salir el aire, una nubecilla de vapor salió de su boca. Maya recargó su cabeza en la espalda de Dante. Le era difícil creer que hubieran escapado con vida.

—Se ha ido —dijo Maya al controlar la respiración—. Lo has vencido.

Dante sonrió y agachó la cabeza. Uno de los guardianes de la muerte de Yama había sido derrotado. De pronto, se escuchó el crujir del hielo.

—¿Qué fue eso? —preguntó Maya con ojos desorbitados.

Dante quedó inmóvil. Todos sus sentidos se alertaron. El hielo, bajo sus pies, traqueteó. Luego levantó la vista y distinguió cómo aquel río de hielo comenzaba a cuartearse como si se tratara de una telaraña expandiéndose en todas direcciones. A cincuenta metros de ellos, el hielo estalló en una erupción que hizo volar a cientos de pequeños fragmentos congelados. El rugido de la tromba fue tan ensordecedor que, Maya y Dante, se llevaron las manos a las orejas. El Remolino de Caribdis volvía a la vida con más furia que antes. Ambos se pusieron de pie al momento que el suelo de hielo se sacudió bajo ellos. Los estallidos no se hicieron esperar. Las grietas sobre el hielo se volvieron largos surcos. Enormes piezas de hielo eran arrastradas por la corriente.

Dante y Maya se lanzaron a toda velocidad al tiempo que sus pies resbalaban. La vibración, bajo sus pies, les hacía perder el equilibrio; haciéndoles caer una y otra vez.

Dante sujetó a Maya y la jaló para que apresurara el paso cuando un gran boquete se abrió ante ellos. Los pies de ambos patinaron, quedando a centímetros de la corriente salvaje. El guerrero astral volteó a todos lados: descubrió que la mayor parte del hielo se había ido, dejando a su paso pequeños bloques de témpanos que eran arrastrados por la corriente. El hielo bajo los pies de ambos se tambaleó; no había lugar a donde escapar. En tan solo unos segundos, el río congelado se había fracturado y, Dante y Maya, se encontraban sobre un pequeño témpano de hielo que era arrastrado rumbo al Remolino de Caribdis.

Los pies de Maya eran gelatinas temblorosas, intentando mantener el equilibrio.

Los pensamientos de Dante corrían a mil por segundo, tratando de encontrar una salida… «¡No! No hay tiempo de pensar, solo de actuar».

Así que sus brazos envolvieron el cuerpo de la chica y la apretaron con fuerza.

—¿Qué haces? —gritó ella.

Dante inclinó sus piernas y saltó, llevándola con él, a otro témpano que pasaba junto a ellos. La pieza de hielo tambaleó bajo sus pies. Dante esperó por otro témpano y, al pasar cerca, volvieron a saltar. Otro témpano acercó su congelada estructura hacia ellos. Maya lo miró y pensó: «no estamos tan cerca, no lo lograremos». La primera reacción de ella fue la de inclinar su cuerpo hacia atrás. Dante pudo oír el corazón de la chica latir con fuerza. La chica estaba aterrada y no brincaría. Pero no había tiempo que perder, así que, Dante, agarró a Maya y la cargó como recién nacida y le grito:

—¡No mires!.

Maya apretó los ojos. La zancada del guerrero fue larga. Sus cuerpos volaron sobre el agua y alcanzaron el siguiente témpano de hielo. Luego tensó su cuerpo y lo apretó al de Dante. El guerrero astral cazaba los témpanos que pasaban cerca para saltar de uno en uno. A cada salto, la orilla y la salvación quedaban más cerca. Algunos saltos cortos, otros largos; algunos témpanos grandes y otros, tan pequeños, que solo cabía una persona. Mas Dante no se daba por vencido: cazaba los témpanos y saltaba a los que pasaban lo más cerca de ellos.

Dante y Maya se aproximaban a la orilla. El guerrero distinguió los cuerpos de Yina y Yank que los esperaban de pie junto a la costa, gritando y animándolos para que alcanzaran su objetivo. «Solo un poco más —pensó Dante—. Lo conseguiremos».

∞ ∞ ∞

De pronto, Caronte, cabalgando a Cerbero, emergió fuera del agua. El animal de cuatro patas clavó sus garras en un témpano y lo trepó a trompicones. Caronte jaló de las riendas del animal, tratando de controlarlo. Una Escila saltó fuera del agua, abriendo sus fauces hacia una de las cabezas de Cerbero. Caronte alzó la guadaña y, de forma veloz, la dejó caer sobre la bestia acuática. Rebanada por la mitad, la escila se hundió en el río. Después, Caronte controló a su bestia y, finalmente, animal y jinete lograron colocarse sobre el témpano de hielo.

∞ ∞ ∞

Con Maya en brazos, Dante saltó a otro témpano al tiempo que miró por encima de su hombro. Caronte, montado a Cerbero, hacían lo mismo, acercándose peligrosamente.

Entonces, los témpanos de hielo se acabaron. Dante volteó atrás: Cerbero estaba casi encima de ellos.

Un pequeño témpano de hielo, no más grande de medio metro de diámetro, pasaba a un par de metros de ellos. El guerrero astral inclinó sus piernas y saltó con la chica entre sus brazos. La zancada fue larga y ambos cayeron al pequeño trozo de hielo. El témpano se tambaleó bajo sus pies. Dante luchó por mantener el equilibrio, pero las plantas de sus pies patinaban; el témpano oscilaba y Maya resbalaba de entre sus brazos. Sujetó a la chica con fuerza e inclinó ambas rodillas, logrando mantener el balance. Volteó río arriba: ningún témpano a la vista. Luego, echó un vistazo al frente y calculó unos diez metros hasta la orilla: demasiado lejos para saltar y más aún con Maya entre sus brazos. La corriente aumentaba a medida que se acercaban al remolino. Quinientos metros, cuatrocientos, trecientos…, en unos segundos serían devorados por el río. El guerrero astral miró por encima de su hombro: Caronte se encontraba a solo dos saltos del témpano de ellos. Dante miró a Maya que continuaba apretando los ojos. ¿Acaso le fallaría como le falló a su hija?

Luego volteó de nuevo para ver a Caronte. El animal ya había saltado otro témpano y se encontraba a un témpano detrás de ellos. Cerbero inclinó sus patas traseras, esperando el momento de estar cerca de sus presas. El guerrero astral apretó a Maya contra su pecho. El témpano, donde se encontraba Caronte, se alineó al de Dante y Maya.

Dante apretó los dientes y confrontó de frente a Caronte y Cerbero.

—¡Agárrate bien! —le gritó a Maya.

Ambos estaban a tiro de piedra de Caronte. Las tres cabezas de

Cerbero parecían sonreír, mostrando unos colmillos que sudaban. Caronte chicoteó las riendas: Cerbero se impulsó con sus patas traseras, levantándose a casi dos metros de alto. La bestia volaba rumbo a sus presas.

Dante observó los tres hocicos llenos de dientes afilados como navajas. La bestia estaba a medio metro sobre el aire de sus presas, listo para arrancarles las cabezas.

El guerrero cerró los ojos: un brillo de color índigo resplandeció sobre su frente.

Al tiempo de disparar la energía del tercer ojo, Dante brincó hacia atrás. La onda de energía golpeó a Cerbero en el pecho.

El impacto hizo perderle impulso al animal, haciendo que bestia y jinete se precipitaran a las salvajes aguas del Río Caribdis. Una vez siendo arrastrados por la corriente, Cerbero golpeó sobre las aguas brutales del río con sus cuatro patas en un intento desesperado de mantenerse a flote.

Por su parte, Caronte golpeaba el agua con la guadaña: quizá, trataba de encontrar un último témpano de hielo para escalar.

El impulso fue tan fuerte que, él y Maya, salieron volando. Sus cuerpos cruzaron por encima de la feroz corriente hasta que se estrellaron sobre la playa de arena negra.

El guerrero del tercer ojo estrelló su columna vertebral sobre la arenisca gruesa.

Maya, apretando los ojos, continuaba aferrando su cuerpo contra el pecho del guerrero astral.

Una vez que Dante sintió la tierra firme en su espalda, abrió los ojos: el tercer ojo desapareció al instante.

—¿Te encuentras bien, niña? —preguntó al tiempo que recuperaba el aliento.

Los párpados dela chica se entreabrieron en una leve rendija: sus ojos, color esmeralda, voltearon a ver a todos lados.

—¿Lo logramos? —dijo Maya después de un rato—. ¡Estamos vivos!

Dante sonrió.

Al intentar incorporarse, el guerrero astral, hizo un gesto de dolor, arqueó su espalda y tronó cada una de sus vértebras. Luego, alzó los ojos al horizonte: hacia el Remolino de Caribdis. Lo último que vio, fue a Caronte y a Cerbero hundirse al entrar al torbellino de agua. Sería una caída eterna y sin regreso en las profundidades del río sin fondo.

Capítulo 38

La caída del guardián de la muerte fue un pinchazo en su pecho: una puñalada que oprimió su corazón. Perdió a Caronte, el más poderoso de los guardianes del inframundo. Los tres pares de ojos de Yama contemplaron afligidos hacia el decadente imperio desde la cornisa del castillo, mas su mente estaba sumergida en los recuerdos de aquel guardián y, su bestia fiel, Cerbero. Una angustia inundó el alma de Yama al saber que, aquel ser terrorífico, caería hasta el final de los tiempos en el Remolino de Caribdis.

Yama sacudió la cabeza para arrancar esos pensamientos: el tiempo de tristeza era tiempo perdido. El plan debería seguir su marcha. Por mucho que quisiera venganza, la prioridad era eliminar a la chica embarazada y de los guerreros astrales… de ellos se encargaría después. «Algo bueno resultó de todo esto —pensó Yama—, pasando el Río de Caribdis, no hay marcha atrás. Tengo a los guerreros astrales donde quería».

Crudo y hambruna aparecieron detrás de él como sombras enormes y, antes de que cualquiera de los dos dijera palabra, Yama susurró:

—Caronte se ha ido.

Los ojos de Hambruna se abrieron incrédulos. Luego bajó la mirada y dijo acongojada.

—¡Imposible!

Hambruna supo de inmediato que la derrota de Caronte significaba que ellos también eran vulnerables.

La máscara, de hierro oxidado. Impedía ver cualquier reacción en Crudo, lo que lo hacía más terrorífico.

—¿Cuál es tu comando? —Se escuchó la voz gruesa detrás de la máscara. Era un eco profundo que erizaba los vellos de la piel.

Yama alzó la mirada al cielo: las nubes parecían bolas de fuego escupidas por dragones en un horizonte color naranja.

—La niña debe ser sacrificada y los guerreros astrales traídos ante mi presencia. Han llegado a un punto sin retorno. Todo se reduce, ahora, a matar o morir.

Yama giró sobre sus talones para poner los tres pares de ojos sobre Crudo.

—Irás hasta la región de fuego. Al Desierto de los Mil Soles. Puedes lastimar a los guerreros astrales, mas no los destruyas. En lo que respecta a la chica, tan solo quiero que quede su recuerdo.

Crudo asintió con la cabeza. Luego emitió un chillido agudo que

pareció desgarrarle la garganta. Aquel bramido se hizo largo y ensordecedor; lleno de furia. Entonces, un punto rojo y amarillo se divisó de entre las nubes. Volaba en picada rumbo hacia ellos. Crudo detuvo su chillido. El silencio fue más aterrador que su alarido: tenso, lleno de incertidumbre.

El punto rojo y amarillo fue tomando forma al acercarse. La silueta de un dragón, envuelto en llamas, sobrevoló sobre las cabezas de Crudo, Hambruna y Yama. El olor de azufre aumentó a medida que el dragón permanecía volando sobre ellos. Finalmente, aquella criatura de fuego extendió sus alas de llamas. Aquellas alas medían seis metros de punta a punta: era una bestia majestuosa y aterradora. Era difícil ver su piel ya que cada uno de sus poros, de membranas escamosas, espiraba pequeñas llamas rojas, amarillas y azules.

Después de dar tres vueltas sobre las cabezas de los guardianes del inframundo, el dragón aterrizó: posándose junto a crudo. Aquella bestia, tan grande como dos caballos, plegó sus alas y agachó la cabeza: sumiso ante su amo con armadura de cuchillas.

Crudo montó al dragón, volteó a ver a Yama por última vez y levantó el vuelo.

—Hambruna —dijo Yama sin quitarle la mirada a Crudo que se alejaba—, irás a las montañas congeladas. Lleva contigo a los minotauros de hielo.

Una ola de miedo asaltó a Hambruna, «¿para que necesitaba a los minotauros de hielo? Crudo sería pieza suficiente para derrotar a los guerreros astrales; algo temía Yama».

—¿Crees que, Crudo, no pueda lograrlo? —dijo Hambruna con palabras entrecortadas.

—No quiero tomar riesgos. —Yama volteó a verla—. Ha llegado el momento de luchar con todo lo que tenemos.

Hambruna asintió con la cabeza y deslizó su escuálido cuerpo dentro del castillo al tiempo que desaparecía de entre las sombras.

Yama volteó de nuevo al cielo. Las llameantes nubes comenzaron a moverse lentamente, siguiendo a Crudo que cabalgaba sobre el dragón de fuego.

Capítulo 39

La fogata ardía con pequeñas flamas, haciendo crujir las ramitas secas que tomaban un color rojo intenso. Una suave brisa sopló sobre las llamas, haciéndolas bailar hacia un lado; debilitando su intensidad.

—Está muriendo —dijo Yina que tenía la mirada pegada al fuego. Era como si, aquellas llamas, la hipnotizaran; haciéndola meditar sobre el futuro incierto que les deparaba el viaje.

Yank se puso de pie, arqueó su espalda y sacó el pecho. Su plexo solar brilló con un fulgor blanquecino. Una llamarada escupió fuera de su pecho y salpicó sobre la hoguera, alimentando las llamas de inmediato; que crecieron hasta un metro de alto.

—No tenías que exagerar —le sonrió Yina al seguirlo con la mirada.

—Es parte de mi ira —Yank tomó asiento junto a Yina—. A veces, es difícil controlarla.

Yank adoraba alardear frente a Yina y a ella parecía encantarle. Pero Dante lo consideraba de lo más cursi.

«Tenemos verdaderos problemas como para ver quien tiene el aura más fuerte —pensó Dante». Mas sabía que no tenía competencia: el tercer ojo era, por mucho, el más poderoso de todas las auras.

Maya permanecía callada lejos del grupo. Sus brazos rodeaban y frotaban su cuerpo, tratando de entrar en calor. Dante la miró y, extendiendo su brazo, dijo:

—Ven aquí, niña.

—Y ahora, ¿qué? —dijo Yank.

—Deberíamos volver —respondió Maya al sentarse cerca de Dante.

—No podemos. Cruzando el Río Caribdis ya no hay regreso —dijo Yina mientras alimentaba el fuego con raquíticas ramitas secas.

—Solo queda un lugar donde podemos ir —dijo Dante al mirar a cada uno del grupo—: el Océano de Loto.

—¿Al lugar dónde las almas renacen? —Yina le clavó la mirada —. Nos llevaría un par de meses llegar hasta allá.

—No tengo meses. Mi bebé nacerá en cualquier momento. Mi alma y cuerpo morirían y mi bebé quedaría desamparado en la jungla.

—Hay un atajo —dijo Dante—. Nos tomaría un par de días. Máximo tres.

—Conozco ese atajo —contestó Yank—. Demasiado inhóspito; no creo que nuestras almas lo logren. Mucho menos el alma de la chica.

Maya volteó a mirar las llamas: como si buscara una respuesta en ellas.

—Además, el atajo nos llevaría directo al castillo de Yama —susurró Yina—. Sería una muerte segura.

—Lo que nos lleva a nuestra misión original —dijo Yank—, ¿salvamos a la chica o al mundo?

—¡No iré allá! —afirmó Maya—. No pienso sacrificar a mi bebé.

Yina avanzó despacio a ella y le susurró tomándole la mano:

—¿Cuál fue la visión que tuvieron tú y Vanthy en el bosque de las luces?

La mirada de Maya se nubló al llenarse de lágrimas.

—Miré a mi bebé asesinado por ese demonio. —Maya miró directo a los ojos de Yina—. Él quiere muerto a mi bebé.

Dante abrió los ojos incrédulo al tiempo que la respiración quedó atorada en su pecho.

Yank tensó la mandíbula. Sus ojos se entrecerraron, llenándose de furia.

—¿Por qué lo quiere muerto? ¿Por qué es tan importante? —preguntó Yank.

Maya se encogió de hombros sin dejar de mirar a las llamas que proyectaban reflejos refulgentes sobre su rostro.

—Yama se alimenta de energía —explicó Dante—. Cuando miré tu vientre con, el tercer ojo, noté un resplandor poco común. Una energía como ninguna otra.

—Quizá, el bebé, es la fuente de energía que Yama necesita para restablecer de nuevo su reino —dijo Yina.

—Yama se ha corrompido con los años —expresó Dante—. ¿Qué clase de reinado sería ese…? —dijo al tiempo que volteó a ver a cada uno del grupo.

—Como sea, el mundo estaría a salvo —aseguró Yank.

—No entregaré a mi bebé para que sea tragado por ese demonio.

—Es tu bebé o el mundo entero —afirmó Yank—. Salvarías a la humanidad. Al planeta completo. Sin mencionar al hombre que te espera en el mundo material. Quién sabe, incluso podrían tener más hijos.

—¡No sacrificaré a mi bebé!

—¡Estamos hablando de salvar al mundo! —masculló Yank cansado de repetirlo.

—¡¿Y acaso el mundo se merece tal sacrificio?! —gritó Dante—. Si estamos aquí, es porque la humanidad acabó con todo. ¿Cuánto tiempo pasará para que vuelvan hacer lo mismo? —volteó a ver a

Maya—. El mundo no merece tu sacrificio ni el de tu hijo.

—Dante, ¡estamos hablando del mundo! —gritó Yank.

—¡Mi bebé es mi mundo! —Maya volteó a ver desafiante a Yank —. No… no me queda nada sin él.

—Esa era la misión original y te llevaré; aunque sea a rastras.

Yank se levantó de un saltó y se le fue encima a Maya al momento que Dante se puso de pie, cortándole el paso.

—No lo harás.

—¡A un lado, Dante!

—¿De verdad quieres medirte con la fuerza de mi tercer ojo? —La sonrisa que Dante dibujo en sus labios dio más miedo que sus palabras.

—Siéntense los dos —susurró Yina tratando de no alterarse —.Yank, no puedo creer que estés pensando en entregar a la chica.

—¿Y qué opciones tenemos? —Yank se hizo a un lado a regañadientes—. De todas formas, tenemos que cruzar por el castillo de Yama para llegar al Océano de Loto. Y aun así, si pudiéramos destruir a Yama, él era el encargado de reciclar la vida. El planeta no podrá vivir sin sus ciclos. Queramos o no, los dioses tienen un propósito.

—¿Qué ha hecho el hombre cuando los dioses nos han fallado? —preguntó Dante sabiendo de ante mano la respuesta.

—Recurrir a la ciencia —expuso Yina—. Pero la ciencia sin humanidad no sirve de nada.

Dante sonrió y dijo:

—Y si les dijera que hay una forma de salvar a la humanidad. Corporación Astral ha creado un sistema para nutrir a la tierra y crear alimento. Por ahora están sembrando desde el techo para que Yama no pueda absorber sus nutrientes, pero…

—…Pero si destruimos a Yama —terminó la frase Yank—, se podría sembrar la tierra de nuevo —Yank meditó por un segundo— … El problema es cómo destruirlo: no creo que tengamos ni una posibilidad. Ni siquiera los tres juntos.

Yina tomó ambas manos de Maya y la miró con ternura.

—¿Viste algo más en las visiones del bosque de la luz?

Maya asintió con la cabeza.

—¿Qué fue, niña? —preguntó Yina—. ¿Qué más viste?

—Vi cómo Yama recuperaba su energía —susurró Maya—, pero no con mi bebé.

—¿Con quién entonces?

—Con ustedes tres. Con los guerreros astrales. He visto su muerte. Lamento haberlo callado. Vanthy pidió que no dijera nada.

El suspiro de Yina quedó atorado en su garganta.

Yank se dejó caer al suelo.

Dante meditó por unos segundos. Estaba al tanto de la muerte de los guerreros astrales, pero jamás le había pasado por la mente que ellos serían el alimento para que Yama dejara el planeta en paz. ¿Estaría dispuesto a servir como comida al dios de la muerte? Entonces, recordó lo que Vanthy le había dicho a Maya en África: “hay otra solución de salvar a tu bebé”. Aquella solución sería la muerte de los guerreros astrales.

Maya miró a Dante directo a los ojos y dijo:

—Hay algo más.

Dante penetró los ojos de Maya con la mirada.

—También pude ver el destino de Mateo —prosiguió Maya.

El guerrero del tercer ojo tragó saliva.

—¿Qué viste?

—Él y Somnus estaban en el castillo. —Maya sostuvo la mirada de Dante—. Listos para entrar al Océano de Loto.

Dante se puso de pie, recogió su gabán de cuero y dijo:

—Mi destino no está marcado. Nora me dijo que no hiciera caso al futuro. «Este cambia constantemente»: fueron sus palabras. Mi voluntad cambiará mi destino.

—Será muy poderoso tu tercer ojo —dijo Yank al ponerse de pie —, pero tú solo no llegarás muy lejos. Necesitarás la ayuda de mi plexo solar.

—Y de mi gélida energía —dijo Yina poniéndose también de pie.

—¿Qué hay de la chica? No podemos dejarla aquí —dijo Yank— y no podemos llevarla con nosotros.

Maya no pudo controlarlo más y las lágrimas brotaron de sus ojos. La joven embarazada miró a cada uno de los guerreros astrales sin saber que decir. Finalmente, después de unos segundos, habló:

—No sé a dónde ir.

Dante extendió su mano a la chica, ayudándola a levantarse.

—Vendrás con nosotros. Te llevaremos hasta el Océano de Loto para que renazcas con tu bebé.

—¿Qué hay de Yama? —preguntó Maya.

—De un padre a una madre, te prometo que daré mi vida antes de que Yama te ponga un dedo encima.

—Ese demonio no sabrá ni por dónde le caen los porrazos —dijo Yank.

Dante lo volteó a ver con ojos incrédulos.

—Vamos, ¿qué clase de guerrero es el que no protege al débil? —dijo Yank con una sonrisa.

—Todos te ayudaremos, niña —dijo Yina al acercarse a ella.

Dante cogió el gabán de cuero y se cubrió con él.

—¡Andando! Hay un reino que destruir.

—Y algunos traseros de guardianes del inframundo que patear.

Yina sonrió: «hombres —pensó—. Siempre haciéndose los machos».

∞ ∞ ∞

Antes que naciera de nuevo el sol, el grupo ya estaba en marcha. La vida de Maya y de la humanidad estaba en manos de tres guerreros astrales. Sería el último sacrificio, pero, ¿podrían confiar en la gente de Corporación Astral? Era una lucha incierta cuando, por los que por quien peleas, solo ven por sí mismos.

El futuro era incierto, mas lleno de esperanza. Una lucha eterna entre voluntad y destino.

Episodio 4

Destino y Voluntad

Capítulo 40

El sistema eléctrico fallaba a ratos, lo que dejaba al edificio de Corporación Astral en completa oscuridad. La energía de reserva, capturada por paneles solares, se utilizaba solo en las áreas de mayor importancia como: la conexión astral, el área de criogenia y el área del sembrado colgante. Las otras secciones quedaban a las sombras, iluminadas como en la antigüedad: por velas.

Sarah entró a uno de esos sitios: el área de comida, donde las sombras le iban ganando el espacio a la luz. El día había sido agotador y la noche no prometía ser mejor. Era un largo camino: una batalla intensa para salvar a la tierra y a la humanidad.

Sarah siguió la única fuente de luz del lugar: una luz parpadeante que centelleaba a ratos y que parecía que moriría en cualquier momento.

La mujer continuó caminando hasta una mesa, donde la mecha de una vela quemaba sus últimos centímetros de vida.

Becca permanecía sentada frente a la mesa, observando cómo la vela moría en silencio; así como moría también, su trabajo en Corporación Astral.

Sarah quedó de pie un momento, observando a aquella pobre chica. Le llamó la atención como el humo del café se alzaba hasta sus gafas, empañándolas y, Becca, ni se daba por enterada. Finalmente, Sarah tomó asiento frente a ella.

—Es extraño —habló Becca, ganándole la palabra a Sarah—. Después de que Vanthy murió, el holograma que mostraba sus signos vitales, todavía presentaba actividad cerebral.

—Algunas veces el cerebro tarda más en morir. Pero al final, siempre lo hace.

—¿Cómo se encuentra Dante? —preguntó Becca al tiempo que miró a otro lado.

—Se encuentra bien —respondió Sarah tratando de hacer contacto visual con Becca—. Lo tuvimos que cambiar de cápsula… ¿Te das cuenta el desastre que causaste?

La mirada de Sarah era firme, mas Becca no le quitaba la vista a la vela que continuaba consumiéndose. Después de un momento, Becca se encogió en hombros y dijo:

—Aun así, creo que tomé la mejor decisión.

—Hubo una junta con los directivos. Quedas fuera.

Becca alzó la vista con tal lentitud que incomodó a Sarah.

—Los ejecutivos no estaban allí: en el departamento de conexión

astral. Peor aún, no están en el inframundo, arriesgando algo más que la vida. El alma. ¿Comprendes lo que es eso? Si el alma muere, no hay oportunidad de renacer.

—Las decisiones que aquí se toman son…

—…son por el bien de la compañía.

—Son por el bien de la humanidad.

—Por favor, Sarah. Tu familia está allá. En aquella dimensión que, incluso tú misma, te has negado a ir. ¿Cómo puede ser más importante las decisiones de unos viejos millonarios que jamás han estado en el campo de batalla?

—Esos viejos millonarios ponen comida en mi mesa… También en la tuya.

—Bueno, tal parece que ya no lo harán más. —Becca sonrió con ironía—. Esta compañía pudo haber matado a Dante.

Sarah se inclinó hacia atrás; respiró hondo mientras volteaba a su alrededor.

—No te das cuenta, ¿verdad? —dijo después de un último respiro—. Todos somos parte de una máquina. Si una parte falla, todo el aparato se descompone.

—Entonces la pieza es descartada y remplazada por una nueva. ¿Es así como te ves? ¿Cómo un tornillo? Dime, ¿dónde queda el lado humano?

Sarah inclinó su cuerpo hacia ella: la luz de la vela proyectó una luz sobre su rostro, creando que las sombras ennegrecieran sus facciones, haciéndola parecer como un demonio.

—Estamos tratando de mantener esta compañía en pie para la gente —dijo Sarah—. ¿Por qué crees que me sacrifico tanto?

Becca también se inclinó hacia adelante al tiempo que le sostuvo la mirada. Tal vez no poseía todos los argumentos, pero sabía que tenía razón. Lo sentía en lo más profundo de su ser.

—¿Sacrificio? —sonrió Becca—. No tanto como las personas que están siendo masacradas allá abajo. Se están perdiendo almas, Sarah. Incluso a cada minuto están muriendo cientos en criogenia. La Compañía no está salvando a nadie.

—Pero lo estamos intentando. No sé cómo hacerte entender que Corporación Astral es la única esperanza para la humanidad.

Becca se dejó caer en el respaldo del asiento y, mirando hacia otro lado, dijo:

—Me temo que la única esperanza para la humanidad está fuera de nuestras manos. Si hay alguna ilusión de éxito, esa recae en los guerreros astrales y tú no los estás ayudando.

Capítulo 41

Nubes de fuego ardían en el firmamento, tiñendo el cielo de color naranja. La temperatura alcanzaba los sesenta grados centígrados en el Desierto de los Mil Soles. Se le llamaba así no por tener mil soles; sino por el abrasador calor que reinaba en el lugar. Sin importar que fuera de día o de noche: ningún alma podía sobrevivir un día entero en aquel lugar.

Las corrientes de lava iluminaban el camino de gravilla volcánica: tan filosas que rasgaban las suelas de los zapatos y tan calientes que podían derretir las mismas.

Arrastrando los pies, en un sendero de piedras negras, Dante encabezaba el grupo: seguido por Yina, Yank y Maya. El sudor que refrescaba sus rostros al principio del camino, se había evaporado por completo. El olor, a piedra y metal quemado, entraba en sus fosas nasales, haciéndoles sentir un ardor que les llegaba a los pulmones.

Maya sintió su cuerpo desvanecer. Sus piernas se doblaron. Estuvo a punto de desplomarse sobre las decenas de pequeñas piedras ardientes cuando Yina la cogió en el aire. Con manos firmes, la guerrera astral de hielo alzó a la chica embarazada e hizo que su brazo se recargara en su hombro. Luego, con la palma de sus manos, lanzó pequeñas oleadas frías para refrescar a la chica embarazada.

—Maya no puede seguir —imploró Yina—. Tenemos que descansar.

Yank se apresuró a ellas y tomó a la chica entre sus brazos.

—No estamos lejos —dijo Dante—. Si nos quedamos, moriremos.

Los brazos de Maya empujaron el pecho desnudo de Yank y, la chica, bajó de nuevo sus pies al suelo rocoso.

—Sigamos —masculló Maya—. Mi voluntad es más fuerte que mi destino. —Luego miró a Dante torciendo los labios, lo que pareció ser una sonrisa.

El guerrero astral asintió con la cabeza. Algo dentro de él se llenó de orgullo. Si alguna vez sintió que su vida no tenía sentido, ese momento lo cambió todo. El influir de forma positiva en una persona le daba esperanzas de cambiar al mundo.

El pequeño grupo continuó su camino. Sus tobillos se torcían a cada paso en el inestable sendero. Sentían cómo el calor traspasaba las suelas de sus botas y, poco a poco, pequeñas ampollas crecían en

forma de burbujas en las plantas de sus pies.

Después de horas de camino, el sol dejó de asomar sus rayos. Aquello fue un respiro para el grupo, mas el calor emanado por la superficie no concedía tregua para los guerreros astrales ni la chica embarazada.

Maya volteó al horizonte. El sol emitía sus últimos rayos, dejando al cielo con el color de un melocotón. Era un gigante pálido que lentamente iba desvaneciéndose sobre la línea plana del Desierto de los Mil Soles. La chica sonrió al fijar la vista sobre aquel astro adormilado. «¿Cómo hasta en los lugares más hostiles se puede encontrar belleza? —se preguntó así misma». En eso, algo llamó su atención. Una mancha ardiente, amarillenta y azulada volaba haciendo remolinos en el cielo.

—¿Qué es eso? —gritó Maya al grupo.

—Parece que el cielo ha escupido fuego —dijo Yina.

Yank entrecerró los ojos, agudizó la vista y dijo:

—Viene hacia nosotros.

∞ ∞ ∞

Desde el cielo, montando sobre un dragón de fuego, Crudo vislumbró a sus víctimas: los guerreros astrales y Maya parecían pequeños bichos avanzando entre las piedras volcánicas del desierto negro. Miró cómo el pequeño grupo se había percatado de su presencia y, ahora, trataba de huir al serpentear por los largos y humeantes ríos de lava.

Centenares de águilas, con fuego en lugar de plumas, estaban al mandato de Crudo. Los gritos de las águilas resonaron en el cielo en forma aguda y desordenada. Entonces, Crudo alzó el brazo: las águilas, que revoloteaban dando vueltas como torbellinos de polvo, tomaron formación como un escuadrón de aviones bien organizado. Después de un momento, Crudo dejó caer el brazo al tiempo que se escuchó un chillido ensordecedor. Aquellas llamas vivientes en forma de águila se desplomaron, cayendo en picada sobre sus presas.

∞ ∞ ∞

Dante, Maya, Yina y Yank quedaron petrificados por unos segundos. Sus ojos se abrieron desorbitados al mirar aquellas águilas de fuego revolotear sobre sus cabezas. Estaban consientes que, en cualquier momento, las aves de flamas se les vendrían encima. Dante fue el primero en reaccionar al dar un grito que le deformó el rostro.

—¡Corran!

El grupo arrancó a toda velocidad.

Las águilas de fuego se alinearon como si se trataran de pelotones militares. Después de un momento, los pájaros de fuego les cayeron en picada, comenzando a estrellarse a los costados de Maya y los guerreros astrales. El grupo corrió en zigzag. Intentaban evitar, a toda costa, que uno de aquellos animales en llamas les cayera encima. Las águilas de fuego se estrellaron contra la superficie arenosa, penetrando en sus profundidades.

De pronto, el suelo comenzó a estremecerse por debajo de los pies de Dante, Maya, Yina y Yank. Esto les hizo frenar de golpe. Las piernas, de cada uno del grupo, se movieron como gelatinas. Dante miró a su alrededor sin saber qué hacer. De forma inesperada, la arena, áspera y negra, comenzó a bullir en el lugar exacto donde se habían hundido las águilas de fuego.

—¡¿Qué está pasando?! —gritó Maya aterrada mientras se sujetaba del hombro de Dante.

Sin previo aviso, la arena estalló. En cada parte, donde las águilas se habían sumergido, se alzaron erupciones de grava formando montes espigados que alcanzaban los quince metros de altura. Después de unos segundos, los montes ardían tanto que tomaban un tono como de plata pulida. El intenso calor derretía la roca. Los montículos crujían y reventaban, salpicando en todas direcciones y derrumbándose de nuevo sobre la tierra.

El pequeño grupo de guerreros y la chica se lanzaron a toda velocidad lejos de los montículos que se alzaban a sus lados. Movían sus piernas tan velozmente cómo sus cuerpos lo permitían.

Las águilas continuaban cayendo en picada, cada vez más cerca del grupo astral. Las bestias de fuego se enterraban en la arena, formando erupciones que levantaban montículos. En cuestión de segundos, decenas de flacuchos cerros crecían y estallaban alrededor de los guerreros astrales. Rocas bañadas de fuego se desmoronaban, lanzando cenizas incandescentes sobre ellos. Dante cubrió su cabeza con una mano y, con la otra, jaló a Maya. Ella intentó seguirle el paso, pero sus piernas no eran tan rápidas.

Aquellas piedras y arenas volcánicas dificultaban a un más la huida. Maya sentía que su rostro chocaría, en cualquier momento, sobre las afiladas rocas negras.

Las incandescentes águilas de fuego continuaron zambulléndose dentro de la tierra. Caían en picada, tratando de dar en el blanco de alguno de los guerreros. Era un ataque sin tregua.

El grupo zigzagueó entre los arroyos de lava al tiempo que escuchaban los zumbidos de las águilas sobre sus cabezas. Volaban tan cerca que, los guerreros astrales y Maya, sintieron cómo el calor

quemaba sus cabellos.

El grupo astral serpenteó y se separó: Dante y Maya por un lado; Yina y Yank por el otro.

Dante miró sobre su hombro: notó que las águilas dejaron de perseguir a Yina y a Yank. El ataque iba sobre de él. «¿Por qué yo? —se preguntó».

Las piernas de Maya se enredaron y tropezaron, haciéndola caer de rodillas. Al notar que la chica quedaba atrás, Dante frenó de golpe y, patinando sobre sus talones, regresó por ella a toda velocidad. En un momento de alarma, el guerrero astral volteó hacia arriba y distinguió cómo un águila se lanzaba en picada sobre ellos.

Dante lo comprendió en ese momento: «los guerreros astrales no son el blanco. Aquellas águilas de fuego solo persiguen a Maya y a su bebé».

El guerrero astral alcanzó a Maya que se encontraba de rodillas. Los ojos del guerrero astral no le quitaban la vista al águila que se les venía encima. En segundos, la bestia de fuego ya estaba sobre de ellos.

En un destello, los reflejos de Dante se dispararon. Envolvió a la joven entre sus brazos y, después de cubrirla, hizo que sus cuerpos rodaran hacia un costado. El águila impactó a escasos centímetros de ellos, sumergiéndose dentro de la arena volcánica. Aquella colisión lanzó cúmulos de arenisca ardiente que cayó sobre ambos. Dante cubrió a la chica con su cuerpo mientras que el gabán de cuero sirvió como escudo contra las pequeñas piedras incandescentes.

Al notar que había pasado el peligro, se sentó sobre sus talones y, de inmediato, comprobó que Maya se encontrara bien. El guerrero astral sintió alivio cuando vio a la chica sonreír con ojos incrédulos: «estuvo cerca» —pensó la chica».

De pronto, el suelo osciló debajo de ellos. Un montículo comenzó a alzarse bajo sus pies. Antes de que pudieran reaccionar, Dante y Maya, ya se estaban elevando sobre una montaña escuálida de arena volcánica. Cinco, diez, quince, veinte metros de altura… Ambos intentaron incorporarse sobre la trémula montaña. Habían alcanzado tal altura que las águilas pasaban a centímetros de sus cabezas. Dante logró mantener el equilibrio. Enderezó su cuerpo y contempló, a unos metros delante de él, a Crudo volando sobre su dragón de fuego.

Dante fulminó con la mirada al guardián del inframundo.

«No te llevarás a la chica —gritó en su mente».

De forma inesperada, un águila de fuego se lanzó directo al rostro de Dante, abriendo su pico para arrancarle la cabeza. El

guerrero astral la miró de reojo y alcanzó a inclinarse a un lado, pero la curvada ganzúa logró rozar su pómulo. El guerrero astral sintió un ardor agudo en el rostro al momento que una fina línea viscosa, de color azul-índigo, surgió sobre su mejilla.

El guerrero del tercer ojo tomó a Maya de los hombros y, casi forzándola a ponerse de pie le gritó:

—¡Sujétate de mi cuello!

Ella obedeció al instante al tiempo que el montículo, donde ambos estaban parados, comenzó a deshacerse bajo sus pies. Dante sujetó a la chica entre sus brazos.

La chica se perdió entre el fornido cuerpo del guerrero astral. Pese al peligro en que se encontraban, esto la hizo sentir a salvo.

—¿Lista? —gritó Dante.

—¿Lista? ¿Para qué? —preguntó ella al voltear a verlo con los ojos muy abiertos.

En eso, un nuevo montículo se elevó a un lado de ellos…

—¡Ahora! —gritó.

—¡Espera! —gritó Maya.

Sin previo aviso, ambos saltaron hacia al montículo que se elevaba veinte metros por debajo de ellos: mientras que el montículo, donde momentos antes estaban parados, estalló en cientos de incandescentes pedazos.

∞ ∞ ∞

Maya quiso gritar, pero el aire quedó atorado en su garganta. Una vez cayendo, sintió cómo el estómago le subía hasta el pecho. Sus ojos se abrieron aterrados al mirar el vacío bajo sus pies; lo único a que aferrarse, eran los hombros de Dante que, también, se precipitaban hacia las afiladas rocas.

En el aire, un águila sobrevoló sobre la cabeza de ella y, abriendo sus encorvadas garras, se lanzó para cogerla del cabello. Maya sintió sobre su cabeza algo frío y afilado. Después, percibió un ardor que le arrancaba el cuero cabelludo. Antes de poder reaccionar, sus rodillas chocaron contra el montículo que había crecido, previamente, por debajo de ellos. Sobándose la cabeza, suspiró aliviada al sentir que todavía tenía cabello. Luego, la chica levantó la mirada y observo cómo el águila se alejaba con un mechón de cabello entre las garras.

Luego miró por encima del hombro: el montículo, donde se encontraban parados en ese momento, se desmoronaba en pequeños fragmentos incandescentes.

∞ ∞ ∞

El monte espigado, bajo los pies de Dante y Maya, sacudió sus cimientos; la vida de aquel montículo, sería tan breve como un suspiro. Dante miró abajo: «una caída de veinte metros —calculó mentalmente—. Muy arriesgado».

Luego, miró a ambos lados. Otro montículo, a la derecha, comenzaba a elevarse a medio metro de distancia de ellos; había que estar listo para saltar de nuevo. Esperó un segundo y midió el salto.

—¡Prepárate! —le gritó a Maya.

Pero el montículo bajo sus pies no esperaría. Sin previo aviso, el monte espigado se derrumbó bajo sus pies. Ambos cayeron al vacío. De pronto, las garras de un águila cogieron a la chica de los hombros y la elevaron por el cielo.

∞ ∞ ∞

Yank, desde abajo, observó cómo el águila arrastraba a Maya por los cielos. El guerrero del plexo solar tenía que actuar rápido. Así que, arqueó su pecho y, de este, salió un disparo de energía al rojo vivo.

La energía surcó el cielo y golpeó el rostro del animal, sin hacerle más daño que aturdirla. Maya miró abajo. Sus pies colgaban a treinta metros de altura. Las garras del animal quemaban sus hombros. No existía escapatoria.

∞ ∞ ∞

Dante caía en picada cuando miró a otro montículo alzarse directo hacia él. El guerrero se cubrió la cara con los brazos, pero el montículo se le fue de frente, estrellándose contra su rostro. El golpe dejó aturdido al guerrero astral. Con visión nublada, sacudió la cabeza. Se sentía aturdido y completamente desorientado; no sabía dónde estaba. Después de unos segundos, abrió los ojos. Había aterrizado sobre el montículo que lo había golpeado. El guerrero astral aguardó a que el montículo detuviera su ascenso vertiginoso, pero este subió más de los veinte metros. Luego contempló por debajo de aquel monte espigado: daba la impresión que jamás se detendría. El montículo continuó elevándose hasta los cuarenta metros de altura y no detenía su ascenso.

Las piernas le tambaleaban. El guerrero astral luchó por mantener el equilibrio y se sentó en una rodilla, sacudió la cabeza y miró hacia arriba. El águila alzaba a Maya por las alturas, sujetándola con firmeza con sus garras.

Dante los tenía a la vista. El montículo seguía elevándose. «Un poco más —pensó». Sesenta, setenta metros… En unos segundos, ya estaba por encima del águila que aprisionaba a Maya.

«Un salto, a esa altura, sería suicidio».

Pero habría que salvar a la chica a cómo diera lugar. Dante no lo pensó dos veces y saltó al vacío. Desplomándose en caída libre, cerró los ojos. Su tercer ojo cobró vida al iluminar su frente. Luego, fijó la puntería con el tercer ojo: tenía al águila en la mira. Entonces, abrió fuego. La onda de energía, color azul-índigo, cruzó el cielo a gran velocidad y fue a estrellarse contra la espalda del animal.

Se escuchó un crujido de huesos al romperse. Un dolor agudo recorrió la espalda del águila al tiempo que su columna vertebral se partió en tres. El animal en llamas dejó de revolotear y comenzó a desplomarse con Maya entre sus garras.

∞ ∞ ∞

Maya sintió cómo las garras del águila perdieron fuerza y la soltaron al vacío. Al desplomarse, el viento golpeó su rostro y lo deformó de forma grotesca. La presión del aire era tan fuerte que el oxígeno no entraba en sus pulmones.

Con mirada aterrada, vio cómo el suelo se acercaba a toda velocidad. El golpe sería mortal; acabaría con ella y con su bebé.

La chica volteó a un lado y miró el águila que la había apresado, desplomarse muerta. Sus llamas se habían extinguido. Su plumaje era oscuro y olía a pelo quemado. De pronto, percibió cómo un brazo la enroscaba entre la axila y por debajo del pecho. Con prontitud, volteó atrás. Dante estaba pegado justo a su espalda. La chica sintió un alivio momentáneo, pero se dio cuenta de que los dos caían al vacío. El aire caliente que subía desde la superficie golpeaba sus rostros. Las diminutas colinas, ríos de lava y piedras volcánicas crecían a medida que se precipitaban a una muerte segura. De pronto, sintieron un golpe. Ella pensó que era el fin, pero el golpe había sido mucho antes de la llegada a las rocas volcánicas. Además, notó que ya no caían. Volvían a subir de forma vertiginosa.

Un montículo se había elevado desde el suelo y los había alcanzado, elevándolos de nuevo, al cielo. El montículo llegó hasta los sesenta metros y se detuvo de golpe. Luego, comenzó a vibrar de forma salvaje. Pequeñas ranuras empezaron a formarse como relámpagos atrapados debajo del delgado monte. Volcanes diminutos, no más grandes que hormigueros, escupían lava en todas direcciones: la arenisca colina estaba a punto de estallar.

∞ ∞ ∞

Mirando la punta del montículo, Yina se lanzó hasta los pies de aquella montaña espigada. A lo lejos, logró ver a Dante y a Maya tambalearse. Una vez a los pies del montículo de sesenta metros, Yina colocó la palma de sus manos en la base peñascosa. Un aura de color azul helado, seguida de una neblina ligera, brotó de las manos de la guerrera astral. La escarcha de hielo se extendió como raíces alrededor del montículo, congelándolo en tan solo unos segundos. El hielo subió hasta llegar a los pies de ambos. La lava se congeló; la erupción se mantuvo atrapada por el hielo. Pero Yina estaba consiente de que no resistiría por mucho tiempo.

∞ ∞ ∞

Dante y Maya miraron abajo. Era una rampa empinada de hielo.

Después de un momento, el montículo congelado comenzó a sacudirse de nuevo: el tiempo era enemigo del guerrero astral y de la chica embarazada; tenían que deslizarse sesenta metros abajo.

Dante sujetó a Maya y gritó:

—¡Prepárate!

Antes de que ella respondiera, él enrolló los brazos alrededor de ella y, ambos, se lanzaron sobre la congelada pendiente. El guerrero astral iba recostado de espaldas al hielo mientras que ella se apretaba al pecho de él. La velocidad aumentaba a cada segundo. Dante sentía la fricción fría en la espalda mientras que Maya apretaba los ojos, aferrándose al cuerpo del guerrero como una garrapata. El golpe sería duro y seco.

Dando grandes zancadas, Yank llegó a los pies del congelado montículo y, extendiendo los brazos, se preparó para frenar o, por lo menos, para amortiguar la caída de ambos.

Los talones de Dante hicieron presión contra el hielo, tratando de disminuir la velocidad con la que bajaban, pero esta, en lugar de disminuir, aumentaba.

Yank recargó su peso sobre la pierna trasera, preparándose para el impacto.

Dante cubrió a Maya con su cuerpo cuando —¡Zas!—: ambos se estrellaron contra el pecho de Yank al tiempo que lo lanzaron al suelo, dejando sus pulmones sin aire.

Yina corrió hacia Maya y revisó que se encontrara bien. Sintió un alivio al ver que Maya solo la veía con ojos atónitos. Al cerciorarse que la chica embarazada estaba en una sola pieza, Yina la tomó de los brazos y la ayudo a levantarse.

Por su parte, Dante arqueó la espalda y, haciendo una mueca de dolor, se puso de pie. El guerrero del tercer ojo vio a un costado: Yank, tumbado en la arena rocosa, se sobaba el pecho mientras intentaba que el aire entrara de nuevo a sus pulmones.

El guerrero del plexo solar entreabrió los ojos y miró a Dante desde abajo.

—Tienes el alma pesada, Dante — susurró Yank.

—Eso solía decirme mi esposa.

Dante le extendió la mano y lo levantó de un jalón.

Mientras tanto, las águilas de fuego continuaban estrellándose contra el suelo, provocando más erupciones que se acercaban de forma peligrosa hacia ellos.

Dante, Maya, Yina y Yank se voltearon a ver las caras: no era el momento para tomar un respiro; los tres guerreros astrales y la chica embarazada, emprendieron la huida a toda velocidad. Luego se apresuraron por el sendero de piedras volcánicas: eludiendo erupciones, rodeando grandes rocas, saltando riachuelos de piedra fundida. La lava salía a borbotones por todas partes, salpicando cerca de sus pies.

De pronto, Maya frenó de golpe al borde de un riachuelo de lava de dos metros de ancho. Ella no podría saltarlo estando embarazada, pero estaba consiente de que, de alguno u otra forma, tenía que cruzarlo a como diera lugar. Así que encorvó sus piernas, midió la distancia y, antes de saltar, sintió cómo la enganchaban por ambos hombros. El miedo se apoderó de la chica. Por un instante, pensó que las águilas la habían capturado de nuevo. Sin saber lo que pasaba, de pronto se encontraba volando sobre el riachuelo de lava.

Maya volteó a sus costados y miró a Yina y a Yank que la sujetaban de los hombros. Ambos, sin perder tiempo, habían tomado a la chica y saltado con ella sobre el riachuelo de lava. En un suspiro, los tres pares de pies golpearon en el otro lado. Maya tenía los ojos muy abiertos. Su respiración se había quedado atorada en su garganta.

Por su parte, Dante saltó sin mayor esfuerzo, cayendo sobre una rodilla al lado del grupo.

Seis águilas de fuego abalanzaron sus cuerpos incandescentes sobre ellos cuando una energía amarilla, con tonos azules en la punta, golpeó el rostro de una de esas bestias.

El plexo solar de Yank había dado en el blanco. Pero el guerrero astral no se detuvo ahí, abrió fuego una y otra vez, derribando a sus atacantes con energía solar. Más águilas se unieron al ataque, pero, una a una, iban cayendo ante los brutales disparos que salían del plexo solar de Yank. Sin embargo, por cada águila derribada, otras

tres aparecían para contraatacar.

Dante cerró los ojos: su tercer ojo disparó al momento que se abrió; uniendo su ataque al de Yank.

Yina cogió del brazo a Maya y jaló con fuerza. Ambas corrieron lejos de aquel bombardeo de águilas ardientes.

Dante y Yank permanecieron a la retaguardia. Debían impedir que las águilas alcanzaran a Maya a como diera lugar. Ambos guerreros dispararon. La energía del plexo solar y del tercer ojo derribaron a cuanto animal se les venía encima.

—¡Son demasiados, no podremos acabar con todos! —gritó Yank.

Dante jaló del hombro de Yank.

—¡Larguémonos de aquí! —gritó Dante.

Los guerreros astrales emprendieron la carrera mientras que las águilas volaban sobre sus cabezas, estrellándose al frente y a los lados de ellos. Las bestias de fuego, al estrellarse, levantaban volcanes que explotaban al alcanzar varios metros de altura. El grupo serpenteaba de un lado a otro, logrando evadir las piedras incandescentes que llovían en todas direcciones.

De pronto, algo inesperado pasó. Dante sintió que las plantas de sus pies dejaban de quemarle. El guerrero del tercer ojo miró abajo: escarchas de hielo se extendían como manchas blancas sobre la superficie. Entonces, Dante alzó la vista: en su corazón se iluminó la esperanza. La región de las Montañas Congeladas estaban a unos cuantos metros delante de ellos. Las águilas de fuego no irían más allá. El clima frío las exterminaría.

El grupo corrió tan rápido como sus pies lo permitieron.

Yina y Maya iban adelante cuando ambas se detuvieron en seco al tiempo que sus pies derraparon, quedando a centímetros de un río de lava. De inmediato, Yina hizo un calculo mental: «quince metros de ancho de piedra fundida». Del otro lado, la planicie se congelaba y comenzaban a elevarse enormes montañas de hielo.

Dante y Yank frenaron de golpe detrás de las chicas. Los guerreros astrales miraron aquella masa naranja de roca fundida que los separaba de la salvación.

Dante miró por encima de su hombro: decenas de águilas se les iban encima y, lo peor de todo, detrás de ellas se acercaba Crudo montando a su dragón de fuego.

Las águilas sobrevolaron por encima de los guerreros astrales y Maya. Dante y Yank abrieron fuego. Los pájaros de fuego caían en picada como aviones de la segunda guerra mundial, mas estos eran un escuadrón interminable. Era cuestión de tiempo para que uno de esos animales estrellara su cuerpo en llamas contra el grupo o, peor aún, que Crudo les diera alcance y, acorralados, tenerlo que

enfrentar junto al río de lava.

La sombra del dragón de fuego cubrió el cielo. Crudo, al estar más cerca, alzó un hacha sobre su cabeza.

Yina miró el río de lava por un segundo.

«¿Mi energía será tan poderosa? —se preguntó para sus adentros».

Luego, volteó a ver a Dante y a Yank que disparaban, al unísono, energías devastadoras contra Crudo, pero el guardián del inframundo dejaba caer su hacha sobre estas y las despedazaba como si fueran pompas de jabón.

Solo quedaba una cosa que hacer, así que Yina cerró los ojos y concentró toda su energía en la palma de sus manos. Una ola gélida envolvió las manos de Yina. Después, la guerrera astral de hielo abrió los ojos: sus pupilas, dilatadas, reflejaban un color gris metálico. Sin pensarlo, Yina respiró hondo y sumergió sus manos en el lava ardiente. El dolor fue agudo, como miles de aguijones de avispas penetrando al mismo tiempo. La piel de sus manos comenzaron a despellejarse, la epidermis empezó a arder al tiempo que decenas de ampollas emergían y explotaban. Un grito desgarró su garganta. Lágrimas brotaron de sus ojos y le nublaron la vista: se sintió desfallecer.

Maya abrió los ojos sorprendida al ver las manos de Yina sumergidas en la lava. La chica embarazada cogió los brazos de Yina y jaló con fuerza, sacándolos del río de lava. Al ver la carne al rojo vivo en las manos de Yina, las piernas de Maya perdieron su fuerza. La cabeza le dio vueltas y creyó que se desmayaría.

—¿Funcionó? —dijo Yina débilmente…

Maya no comprendió lo que Yina quería decir.

—¿Funcionó? —repitió Yina.

Maya volteó a ver el río de lava. Una capa de hielo mantenía congelada la lava en la superficie, pero esta se derretía a gran velocidad, dejando brotar manchas de color naranja que se expandían lentamente.

—Sí, funcionó, pero debemos darnos prisa.

Maya se puso de pie y avanzó a Dante al tiempo que jaló de su gabán. Él miró por encima del hombro y notó el río de lava congelado. El guerrero astral tiró del brazo de Yank.

—¡Larguémonos de aquí! —gritó Dante

Antes de que Yank emprendiera la carrera, quedó petrificado al ver las manos de Yina. El guerrero del plexo solar se hincó frente a su amada al tiempo que sus ojos se nublaron de lágrimas. Yina levantó la cara y miró a Yank. Sin importar el dolor que sentía en sus manos, la guerrera astral de hielo acarició las mejillas de su amado. Después, tomó una gran bocanada de aire y gritó:

—¡Corran!

Yank tomó a su amada entre sus brazos y se preparó para la huida.

El grupo se apresuró a correr sobre el hielo que, poco a poco, comenzaba a descongelarse. La escarcha congelada crujía al hacerse más delgada. Las manchas de lava se agrandaban a mayor velocidad. Maya miró por debajo de sus pies: la lava comenzó a asomarse tras la capa de hielo que enflaquecía a cada segundo.

Dante y Maya fueron los primeros en llegar al otro lado.

Con Yina en brazos, Yank movía sus piernas tan rápido como estas le permitían. Al poner sus pies en la orilla, el último bloque de hielo se derritió, dejando fluir la lava de nuevo. El grupo estaba a salvo.

De aquel lado de la orilla, la temperatura bajó drásticamente.

Las águilas de fuego volaron sobre el río de lava, abalanzando sus cuerpos sobre los guerreros astrales y Maya. Al llegar al otro lado, una ráfaga glacial las congeló en un abrir y cerrar de ojos, convirtiéndolas en esculturas de hielo. Las aves de fuego, ahora congeladas, se precipitaron a la superficie y estrellaron sus cuerpos contra las arenas que brillaban con una fina escarcha de hielo. Al impactar contra el piso, las estatuas de hielo de las águilas se destrozaron en mil pedazos.

Desde el cielo, Crudo observó a los guerreros astrales alejarse con la chica. Ni las águilas de fuego ni su dragón podrían entrar a ese lugar sin quedar congelados; jaló las riendas del dragón de fuego y se alejó del lugar. Había perdido esa batalla: Yama no estaría contento.

Capítulo 42

El grupo había caminado durante horas.

La temperatura había disminuido de forma drástica, llegando hasta menos veinticinco grados.

Dante, Maya, Yina y Yank luchaban contra las ráfagas de viento tan fuertes y frías que les cortaban la piel. El viento aullaba, formando torbellinos de nieve que les nublaba la vista y les hacía imposible ver más allá de unos cuantos centímetros adelante. Por cada cinco pasos que daban, el viento los retrocedía dos. El gélido aire entraba por sus fosas nasales y congelaba sus gargantas. Yina revisó sus manos. La piel, desgarrada, dejaba ver la carne al rojo vivo. Sin embargo, parecía ser a la única del grupo a la cual no le afectaba el frío; por lo que le había cedido su gabán a Maya.

Los mocos, que caían de la nariz de Maya, parecían ceras brillantes que se habían cristalizado al salir de sus fosas nasales.

Yank envolvía su cuerpo con los brazos y se daba masaje con las manos. Por momentos, encendía su plexo solar que derretía la escarcha de hielo que se formaba sobre su piel.

Dante cubría su cabeza con la capucha que a la vez ensombrecía su rostro, dejando ver solo el vapor condensarse al salir de su boca y nariz.

Las piernas de Maya se doblaron al tiempo que la chica cayó de rodillas sobre la nieve. Dante la tomó entre sus brazos y miró su rostro por un instante. No pudo dejar de sentir lástima por ella. No obstante fuese de tez morena, su piel había tomado una tonalidad azul pálida. Con Maya a cuestas, Dante siguió adelante, sus pies se hundían en la nieve haciéndole más difícil el andar.

Yank se derrumbó. El lugar ya alcanzaba los treinta grados bajo cero. El frío intenso le afectaba con mayor fuerza que a los demás. Yina se hincó junto a él. Imposibilitada para ayudarle, arrimó su cuerpo junto al de su amado. Dante volteó sobre su hombro. «¿Qué puedo hacer? —pensó el guerrero del tercer ojo». Miró a Maya y notó que la chica tiritaba con violencia. Entonces, recargó el cuerpo de la chica junto al de Yank. Enseguida, Dante se hincó junto al grupo.

Yank hizo arder su plexo solar con suavidad. De inmediato, el grupo sintió como sus músculos se relajaban con aquella energía tibia. Pero los ojos del guerrero del plexo solar se cerraban de cansancio. Si Yank se quedaba dormido, todo el grupo perecería en aquel lugar; había que seguir adelante.

Exhausto, Dante se puso de pie e intentó caminar, mas las piernas se negaban a dar un paso más. El guerrero del tercer ojo se dejó caer de rodillas. Todos los esfuerzos, todos los sacrificios, todas las esperanzas acabarían en aquel lugar.

Dante cerró los ojos. Su tercer ojo abrió de inmediato, emitiendo una tenue luz azulada. Fue entonces cuando lo miró: a tan solo unos metros adelante, cubierto por la ventisca de nieve, se alzaba una montaña con una enorme caverna frente a ellos.

«Nunca hay que darse por vencido o jamás sabrás que tan cerca estaba la salvación —se dijo para sus adentros».

Apenas pudo dibujar una leve sonrisa en su rostro. Con Maya entre sus brazos, el guerrero del tercer ojo se puso de pie. Volteó a ver a Yina y a Yank por encima del hombro y gritó:

—Estamos a salvo.

De inmediato, el grupo se puso de pie y avanzó a paso torpe al único lugar que les podría brindar refugio.

∞ ∞ ∞

Los guerreros astrales y Maya se internaron en la caverna formada de hielo. La oscuridad reinaba en el lugar, dejando solo ver destellos azules de vez en cuando. Era como estar dentro de un congelador gigante, pero al menos no sentían aquella ventisca que había dejado sus pieles cuarteadas como pergaminos. Dante cerró los ojos. Su tercer ojo se abrió al tiempo que una intensa luz iluminó el lugar. El grupo estaba dentro de una caverna en forma de domo echa de hielo azulado y transparente. El agua, que caía del techo, se había congelado en enormes conos de hielo: uniendo así, el techo con la superficie. Grandes pilares de carámbanos dispersos en forma aleatoria hacían ver la caverna como un bosque congelado.

El suelo, hecho de hielo también, hacía que el grupo patinara, teniendo que dar cada paso con sumo cuidado.

El pequeño grupo caminó por horas. Dentro del lugar era imposible saber si era de día o de noche. Pero después de andar por un largo trecho, esa pregunta fue respondida: el grupo llegó a una zona donde el techo de la caverna de hielo era tan delgado que permitía pasar los rayos de sol, formando prismas de colores que se reflejaban en las paredes del hielo. Haciendo ver el lugar como si estuvieran dentro de un arcoíris.

Dante, con Maya todavía cargada entre sus brazos, le susurró al oído:

—Mira esto, niña.

Los ojos de ella se entreabrieron. Le tomó un instante digerir lo

que sus ojos contemplaban. Al asimilarlo, abrió los ojos sorprendida. Sus pies bajaron y tocaron el suelo al tiempo que se separó de Dante. La chica volteó a su alrededor: colores rojos, magentas, azules, verdes, púrpuras, amarillos. Todas las tonalidades salían disparadas desde el techo y revotaban en cada rincón de la cúpula de hielo. Luego, miró a sus pies. El suelo parecía un espejo donde los colores se reflejaban y se reproducían por docenas.

Yank volteó a su alrededor con la boca abierta. Por un instante, el frío quedó como un lejano recuerdo.

Yina sonrió y se adentró a una segunda recámara donde algo captó su atención: un majestoso portal de veinte metros de altura se alzaba frente a ella. Estaba hecho de madera y remachado con grecas de plata en sus cuatro esquinas.

Queriendo correr, como la niña que todavía era, entró a la segunda recámara, pero sus pies se deslizaron y casi cayó de espaldas. Afortunadamente, Dante se encontraba cerca y la sujetó en el último segundo.

—¿Qué es esto? —preguntó Maya sin dejar de salir de su asombro.

—El templo de los lamentos —respondió Yina mirando el enorme portal—. Estamos a salvo.

Maya avanzó cerca de la entrada cuando sintió cómo un escalofrío recorrió todo su cuerpo.

—¿Quién vive allí? —preguntó Maya al retroceder un par de pasos.

—Es el templo de Décima —respondió Yank—. No tienes porque temer.

—Vamos —dijo Dante—. Allá podremos descansar.

Dante y Yank recargaron sus cuerpos sobre la entrada y empujaron sin el menor esfuerzo. El enorme portal se deslizó en silencio, dejando abierta una pequeña rendija donde pudieron entrar de uno en uno.

Maya fue la última en pasar. Sintió que, en aquel lugar, tomaría la decisión que cambiaría su destino.

«Creo que mi voluntad no podrá cambiar mi destino —pensó Maya al sentir una punzada en su corazón».

Capítulo 43

El frío desapareció al momento que pusieron un pie en El Templo de los Lamentos. Una cálida brisa circulaba por el santuario y olores de incienso dulce, afrodisiaco y floral aromatizaban el lugar.

Era un lugar majestuoso: cúpulas en los techos emulaban un sinnúmero de *galaxias, cúmulos globulares, nebulosas y diferentes constelaciones*. Columnas de estilo griego daban la impresión de elevarse hasta el infinito. La decoración, en las paredes, eran de influencia árabe y musulmana. Tapices renacentistas, pintados al óleo de guerreros y santos, colgaban desde lo alto; sin poder ver el techo, parecían flotar en el aire. Esculturas de dioses hindúes adornaban el centro del pasillo. Artesanía y jarrones de la china antigua descansaban en mesitas de maderas finas de cedro y roble. Estas decoraban a todo lo largo de los siete pasillos que llevaban a los siete continentes; un par de ojos no era suficiente para contemplar tal exhibición de arte y belleza del mundo a lo largo del tiempo.

—¿De dónde viene todo esto? —preguntó Maya al no poder salir de su asombro.

—Aquí nace la inspiración del hombre —sonrió Dante al voltear a verla.

El grupo llegó a una habitación continua donde se encontraron con una plaza plana tan grande como cinco estadios de fútbol. El suelo cubierto de alfombra persa, con decorados simétricos de rombos, se extendía a lo largo del lugar. Sobre ella, un océano de monjes, hincados en forma armoniosa, envolvían toda la plaza, dejando apenas un espacio de diez centímetros entre ellos. Todos ellos llevaban puestas capuchas que cubrían sus cabezas y sombreaban sus rostros. Cada uno de los monjes llevaba, en sus manos, una piedra de diferente tamaño. Al frotar las piedras con las manos, un sentimiento de nostalgia embargaba el corazón de los monjes, haciendo que cayeran sus lágrimas sobre las rocas. Una vez empapadas las piedras con lágrimas, los monjes continuaban tallándolas con las manos. Poco a poco, las piedras se iban desmoronando. Haciéndose, cada vez, más y más pequeñas hasta alcanzar el tamaño de un grano de arena. Pero el trabajo de los monjes no terminaba allí, estos continuaban frotando, con las yemas de los dedos índice y pulgar, los granos de arena hasta que las piedras se desintegraban por completo. Al disolverse las piedras,

aquellos monjes se transformaban en esculturas de ceniza. Entonces, una ráfaga de viento soplaba con suavidad, esparciendo sus cenizas hasta lo alto del templo, rumbo al lugar donde se encontraban las constelaciones. Perdiéndose, así, en la inmensidad del infinito. Posteriormente, otro monje caminaba hasta el lugar vacío que había dejado el monje anterior. Se hincaba exactamente en el mismo sitio, sacaba una piedra de la bolsa de su túnica y comenzaba a tallarla. Las lágrimas brotaban casi de inmediato: repitiendo aquel eterno ciclo.

Maya caminó cerca de uno de los monjes, advirtiendo cómo un delgado hilo plateado entraba y salía de sus párpados, dejándolo completamente ciego.

—¡Sus ojos! —expresó Maya —. ¿Por qué han cosido sus párpados?

—La tentación siempre entra por los ojos —dijo una voz femenina.

Maya volteó asustada y vio a una mujer salir de entre las sombras.

El grupo quedó atónito al contemplar a Décima pararse frente a ellos.

Décima era alta, espigada, de nariz recta y ligeramente respingada; su piel parecía de mármol blanco tallado. Sus ojos, grandes, tenían un color azul tan transparente que si hubiera tenido peces dentro del cráneo, seguro se les hubiera visto nadar dentro. Sus labios eran de un tono rosa suave. Sus cabellos eran tan rubios que se asemejaban a los rayos del sol traspasando las nubes en un crepúsculo. La mujer llevaba puesto una túnica color azul claro, tan delgada que se podían ver un par de bien formados pechos pequeños, con pezones rosados.

Décima sonrió al grupo en señal de bienvenida. Aquella sonrisa le dio confianza a Maya para aclarar sus dudas con respecto a los monjes.

—¿Por qué lloran? —preguntó Maya.

—Las piedras representan los momentos que lastimaron a alguien o así mismos. Cada frotada sobre ella es un recuerdo, el recuerdo les provoca llanto y el llanto limpia sus faltas.

—¿Limpian sus pecados con sus lágrimas? —preguntó Yank.

—Con sus remordimientos —aclaró Décima—. Algunas almas son semillas muy débiles por sus faltas. Si quisieran renacer, lo harían como un ser inferior o no renacerían por completo.

—Te refieres a los pecadores —dijo Yina—. Creí que los pecadores no tenían salvación y debían renacer como un ser inferior.

—Siempre hay opciones —dijo Décima

—¿Hay forma de curar los pecados? —preguntó Dante.

—Nunca podrán renacer, si a eso te refieres, pero pueden curar sus almas sirviendo como abono para otras semillas.

Un monje terminó de deshacer la roca con sus lágrimas y se transformó en cenizas que fueron esparcidas por el viento.

—Hasta un pecador tiene esperanzas si sirve a un propósito mayor —comentó Décima al ver desvanecerse al monje.

—Al final, todos nos sacrificamos por el bien de los demás —dijo Yank.

—No, no es sacrificio —Décima lo miró con una sonrisa—. Es compartir. Ellos se transforman en tierra abonada, mientras que las almas puras dan una nueva vida. Una simbiosis que ha existido desde que el mundo fue creado. Ese es el secreto de la eterna armonía. El compartir algo con los demás y el recibir algo de los demás.

Maya estaba encantada con aquellas enseñanzas, pero el cansancio de los días anteriores terminaron por hacer mella en su debilitada alma y, al no ser por Yina que la agarró en el aire, casi se desplomó contra el piso.

—Décima, estamos aquí por… —dijo Yina.

—Lo sé. Sé todo de cada uno de ustedes y de su misión. No se preocupen, Ni siquiera Yama, ni sus guardianes pueden entrar aquí. Descansen hoy. Mañana podrán continuar su camino.

—Hemos visto nuestro destino en el Bosque de las Luces —dijo Yank—. ¿Podemos cambiarlo?

—El destino no está escrito en piedra —respondió Décima con una sonrisa amable—. Está escrito en las decisiones que tomamos.

Capítulo 44

Los apagones se habían hecho más frecuentes; lo que hizo que se inundaran, aún más, las instalaciones de Corporación Astral. La pérdida de durmientes aumentó de forma drástica y los pocos trabajadores que quedaban no se daban abasto en disponer de tanto cadáver que, en poco tiempo, comenzarían a pudrirse y apestar el lugar. Eugenio pidió que le mandaran a Becca para ayudar a solucionar el problema, pero Becca estaba fuera del equipo.

∞ ∞ ∞

Por una parte, Becca, sintió un alivio al no trabajar más para una compañía que no apreciaba el valor humano. Sin embargo, le preocupaba haber dejado solo a Dante. Ahora, Virgilio podía tomar cualquier decisión por el bien de la compañía, pero no por la seguridad de los guerreros astrales que estaban dando más que la vida, su alma.

«Tal vez Sarah influya para ayudar a Dante en una situación peligrosa —pensó Becca—. Además, de ello también depende la vida de Mateo. El problema es que, Sarah, siempre ha estado más casada con la compañía que con su familia. Claro que ella había creado parte de la compañía, pero su familia era de carne, huesos y alma. Corporación Astral no dejaba de ser de concreto, metal y sin alma alguna. Era un monstruo que quiso solucionar un problema y, sin darse cuenta, ellos mismos se habían convertido en el problema».

Becca sacudió la cabeza cuando las luces del pasillo parpadearon de nuevo. Sin darse cuenta, se encontraba al final del pasillo: frente al elevador que la llevaría hasta el lobby y, de ahí, a su nueva vida; si acaso existía una nueva vida para ella o para cualquier otra persona.

«¿Qué hacer ahora? —Se preguntó así misma—. ¿Hacer un viaje astral clandestino y vivir, el poco tiempo que le quedaba a la humanidad, en el Limbo? ¡No!». Los pocos viajes a ese extraño mundo le habían dejado mal sabor de boca.

«¿Desde cuando la humanidad se convirtió en un virus que, al morir su huésped, se pasaba a otro para destruirlo?».

El ascensor deslizó sus puertas, abriéndose de par en par. Becca entró y apretó el botón que decía: *lobby*. Esperó unos segundos, pero las puertas no cerraron. Oprimió varias veces el botón del

ascensor sin obtener respuesta. Últimamente los ascensores de los empleados fallaban con frecuencia: «¿y si se iba la luz y quedaba atrapada en otro apagón?». De pronto, solo sintió ganas de salir del edificio. Pensó en bajar por las escaleras, pero descartó la idea de inmediato: eran sesenta y cinco pisos, una verdadera locura bajar todos esos escalones a pie. De nuevo, oprimió el botón del ascensor sin obtener respuesta. Miró al elevador de enfrente: era exclusivamente para los ejecutivos y Becca le había regresado la tarjeta de acceso a Sarah. La chica insistió un par de minutos y, finalmente, salió del ascensor. Miró al elevador de ejecutivos: imposible tomarlo sin la tarjeta. Luego, un chirrido llamó su atención. A un costado del elevador de empleados, se encontraba el montacargas de estilo jaula para deshacerse de las personas que habían muerto en criogenia. En todos sus años en la compañía, Becca, jamás lo había tomado. Estaba estrictamente prohibido para el personal no autorizado subir en él. El montacargas llegó al piso donde ella se encontraba y un par de manos deslizaron su puerta hacia arriba. De allí salieron dos guardias de seguridad de Corporación Astral. Becca les regaló su mejor sonrisa e intentando posar de la manera más sexy que pudo, dijo:

—Parece que se descompuso el ascensor de empleados. —Un tono coqueto de mujer indefensa salió de sus labios—. ¿Qué tiene que hacer una mujer para bajar sesenta y cinco pisos?

Uno de los guardias la miró directo a los ojos y le sonrió, devolviéndole la coquetería.

—Supongo que caminar —le respondió el guardia de seguridad.

—Idiota —dijo Becca a regaña dientes.

Ambos guardias soltaron una carcajada.

Becca nunca había sido buena para coquetear. Siempre había pensado que era mejor tener cerebro que belleza. Al parecer eso no le ayudaría con los trogloditas que su única función era obedecer sin cuestionar: tal como un bulldog lo haría con su amo.

Los guardias se alejaron. Becca miró al montacargas en forma de jaula y se dijo para sus adentros: «¡Qué diablos! ¿Qué van a hacer, despedirme?». Echó un vistazo a su alrededor. Los guardias ya no estaban. El número de empleados era de tan solo unos cuantos; las posibilidades de ser descubierta eran nulas. Becca se apresuró al montacargas y, una vez adentro, observó el tablero que tenía solo dos botones: arriba y abajo. Oprimió el botón con la flecha hacia abajo. De inmediato, el montacargas chirrió. Becca deslizó la puerta hacia arriba y cerró la compuerta. El ascensor comenzó a descender. Becca apoyó la cabeza en la pared. Su cuerpo estaba exhausto. «¿Cuántas horas sin parar de trabajar? ¿Catorce, dieciocho?» Eso ya no importaba. Quería llegar a casa y dormir. Quizá, con un poco de

suerte, el mundo terminaría antes que despertara.

El montacargas estaba pobremente iluminado: sombrío, lleno de penumbras que se movían sobre el rostro de Becca a medida que iba bajando. El rechinido que emitían los cables que bajaban al montacargas eran como un gato que maullaba una y otra vez, haciendo el viaje monótono e insoportable. Becca agradeció cuando casi llegó al lobby de la corporación. Poniéndose frente a la puerta, se preparó para salir, pero el montacargas no se detuvo, continuó bajando aún más. Con el pulgar, Becca golpeó el botón con la flecha hacia arriba. Nada. Golpeó ambos botones. El ronroneo que hacían los cables del montacargas eran como una burla para Becca. Sin desearlo, pronto estaría en el lugar donde solo unos empleados se les permitía ir.

Finalmente, el montacargas crujió, sacudiéndose y parando de un golpe tan fuerte que hizo que a Becca se le aflojaran las piernas. Becca acercó su mano a la puerta de salida. La levantó y salió a paso lento del montacargas. Esperó unos segundos a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad. Lo primero que divisó fue un largo y decadente pasillo. El golpeteo, de las gotas al caer desde las viejas tuberías, era constante y se extendía por todas partes. El olor a humedad entró por sus fosas nasales, haciendo que casi se desmayara. No era solo la humedad. Apestaba a animal muerto. Pensó en las ratas, que sin nada más que comer, se comían entre ellas y las sobras quedaban empapadas y pudriéndose en aquellos suelos de cemento. «¿Por qué ese lugar era tan limitado a los trabajadores?». Quizá, Corporación Astral, no quería mostrar su decadencia. Era un dinosaurio que negaba su extinción —aunque se estuviera pudriendo por dentro—.

Becca arrastró los pies por las lozas de piedra húmeda. «Las escaleras tienen que estar en alguna parte —pensó». Pero la oscuridad se condensaba adelante. En adición, ese olor: ese terrible olor a pudrición. Pensó en volver al montacargas, pero, seguramente, la llevaría de nuevo hasta el piso de donde venía. Además, no podía arriesgarse a que alguien estuviera esperando al montacargas y la descubriera. Pero ese hedor se convertía en una barrera para continuar. De pronto, se escuchó un chirrido de metales haciendo fricción entre ellos. Becca miró por encima del hombro y observó al montacargas cerrar sus puertas y comenzar a subir.

—No, no, no —corrió Becca para alcanzar al montacargas. Demasiado tarde. Al dudar tanto en tomar una decisión, el destino la había tomado por ella.

Sin otra opción, Becca siguió avanzando. El lugar, claramente en desuso, era una cloaca con tal pestilencia que golpeaba su nariz a

cada respiro. Becca cubrió su boca y nariz con la camisa y pensó en regresar… Cuando entonces, escuchó una máquina ronronear en la distancia. Becca siguió el sonido. Aquella peste la perturbaba, provocándole mareos. Sintió ganas de volver el estómago y, recargando la palma de sus manos sobre la pared, intentó vomitar, pero solo aire con un saborcillo amargo, salió expulsado de su boca. La chica alzó la cabeza y miró una luz rojiza al final del corredor. Impulsó su cuerpo hacia delante hasta llegar a una habitación que se asemejaba a una fábrica abandonada. La luz rojiza que iluminaba pobremente el lugar, provenía de unas bombillas a la entrada. Becca deslizó sus pies dentro de aquella plaza subterránea tan grande como un campo de fútbol. La fetidez provenía de aquel sitio. Becca entre cerró los ojos para ver mejor. De inmediato, sus ojos captaron algo que no logró comprender del todo: enormes capullos translúcidos de color blanco, del tamaño de un hombre, colgaban y se enfilaban a todo lo largo del recinto. Al fijar la vista, descubrió que se trataban de largas bolsas de plásticos, parecidas a cubre trajes. Becca se adentró entre el laberinto de las bolsas colgantes y echó un vistazo dentro de ellas, advirtió que sombras oscuras habitaban dentro. Daban la impresión de ser capullos gigantes que guardaban larvas en su interior. Con tensa calma, se acercó a una de esas bolsas para descubrir lo que escondía dentro. De inmediato, sus ojos se abrieron llenos de terror. Su mente se negaba a aceptar lo que sus ojos miraban. Con el rostro pasmado, le tomó unos segundos digerir lo que descubrió. La figura era la de un hombre. Lo más espantoso era que, a esa misma persona, la había visto con vida hace unos días atrás.

El hombre había sido arrestado, junto con su familia, por hacer el viaje astral en forma clandestina. Becca había visto, con sus propios ojos, cómo habían puesto en criogenia a la familia entera. Pero eso era imposible, regularmente los que fallecían en criogenia llevaban congelados varios meses, incluso años.

Becca retrocedió horrorizada. Su espalda fue a estrellarse con otra bolsa: en esta ocasión, la de un niño de no más de diez años. «¡¿Qué carajo está pasando aquí?! —se preguntó Becca—. ¿En qué maldito lugar he estado trabajando?».

De repente, se escucharon unas voces. Era difícil descifrar lo que decían. Parecía que el sonido salía de una radio de onda baja. Becca se ocultó detrás de una de las bolsas largas y traslúcidas. Entonces, observó a un par de hombres cubiertos, de pies a cabeza, con impermeables. Aquellas batas quizá fueron blancas en su mejor tiempo, pero ahora, era imposible saber su color original. Las manchas de sangre seca y costras de mugre se les habían impregnado como una segunda piel. También llevaban puesto, igual

de sucias, cubre bocas y gafas de protección.

Becca siguió con la mirada a aquellos hombres que parecían sacados de una película donde un virus había acabado con la raza humana y su única protección eran aquellos trajes de astronautas. Los hombres entraron a una habitación de donde salían las bolsas de plástico. Estas estaban colgadas en ganchos y eran llevadas por franjas móviles hasta aquel mausoleo monstruoso, donde, una vez ahí, los cadáveres se aglutinaban, chocando unos con otros.

Becca se puso en cuclillas y avanzó hasta el cuarto donde habían entrado los hombres con las batas de plástico. Un enorme ventanal se levantaba desde la mitad de la pared hasta el techo. Los ojos de Becca se asomaron por el borde del cristal. De inmediato, sus pupilas se dilataron. La chica cubrió su boca, dejando un grito ahogado atorado en su garganta. Luego, cayó sobre sus piernas e intentó que el aire entrara en sus pulmones.

Aquel cuarto era una carnicería donde los durmientes eran llevados y colgados como reses. Sin discriminación: Hombres, mujeres y niños eran enganchados con garfios de acero y envueltos en los cubre trajes de plástico color blanco.

«¡¿Qué diablos hacen con los cuerpos?! —Se preguntó Becca».

Luego, Becca miró por encima del hombro: sus ojos se habían adaptado mejor a la oscuridad. El número de cadáveres, colgados desde el techo, era infinito.

Becca sintió la necesidad de salir de allí. Era su deber decírselo a alguien, pero ¿a quién? Corporación Astral era la única ley a nivel mundial. Becca lo meditó por unos segundos. Lo mejor sería salir de aquel lugar y huir lo más lejos posible. Tomar un automóvil y manejar hasta que se agotara el combustible. Después, seguir a pie hasta que ya no pudiera andar más. Becca se puso de pie y comenzó a correr al tiempo que su rostro se estrelló contra las bolsas de los muertos. Quiso avanzar, pero parecía que las bolsas le cerraban el paso. Era alguna clase de broma macabra que le jugaba el destino y no la dejaba escapar. Un castigo por haber trabajado en aquella compañía. Entonces, tropezó con una bolsa que se encontraba medio abierta. Al ver el rostro en el interior, las piernas se negaron a responderle. En aquel momento, cayó en cuenta que nadie estaba a salvo.

Vanthy estaba dentro de la bolsa. Su rostro pálido, casi transparente, la miraba con ojos suplicantes. Aquel par de ojos de color aceituna ahora tenían un tono gris opaco. Esa mirada alegre que había impresionado a Becca el día anterior, ahora la miraba con las pupilas dilatadas: sin luz, sin vida.

De repente, se escuchó un chirrido: El ascensor de carga estaba bajando. Becca entró en pánico. Seguramente, si era descubierta,

terminaría en una de esas bolsas. Debía esconderse. Esperar que salieran los hombres del montacargas y escabullirse hasta el ascensor. «¡¿Dónde esconderse?! ¿Detrás de las bolsas de plástico, pero si, por una mala jugada, alguien volteara abajo y viera sus pies?». Eso sería el colmo de la mala suerte. No podía arriesgarse, ese día ya había demostrado no ser el suyo.

El montacargas se detuvo. Las puertas rechinaron al abrirse. Un par de voces se dirigieron en dirección a ella. Becca escuchó los pasos acercarse. «¡¿Dónde me escondo?! ¡Dios mío, por favor, ilumíname!».

∞ ∞ ∞

Marcus y uno de los Científicos de Corporación Astral habían salido del montacargas. Sus pies los llevaban, sin querer, al lugar donde Becca se escondía.

—Necesito a Virgilio aquí abajo —dijo el Científico al leer un reporte.

—El señor Virgilio estará muy ocupado hasta que termine la misión.

—No lo entiende, la materia prima se está acabando. Pronto no habrá abono para las plantas.

—El señor Virgilio asegura que, muy pronto, eso no será motivo de preocupación.

Marcus y el Científico se abrieron camino a través de las bolsas de los cadáveres. Por un milagro, Becca había desaparecido. Marco y el Científico siguieron de largo hasta la habitación contigua.

∞ ∞ ∞

Con un ojo, en el interior de la bolsa donde se encontraba Vanthy, Becca miró perderse a Marcus y al científico en la habitación adyacente. Dentro de la bolsa de plástico, Becca sujetaba el cuello de Vanthy con fuerza mientras que sus pies quedaban suspendidos en el aire.

Al no ver más a Marcus y al Científico, la chica se dio vuelta, solo para toparse con los ojos desorbitados de Vanthy que la miraban fijamente. Becca, que se aferraba con fuerza al cuerpo de Vanthy, notó lo frío y duro que estaba. Jamás pensó que aquella mano, que había estrechado el día anterior, ahora se sentiría como una escultura de mármol. Sin embargo, Becca notó algo en el olor que emitía Vanthy. No era la fetidez de un muerto. Por el contrario, su aroma era agridulce: tal y como había sido su muerte. Dando la vida para un propósito mayor.

Después de unos segundos, Becca decidió que era hora de salir de allí. Bajó los pies y, de inmediato, la punta de sus dedos comenzaron a buscar el suelo. Tenía que escapar cuanto antes del edificio y no volver jamás. Entonces, la bolsa de plástico, con ella y Vanthy dentro, comenzó a deslizarse hacia adelante. Becca miró por la abertura de la bolsa de plástico: todas las bolsas con los cadáveres se habían puesto en marcha, deslizándose hasta un portal enorme y oscuro. Becca dejó caer su cuerpo, pero sus pies no tocaron el piso; por el contrario, su cuerpo pegado al de Vanthy, quedó colgando. Los ojos aterrados de la chica se abrieron aterrados. Empujó el cadáver de Vanthy, solo para descubrir que los dedos de la muerta se aferraban enredándose en su camisa. Cogió los dedos fríos y tiesos de Vanthy e intentó abrirlos. Era como tratar de romper una piedra a la mitad con las manos. Miró por encima del hombro: las demás bolsas, con los muertos, se internaban en aquel portal que parecía una boca enorme y oscura. Fue cuando concentró toda su fuerza en abrir los dedos de Vanthy cuando… Uno de los dedos se partió por la mitad, colgando, en forma de gancho, en la mano de Becca. La chica gritó a todo pulmón. En ese punto, ya no le importaba el ser descubierta. Tenía que salir de ahí cuanto antes. La buena suerte la había abandonado o, quizá, nunca había estado a su favor.

—¡Auxilio! —gritó, pero no se escuchó ninguna voz responder a su grito desesperado. El único sonido era el rechinar de la banda metálica sobre su cabeza que se movía lenta pero inexorablemente.

—¡Auxilio! — gritó de nuevo, pero fue lo último que se escuchó de ella antes de ser devorada por aquel portal tenebroso. Becca había entrado a una zona desconocida.

Capítulo 45

Las bolsas de plástico parecían larvas translúcidas que colgaban sobre un océano enorme de fango: una imagen sacada de una pesadilla surrealista.

Becca echó un vistazo por debajo de sus pies: unos quince metros al vacío la separaban de ese lago turbio y espeso. La chica volteó a ambos lados: ningún lugar de escape. La banda giratoria, con los cuerpos colgando, frenó de golpe; emitiendo un chasquido metálico. Becca quedó petrificada. Las bolsas, con los cadáveres, se balancearon de un lado a otro chocando entre ellas. Luego un silencio se apoderó del lugar. Becca miró por encima de la bolsa de plástico: la oscuridad era aterradora. De pronto, un clic metálico hizo eco en aquella caverna artificial. Los cuerpos comenzaron a caer por hileras.

El rostro de Becca quedó paralizado. Sus ojos se abrieron llenos de horror y su quijada se tensó. Sus dientes y muelas crujieron al presionarlos. Becca sabía que en cualquier momento le tocaría el turno de caer, pero ¿cuándo?… Al pensar en eso, el gancho, que la sostenía, se soltó. Becca sintió cómo el aire le subió hasta la garganta. No supo cómo la mano petrificada de Vanthy la había dejado libre. La caída no duró más que un par de segundos, pero para ella fueron momentos interminables. Becca alcanzó a cerrar los ojos antes del impacto. En tan solo un segundo, estaba cubierta de un líquido viscoso.

∞ ∞ ∞

El agua era un fango de arenas movedizas lleno de cadáveres.

El olor a putrefacción era tan intenso que casi desmayó a Becca. A manotazos y patadas, la chica, removió la bolsa de plástico que había quedado enredada en su cuerpo. Una vez libre, sus pies y manos lucharon por mantenerse a flote. Pero era una batalla perdida. Mientras más peleaba, más se hundía en aquella laguna turbia. De pronto se le vino a la mente el rostro de Dante: aquel héroe, aquel único amigo, aquel amor secreto. Ahora estaba segura que jamás volvería a verlo.

Destellos de recuerdos golpearon su mente: el primer equipo de química cuando era niña, las horas sin dormir estudiando, el primer beso del chico que le juró amor eterno y que jamás volvería a ver, el rostro de su madre; esa madre soltera que sacrificó todo para

darle una carrera. Todos esos momentos se redujeron a ese instante. El instante de su muerte.

Becca maldijo el no haber vivido más para lograr sus sueños. En lugar de eso, había ayudado a otros a realizarlos. A eso se reducía su vida. A una fosa común dentro de aguas pestilentes.

La joven miró a su alrededor. Los cadáveres se hundían lentamente. Aquellos desconocidos serían sus eternos compañeros. Con suerte, quizá sus almas se toparían en el otro mundo.

Becca estiró el cuello para que el oscuro lago no le cubriera el rostro. El agua se sentía turbia y helada.

«¿Debería aguantar la respiración o tomar una gran bocanada de agua sucia y dejarme morir? —meditó Becca». La chica prefería terminar rápido que tener una muerte lenta y dolorosa, pero su instinto de supervivencia la estimulaba a seguir luchando. Sin más, Becca se hundió en la fangosa agua.

Una vez dentro, Becca sintió un par de manos que le sujetaron los talones.

La joven miró abajo: sus ojos se llenaron de terror al mirar a Vanthy observándola con los ojos muy abiertos. Becca notó una minúscula chispa de vida brillar en las pupilas de Vanthy.

El cuerpo de Vanthy escaló a Becca, subiendo por las piernas, las caderas, la cintura, los pechos, los hombros… Becca gritó al momento que burbujas enormes salieron de su boca. El sabor de agua podrida envolvió su paladar y entró en su garganta.

Vanthy arrastró a Becca hasta el fondo de aquella laguna pestilente. Al llegar a un fango uniforme, Vanthy encajó una mano en la superficie cenagosa. Su cuerpo tomó una estructura lodosa, propagando aquella forma de tierra y agua hasta Becca. Al terminar la transformación, ambas mujeres se mimetizaron con el fango, desapareciendo de la pantanosa agua.

∞ ∞ ∞

Una mano luchó por salir de entre las ramas y arbustos. De inmediato, le siguió una segunda mano. Pareciera que un muerto viviente salía de su tumba en medio del bosque. Finalmente, salió la cabeza. Los cabellos negros, cubiertos de lodo y hojas podridas, se pegaban en el rostro angustiado de Becca. Un mar de confusión pasó por su mente. No sabía si estaba despierta o dormida. Quizá, despertaba en otro sueño, o mejor dicho, en otra pesadilla. Se encontraba por completo desorientada. Sin saber dónde se hallaba, el arriba y abajo daban la impresión de ser lo mismo. Entonces, la gravedad contestó la pregunta más rápido de lo que ella hubiera deseado. Su cuerpo, colgando desde un techo de yerbas y maleza,

era succionado al suelo. La chica quiso asirse de cualquier cosa: demasiado tarde, su cuerpo ya estaba en el aire. Fue una caída rápida. Un golpe seco hizo crujir su espalda.

Desorientada, Becca miró al techo con las pupilas dilatadas. Su rostro, cubierto de lodo, no salía de su asombro. Se había sumergido en el lago de los muertos y había salido con vida.

Becca, lentamente, se levantó al momento que miró a su alrededor: árboles y vegetación colgaban del techo; de inmediato reconoció el lugar. El invernadero de Corporación Astral.

Becca miró su pantalón, tenis *convers* y camisa: todo cubierto de un fango viscoso. De pronto, escuchó a un par de voces acercarse. Las voces pertenecían a un hombre y a una mujer. Buscando dónde esconderse, Becca giró su cabeza a ambos lados. Lo primero que vio fue un carrito de comida lo suficientemente largo para meterse en él. Como si fuera un gato, Becca se deslizó en sus cuatro extremidades hasta el carrito de comida. Alzó un mantel que cubría lo largo del carrito y vio una bandeja de soporte en el fondo y varias bandejas de frutas y legumbres en la parte superior. Como una sombra silenciosa, se escurrió dentro del carrito de comida. Una vez ahí, Becca enconchó su cuerpo: su cuerpo embono a la perfección. Por primera vez dio gracias por ser tan pequeña. Esperó un momento y oyó cómo aquella pareja ponía comida sobre el carrito. Luego escuchó coquetear al joven con la chica, pero ella evadía, hábilmente, aquellos galanteos con risas ingenuas. «Esa clase de risita era la misma que Becca hacía cuando Eugenio le coqueteaba».

De pronto, las ruedas del carrito rechinaron al ponerse en marcha.

—Lo siento más pesado que de costumbre —Becca escuchó decir al muchacho.

—Si no eres capaz de jalar un carrito, ¿cómo podrás con una mujer como yo? —dijo la chica riéndose entre dientes.

El carrito se detuvo. Becca esperó un momento. Luego, escuchó un par de puertas deslizarse. El carrito se movió un metro adelante y se detuvo de nuevo. Después de un par de segundos, las puertas se cerraron. Becca sintió cómo el ascensor subía. Cayó en cuenta de inmediato que se trataba de un ascensor de ejecutivos.

El elevador se detuvo. Las llantitas comenzaron a girar y a rechinar de nuevo. Becca alzó un poco el mantel; lo suficiente para echar un vistazo para ver a dónde se dirigían. Solo pudo distinguir un enorme corredor alfombrado de color escarlata. A los lados, faroles, incrustados en la pared, alumbraban perfectamente el pasillo.

«¿Dónde carajo me encuentro? —pensó Becca». No tenía ni idea

que existiera ese lugar en el edificio.

El carrito avanzó un par de minutos más cuando de pronto se escuchó el barullo de personas parloteando y riendo. «¿Y ahora que diablos está pasando?».

El carrito se detuvo mientras que dos pares de manos sacaron las bandejas con comida. Becca se inclinó hacia atrás, rezando para no ser atrapada en aquel momento. El ruido de una fiesta se amplificó al abrirse un portón. Becca deslizó sus piernas fuera del carrito y asomó su cabeza por encima del mismo. Sus ojos se abrieron desorbitados al tiempo que rabia, confusión y miedo invadieron su alma. Cientos de invitados comían y bebían de sobra. Las mesas rebozaban de comida. Becca distinguió a los ejecutivos de Corporación Astral con sus esposas e hijos. Todos bien vestidos, todos bien comidos.

—¡Oh, no! —En ese instante, la terrible verdad golpeó a Becca en plena cara.

Capítulo 46

En una fuente de color plateado, Décima vertió agua dorada sobre las manos de Yina. La palma de las manos de la guerrera de hielo sanaron poco a poco, cambiando del rojo al rosado. La dermis se regeneraba, los tejidos sanaban. En unos minutos, las manos de Yina se habían curado por completo. Yina alzó la mirada para ver a Décima esparcir agua sobre sus manos con una concha de mar color perla.

—Descansa —dijo Décima al terminar de rociar las manos de Yina—. Mañana necesitarás de todas tus fuerzas.

Yina sonrió y se retiró a sus aposentos.

Maya, ocultada tras una columna de mármol blanco tallado, contempló a Décima por unos segundos: la belleza, la tranquilidad y la armonía que se respiraba en aquel lugar la llenaban de paz interior; una sensación que hacía mucho no sentía. «Podría quedarme aquí para siempre —pensó—. Un lugar perfecto para criar a mi bebé. Quizá, si Décima lo permitía, podría ser su discípula. Prepararía las almas de los pecadores para convertirlos en tierra fértil para las nuevas almas. Tal vez una de esas almas sería la de mi bebé. Posiblemente, mi bebé tendría la sabiduría de encontrar a una mejor madre que ella».

—No hay mejor madre de la que lucha por su bebé —interrumpió Décima en los pensamientos de Maya.

—¿Cómo has podido leer…? —expresó Maya sorprendida.

—Ven aquí, niña. Quiero que veas algo.

Los pies de Maya avanzaron despacio. Aquel sentimiento de temor que sintió al entrar, lo percibió de nuevo. «Pero, ¿por qué tanto temor?».

—Los cambios siempre provocan temor —dijo Décima al extenderle la mano. «Ella puede leer todo lo que pienso —se dijo Maya así misma».

Era el momento de decir las cosas cómo las sentía. No podía ocultar nada con aquella mujer. Así que respiró profundo para darse valor y preguntó:

—¿Podemos cambiar nuestro destino?

—El destino cambia con la voluntad…, pero tu voluntad es muy débil en estos momentos. Fortalece tu voluntad y cambiarás tu destino.

—¿Y cómo fortalezco mi voluntad?

—Con decisiones firmes y bien pensadas. No te escondas de lo

qué pueda venir. Confronta tu destino con carácter.

Maya continuó avanzando mientras que volteó a un costado: un monje terminaba de deshacer una piedra entre sus manos; su cuerpo se convirtió en cenizas y después una ligera ráfaga de viento sopló, haciendo volar las cenizas rumbo al universo que servían como techo del lugar.

Un vacío envolvió el corazón de Maya. Una tristeza, unida con una enorme soledad que jamás había sentido, la invadió.

Al llegar junto a Décima, la mujer le indicó con los ojos que mirara dentro de la fuente. Maya asomó la cabeza: sumergida en el agua dorada, reposaba una piedra del tamaño de un puño.

—Tómala —dijo Décima con sutil voz.

Maya volteó a ver a Décima. Los ojos de la chica embarazada estaban muy abiertos. En ese instante supo que aquel era el terror que sintió antes de entrar al templo de los lamentos. El mismo terror que se apoderaba de ella en esos momentos: el miedo a la incertidumbre. Tomar una decisión que cambiaría todo, no solo su destino, el de su bebé; el de los guerreros astrales. El de la humanidad.

Con sumo cuidado, Maya, introdujo la mano en el agua. El tibio líquido daba una sensación de tranquilidad. Luego cogió la roca: era más suave de lo que pensaba. Al sacarla, la chica contempló su color marrón rojizo con tintes resplandecientes, eran como pequeñas gemas incrustadas en ella.

—Solo quiero lo mejor para mi bebé.

—El amor de una madre es ardiente, vigoroso; nunca espera nada a cambio.

El vestido, azul claro de Décima, irradió un resplandor como de luna llena.

—No puedo sacrificar a mi bebé —dijo sin dejar de ver la roca —. Tengo que escapar de este lugar, pero no sé a dónde ir.

—Siempre hay un lugar a dónde ir: hacia adelante. Nunca te quedes en el mismo lugar, nunca retrocedas.

—No voy a separarme de mi bebé.

—No tienes que hacerlo.

Los ojos de Maya se encontraron con los de Décima, enganchándose los unos con los otros.

—¿Me ayudarías?

—Solo tus decisiones te pueden ayudar. —Décima volteó a ver a la piedra.

Los ojos de Maya se movieron con lentitud, dirigiendo la mirada a lo que Décima veía.

—¿Qué pasará con mi bebé y conmigo? —dijo al mirar la roca.

—Sus cenizas fortalecerán a otras almas para que nazcan

humanos fuertes; más sabios.

—¿Mi hijo, se quedará conmigo?

—Ambos serán parte de un todo.

Maya dudó por un instante: «tengo que acabar con esta locura: nadie tiene porqué ser sacrificado».

—¿Qué tengo que hacer? —dijo Maya decidida.

—Talla la piedra con tus manos.

Maya estuvo a punto de hacerlo cuando paró en el último momento.

—¿Qué pasará con Ren?... ¿Con el mundo?

—¿Acaso eso importa? Tú y tu hijo serán libres. Lejos de las garras de Yama. Nadie podrá lastimarlos jamás.

Maya suspiró profundamente. El aire entró en sus pulmones, armándola de valor. Entonces, acarició la piedra cuando una lágrima emergió de su lagrimal y resbaló por su mejilla hasta caer en la roca. En ese momento, sintió como si todo se moviera en cámara lenta. Infinidad de recuerdos se le vinieron encima. Recuerdos tristes y hermosos. Memorias que le oprimían el corazón. Sin darse cuenta, sus manos dejaron caer la piedra, cayendo la roca cerca de sus pies.

—¿Qué fue eso? —dijo Maya con el corazón oprimido.

Décima recogió la roca y acarició el cabello de la chica.

—El exceso de amor puede cegarnos. Queriendo hacer un bien, podemos lastimar a los que amamos.

—¿Profesas que pueda cambiar mi destino… Aún continuando con el viaje?

Con ojos llenos de amor, Décima clavó la mirada a la chica embarazada.

—En cada segundo de tu existencia.

∞ ∞ ∞

Un velo blanco envolvía la pradera congelada mientras el cielo, color oro, nacía de nuevo.

Las montañas, en la distancia, estaban cubiertas de nieve desde los pies hasta la punta: tan solo eran salpicadas por las ramas de los pinos que lograban sacar sus puntas verdes, haciéndoles parecer como náufragos sumergidos en el océano que asomaban sus cabezas en búsqueda de oxígeno.

Detrás de aquellas montañas, que aún daban señales de vida por sus pinos, se hallaban las montañas congeladas: el lugar más inhóspito del inframundo.

Los guerreros astrales y Maya se encontraban del otro lado de la montaña de hielo. Décima los había guiado hasta la salida.

Maya acarició su vientre: el bebé se movió por dentro, alzando la barriga de su madre como pequeñas olas. Maya sonrió, volteó a ver al grupo por si alguno había contemplado ese pequeño milagro de vida. Solo Dante la veía con ojos llenos de ternura. Sin decir una sola palabra, una mueca de regocijo apareció en el rostro del guerrero astral.

—¿Lista? —preguntó Dante a Maya.

Sonriendo también, Maya asintió con la cabeza.

Yina y Yank fueron los primeros en salir del Templo de Décima. Maya los siguió. Dante asintió con la cabeza a Décima, en señal de agradecimiento. Antes que Dante diera un paso afuera, Décima lo cogió del brazo y le susurro al oído:

—Estar listo para morir, es haber logrado todo lo que pudiste haber logrado en la vida.

Los ojos de Dante se engancharon a los de Décima. No comprendió si era un presagio o un acertijo. Después de todo, ésa era una forma común de expresarse en el inframundo.

—Soy un sobreviviente. No voy a morir.

—Por supuesto…

Entonces, Décima le entregó la piedra que Maya había sustraído de la fuente.

—Esa será la decisión que tendrás que tomar —dijo Décima.

Dante cogió la piedra y la guardó dentro del bolsillo del gabán.

—Asegúrate de tomar la decisión correcta, guerrero del tercer ojo.

Por un par de segundos, Dante penetró los ojos de Décima con la mirada. «¿Qué diablos querrá decir?».

Luego volteó a ver al grupo: habían adelantado bastante en ese momento. El guerrero astral asintió de nuevo a Décima y se alejó del Templo. Comprendía que el destino de todos era incierto. Pero ya un par de veces, dos oráculos diferentes, habían presagiado su muerte. No pudo dejar de sentir un escalofrío. La incertidumbre del futuro siempre daba cierto temor y, más aún, cuando todos presagiaban su muerte.

Capítulo 47

Las montañas congeladas se elevaban como rascacielos enormes. En su interior no existía tierra ni roca: eran de hielo sólido. Al caer las ventiscas, la nieve se acumulaba en grandes extensiones. Formando, así, enormes montículos y, cuando caía la noche, la nieve se solidificaba creando las montañas. Al siguiente día se repetía la acción; las montañas continuaban creciendo y las ráfagas, de viento helado, las iban formando. Esto había transcurrido por miles de años. Ahora, las montañas lucían enormes; emitiendo un encandilador resplandor cuando el sol las golpeaba de lleno. Eran las Montañas del Hielo Eterno.

Los guerreros astrales y Maya se abrieron paso entre la tormenta de nieve. El reflejo del sol les ayudaba a mantener el cuerpo caliente, mas mirarlas directamente los podría dejar ciegos. Resultaba ser una espada de doble filo. Aquello que los mantenía con vida, también podía matarlos.

Dante, con el cuello del gabán cerrado para cubrirle la nariz y la boca, aceleró el paso y agitó el brazo para que el grupo avanzara deprisa. Tenían que salir de las montañas congeladas antes de que cayera la noche. De lo contrario, sus almas quedarían congeladas hasta el final de los tiempos.

Yina ayudaba a Maya a seguir adelante, compartiendo su gabán con ella.

Yank, junto a ellas, encendía su plexo solar con suavidad. De este modo irradiaba un calor reconfortante para las chicas.

De pronto, Dante alzó el brazo en forma de escuadra y, con la mano abierta, indicó que se detuvieran.

—¿Qué pasa? ¿Por qué paramos? —gritó Yank.

Dante miró por encima del hombro. El viento rugía tan fuerte que, el guerrero del tercer ojo, tuvo que desgarrarse la garganta para que pudieran escucharlo.

—Es el final del camino.

Yank avanzó hasta llegar a su lado. Una vez frente a él, inclinó su cuerpo hacia delante y miró al borde de un acantilado que les cortaba el paso. El fondo del precipicio estaba cubierto de nubes negras que formaban una alfombra sombría y aterradora.

El grupo comenzó a caminar a lo largo del borde del acantilado. Parecían pequeñas motas de polvo negras, deslizándose sobre una estela blanca de luz en un filo tenebroso de un sótano sombrío.

Después de horas de camino, la ventisca cesó sus vientos gélidos.

El sol golpeó directo a las cabezas de los guerreros astrales y Maya. Los rayos del atardecer rebotaban en la nieve como espejo. El calor aumentó unos cuantos grados; señal que la región de las montañas congeladas estaba quedando atrás. Yina, que aún sostenía a Maya, miró por encima del hombro. Ahora, las montañas de hielo parecían pequeños puntos de cristal que destellaban como prismas de colores azul, rojo y naranja. El sendero, junto al acantilado, se volvió uniforme y rocas, tan grandes como autos, brotaban de la nieve y del hielo, esparcidas como pecas en el rostro de una mujer albina. Detrás del grupo, se alzaba un monte de nieve. Allí, enormes pinos daban las primeras señales de vida en el agreste lugar.

Dante desabrochó el cuello del gabán. De inmediato, pequeñas nubes de aire condensado salieron de su boca y nariz. El guerrero del tercer ojo observó algo a lo largo del acantilado que le hizo correr entre la nieve. Después de avanzar algunos metros, sus pies frenaron de golpe. Frente a él se encontraba un puente, tan largo, que apenas se vislumbraba del otro lado y tan estrecho que apenas una persona podría cruzarlo sin resbalar y caer al vacío. La estructura de aquel puente era de hielo sólido. Construida por algún capricho de la naturaleza, servía de paso a los viajeros para continuar su éxodo hacia el Océano de Loto y, de ahí, a la reencarnación.

Yank se colocó a un lado de Dante.

El sol, que tenía medio circulo sumergido en la línea del horizonte, golpeaba ambos rostros en un tono naranja.

Dante volteó y observó a Maya recargar su cuerpo sobre el hombro de Yina.

—Solo podrá cruzarlo una persona a la vez — dijo Dante al mirar a Maya.

El rostro, de la chica embarazada, parecía un esqueleto viviente: pálido, con enormes ojeras que daban la impresión de ser dos hoyos en las cuencas de sus ojos.

—¿Crees que puedas cruzarlo sola, Maya? —preguntó.

Maya levantó los párpados. Sus verdes ojos brillaron como lagunas que reflejaban un bosque en pleno amanecer.

Exhausta, la chica embarazada asintió con la cabeza. Parecía que su cuello actuaba por inercia. Dante percibió el agotamiento de la chica. En los últimos días se le había exigido más de lo que podía dar. Ahora, cerca de llegar a su destino; existía el peligro de que Maya fuera a resbalar y su alma perderse en las profundidades del abismo.

—Será mejor que veas esto, Dante. —Yank tenía la vista clavada al final del puente.

Dante despertó de sus pensamientos; giró la cabeza para fijar la

vista en el puente: dos difusas figuras avanzaban al final del puente.

Somnus y Mateo caminaban a duras penas sobre el puente. El viaje también los había extenuado. Incluso, la sonrisa burlona de Somnus había desaparecido.

«¡Allá están! —gritó Dante para sus adentros».

Luego se apresuró a cruzar el puente de hielo, pero al poner un pie en el, se escuchó un breve crujido. Miró por debajo de las plantas sus pies: se habían formado grietas en forma de telaraña. Entonces, levantó la vista: «siempre Somnus a un paso adelante».

—Deja que Maya cruce primero —dijo Yina mientras sostenía el cuerpo sin fuerzas de la chica embarazada—. Yo estaré detrás de ella.

—No dejaré que Somnus escape con Mateo de nuevo.

Los ojos de Yina se clavaron en los de Dante.

—No lo harán. Los atraparemos del otro lado.

Dante dudó. Reconocía que Yina tenía razón, pero la rabia que sentía por Somnus era tanta que no le importaba poner en riesgo la misión. Entonces, sintió una sensación de peligro que recorrió su columna vertebral como una descarga eléctrica: el guerrero astral cerró los ojos; el tercer ojo se hizo presente y, con su usual brillo azulado, miró en la distancia sobre la loma de nieve.

—Tenemos compañía —dijo Dante.

Yank se acercó a Dante. Poniéndose a su lado, entrecerró los ojos y agudizó la vista.

—¿Qué es eso? —preguntó Yank.

En la cima de la montaña, Hambruna, montando a quimera, entrecerraba los ojos, que eran como dos pedazos de hielo, y miraba amenazante a los guerreros astrales. Detrás de ella se encontraba un pelotón de Minotauros de Hielo. Sus bufidos emitían aire condensado por sus fosas nasales haciéndolos ver como tubos de vapor hirviendo.

Hambruna mantenía sus ojos fijos en el grupo de guerreros astrales. Era imposible leer sus intenciones sobre ese rostro flaco y arrugado. La guardiana del inframundo mantenía su brazo en alto. Después de algunos segundos y sin decir una sola palabra, Hambruna, dejó caer el brazo. De inmediato, una estampida de Minotauros de Hielo se lanzaron al ataque. Daban la impresión de ser una avalancha de bolas de nieve que crecían al ir rodando.

∞ ∞ ∞

—¡Vamos, niña! —gritó Yina—. Tú vas primero.

Maya colocó la suela de su zapatilla sobre el puente. La estructura era tan fría que sintió como la planta del pie se le

congelaba. Intentó dar un par de pasos, pero era casi imposible mantener el equilibrio. Luego, deslizó las plantas de sus pies sobre el hielo. La chica sintió que sus pies patinaban rumbo al abismo. Sin ningún pasamano de donde poder sujetarse, aquella sería una caída segura. Finalmente, optó por ponerse en cuclillas. Con la palma de sus manos y sus rodillas, se deslizó con lentitud sobre la plancha de hielo. La chica embarazada miró abajo y contempló su rostro aterrado en el hielo pulido. «Un paso a la vez —pensó». Entonces, un fuerte retortijón hizo que sus músculos se paralizaran. Intentó avanzar de nuevo. El dolor fue más agudo esta vez. Era un pinchazo que comenzaba en la boca del estómago y se extendía por todo el cuerpo como descarga eléctrica. Las lágrimas en sus ojos nublaron su visión. La chica embarazada avanzó un poco más al tiempo que las lágrimas resbalaron por sus mejillas, cayendo y congelándose de inmediato a medida que tocaban el puente de hielo.

Luego, miró por encima del hombro en busca de ayuda.

Yina notó la expresión de dolor en el rostro de Maya. De inmediato, supo que algo andaba mal.

Con mirada de angustia, Yank volteó a ver a Maya.

—¿Qué está pasando? —gritó el guerrero del plexo solar.

El rostro de Yina se ensombreció. Su sexto sentido de mujer se conectó con el de Maya. De inmediato, leyó sobre el rostro de la chica embarazada lo que solo dos mujeres podían decirse con la mirada.

—El bebé viene en camino —dijo Yina finalmente.

Yank palideció.

Dante dio media vuelta y miró a Maya en cuclillas sin poder moverse; la chica estaba completamente indefensa.

El guerrero del tercer ojo dio media vuelta y vislumbró La avalancha de minotauros de hielo se les venía encima. Eran demasiados, incluso para tres guerreros astrales. Sin embargo, solo dos de ellos darían batalla. Luego volteó a ver a Yank. Ambas miradas se engancharon. Ambos sabían lo que tenían que hacer.

—Yina —dijo Yank tan suave como una brisa—, ayuda a cruzar a Maya.

Yina asintió con la cabeza y avanzó hacia ella. Una vez a su lado, levantó a Maya con ambas manos. Recargándola sobre su cuerpo, las dos mujeres avanzaron despacio pero sin detenerse. Yina miró atrás: Dante y Yank estaban de espaldas a ella; esperando el ataque. Sin más que decir, la guerrera astral de hielo susurró a Maya:

—Resiste, niña. Puedes lograrlo.

Capítulo 48

El puente de hielo era por completo irregular. Se ensanchaba tanto en algunas partes que, Maya y Yina, podían cruzarlo estirando los brazos, pero se estrechaba tanto en otras que tenían que caminar de costado y de una en una. En algunas partes, la base era firme y gruesa; ambas incluso podían brincar sobre el puente sin el temor que este fuera a abrir un boquete y tragárselas, pero, en otras, cada paso sobre el hielo hacía que este se resquebrajara, partiendo grietas tan grandes que daba la impresión que el puente se vendría abajo en cualquier momento. Pronto, Yina y Maya se dieron cuenta de que el lugar más seguro era, siempre, ir en medio del puente, ya que las orillas se desmoronaban por sí solas a cada paso que daban.

∞ ∞ ∞

Listos para el ataque, los minotauros de hielo avanzaron con rapidez. Dante y Yank casi los tenían encima. Las nubes de nieve que levantaban aquellas criaturas, mitad toro y mitad humano, eran tan altas como miles de caballos corriendo por el desierto. Pero esta arena era blanca, helada e imparable. La única barrera entre ellos y Maya eran un par de hombres: dos guerreros astrales a punto de demostrar de lo que estaban hechos.

Dante cerró los ojos tan despacio como si se preparará para dar un beso. Su tercer ojo resplandeció al abrirse. El brillo, color azul-índigo, fue tan intenso que cubrió su rostro.

Por su parte, Yank arqueó la espalda, sacando el pecho como si fuera un gallo de pelea. Su plexo solar comenzó a brillar: pasando del amarillo a un color dorado y del dorado a un blanco intenso.

Las pezuñas de los minotauros se enterraban en la nieve y en los trozos de hielo, haciendo una tracción perfecta. De sus espaldas colgaban enormes hachas de hielo. A medida que la estampida se acercaba, uno a uno de los minotauros, tomaba el mango de su hacha, tiraba de él y alzaba la mortal arma sobre su cabeza. En un instante, los híbridos de toro y humano, tenían las hachas en todo lo alto; parecían una extensión más de sus cuerpos, haciéndolos ver más altos y amenazadores.

Dante y Yank voltearon a verse. Una sonrisa de complicidad se dibujó en sus rostros. Aquella sonrisa de nerviosismo que los llevaría a su muerte o a la inmortalidad cuando, de boca en boca, algún juglar cantara sus hazañas.

La estampida de minotauros de hielo casi estaba encima de ellos. Dante y Yank no podían perder un segundo; la mejor defensa sería el ataque, así que:

—¡Boom!—.

Ambos guerreros astrales dispararon al unísono. Los minotauros salieron disparados por los aires. Sus estructuras de hielo se cuartearon al tiempo que se partieron en ciento de pequeños trozos de hielo. Pero cuando diez minotauros caían, el doble los remplazaba.

∞ ∞ ∞

En el departamento de enlace astral, Virgilio miró con asombro cómo los colores en el holograma de Dante enloquecían y brillaban con intensidad.

«¿Qué diablos está pasando allá abajo? —se preguntó Virgilio».

De pronto, alzó los ojos y observó ondas de energía expandirse sobre la frente de Dante. Virgilio comprendió de inmediato lo que significaba aquello y corrió para controlar la energía del guerrero, cuando… —¡Blast!—. La tapa de protección del tanque salió disparada en cientos de pedacitos de plexiglás. La onda de energía fue tan fuerte que lanzó a Virgilio por los aires, cayendo este sobre los tableros que proyectaban las imágenes virtuales.

∞ ∞ ∞

Mateo y Somnus por fin habían cruzado el puente de hielo, pero el ruido de la batalla era tan estruendoso que llegó hasta sus oídos. Mateo miró por encima del hombro. Al otro lado del puente se vislumbraban destellos de color azul y dorado; así como nubes de nieve salían disparadas hasta el cielo. Lo que sí lograron alcanzar a ver los ojos de Mateo, fue a Yina llevando a cuestas a Maya a través del puente de hielo.

∞ ∞ ∞

Maya gritó al tiempo que cayó de rodillas. Luego se llevó las manos entre sus piernas. Su vestido estaba empapado. La chica embarazada volteó a ver a Yina sobre su hombro y con mirada suplicante gritó:

—¡Se rompió mi fuente!

Yina abrió los ojos tan grandes que, en cada uno de sus ojos azules, se reflejó el rostro de Maya.

∞ ∞ ∞

Mateo se dio cuenta de inmediato que algo andaba mal. Se acercó a la orilla del puente al momento que las cadenas chocaron entre sí.

Somnus, tirado en la nieve, trataba de recobrar el aliento. «Mi alma ya está muy vieja para estas cosas —pensó el devorador de almas».

—¡El bebé! —gritó Mateo—… El bebé viene en camino.

—Casi llegamos al castillo de Yama —jadeó Somnus que luchaba por cada bocanada de aire—, no nos detendremos ahora.

—¡Tenemos que ayudarlas!

—Vamos, muchacho. Tu nueva vida te espera —gritó Somnus con ojos desorbitados—. Una vida sin silla de ruedas.

—¡Dije que tenemos que ayudarlas! —respondió Mateo resuelto.

Mateo corrió hacia el puente cuando un tirón lo derrumbó de espaldas. Con rapidez, volteó a ver a Somnus que sostenía la cadena al tiempo que la apretaba con ambas manos.

—No iremos a ningún lugar. Estamos juntos en esto hasta el final.

Mateo enchuecó la boca. Algo parecido a una media sonrisa surgió de sus labios.

—Ya no es así —masculló Mateo.

Mateo cerró los ojos. Un aura color azul comenzó a elevarse desde su cabeza. Luego, usando todas sus fuerzas, el chico tomó la cadena con ambas manos y jaló de ellas. Las muelas de Mateo se apretaron y los nudillos se pusieron blancos. Pero la cadena cayó sobre la nieve sin ningún daño.

—¿Qué? —…Mateo se quedo sin palabras.

—La cadena no se romperá, mocoso —dijo Somnus con una sonrisa burlona—. Cómo lo dije hace un instante, «estamos juntos en esto hasta el final».

∞ ∞ ∞

Poco a poco, los minotauros iban sucumbiendo. Pero los que quedaban atacaban de forma bestial, blandiendo sus hachas y cornamentas sobre Dante y Yank que las esquivaban con agilidad felina. La energía del tercer ojo disparaba en todas direcciones. Los destellos de azul-índigo chocaban contra cabezas y cuernos de los minotauros de hielo. Trozos de hielo salían disparados por los cielos y caían al piso como tormenta de granizo.

Yank disparaba con el pecho sobre los minotauros que derretían su estructura al contacto con la energía calorífica del plexo solar,

dejando charcos de agua en todas direcciones. En tan solo un momento, la blanca nieve se convirtió en una mezcla lodosa de hielo, agua y tierra. Los minotauros de hielo empinaban la cabeza, utilizando sus enormes cuernos como una segunda arma. Yank los esquivaba, pero, poco a poco, le iban cerrando el paso.

—¡Dante! —gritó Yank—. ¡Necesito ayuda!

El tercer ojo de Dante volteó de inmediato. Sin pensarlo, disparó con toda su energía. Una estela de luz tan brillante que, incluso Yank tuvo que cubrirse los ojos, barrió con una fila completa de minotauros de hielo que rodeaban al guerrero del plexo solar. Aquellos seres, con cabezas de toros, salieron volando por los aires: estrellándose contra las piedras, contra el suelo, cayendo al precipicio… Después, una ligera llovizna de cristales de hielo cayó sobre Dante y Yank. A eso se habían reducido los minotauros de hielo: a una escarcha fina y fría.

Dos minotauros de hielo lanzaron un ataque contra Yank que se encontraba de espaldas. Uno de los animales híbridos sacó su hacha de hielo fino y azulado mientras que el otro encorvó su cuerpo, apostando sus enormes cornamentas al frente. Una corriente eléctrica recorrió la espina dorsal de Yank. Ese presentimiento que lo había mantenido con vida en infinidad de misiones lo alertó de un nuevo peligro. Yank dio media vuelta: los animales estaban sobre él. Uno de los minotauros blandió su hacha sobre el cuerpo de Yank. El guerrero del plexo solar arqueó la espalda hacia atrás. Yank escuchó el silbido del hacha al cortar el aire al instante que el hacha pasó a milímetros de su pecho. El otro minotauro agitó su cornamenta, golpeando a Yank por la espalda. El impacto de la cresta del animal lanzó a Yank por los aires: cinco, ocho, diez metros arriba. Yank viró su cuerpo mientras bajaba por los aires. Quedando boca abajo, tuvo a la vista a ambas bestias. Su plexo solar brilló con intensidad. Los minotauros voltearon al unísono hacia arriba, solo para ver un resplandor salir del pecho de Yank. Lo último que recordarían aquel par de minotauros de hielo, sería ver su cuerpo cuartearse y hacerse añicos.

∞ ∞ ∞

En la cornisa de la cima del mundo, Yank permanecía en meditación profunda. Su pecho, enrojecido, emitió una onda de energía hacia el cielo que retumbó en todo el acantilado. Los relámpagos emergieron como raíces resplandecientes, iluminando las nubes negras que permanecían estáticas sobre el basto abismo. Gotas de lluvia del tamaño de canicas comenzaron a caer sobre el acantilado, golpeando el rostro de Yank que permaneció inerte. Su

concentración dominaba todos sus sentidos.

∞ ∞ ∞

El grupo de minotauros de hielo se había disminuido de un centenar a un par de docenas.

Hambruna miró desde la cima del monte cómo caía derrotado su ejército de híbridos de toro y humano. La batalla estaba perdida. Los minotauros de hielo no habían sido pieza para los guerreros astrales. «Yama se pondrá furioso —se dijo para sus adentros Hambruna».

De repente, las fosas nasales de Hambruna se expandieron como esponjas oscuras cuando se llenan de agua: un olor agridulce cubrió el lugar. Era el aroma de la vida y de la muerte. El momento justo en el que una mujer se encontraba más cerca de fallecer, era el instante de dar a luz. Hambruna supo de inmediato que llegaba al mundo la única amenaza de Yama. Ese bebé que daría jaque mate al dios de los ciclos, estaba por nacer.

Hambruna no tenía opción. Había llegado el momento de matar o morir. Pero sus presas no serían los guerreros astrales —«no»—, debía de seguir el plan de Yama. Los minotauros de hielo, aunque disminuidos, eran una buena distracción para Dante y Yank. Pero quedaba Yina. Habría que encargarse de aquella guerrera astral que había resultado ser toda una molestia. Quitando a Yina del camino, acabar con la vida de Maya y su bebé sería cosa fácil.

Entonces, Hambruna golpeó con los talones a Quimera que se lanzó a galope. La criatura bajó la empinada cuesta con tal velocidad que, en solo segundos, había llegado hasta donde Dante y Yank libraban la batalla en contra de los minotauros de hielo.

∞ ∞ ∞

Dante miró por encima de su hombro y vio cómo Hambruna, montando a Quimera, se les venía encima. El guerrero astral preparó el tercer ojo para dispararle. De manera inesperada, el monstruoso animal con cabeza de león, cuernos de cabra y una cola donde terminaba la cabeza de una serpiente, saltó en sus cuatro patas. Dante observó al animal volar por encima de su cabeza y caer sobre el puente de hielo. Al estrellarse las cuatro patas del animal sobre el puente de hielo, se escuchó un crujido. De inmediato se cuarteó la superficie del puente. Pero esto no detuvo a Hambruna que siguió avanzando a toda velocidad. Luego, la mano de la guardiana del inframundo cogió el mango de una cuchilla curva en forma de hoz. Tiró de ella y la alzó sobre su cabeza. En ese instante,

Hambruna cabalgó sobre Quimera hacia sus presas.

Capítulo 49

A cada golpe que Quimera daba al galopear con las garras de sus cuatro patas, el hielo traqueteaba y se resquebrajaba; haciendo que grandes trozos de hielo cayeran a ambos lados del puente. Yina viró su cuerpo a un costado y miró oscilar la mortal hoja de acero de Hambruna sobre su cabeza.

Hambruna, montando a Quimera que iba a toda velocidad, pasó junto a Yina y blandió la hoz contra la guerrera astral de hielo. Yina arqueó la espalda en el último segundo. La hoz pasó tan cerca de su barbilla que, de haber tenido barba Yina, la hubiera afeitado al ras. Quimera iba a tal velocidad que patinó en sus cuatro patas sin poder detenerse. Entonces, Hambruna saltó fuera de Quimera. Tenía los ojos fijos sobre Maya que yacía sobre el puente congelado.

∞ ∞ ∞

Maya alzó la mirada al cielo y entrevió a Hambruna acercarse a ella con la hoz lista para cortarle la cabeza. La chica embarazada abrió los ojos llenos de terror. Estaba a punto de gritar cuando sintió cómo Yina jalaba de ella. La superficie fría y liza hicieron fácil que Maya se deslizara sobre el puente de hielo. La hoz se estrelló a un lado de Maya al momento que la navaja curva se hundió en el gélido suelo, formando, de inmediato, una fisura. Entonces, se escuchó un crujido y la fisura comenzó a extenderse, primero con pequeñas ramificaciones, pero después de unos segundos, un estruendo vibró aquella estructura de hielo. Las grietas recorrieron de lado a lado el puente. Grandes trozos de hielo comenzaron a separarse del puente al tiempo que se despeñaban al vacío.

∞ ∞ ∞

Mateo observó cómo el puente se desmoronaba. Volteó a ver a Somnus y frunciendo el entre cejo gritó enfurecido:

—Si no puedo romper la cadena, tú vendrás conmigo.

—¿Y cómo piensas hacer eso? —dijo Somnus en tono burlón.

Mateo cerró los ojos. Concentrándose al máximo, una aura color naranja emergió de cada poro de su piel. La energía recorrió la cadena llegando hasta Somnus.

—¿Qué demonios estás haciendo? —dijo Somnus con ojos

desorbitados.

En un santiamén, un color rosado regresó a las mejillas de Mateo mientras que Somnus palidecía y su piel se pegaba a su cráneo.

Somnus, incrédulo, se arrastró hacia atrás.

El color volvió a la piel de Mateo: sus ojos brillaban con resplandor de vida.

Mateo se puso de pie y cogió la cadena con una mano, arrastrando a Somnus hacia el puente que se caía en pedazos.

∞ ∞ ∞

Hambruna, de un solo salto, cayó de nuevo encima del lomo de Quimera. El animal levantó sus garras delanteras sobre Yina y Maya que se encontraban tumbadas sobre sus piernas. Los músculos, en el rostro de Maya, se tensaron tanto que deformaron sus facciones. Las garras de quimera eran tan grandes como ganchos para colgar reses; un solo zarpazo sería suficiente para desgarrarla de arriba abajo.

Yina se apresuró y cogió la hoz que había quedado clavada en el hielo. La alzó sobre su cabeza y la lanzó por debajo de los pies de la bestia. La hoz se clavó en el hielo. Ese segundo impacto fue desastroso para el puente. El hielo se resquebrajó bajo las garras de Quimera. Grandes trozos de hielo cayeron a las profundidades.

Hambruna tiró de las riendas del animal. Quimera saltó sobre Yina y Maya que la vieron volar sobre sus cabezas. El animal cayó del otro lado del borde de hielo.

Hambruna miró por encima del hombro. No valía la pena arriesgarse para dar un zarpazo final a Maya y a Yina. El puente se derrumbaría en unos segundos y aquella caída al abismo haría su trabajo. Hambruna golpeó las costillas de Quimera con sus talones. De inmediato, el animal se lanzó a todo galope rumbo a Dante y a Yank que daban cuenta de los últimos minotauros de hielo.

«La chica embarazada y la guerrera de hielo morirán al caer. Mientras tanto, me encargaré de los guerreros astrales restantes — se dijo Hambruna para sus adentros mientras cabalgaba hacia Dante y Yank».

∞ ∞ ∞

Hojuelas de nieve cayeron del puente, perdiéndose de inmediato en las sombras del abismo.

Yina y Maya avanzaron tan rápido como sus piernas les permitían. Había que llegar al otro lado antes que se derrumbara el puente por completo.

Maya, con la mano bajo su abultado vientre, tropezaba a cada

paso. Yina tras ella, la sostenía y empujaba para seguir adelante.

Los trozos de hielos, que caían al abismo, cada vez eran más grandes. Finalmente, Maya terminó por derrumbarse. Su rostro brillaba con una delgada capa de sudor que se enfriaba casi de inmediato, creando pequeñas escarchas de hielo sobre su cara. El vapor que salía de su boca se elevaba y cubría su rostro. Su cabello, empapado en sudor, era una masa cristalizada por el hielo.

—Un poco más, niña —se oyó decir a Yina, pero, aunque estaba detrás de Maya, su voz era como un eco lejano.

Maya apoyó la palma de sus manos sobre el hielo al tiempo que estas resbalaron sobre la superficie. La chica cayó de boca y, de inmediato, intentó incorporarse de nuevo. Con gran esfuerzo, logró ponerse de pie e intentó caminar erguida, pero estaba tan agotada que parecía un zombi arrastrando los pies en busca de comida. La chica embarazada tenía en la mira al otro extremo del puente; debía llegar cuanto antes. Dio unos cuantos pasos más y colapsó de nuevo. Su cuerpo se estrelló contra la superficie gélida. En un instante de confusión, resbaló hacia el borde del puente. Al no tener fuerzas para sujetarse a la orilla, en un abrir y cerrar de ojos, su cuerpo cayó al vacío. De pronto, un fuerte dolor, desde el hombro hasta la muñeca, la hizo reaccionar. Con la poca energía que le quedaba, alzó los ojos y miró el rostro de la guerrera astral de hielo.

Aquella imagen de Yina temblando por el esfuerzo al sujetar su muñeca la hicieron reaccionar. La chica embarazada miró abajo: los pies le colgaban hacia el abismo. Entonces, recordó cómo había resbalado y, de no haber sido por Yina, de seguro estaría cayendo a una muerte segura.

Un terror frío inundó a la chica embarazada. Quiso buscar algo de donde asirse. Volteó a su alrededor, pero no había nada; Yina era su única esperanza. Pero al ver el rostro de la guerrera astral de hielo, supo que esa esperanza se debilitada a cada momento. Yina no aguantaría mucho tiempo.

Maya sentía cómo su muñeca se deslizaba de la mano de Yina; en cualquier momento sería su fin.

—¡Aaaaagh! —gritó Yina al tirar de la muñeca de Maya. Pero la estaba soltando. En cuestión de segundos, solo la tenía agarrada de los dedos.

De repente, algo cayó a un lado de Maya. Por un momento pensó que se trataba de otro bloque de hielo. Pero aquel pedazo era tan grande como ella y, además, colgaba a su lado. Maya miró de reojo y descubrió a Mateo colgando de una cadena junto a ella. Arriba, Somnus se aferraba al hielo para no ser arrastrado junto con Mateo.

Mateo levantó el brazo de Maya y lo colocó alrededor de su

cuello. Luego la sujetó por debajo de la axila.

Mateo alzó la vista a Somnus. La expresión de los ojos del chico lo dijeron todo:

«Súbenos ahora».

Somnus clavó las uñas en el hielo y comenzó a retroceder con dificultad.

Yina cogió la cadena y tiró de ella con fuerza. En cuestión de segundos, Maya y Mateo tenían la mitad de su cuerpo sobre el puente. Yina dio un último tirón y ayudo a Maya a subir por completo a la superficie congelada.

Luego, Mateo terminó de subir también, quedando derrumbado boca arriba. Se sentó sobre sus piernas y volteó a ver a su alrededor. El puente continuaba desmoronándose. Si se apresuraban, quizá, evitarían caer al abismo, pero había algo que le preocupaba aún más.

—Mi papá… No podemos dejarlo atrás —dijo Mateo.

—¿Tu papá? —gritó Somnus—. ¿Y qué hay de nosotros?

Yina volteó a su alrededor. El puente, por ambos lados, estaba muy dañado. Sin decir una sola palabra, colocó la palma de sus manos sobre la gélida superficie.

Entonces, una onda gélida salió de sus palmas y se extendió hacia ambos lados del puente a gran velocidad. Los bloques de hielo dejaron de caer. El puente se cristalizó, manteniendo ambos extremos unidos por la glacial energía de Yina.

Yina dirigió la mirada al otro lado del puente.

—¡No aguantará mucho! —dijo Yina al ayudar a Maya a ponerse de pie—. ¡Muevan esas piernas!

Capítulo 50

Los pocos minotauros que quedaban de pie no daban tregua. Con hachas y cornamenta lanzaban desesperados ataques a los guerreros astrales.

Un minotauro de hielo alzó su hacha por encima de su cabeza: tenía a Dante en la mira. La bestia de hielo dejó caer su afilada hacha, pero el tercer ojo abrió fuego en el último instante. El brazo del animal voló por los aires y, luego, se precipitó contra la nieve. El minotauro, dio un bufido de dolor y lanzó su cornamenta contra el guerrero astral, pero el tercer ojo abrió fuego de nuevo e hizo estrellar la cabeza del animal. De inmediato, Dante avanzó hacia el brazo inerte de la bestia y arrancó el hacha de sus garras. Luego miró por encima del hombro y observó cómo los últimos tres minotauros de hielo atacaban a Yank al mismo tiempo. Dante alzó el hacha sobre su cabeza y, dando grandes zancadas, corrió para ayudar a su amigo.

En un santiamén ya se encontraba detrás de una de las bestias. Con un movimiento rápido, el guerrero del tercer ojo dejó caer el hacha en la espalda del monstruo. Esperaba escuchar el quejido agonizante del minotauro de hielo, pero, para su sorpresa, el sonido fue metálico. Dante alzó la mirada: el hacha se había estrellado con una guadaña que Hambruna, montando a Quimera, sostenía con firmeza.

Hambruna miró al guerrero del tercer ojo desde arriba. Balanceando la afilada navaja, la dejó caer sobre el rostro del guerrero. Con un movimiento veloz, Dante cubrió su cara con el hacha. El golpe fue tan fuerte que el guerrero astral cayó de espaldas. Hambruna dejó caer la guadaña una, dos, tres veces sobre Dante. El hacha, que sostenía el guerrero, servía como escudo a su cuerpo. Los ataques de Hambruna eran tan constantes y fuertes que le era imposible a Dante ponerse de pie.

El guerrero astral cerró los ojos —su tercer ojo hizo su aparición, lanzando una onda de energía—. Hambruna blandió la guadaña y fulminó, con el filo de la navaja, la onda azul-índigo del tercer ojo.

Luego Hambruna jaló de las riendas de Quimera. La mandíbula de la bestia híbrida se abrió al tiempo que mostró unos enormes colmillos. De sus fauces salió un vapor tibio que cubrió su rostro. Quimera abalanzó su mandíbula sobre Dante. Con aquel hocico, repleto de navajas blancas, le bastaría una sola mordida para arrancarle la cabeza.

De pronto, —¡Blast!—. Una explosión de energía resplandeció como el sol. Aquella onda fulminante impactó sobre el rostro de Quimera. Trozos de carne y sangre cayeron sobre Dante, cubriéndole la cara y nublándole la visión.

Poco a poco, la vista del guerrero astral fue aclarándose y percibió el cráneo de Quimera destrozado por la mitad. Donde una vez existió un ojo y parte de la nariz, ahora solo quedaba un hueco de carne aplastada y quemada. El asalto a Quimera había sido tan rápido que la bestia había quedada petrificada por un instante. Después de convulsionarse por un par de segundos, finalmente, el animal se desplomó sobre la nieve, dejando al descubierto, detrás de él, a Yank. El rostro del guerrero del plexo solar lucía agotado. Su cara y cuerpo brillaban con una fina capa de sudor. Su pecho todavía resplandecía con un color dorado intenso que, lentamente, se iba apagando.

Dante asintió con la cabeza en señal de agradecimiento.

El último minotauro de hielo, que se encontraba todavía de pie, se abalanzó torpemente sobre Yank. Pero el guerrero del plexo solar escuchó los bufidos del animal al acercarse. Con tensa calma, Yank dio media vuelta para enfrentar al hibrido mitad toro mitad humano. De su plexo solar emergió un plasma de energía blanca y dorada. Esta fue a estrellarse de lleno al pecho de la bestia de hielo. De inmediato, el animal se desplomó fulminado.

Extenuado, Yank cayó de rodillas. El fuego que ardía en su plexo solar fue apagándose a medida que su cuerpo se relajaba.

A unos metros, y todavía tumbado sobre la nieve, Dante miró el pecho de Yank inflarse al tomar grandes bocanadas de aire. Ambos guerreros estaban exhaustos. La batalla había acabado con todas sus fuerzas.

Yank miró por encima del hombro a Dante y le regaló una sonrisa.

—Fue pan comido, ¿verdad? —expresó Yank con ironía.

Ambos guerreros soltaron una carcajada cuando… La cola de Quimera —con cabeza de serpiente— enterró los colmillos sobre el pecho de Yank. El ataque fue tan repentino que Dante no supo cómo reaccionar. En un abrir y cerrar de ojos, la cola de serpiente de Quimera, inyectó su veneno a Yank.

El grito de Yank fue tan fuerte que desgarró su garganta. El guerrero del tercer ojo se puso de pie de un salto y, con hacha en mano, corrió hasta Yank.

Con más coraje que fuerza, dejó caer la gélida cuchilla sobre la serpiente. El zarpazo, limpio y rápido, cortó de tajo al animal en dos. Ya muerta, la cabeza de la víbora aún colgaba del pecho de Yank. El guerrero del plexo solar miró al animal muerto con los

colmillos enterrados en su pecho. Con ambas manos, cogió la parte que colgaba de la serpiente y, con las pocas fuerzas que le quedaban, tiró de ella, arrancándola de su pecho. Los colmillos del animal estaban tan enterrados que se llevaron un trozo de la piel del guerrero del plexo solar.

Con un intenso dolor, Yank se desplomó, quedando con el cuerpo tendido de espaldas. Sus ojos miraron cómo los últimos rayos de sol cortaban el cielo.

Dante avanzó hacia él y se apresuró a levantarlo al tiempo que alzó los ojos y observó a lo lejos. Lentamente, el sol se ocultaba en el firmamento. Tenían que cruzar el puente o morirían congelados.

∞ ∞ ∞

Maya dejó caer las rodillas sobre la suave nieve. Luego miró por encima del hombro al puente que acababa de cruzar: lo había logrado. El grupo se encontraba del otro lado.

Mateo cayó junto a ella al tiempo que sus miradas se cruzaron. El chico le sonrió. Fue una sonrisa de satisfacción al saber que había salvado una vida. A pesar del frío, Maya se sonrojo y le devolvió la sonrisa. El momento se hizo eterno, pero fue interrumpido cuando Somnus se derrumbó entre ellos.

—Estás chiflado, mocoso —dijo Somnus con una voz más rasposa que de costumbre—… Pero la próxima vez que quieras hacerte el macho…, no me incluyas.

Mateo, aún sonriendo, se puso de pie y le ofreció la mano a Maya. Al instante que ella la tomó, una fuerte conexión se sintió entre ambos. Fue como una descarga eléctrica que los unía.

Pero la alegría no duró. En ese momento, Maya dobló su cuerpo al tiempo que se llevó las manos al vientre. Un dolor intenso la invadió. Las contracciones se hicieron más frecuentes e intensas. Mateo la tomó entre sus brazos al momento sus ojos buscaron ayuda.

—¡Aquí! ¡Ayuda! —gritó Mateo a Yina que miraba al otro lado del puente.

Yina no volteó. Sus ojos estaban fijos en los guerreros astrales que había dejado atrás. Alarmada, sabía que Yank había sido herido de gravedad.

∞ ∞ ∞

Dante levantó a Yank y lo recargó sobre su hombro. El veneno comenzó hacer efecto. El rostro del guerrero del plexo solar, de por sí albino, tomó un tono casi trasparente. Incluso, sus ojos oscuros

como escarabajos, tomaron un tono grisáceo claro. Las arterias saltaron por todo su cuerpo. Daban la impresión de ser largas ramificaciones azules a punto de desgarrarle la piel.

—Vamos, amigo —susurró Dante—. Resiste. Eres un guerrero astral.

Ambos comenzaron a cruzar el puente de hielo cuando: un chillido, tan fuerte que erizó sus vellos, se escuchó tras sus espaldas. Dante miró por encima del hombro…

Hambruna dejaba caer su guadaña sobre ellos.

Con movimientos felinos, Dante sacó el hacha del gabán y bloqueó el ataque de Hambruna. Ambas cuchillas chocaron entre sí, sacando pequeñas chispas que brillaron al chocar los metales.

Yank se derrumbó sobre el puente de hielo. El veneno que corría por sus venas lo dejaba imposibilitado para pelear.

∞ ∞ ∞

Del otro lado del puente, Yina emprendió la carrera a toda velocidad. Debía de ayudarlos. Sentía cómo sus pies patinaban a cada zancada, pero, aunque resbalara y cayera al abismo, no aminoraría su marcha.

∞ ∞ ∞

Las hojas de metal, tan filosas como escalpelos, colisionaron con tanta fuerza que Dante sintió sus muñecas entumecerse. Hambruna proyectó un golpe, con tal potencia, que el hacha del guerrero salió volando fuera del puente. Se encontraba indefenso. Su tercer ojo no era arma para la cuchilla curva de Hambruna. El guerrero del tercer ojo miró por encima del hombro y vislumbró a Yina correr lo más veloz que le permitía la superficie resbalosa. Luego, volteó a ver a Yank que se encontraba tumbado en el hielo: aquel guerrero estaba fuera de combate.

Dante meditó un momento. Yina, por sí sola, no sería pieza para Hambruna. Habría que tomar medidas extremas o, los tres guerreros astrales, morirían en aquel puente congelado. Somnus se saldría con la suya y se fusionaría con el alma de Mateo, renaciendo como una misma persona. Y Maya… Maya moriría ahí mismo al dar a luz. Ella y su bebé quedarían congelados por la eternidad y, con ello, toda esperanza para la humanidad. Entonces, recordó la profecía de Décima y Nora: «Sacrificar la vida por un bien mayor». Si lo pensaba una segunda vez, probablemente no haría lo que debía hacerse. De ese modo, se lanzó sobre Hambruna: aferró una mano al mango de la guadaña y, con la otra, oprimió su esquelético

cuello. Dante miró fijamente el rostro huesudo de la mujer. Hambruna intentó leer las intensiones en los ojos, penetrantes y oscuros, del guerrero astral. Al descifrar aquella mirada, una ola de terror invadió a la guardiana del inframundo.

Dante giró todo el peso de su cuerpo sobre Hambruna, haciendo que ambos perdieran el equilibrio. Antes que Hambruna pudiera reaccionar, se encontraba cayendo junto con Dante a las profundidades del abismo.

∞ ∞ ∞

—¡Dante! —gritó Yina, pero la respuesta solo fue el eco en las montañas—. ¡Dante! —gritó de nuevo.

El nombre de «Dante» resonó en un eco al tiempo de que Hambruna y el guerrero astral se precipitaron al vacío.

A medida que ambos caían, Hambruna intentó jugarse su última carta. Abrió la boca de forma salvaje. Sus fauces eran tan enormes que, fácilmente, la cabeza entera de Dante cabría en ellas.

Dante observó cómo unos colmillos, largos y delgados, brotaban de sus encías. El guerrero astral sintió el aliento de Hambruna. Aquel aliento frío con olor a comida rancia le hicieron sentir náuseas.

De pronto, una niebla verdosa brotó de la boca de Hambruna, convirtiéndose en una espiral en reversa que comenzó a succionar la energía vital de Dante. El rostro del guerrero astral se deformó. Como si estuviera hecho de una nube de polvo, su alma era absorbida por la monstruosa mujer.

Dante resistió y arqueó su cuerpo hacia atrás. Se aferraba a no ser tragado por aquella bestia huesuda. En un último esfuerzo, cerró los ojos: su tercer ojo se abrió. El guerrero concentró sus últimas fuerzas en aquel ojo de color índigo. La intensidad que radió de su tercer ojo fue como el de un soplete con llamas en tonos azules, amarillos y blancos.

Las facciones de Dante se deformaron cuando gritó. La energía de su tercer ojo escapó y se estrelló sobre el hocico de Hambruna.

La cabeza de Hambruna explotó como si le hubieran puesto dinamita en la boca.

Dante logró liberarse de Hambruna empujándola al vacío. El cuerpo, sin cabeza, de la escuálida mujer se alejó de él como en un sueño terrorífico al tiempo que los finos velos, que cubrían su cuerpo, daban la impresión de flotar en el aire.

Mientras caía, Dante se llevó la mano a su corazón que palpitaba con fuerza. De pronto, el pánico hizo presa del guerrero astral. Algo, mucho peor que la caída, había pasado.

«Hambruna ha jugado bien sus cartas».

El recuerdo sucedió en una milésima de segundo. Cuando Hambruna intentaba succionar su alma, este solo pensó en destruirla con su tercer ojo; sin darse cuenta de que, la guardiana del inframundo, tenía las garras en su cristal astral. Al explotar la cabeza de Hambruna, el empujón que él mismo le había dado, había hecho el resto, arrancando el cristal astral de su cuello. Aunque su alma sobreviviera a la caída, el cordón astral no resistiría mucho tiempo.

Dante continuó cayendo —tanto que perdió el sentido del tiempo—. Sintió su cuerpo ligero. Primero el miedo se apoderó de él. Luego, ya quería terminar con todo. La caída libre continuó por un largo rato. El viento deformó su cara con un aire gélido. A lo lejos, percibía solo un abismo negro y sin fondo. Le era imposible saber que tan lejos estaba del suelo cuando… —¡Crash!—.

El golpe llegó sin previo aviso. Un golpe frío y duro. Dante escuchó el resquebrajar del hielo al tiempo que su cuerpo se estrellaba. Lo último que recordó fue estar en un lago enorme y congelado. Su cuerpo fue hundiéndose poco a poco. Recordó que podía aguantar hasta veintitrés minutos la respiración, pero todo su cuerpo se sentía pesado. Estaba exhausto, cansado de seguir luchando, incluso por su vida. Quizá, había sido el golpe con el hielo o, tal vez, las batallas de los últimos días. Pero lo más seguro era que, ese antinatural agotamiento, se debía a que su alma se separaba de su cuerpo.

«Solo necesito unos minutos para recuperar fuerzas —pensó».

Un descanso para aquel viaje que había resultado ser una locura. Luego volteó a su alrededor para observar cual sería su tumba eterna: un lugar frío, oscuro, solo. Igual que había sido su vida. Un guerrero que nadie recordaría pues le había fallado a la humanidad.

«Qué cansado estoy».

Luego cerró los ojos, pero en esta ocasión no apareció el tercer ojo.

«Solo quiero dormir un poco, necesito descansar».

∞ ∞ ∞

En el laboratorio de conexión astral, Dante convulsionó dentro del nuevo tanque de agua donde lo habían puesto. Sarah y Virgilio se apresuraron a subir al tanque. Un par de científicos improvisados corrieron a la base del tanque a asistirlos. El laboratorio de conexión astral había perdido, incluso, al personal básico.

Virgilio desenroscó la tapa del tanque, que parecía una bolla de submarino, y alzó la tapa. Junto con Sarah, tomaron a Dante de las

axilas y tiraron de él. Al sacarlo, escurría en agua. Su cuerpo convulsionaba en espasmos grotescos. Los dos científicos improvisados, a los pies del tanque, ayudaron a bajarlo y recostarlo en el piso.

Dante seguía conectado a la máquina. Sarah se apresuró a bajar de un salto y sintió como casi se torció los talones. Luego corrió hasta el teclado virtual y comenzó a golpear las teclas de color azul transparente que flotaban en el aire. Sus dedos parecían robotizados al teclear el tablero con agilidad y precisión.

—¿Puedes regresarlo? —preguntó Virgilio a Sarah mientras desconectaba los cables de su traje.

—Lo intentaré, pero está más allá del límite.

—¡Haz lo que sea necesario! —ordenó Virgilio.

De pronto, el rostro de Sarah palideció. Virgilio adivinó de inmediato que algo andaba mal.

—¿Qué ocurre? —preguntó Virgilio.

—No lo entiendo, su cordón astral se está rompiendo.

—¡Imposible! El cristal astral sigue en su cuello.

—En su cuello mortal sí, pero…

Virgilio esperó, con ojos muy abiertos, a que Sarah terminara la oración.

—…el cristal astral en su alma no está.

Sarah sintió que se le aflojaban las piernas.

—¿Qué ves en la pantalla Astral? —preguntó Virgilio tratando de encontrar un camino de vuelta para Dante.

Sarah golpeó unas teclas con las yemas de los dedos y un intrincado laberinto virtual apareció frente a ella. En el holograma se vislumbraba un cordón que iba del otro mundo al mundo mortal.

—Su cordón está cediendo.

—¡Hay que traerlo de vuelta… YA! —gritó Virgilio.

Uno de los improvisados científicos retiró la mascarilla de oxígeno del rostro de Dante. De inmediato, el guerrero astral tosió con violencia y, a esto le siguió, escalofríos y convulsiones.

Virgilio lo miró fijamente:

—Quédate con nosotros, Dante.

Sarah volteó a ver a uno de los científicos y gritó:

—¡Pronto! ¡Un desfibrilador!

El científico apresuró sus pasos a un botiquín incrustado sobre la pared. De ahí extrajo un estuche del tamaño de una maleta pequeña y lo colocó junto a Virgilio. El científico retrocedió mientras que Virgilio extrajo el desfibrilador. Luego rasgó la armadura de consistencia líquida, dejando al descubierto el pecho de Dante. Colocó las placas adhesivas sobre su pecho y presionó el botón rojo de descarga.

Dante arqueó el cuerpo al recibir el disparo eléctrico. Sus signos vitales seguían débiles. Otra descarga…, nada. Una vez más… Sin ninguna señal.

La pantalla virtual, que mostraba una línea que brincaba, reveló los signos vitales de Dante: estos dejaron de saltar. Una línea recta fue todo lo que quedo seguida de un pitido continuo y monótono.

Dante había muerto.

Episodio Final

El Camino al Despertar

Capítulo 51

El paramédico, vistiendo un traje completo de color negro y con el símbolo de C. A. sobre el antebrazo, cerró la bolsa de plástico negro donde Dante yacía inerte con los ojos cerrados y el rostro pálido.

Las lágrimas se asomaron en los ojos de Sarah y resbalaron por sus mejillas.

Un par de paramédicos subieron el cuerpo de Dante en una camilla y lo sacaron del laboratorio del enlace astral.

Virgilio permanecía sentado en una esquina con la mirada perdida. Todo había terminado. Sin su mejor pieza de ajedrez, Yama los tenía en jaque mate. Ahora todo dependía de Yina y Yank. Aquel pequeño grupo debía llegar al Castillo del Abismo, salvar del sacrificio al bebé de Maya y vencer al titán que los esperaba en el lúgubre lugar. Cosa casi imposible. Los últimos reportes indicaban que Yank estaba fuera de combate, convirtiéndose más en un estorbo que en una ayuda. El trabajo que Yina tenía en sus manos era imposible de realizar.

—¿Y ahora qué? —susurró Sarah.

—Yama exigió tres guerreros astrales para el sacrificio. Le tendremos que dar los tres.

—No tenemos tres guerreros astrales.

Virgilio clavó la mirada sobre los ojos de Sarah.

—Sí que los tenemos.

Sarah abrió los ojos incrédula. De inmediato interpretó las palabras de Virgilio. Ese no había sido el trato, pero ella no podía hacer nada al respecto.

∞ ∞ ∞

Varios años atrás, Virgilio se había reunido en secreto con Yama por medio del enlace mental. El representante del corporativo astral había suplicado al dios del inframundo que no devorara todos los recursos naturales del planeta. Yama se negaba a escuchar razones: «el ser humano fue el que acabó con los recursos, no yo. —le había dicho el dios del inframundo».

Las cosas fueron empeorando cuando comenzó la migración astral. No conforme con destruir su habitad, ahora la humanidad viajaba al inframundo para hacer lo mismo. Tras meses de negociaciones, llegaron al único acuerdo posible. Yama necesitaba

energía vital para vivir y solo algo, aparte de los últimos recursos de la Tierra, se lo daría. Se trataba de alimentarse de la energía de los humanos. Fue entonces cuando se permitieron los viajes astrales al inframundo. A algunas almas se les permitiría quedarse y a otras, sin que ellas lo supieran, serían sacrificadas, mas esa fuente de energía no fue suficiente. Entonces, al poner guerreros astrales para vigilar los viajes al inframundo, Virgilio notó que estos guerreros poseían una energía de miles de humanos. El representante de Corporación Astral se encargó de buscar a los guerreros astrales más poderosos. Y encontró tres. Uno de ellos trabajaba para él, pero los otros dos eran renegados que jamás trabajarían para Corporación Astral. «¿Cómo hacer para reunir aquellos guerreros?». Fue cuando sus plegarias fueron escuchadas. Una hermosa mujer ya había reclutado a dos de los guerreros más poderosos para hacer el viaje con el objetivo de destruir a Yama. Ahora el único problema era Dante. Desde la muerte de su hija, el guerrero del tercer ojo se había alejado de Corporación Astral. Pero el rapto de Mateo volvía a poner las cosas a favor de la corporación. Sin embargo, una mujer embarazada había surgido de la nada. Una endeble chica a la que Yama temía. Y Vanthy solo haría el viaje con los guerreros con aquella chica.

Virgilio y Corporación Astral tenían que deshacerse de la chica y al mismo tiempo hacer que ella fuera la carnada para llevar a los guerreros astrales al matadero. Fue entonces cuando Corporación Astral pagó, con comida del propio invernadero astral, a los rebeldes en África para que eliminaran a toda mujer embarazada. Así, la corporación quedaría con las manos limpias de tal masacre.

Había que seguir con el plan y rezar para que todo saliera a favor de la corporación. Pero las cosas se habían complicado. De alguna forma, la chica embarazada había burlado a la guerrilla y su cuerpo mortal se encontraba oculto en algún lugar de la jungla. Además, Dante había muerto y su energía vital esfumado.

«Estábamos tan cerca —se había dicho Virgilio».

Sin embargo, recordó que Mateo había heredado los poderes astrales de su padre. Quizá no el tercer ojo, pero un guerrero astral era un guerrero astral. Ahora solo quedaba esperar a que Yama aceptara el sustituto de Dante. Aun a pesar de Sarah, Mateo tenía que ser sacrificado.

Capítulo 52

Sarah salpicó su rostro con el agua del lavamanos. Después de una leve discusión con Virgilio se había sentido mareada e ido al sanitario a refrescarse. Aquel hombre al que le había dado años de trabajo, sus conocimientos e incluso sus principios, la había traicionado. En ese instante echo de menos a Dante. Aquel hombre que amó por darle una familia y que después odió, con todas las fuerzas de su alma por haberle arrebatado a la misma, en ese momento lo entendía a la perfección. Al igual que el sacrificio de Dante por hacer un mundo mejor, lo había llevado a terminar con la vida de Ariam. Ahora, ella había cometido el mismo error.

Aquel tercer guerrero, del cual Virgilio se refería, no era otro más que Mateo. Ella sabía, desde hace mucho tiempo, que su hijo poseía los poderes astrales heredados de su padre. Sarah había intentado hasta lo imposible para que no los desarrollara. No soportaba la idea de perderlo cómo había perdido a Ariam. Ahora, sin Dante, cualquier esperanza de salvarlo estaba perdida. Y, aunque pudiera hacerlo, el mundo llegaría a su fin. Sarah se encontraba con la única alternativa de aceptar el destino de su hijo y vivir con esa culpa hasta sus últimos días.

Sarah salpicó de nuevo su rostro con el agua fría. Después, levantó la mirada y observó su reflejo en el espejo: había sido el día más difícil de su vida. De pronto, algo la sobresaltó. Del reflejo del espejo notó cómo un par de ojos la miraban por detrás. Dándose valor, giró sobre sus talones y observó aquel rostro cubierto de barro.

Un par de ojos la miraban sin parpadear detrás de una máscara primitiva de lodo seco. Sarah pegó un brinco y se llevó las manos al corazón. Le tomó un instante darse cuenta de quien se trataba.

—¡Becca! ¿Qué haces aquí?

Becca se abalanzó hacia ella y apretó sus muñecas.

—¿Qué diablos estás…? —gritó Sarah.

—¿Lo sabías?...

—Fuiste despedida. Se supone que no debes…

—¿¡Lo sabías!?

—¿Saber qué?

—No hay ningún mineral milagroso. ¡Están usando personas! —Becca tragó saliva—. Están utilizando a los durmientes como fertilizantes.

El rostro de Sarah palideció:

—Estás loca.

—Estuve allí.

Sarah miró el rostro cubierto de barro de Becca. Bajo aquella mascarilla primitiva, sabía que decía la verdad.

—¿Lo sabías?

—Me lastimas, Becca.

Becca bajó los ojos y miró sus manos. Apretaba con tanta fuerza que sus nudillos se habían puesto blancos. Lentamente, Becca fue aflojando hasta soltarla. Sus dedos habían dejado marcas rojas sobre las muñecas de Sarah.

—Solo dime la verdad. ¿Estabas al tanto que utilizaban gente como alimento para plantas?

Después de largos e incómodos segundos, Sarah dijo de golpe:

—No tuvimos otra opción.

Becca se sintió desfallecer. Cayó en cuenta de que no podía confiar en nadie. Sacando fuerzas de flaqueza, dijo lo más calmada que pudo:

—Tenemos que decírselo a Dante.

—Dante se ha ido.

—¡¿Qué?!

—Está muerto.

Becca retrocedió mirando hacia a un punto en el vacío.

—¿Estás segura?

—Dejó de tener signos vitales. Yo misma vi su cuerpo morir. Su cordón astral se rompió.

De repente, algo asaltó los pensamientos de Becca.

—¿Tenía actividad cerebral?

—¿Qué?...

—Dante… ¿Tenía actividad cerebral después de morir?

—¿De qué estás hablando?

—Cuando Vanthy murió, su cerebro todavía estaba con vida. Después pasó algo que…

Becca guardó silencio de golpe.

—No entiendo de lo qué estás hablando, Becca.

—Sucedió algo con Vanthy…

—¿Qué estás diciendo? Vanthy está muerta.

Becca sacudió la cabeza y prosiguió:

—¿Sabes en que zona murió?

—Entre las Montañas de Hielo y el camino hacia El Castillo del Abismo. ¿Por qué lo preguntas?

—Quizá su cuerpo murió, pero su alma podría continuar atrapada en esa zona. Tenemos que comunicarnos con él.

—Ya te dije que su cordón astral se rompió.

—Tú misma dijiste que, muchas veces, el cerebro tarda más en

morir. ¿Y si fuera el caso de Dante?... Su alma podría seguir con vida. Podríamos comunicarnos con él.

—¿Cómo sería posible un enlace si su cordón astral se ha roto? —exclamó Sarah que comenzaba a perder la calma.

Entonces, Becca le respondió lo más tranquila que pudo:

—Enlace mental.

El rostro de Sarah se iluminó. Una esperanza para salvar a Mateo se había abierto.

Capítulo 53

Sarah y Becca marcharon a paso rápido por el pasillo que las llevaría a la sala de Conexión Mental. Becca se había aseado lo mejor que había podido y ahora lucía un poco más presentable.

—Es el mismo principio que una llamada por cámara —explicó Becca—. Tu alma seguirá ligada a tu cuerpo. Será tu mente la que haga el viaje, así que no corres ningún peligro. Solo espero que las coordenadas sean correctas y que Dante se encuentre allí —continuó—. De lo contrario sería como hacer una llamada a un número equivocado.

—Bueno, solo hay una forma de saberlo.

Ambas entraron a la Cámara de Conexión Mental.

—¿Estás segura de que no quieres que yo vaya? —dijo Becca—. Siempre fuiste renuente a ir al inframundo.

Becca también odiaba ir al inframundo, pero sus intenciones eran ver, aunque sea por última vez, a Dante.

Esto lo sabía muy bien Sarah, por lo que respondió:

—No lo tomes mal, Becca. Reconozco que tú y Dante han sido buenos amigos, pero hay algo que nos une más a él y a mí que cualquier amistad.

—Lo sé. Sus hijos.

—Exacto.

Becca oprimió los tableros virtuales de color azul marino. La cápsula, que parecía una cama solar, deslizó su compuerta al abrirse. Sarah entró y se recostó boca arriba. Lo único que debía hacer era cerrar los ojos. Con suerte, su mente llegaría hasta donde se encontraba Dante. «Será como un sueño —le había explicado Becca—, pero sentirás que las cosas son muy reales. Lo que verás allí no te puede lastimar. Es como estar dentro de un programa de realidad virtual».

La cápsula cerró su compuerta. Becca pulsó sobre el tablero virtual suspendido en el aire.

Sarah cerró los ojos al tiempo que cientos de luces, viajando a velocidad luz, se proyectaron por delante. Eran como las fotos en las autopistas, donde quedaban los reflejos de los faros de los autos, solo que estas se movían a gran velocidad.

Después de unos segundos, todo se tornó borroso. Una espesa bruma se hizo presente. Luego, lentamente, las cosas comenzaron a aclararse. Sarah abrió los ojos para encontrarse con un mundo diferente…

∞ ∞ ∞

La oscuridad cubría las turbias aguas.

Tenues destellos luminosos, sobre la cabeza de Sarah, luchaban por abrirse paso a través del hielo, formando cortinas de luz.

Sarah miró a su alrededor. Se encontraba sumergida en un lago. Su primera reacción fue aguantar la respiración. Nadó hacia arriba, solo para chocar con una pared de hielo. Golpeó con los puños aquella barrera helada, pero únicamente consiguió que se oyera un eco a través de las obscuras aguas. Sintió que se ahogaba. Necesitaba con urgencia una bocanada de aire. Entonces, recordó las palabras de Becca: «nada de lo que está allá te puede lastimar. Es como un programa de realidad virtual». Sarah hizo un conteo mental hasta tres y deseó que Becca no se equivocara. Abrió la boca y sintió cómo el aire fresco entraba en sus pulmones. Habiendo solucionado ese problema, ahora tenía que encontrar a Dante. Así que comenzó a sumergirse en aquel lago sin vida. Sintió un frío que la envolvió; sabía que su mente se dejaba engañar por lo que veía. Continuó nadando rumbo a las profundidades hasta que, en un reflejo de luz, miró un cuerpo flotando en cámara lenta con los brazos extendidos. Al acercarse contempló el rostro de Dante. Se veía tranquilo; había aceptado su muerte como todo un guerrero. Parecía conforme con esa tumba fría y solitaria. Por un instante, Sarah deseó dejarlo descansar en paz. La muerte de Ariam había sido una constante tortura para ambos, pero él la había visto morir. Ese último recuerdo de su hija, al ahogarse, se había clavado en su mente como hierro caliente; el desvanecer su mente con la muerte, era la única forma de aliviar su dolor.

Sarah avanzó cerca de él al tiempo que un rayo de luz descendió sobre ella. Transformándola en un ser que brillaba, se había convertido en una visión etérea de ella misma. Observó al que había sido su esposo por un instante: aquel momento se le hizo interminable. Los recuerdos de odio y reproche quedaron atrás al ver yacer inerte al que había sido su compañero de vida. La vida de Sarah siempre había sido injusta: llena de penurias. Pero las memorias maravillosas de su vida habían sido junto al hombre que estaba frente a ella. Su corazón latió con tanta fuerza que ella misma pudo escucharlo. El impulso de volver a sentir los labios de aquel hombre que siempre intentó protegerla, se volvió casi irresistible. Aquel guerrero invencible se le veía tan indefenso que estrujó el alma de Sarah.

Decidida, avanzó hacia él y, besando sus labios suavemente, volvió a sentir el fuego que un día mantuvo su relación con vida.

Los ojos de Dante parpadearon. Apenas recuperaba el conocimiento cuando la imagen de Sarah fue tomando forma.

—¿Sarah? ¿Cómo es posible?...

—Escucha. No tenemos mucho tiempo. Tienes que encontrar la manera de salir de aquí.

—Mi cordón astral se ha roto. No podré regresar a mi cuerpo.

—Si que puedes.

—¿Qué? ¿Cómo?

—Tu cerebro todavía muestra actividad neuronal, pero no sé por cuanto tiempo. Necesitas llegar al Océano de Loto. Entrando allí, buscaras tu sendero de luz que te regresará a tu cuerpo; debes apresurarte.

—Si aún mantengo un soplo de vida. Lo utilizaré para derrotar a Yama.

—¡De hacer eso morirás!

—Lo sé, pero Mateo y los otros me necesitan. No puedo fallarles.

Sarah comprendió el sacrificio de Dante. De pronto, una duda asaltó su mente.

—No lo entiendo. —Sarah bajó la mirada buscando una respuesta en las profundidades del lago—. ¿Cómo es posible que el cordón de Mateo no se haya roto sin llevar puesto un cristal astral?

—A Maya la ha mantenido viva el cordón astral de su bebé no nacido. Algo similar ha de pasar con Mateo.

—¿A qué te refieres?

—Hay algo que está utilizando Somnus para encadenar a Mateo. Una cadena tan fuerte que, incluso, mi tercer ojo no pudo destruir. Tengo la impresión de que esa misma cadena lo ata con el mundo material.

—¿Qué puede ser más poderoso que un cristal astral?

—¿Recuerdas tus sueños sobre Mateo?

—Encadenado a mí. —Los ojos de Sarah se abrieron enormes.

—No hay nada más fuerte en el universo…

—…Que la unión entre una madre con su hijo —terminó la frase Sarah.

—Esa es la cadena que utiliza Somnus para tenerlo atado. Tienes que dejar ir a Mateo para liberarlo de Somnus.

—Si lo hago, Mateo morirá.

—No si entra primero al Océano de Loto —dijo Dante—. Tienes que monitorearlo cuando entre al Castillo del Abismo. Una vez ahí, estará cerca del Océano de Loto.

Todo encajó como piezas de rompecabezas. Para recuperar a su hijo, Sarah tenía que dejarlo ir.

—¿Sabes dónde se encuentran en este momento? —se apresuró a preguntar.

—Cerca del castillo de Yama.

—Tengo que ir a ayudarles.

—Y más pronto de lo que crees.

Dante examinó el rostro de Sarah. Supo de inmediato que había algo más.

—Dante —dijo Sarah al mirarlo fijamente—. Nunca se encontró la manera de fertilizar la tierra.

Los ojos del guerrero se abrieron incrédulos. No comprendía la relación de aquello en esos momentos.

—Todo este tiempo han sido seres humanos.

—¿Qué?

—Ahora mismo van a preparar tu cuerpo para que sirva como fertilizante. Si no regresas a tiempo, no tendrás dónde alojar tu alma y, peor aún, tu actividad cerebral dejará de funcionar.

«Terminaré de morir —pensó Dante».

De pronto, el cuerpo etéreo de Sarah comenzó a desvanecerse. Pareciera que era aspirado desde arriba. Después de un segundo, su cuerpo desapareció en la oscuridad.

∞ ∞ ∞

La compuerta de la cápsula de conexión mental, se abrió deslizándose hacia arriba. Sarah continuaba recostada al tiempo que sus ojos se abrieron y parpadearon varias veces. Tardó un momento en darse cuenta de dónde estaba. Intentando recuperar por completo sus sentidos, se sentó en la cápsula y miró a su alrededor.

Becca estaba de rodillas con Marcus encañonándole la cabeza con una pistola escuadra .45.

Los ojos de Sarah miraron hacia arriba: Virgilio le tendía la mano. Sarah la tomó y salió de la cápsula de conexión mental.

Una sonrisa, tan fina como navaja, se dibujó sobre los labios de Virgilio.

—Dante sabe del fertilizante falso —dijo Sarah al fin de un rato.

—Entonces su alma continúa con vida. —Virgilio meditó por un momento—. Imagino que tuviste buenos motivos para decírselo.

—Querías a un tercer guerrero astral. Ya lo tienes.

Becca alzó la mirada con los ojos pasmados.

—¿A qué se refieren? —preguntó Becca con prontitud.

Virgilio volteó a ver a Becca: una sonrisa fue la manera de ignorarla. Luego, le dirigió la mirada a Sarah.

—Los signos vitales de Mateo son cada vez más débiles. Si muere, tendrá que formar parte del fertilizante: conoces las reglas.

Las pupilas de Sarah se dilataron: aquella construcción para

salvar a la humanidad sería la tumba de su esposo e hijo.

—Acordamos que solo utilizaríamos los cuerpos muertos. La compañía ha estado utilizando durmientes. ¡A gente que aún sigue viva!

Virgilio se encogió de hombros.

—¿Qué quieres que diga? La materia prima se agotaba.

Los músculos de Sarah se tensaron.

—¡Maldito!

—Tranquila. No utilizaremos a Mateo como fertilizante… Bueno, no mientras esté con vida. Es lo menos que podemos hacer por los servicios que has brindado por la corporación.

—¡Mateo no morirá! Te dije que el alma de Dante… —gritó Sarah.

—Dante está atrapado en ese lago. No hay manera de que pueda salir y, aunque lograra hacerlo, nunca llegaría a tiempo al Castillo del Abismo. El alma de tu hijo sustituirá al de Dante…, si es que puedo convencer a Yama de eso.

—¿Qué? Dante logrará llegar…

—No podemos arriesgarnos.

Virgilio dio un suspiró profundo.

—Acabamos de sacar a tu hijo de la cápsula de enlace. Irás con él después que tú y Becca me ayuden aquí. Corporación Astral te da el derecho de despedirte de tu hijo y agradece los servicios que has brindado a la compañía.

Sarah se quedo sin habla. Todos sus sacrificios, sus conocimientos: nunca fueron para la humanidad: ni siquiera para su familia. Todo había sido para engordar de sangre a las chinches del corporativo.

Capítulo 54

Dante se encontraba exhausto de tanto buscar una salida fuera del lago congelado. Después de varios intentos fallidos, se había dado por vencido. Con mirada perdida, dejó su cuerpo flotar inerte por debajo de aquel techo de hielo.

La oscuridad había envuelto cada rincón de las aguas: ni siquiera los rayos de luna servían de guía. El guerrero astral había perdido toda esperanza de salir. Incluso si pudiera hacerlo, había pasado mucho tiempo desde que su cordón astral se había reventado. Tal vez al no tener su alma atada a su cuerpo, había dejado de sentir dolor. Ni siquiera sentía la necesidad de respirar. Meditó cuanto tiempo pasaría hasta que su cerebro dejara de tener actividad neuronal y terminara por desvanecerse para siempre. Entonces, se le vino a la mente Mateo, Maya y los guerreros astrales. El camino había sido largo y las batallas feroces.

«Llegarán muy mermados —pensó Dante—. Con la energía astral en su punto más bajo, no serán pieza para Yama que, con toda la energía de la tierra que continúa devorando, los espera ansioso».

Cerró los ojos. Intentaría de nuevo romper el hielo con el tercer ojo, pero al abrirlo éste solo emitió una tenue luz. Apenas se vislumbraron pequeñas motas suspendidas brillar en el agua.

En la mente del guerrero llegaron las imágenes de su hija, de Sarah, de Mateo… «Mateo». Qué valiente había sido su hijo al enfrentar ese viaje al lado de un ser como Somnus. Se preguntó qué sería de su hijo; qué había sido de su hija y, sobre todo, que sentiría él mismo cuando su cuerpo mortal comenzara a pudrirse y le fuera imposible regresar a él. Si el mundo moría, no existirán más cuerpos para reencarnar.

Le había fallado a Maya, a su familia, a la humanidad entera. Y lo peor, a él mismo. «Tanto poder para terminar flotando solitario en un lago hasta el final de los días».

El tiempo continuó su marcha; había perdido la noción del mismo desde hace mucho. De pronto, el guerrero astral escuchó crujir el hielo sobre su cabeza.

De inmediato, abrió los ojos. Todos sus sentidos despertaron: atentos a lo que se acercaba.

Fuertes pisadas retumbaron sobre el hielo. Detrás del techo de hielo, percibió el reflejo de una luz amarillenta. Aquella luz se acercaba a él: bailando y saltando a capricho. Sin duda la luz provenía de una antorcha. Sus ojos se abrieron expectantes: atento

de quien pudiera ser. De pronto, las llamas temblorosas y llenas de vida estaban sobre su cabeza. El guerrero astral logró distinguir una sombra larga detrás del fuego. Dante entrecerró los ojos para enfocar su vista. Aquella sombra, detrás de la superficie congelada, comenzó a palpar el hielo.

«¿Será alguno de los guerreros astrales que ha venido a buscarme?».

Descartó la idea de inmediato. El cuerpo de Yank estaba en condiciones grabes y Maya estaba a punto de dar a luz. No tendrían tiempo para ver si había quedado algo de él en aquella caída. «Pero, ¿quién era esa figura oscura que lo observaba tras el hielo? ¿Será amigo o enemigo? —pensó». En esos momentos no importaba. Tenía que salir de ahí cuanto antes. Si se trataba de algún guardián del inframundo, ya lo enfrentaría fuera del agua.

La antorcha se acercó al hielo al tiempo que las llamas iluminaron su rostro en tonos amarillos y naranjas.

El guerrero astral se acercó a la superficie y percibió una cálida energía en su piel. «Aquí estoy, ven por mí —gritó para sus adentros».

Pero se encontraba debilitado como para poder entablar una lucha. Sin embargo, todo era preferible a seguir en esa prisión fría y oscura.

Las llamas de la antorcha comenzaron a crecer. Eran como pulmones que se hinchaban al respirar. Dante colocó la palma de sus manos sobre el hielo. Incluso tras esa capa de agua congelada, podía sentir el calor que emanaba el fuego de la antorcha.

El hielo comenzó a derretirse. Luego observó cómo la capa de hielo iba adelgazando. La misteriosa figura encima de él iba tomando forma. Dante estaba listo para lo que fuera. Una emoción de incertidumbre recorrió su cuerpo. Una luz de esperanza brilló, así como aquellas llamas brillaban al liberarlo.

Después de unos segundos, la gruesa capa de hielo se redujo hasta formar una fina escarcha. Entonces, una mano huesuda dejó caer el puño contra el hielo. Delgados fragmentos de hielo se rompieron como cristales. Aquella mano, de largos y esqueléticos dedos, lo cogió de la solapa y jaló de él con fuerza.

Dante sintió el aire frío sobre su rostro. Un aire de libertad. De esperanza.

Aquella mano tiró de su cuerpo hasta sacarlo por completo fuera del agua. El guerrero astral bajó la mirada y logró distinguir aquella mano, de piel gris y dedos que parecían las ramas de un árbol, sujetarlo de la solapa del gabán. Luego sintió cómo su cuerpo era arrastrado, resbalando con facilidad sobre el hielo.

«¿A dónde me llevará? —se preguntó el guerrero astral».

Miró hacia arriba. Quería distinguir a su salvador. La imagen era imprecisa, difusa.

El guerrero del tercer ojo quiso utilizar sus últimas fuerzas para darle las gracias, pero pensó que sería muy pronto. Desconocía si se encontraba en un peligro peor al encierro en aquel lago congelado.

«Tengo que recobrar fuerzas —se dijo así mismo». Cerró los ojos y perdió el conocimiento.

Capítulo 55

Dante abrió los ojos y parpadeó un par de veces para que sus ojos se adaptaran a la luz del lugar. Se encontraba sobre una roca liza en forma de tronco talado. No estaba atado —aquella era una buena señal—. Arqueó la espalda y estiró cada uno de sus músculos. La fría humedad del lugar lo había entumecido. Desconocía cuanto tiempo había pasado. Su ropa estaba seca: —eso decía que había transcurrido un buen rato inconsciente—. Después de un momento, se sentó sobre la roca y miró a su alrededor.

Millares de flamas, tan grandes como mechas de velas, flotaban suspendidas en el aire. Algunas llamas brillaban más que otras; algunas eran más grandes que otras, pero todas se extendían como una alfombra flotante de luz a lo largo de una caverna en forma de domo gigante. Hacheros colgantes de piedra en forma de estalactitas creaban sombras bailarinas con el trepidar de las flamas.

El guerrero astral se puso de pie y avanzó hacia una de las llamas para mirarla de cerca cuando un aire frío sopló sobre ella, extinguiéndola por completo. Un hilillo de humo ocupó el lugar del fuego y, al expandirse, desapareció en la oscuridad.

El soplido provenía detrás de él. Miró por encima del hombro y distinguió a una mujer que cubría su rostro con un velo negro. Sus labios todavía soplaban el aire frío que había apagado la flama y que lo habían estremecido.

Dante volteó para observar detenidamente a la mujer. Detrás de ese velo podía distinguirse un rostro liso, pero viejo. De piel gris y facciones tristes. De rasgos finos, pero, en extremo, delgados. Aquella mujer era Morta. Toda su vestimenta era de encaje negro: una diosa en eterno luto.

—¿Por qué apagaste la flama? —preguntó Dante al ver el humillo desaparecer en la oscuridad.

—Su tiempo ha terminado.

La voz de Morta era dulce: suave como caricia de terciopelo, pero con tanto dolor que hacía sentir un nudo en la garganta a quien la escuchara. Era como una de esas voces privilegiadas que hacían llorar al oírlas cantar.

—¿Son acaso esas flamas las almas de los vivos? —preguntó al intentar ver más allá del velo. Notó que Morta siempre mantenía los ojos cerrados.

—En tiempos de guerra, borrascas heladas salen de mi boca y apagan miles de vidas en un solo suspiro —dijo Morta al hacerse a

un lado.

De inmediato, Dante miró sorprendido un universo de velas brillando como estrellas en una cúpula celestial. Estas daban la impresión de ser miles de galaxias flotando en el infinito.

—Pero, algunas veces —prosiguió Morta—, las flamas se extinguen tan solo porque ha llegado su tiempo.

Dante avanzó entre algunas de las flamas. Observó el brillar intenso de algunas…

—Esas son las almas jóvenes —dijo Morta al seguirlo de cerca.

Luego, Dante miró algunas llamas tan débiles que daban la impresión que terminarían con su existencia en cualquier momento.

—Almas viejas —afirmó Morta en tono melancólico.

Dante continuó recorriendo aquella caverna sombría. Notó, no muy lejos, una entrada que resplandecía con una luz brillante de color rojo. Marchó hacia allá al tiempo que un olor a azufre golpeó sus fosas nasales. El calor aumentó a cada paso que daba. Se dio cuenta de que el sendero llevaba a otra recámara; separada por un portón circular que se encontraba entreabierto. Morta permanecía callada: señal de que él podía seguir adelante.

Dante entró en aquella habitación. El calor aumentó considerablemente. El guerrero del tercer ojo estaba en la boca de un volcán. Anonadado, observó cientos de cuevas incrustadas en las paredes. Estas daban la impresión de ser ventanales en un conjunto habitacional en la era de las cavernas. De pronto, algo más captó su atención. Aquellas grutas oscuras estaban habitadas. Distinguió el débil movimiento de almas que estaban consumidas y llenas de pecados incontrolables. Demasiado contaminadas para renacer y excesivamente corroídas para servir de tierra fértil.

Sintió centenares de pares de ojos observándolo. Miradas curiosas como si nunca hubieran visto un espécimen igual a él.

«¿Cuánto tiempo llevarán aquellos seres sin ver a un alma que tenga, todavía, la energía rebosante de vida?».

Seis almas contaminadas salieron de las cavernas y comenzaron a escalar las paredes rocosas como si fueran simios calvos de piel descolorida. Notó que aquellas almas habían perdido todo resplandor: eran almas muertas.

También quedó sorprendido con la rapidez que se movían. Escaladores ágiles que utilizaban sus cuatro extremidades para saltar de roca en roca. Sus movimientos, precisos y rápidos, los acercaban a gran velocidad a la cima del volcán. De allí se alcanzaba a ver un boquete de luz. La libertad estaba a unos cuantos metros sobre sus cabezas.

Entonces, cuatro demonios hechos de fuego, emergieron de la laguna de lava que bullía en el fondo. Si las almas contaminadas

eran expertas escaladoras, los demonios de fuego eran seres increíblemente dotados en su propio habitad. Trepaban sobre las rocas, con tal destreza como lo haría un atleta al correr los cien metros planos.

Dante miró perplejo el huir de las almas contaminadas. Compartió la ansiedad que sentían aquellos seres descoloridos. Sin importar que fueran pecadores, deseaba que escaparan de sus perseguidores. Luego, volteó a ver a Morta que esperaba del otro lado de aquella recámara volcánica. Sus ojos apuntaban en otra dirección: era una escena que ya había visto miles de veces. Siempre con el mismo final.

Dante regresó la mirada para ver en que acababa la persecución. Las seis almas contaminadas no habían llegado muy lejos. Dos de los demonios de fuego estaban sobre dos de las almas contaminadas. Los demonios saltaron y cubrieron los cuerpos sin luz de los pecadores. Mientras, los otros dos demonios de fuego tomaron, con cada mano, cada uno de los cuatro talones de las almas restantes. El contacto con aquel fuego infernal creó una combustión instantánea en las almas contaminadas. El fuego recorrió sus abatidos cuerpos como si estos estuvieran cubiertos de algún combustible inflamable. Los gritos de las almas fueron breves, pero llenos de dolor.

Dante se llevó las manos a sus orejas. Aquellos alaridos eran desgarradores. Transmitían un sufrimiento que brotaba desde sus gargantas. Unos segundos después, las almas desplomaron sus calcinados cuerpos contra el magma que bullía en la boca del volcán.

Dante bajó la mirada. El espectáculo lo había debilitado emocionalmente. El dolor que aquellas almas habían trasmitido, le había calado hasta los huesos.

Morta lo miró por un momento y avanzó hacia él. Colocando su mano, en forma de ramas secas sobre el hombro del guerrero astral, dijo:

—Nadie escapa de las almas infernales. Son los guardianes del averno.

—¿A quiénes pertenecían las almas de los que acaban de calcinar?

—A los peores pecadores que ha conocido la humanidad. Aquellos que causaron daño a otros seres vivos y se jactaron al hacerlo. Que, aprovechándose de su poder, lastimaron y, en lugar de ayudar, dañaron aún más a la humanidad. El poder siempre ha sido un mal consejero para las almas endebles; créeme, no vale la pena sentir empatía por ellos.

Dante meditó por un momento las palabras de la mujer. Luego

alzó los ojos a Morta que permanecía quita como estatua.

—Hay algo que quiero mostrarte —dijo Morta después de un breve silencio.

∞ ∞ ∞

La caverna de las almas perdidas era una vasta extensión de flamas flotantes abandonadas en otra sección de la gruta. A diferencia, de donde se guardaban las almas de los durmientes, estás flamas flotaban de forma aleatoria. Un caos anárquico: unas arribas de otras, zigzagueando entre sí: una pintura modernista donde el pintor tiraba trazos a diestra y siniestra sin ningún orden.

Dante entró al recinto. Era mucho más pequeño que el anterior, pero desordenado. Le recordó una especie de bodega donde se guardan objetos que ya no son necesarios y, con el tiempo, son olvidados. Tal vez sacadas algún día, sin otro fin que recordar tiempos mejores.

—¿De quiénes son esas almas? —preguntó al caminar entre las flamas que flotaban a su alrededor.

—Son las almas de los humanos que se aventuraron a renacer aún estando con vida —susurró Morta al seguirlo de cerca—. Pronto esas almas se desvanecerán, convirtiéndose en polvo cósmico y vagarán sin rumbo por toda la eternidad.

—¡¿Qué dices?! —gritó al tiempo que dio media vuelta para mirarla fijamente—. Esas almas renacerán en otro ser que esté por nacer.

—Las almas no pueden renacer mientras sigan vivas.

Dante sintió que le fallaban las piernas. Su respiración le quedó atorada en el pecho. Por esa razón se había construido Corporación Astral; para evitar la migración masiva de las almas. «¿Qué diablos está pasando aquí? —se preguntó—. ¿Por qué engañar a la gente dándole falsas esperanzas? Y, peor aún, hacer que arriesgaran sus vidas por un destino mejor».

—Todo fue un engaño entre Yama y Corporación Astral para atraer almas hasta el Castillo del Abismo, y así poder devorarlas.

—Pero tanto Yama como Corporación Astral prohibieron los viajes al inframundo —exclamó Dante.

—Por siglos, dioses y dirigentes han apelado por la obediencia del ser humano. De esta forma, pueden cometer injusticias con los más desprotegidos. Al volverse la humanidad desobediente, dioses y dirigentes, optaron por otra medida: la desobediencia.

Dante quedó mirando al vacío. Su cerebro no comprendía lo que estaba pasando o, quizá, no quería comprenderlo.

—Nada atrae más que lo prohibido —masculló Morta—. Y es

todavía más seductor si ésta va envuelta por injusticias.

Morta acercó tanto su rostro al de Dante que, el guerrero, notó un ligero olor a incienso en su piel.

—Yama planeó todo con Corporación Astral desde el principio. Creó falsas esperanzas para la población cuando la comida se agotaba. Después, estableció una prohibición para poder usar a esos cuerpos como abono para su propia cosecha. Permitió que millones de personas se ocultaran y realizaran la migración ilegal al inframundo. Tanto Yama como Corporación Astral sabían que mucha gente haría el viaje ilegal. Los cuerpos de las almas que no pudieran ir más allá del Río de Caribdis serían el abono para la comida de los corporativos. Mientras que las almas que «lograran burlar la seguridad» y llegar hasta el Castillo del Abismo, serían el alimento para Yama.

Dante se sintió mareado. Habían jugado con las vidas de la gente. Con sus propias almas. La humanidad entera había mordido el anzuelo. Luego sintió un fuego que se extendió desde su estómago hasta su cabeza.

—¿Qué hay de mis hijos? —preguntó apretando los dientes.

—Ambos van en camino a su destino. Yama necesita de tres guerreros astrales para recuperar su energía por otros diez mil años. Tú eras ese tercer guerrero. Ahora Mateo ocupará tu lugar.

«Sacrificarán a mi hijo».

—Somnus quería reencarnar con Mateo. ¿Qué pasará ahora con él?

—Como te dije antes, los seres vivos no pueden renacer. Pero si estos van acompañados con un durmiente o un pecador…

—¿Qué? ¿Qué pasaría entonces?

—El alma de Mateo se desvanecería, pero su cuerpo quedaría ocupado por la otra alma.

Dante quedó boquiabierto. El cuerpo de Mateo pertenecería a Somnus.

Luego de un momento, dijo:

—¿Sabes qué pasó con Ariam? Ella nunca atravesó el inframundo.

Morta sonrió y le clavó la mirada.

—Sí que lo hizo.

—¡¿Qué?! ¡Imposible! Me hubiera dado cuenta. La he buscado desde el primer día que su alma se separó de su cuerpo.

—Y, sin embargo, has estado con ella todo el camino. Incluso, has salvado su vida en más de una ocasión.

Dante no comprendía nada. Buscó un lugar donde sentarse. Pero, al no encontrar ningún sitio, se dejó caer en el suelo al tiempo que intentó controlar la respiración.

Morta lo miró desde arriba y, con una sonrisa, le dijo:

—Ni siquiera con tu tercer ojo puedes mirar más allá de la vida misma.

—¿Vida? ¿Cuál vida?

—La que está por llegar. La esperanza de la humanidad.

Dante la miró incrédulo. La verdad lo golpeó tan fuerte que lo dejó aturdido por un momento.

—El bebé de Maya… —dijo Dante sin salir de su asombro.

—Ariam encontró un buen lugar para esconderse de Yama.

—No es posible. ¿Cómo hizo Ariam para llegar hasta el Océano de Loto sin ser vista?

—Es que Ariam no es la reencarnación del bebé de Maya. El bebé de Maya es Ariam.

Las piezas del rompecabezas tomaron forma, sacudiendo a Dante de pies a cabeza. El alma de Ariam se ocultaba en el bebé de Maya. Por eso Somnus, por encargo de Yama, había ido por ella cuando estaba viva. Por eso Mateo sentía un apego hacia Maya. No se trataba de una atracción de adolescente. De alguna forma, sentía que Ariam estaba dentro de aquella pobre chica.

—Ariam es la esperanza de todo el planeta. De cada ser humano y alma en ambos mundos. Ella es la nueva Samsara y Yama… quiere su cabeza.

Los ojos de Dante se llenaron de luz. Una extraña fuerza se apoderó de él. Se puso de pie de un salto y miró a Morta directo a los ojos.

—Destruiré a Yama.

—No puedes hacerlo.

—Si no soy yo, ¿quién lo hará?

—Una vida nueva. La vida de Ariam.

Dante contuvo la respiración por un momento.

—No permitiré que mi hija enfrente a ese monstruo.

—Puedes elegir cambiar tu destino, Dante Lamas —dijo Morta al acercársele a unos centímetros de su rostro—, pero no el de tu hija. Ella ha elegido el suyo propio.

—Ella es solo una niña. ¿Desde cuando eligió algo así?

—Desde hace muchas vidas atrás. Incluso, antes de que fuera tu hija.

Los ojos del guerrero astral ardieron de furia. No permitiría el sacrificio de su hija. Incluso si ella hubiera tomado esa decisión.

—Mi voluntad es más fuerte que mi destino o, incluso, que el de cualquier otro.

—Ahora hablas como la gente de Corporación Astral. ¿Sabes que ser tan egoísta puede terminar con el mundo?

—Al diablo con el mundo si no puedo salvar a mi hija.

Los ojos de Dante se llenaron de lágrimas.

—Es curioso, lo mismo piensa Mateo.

—¿Mateo?...

—Él también piensa que puede salvarla sin importar las consecuencias. ¿Por qué crees que hizo el viaje?

Dante palideció.

—¿Mateo vio el destino de Ariam en el Bosque de las Luces?

—No el de Ariam —explicó Morta—, el suyo. Mateo nunca quiso renacer, pero sabía que era la única manera de ayudar a su hermanita…

Cada secreto revelado era otro golpe a su corazón.

—Él sabe que su hermana se oculta en el vientre de Maya. Y hará cualquier cosa para protegerla. Y ahora, ¿qué harás tu, Dante Lamas?

Capítulo 56

Morta y Dante entraron a un cuarto recinto.

Era una cueva no más grande que una sala de estar. Altas paredes llegaban a un techo en forma de cúpula. En el centro, brillaba una sola flama. Su color cambiaba del azul intenso al rojo sangre; pasando por el amarillo, verde y púrpura.

La flama se levantaba tan alto como la estancia misma y, luego, disminuía tanto como un grano de arroz.

La luz, de donde emanaba la llama, iluminaba los rostros de Dante y Morta. Era como si un proyector de cine utilizara sus rostros como pantallas.

—Incluso el agua estancada se pudre —dijo Morta sin quitarle los ojos a las flamas—. El tiempo de Yama hace mucho que terminó, pero él se ha negado a pasar a otro plano. El poder absoluto es muy peligroso, incluso para un dios. Una vez que se tiene, ya no se quiere soltar. La energía de Yama se agota a cada segundo; por eso se alimenta de la tierra. Una vez que acabe con ella, continuará con la energía de los animales, incluyendo a la de los seres humanos.

—¿Por qué ha querido destruir a Ariam en todo este tiempo?

—Ella es su remplazo.

—Debe haber otro camino. Otra fuente de energía.

—¡Ya lo creo! Los guerreros astrales. Ellos le darían suficiente energía a Yama por otros diez mil años. Pero el alma de Yama está tan corrompida que no quiero ni imaginarme los años de tormento para el planeta en ese tiempo.

—Un momento. Que yo recuerde, la humanidad siempre ha estado en guerras y catástrofes.

—Es verdad —afirmó Morta—, estos últimos diez mil años han sido los peores. ¿Imagínate los siguientes?

—¿Qué quieres decir?

—Que no son los primeros diez mil años en que Yama ha recuperado el poder.

Dante se sintió desfallecer. Aquello iba más allá de su imaginación.

—¿Qué tan contaminado está Yama? —preguntó aturdido.

—Está sería la sexta vez que recupera su energía.

—¿Qué quieres decir?

—Que la tierra ya fue destruida antes y vuelta a regenerar; solo que cada vez que pasa, se vuelve más caótica. Por eso es importante encontrar el suplente de Yama.

Dante recargó la mano en una roca para no caer.

—Fue una trampa desde el principio —dijo el guerrero astral después de recuperar el aliento—. Yo estoy dispuesto a dar mi vida, pero no puedo hablar por los demás guerreros.

Luego meditó todas las opciones.

—¿Qué pasará si destruyó a Yama y no le entrego a Ariam?

—El planeta necesita un equilibrio…

—…Pero, ¿qué pasaría?

—El mundo no tendría ciclos. Terminaría siendo una tierra estéril. Una piedra seca flotando en el infinito.

—Debe haber una manera de darle al planeta la suficiente energía para poder sustentarse hasta encontrar otra solución.

—La hay.

—¿Qué? —Dante abrió los ojos desorbitados—. ¿Cuál es?

—Requiere de un gran sacrificio y, aun así, no hay garantías.

—Intentaré lo que sea.

—Tendrás que derrotar a Yama. Después de que sea destruido, habrás de arrojar hasta tu última gota de energía en el hueco que Yama haya dejado.

—No creo que la energía de un guerrero astral sea suficiente. Incluso la energía del tercer ojo.

—Por supuesto que no. Incluso, ahora mismo, no tienes la suficiente fuerza para derrotar a Yama.

—¿Qué debo hacer?

—Antes de decírtelo, debes estar consiente que si lo haces nunca volverás a ser la misma persona.

—No me importa.

—Ganes o pierdas la batalla con Yama, nunca saldrás con vida del inframundo. ¿Estás dispuesto a tal sacrificio?

Las palabras de Morta calaron tanto a Dante que dudo por un segundo. «Mi vida por la de millones, incluyendo a la de mis hijos». No habría que pensarlo más.

—Qué así sea —dijo finalmente.

—Entonces, Dante Lamas, ¿estás dispuesto hacer el último sacrificio?

El guerrero astral asintió con la cabeza.

Capítulo 57

Dante se encontraba en posición de flor de loto sobre una roca de mármol blanco con superficie plana y pulida. Estaba desnudo: su cuerpo, cubierto de aceites aromáticos, brillaba tanto que daba la impresión de estar hecho de cristal. Su piel trigueña mostraba sus músculos bien definidos, duros como acero. Mantenía los ojos cerrados. Su concentración estaba al máximo. Una leve aura de color azul celeste emanaba de cada poro de su piel: era un dios humano.

Morta avanzó con lentitud hacia él. Los pies de la mujer se deslizaban con tal gracia que parecía flotar sobre el suelo. Tenía la palma de las manos apuntando hacia arriba al tiempo que flamas azules con puntas amarillas salían de ellas. Morta se colocó detrás de él y comenzó a darle masaje a su cuerpo: hombros, espalda, brazos… Las llamas se extendieron sobre el cuerpo de Dante. En unos segundos, era una antorcha viviente. Sin embargo, no se inmutaba por el calor. Por el contrario, se convertía en una extensión de él mismo. Era energía pura a punto de nacer. Había muerto en el agua y renacido en el fuego. Los dos elementos lo depuraban para hacer un viaje increíble. El viaje sería un filtro para renacer en una versión purificada de él mismo; el guerrero astral estaba listo para la transformación.

Morta alzó la palma de sus manos sobre su cabeza. El fuego, en sus palmas, continuaba ardiendo con flamas azules y amarillas.

De pronto, las llamas que envolvían el cuerpo de Dante comenzaron a crecer, formando un remolino a su alrededor con flamas azules, rojas y amarillas. El remolino creció tanto que se convirtió en un torbellino de fuego y, en el centro del mismo, se abrió un ojo en forma de caleidoscopio: un portal para que el alma de Dante emprendiera el viaje.

—La vida siempre está cambiando —susurró Morta mirando hacia arriba—, moviendo sus formas. Con nuestras decisiones, nosotros nos movemos con ella.

Dante abrió los ojos. Sus pupilas eran flamas azules. Luego su alma comenzó a elevarse.

∞ ∞ ∞

El alma de Dante voló sobre las montañas, pasando encima de enormes pinos de un color verde intenso. Las colinas asimétricas

abarcaban más allá de donde alcanzaba su vista. Su alma aceleró. Cada segundo más rápido. Una fuerza de gravedad jaló de él, pero no hacia abajo. Lo proyectaba hacia adelante; al horizonte sin fin. Se movía de forma vertiginosa. Los árboles, debajo de él, pasaron tan rápido que daba la impresión de ser una tormenta verde. Un miedo comenzó apoderarse del guerrero astral al tiempo que la velocidad aplastó su rostro, el aire estrujó sus pulmones, haciéndole difícil respirar. Su rostro comenzó a deformarse. El pánico lo apresaba, le decía, «no sigas adelante»; así que pensó dar marcha atrás.

Entonces, escuchó una voz en su mente, como si alguien se comunicara de manera telepática con él. Reconoció la voz de inmediato. Era Morta. Cayó en cuenta que, aunque el viaje lo emprendería solo, siempre habría alguien a su lado.

—Libera tu espíritu. —La voz de Morta sonó como un suspiro en su cabeza, tranquilizándolo un poco.

Dante siguió avanzando, volando hacia adelante; aún sentía el temor a lo nuevo, a lo desconocido, pero, ¿qué mal podría pasarle que no hubiera experimentado ya? «No tengas miedo—, se dijo así mismo». El cambio era como la oscuridad. No sabía que podría haber allí, pero, sea lo que fuera, no podría lastimarle. Los peligros los formaba su imaginación, creando una barrera para no seguir adelante, para no transformarse en una mejor versión de sí mismo. Dante apretó los dientes. Pensó en Ariam y en Mateo… En los guerreros astrales. «Para ayudarlos debo vencer primero mis miedos. Ayudarme a mí mismo. Solo así podré ayudarles»; Entonces, estaba listo para el siguiente nivel.

El paisaje del bosque terminó tan rápido como había comenzado, dando paso a un océano que resultaba ser más intimidante que el bosque. Su alma voló sobre el océano de color turquesa. El miedo continuaba, mas en esta ocasión, la belleza opacaba cualquier temor. El agua infinita era una invitación a la vida, a la aventura. Dante extendió sus brazos en forma de cruz. Su cuerpo descendió poco a poco. Estaba tan cerca del agua que bajó su mano para rozarla con los dedos. La velocidad que llevaba hicieron que sus dedos brincaran a cada roce con el océano. El agua salpicó su rostro. Se sentía libre. El futuro estaba ante él en forma de un océano infinito.

«Vayamos por él—, pensó».

—La tierra colapsa contra el agua —se escuchó la voz de Morta en su cabeza.

Dante estrelló su alma contra el agua, disolviéndose en ella, convirtiéndose en estado líquido. Ahora su alma estaba formada de agua. Era parte del océano, de la aventura misma. Sintió cómo los

peses nadaban dentro de él, haciéndole cosquillas. Más adelante, observó el nacer de una isla. El lava emergía desde las profundidades, solidificándose en roca que se abría para dejar escapar más lava. Y así una y otra vez hasta llegar a la superficie, formando arrecifes de roca fundida que, cuando se enfriaban, las aves se posaban en ellas. El alma de Dante, en forma de agua, proyectó su cuerpo líquido contra la roca fundida. Contra el fuego.

—El agua colapsa contra el fuego —susurró Morta de nuevo en su mente.

El cuerpo acuoso de Dante se convirtió en llamas. Un calor intenso inundó el centro de su ser. Se trataba de ímpetu, fuerza, furor… Sintió cómo el agua se evaporaba a su alrededor. El vapor salió del océano, elevándose por los cielos; cada vez más alto. El miedo que había sentido antes, se transformó en libertad. En un ser más fuerte. Su cuerpo era vapor: Fuego, agua y aire.

—El fuego colapsa con el aire —se escuchó la voz de Morta, pero está vez su voz era un eco que provenía en todas direcciones —. Ha llegado el tiempo de renacer.

Un resplandor de luz golpeó sus ojos, nublándole la visión. Su alma se elevó a velocidad luz hasta el infinito. Luces de diferentes colores pasaron sobre él como prismas luminosos, traslúcidos y vivos: colores rojo, naranja, amarillo, verde, azul…; al llegar al color violeta hubo una explosión de colores, todos mezclándose entre sí, creando nuevas gamas de colores.

—El aire se disuelve en la conciencia. —La voz de Morta era una parte del todo.

Dante la escuchó tanto en su interior como en el exterior.

El alma heterogénea de Dante emergió en un cerebro. Las conexiones de sus neuronas se reconectaron con pequeñas descargas eléctricas. Fuera de ese cerebro, se encontraba Dante. Sus dos ojos permanecían abiertos al igual que su tercero. Ojos brillando en un azul intenso: había llegado al séptimo nivel.

Morta sintió la energía del guerrero y una sonrisa de orgullo de dibujó en su rostro. Lentamente, avanzó hacia él y puso algo en la palma de su mano.

Dante bajó la mirada para ver lo que le había entregado la mujer: en sus manos tenía un cristal en forma de gota color azul-índigo. El cristal astral regresaba a el guerrero del tercer ojo.

—Estás listo para tu último viaje, Dante Lamas. —Fueron las últimas palabras de Morta.

Capítulo 58

Dante despertó dentro de la boca del volcán con sus ropajes puestos: pantalón de cuero, camisa de lana, botas de cuero trenzado, su gabán de piel; que le llegaba hasta los talones y, lo más importante, el cristal astral colgando de su cuello.

Los tres ojos del guerrero astral miraron fijamente hacia arriba, brillando con resplandor fantasmal, como si una estrella azul formara parte de su alma y, la luz resplandeciente, luchara por salir a través de sus tres ojos.

«No parece tan lejos la salida del volcán —se dijo así mismo».

Sus ojos buscaron algún camino entre la lava que hervía con burbujeantes rocas fundidas de colores naranjas y rojas. Después de un momento, encontró un sendero donde podía escalar. Tenía unos cuantos segundos de ventaja antes que las almas infernales salieran de la lava y comenzaran a perseguirlo.

Sin dudarlo, sus dedos se aferraron en las rocas como ganchos de acero. Su mirada estaba puesta en la salida: una boca que emanaba la luz del día. La subida, de más de quinientos metros, lo esperaba con rocas tan afiladas como cuchillas. Brincó y pegó su cuerpo a la pared rocosa. Luego comenzó a escalar como un experto alpinista. Sus brazos y piernas se movían como araña. El boquete que daba a la boca del volcán daba la impresión de hacerse más ancho a medida que avanzaba. Sabía que las almas infernales aparecerían en cualquier momento. Solo transcurrió un par de segundos para que sus temores se hicieran realidad.

La roca fundida, por debajo de sus pies, borboteó al momento que seis almas infernales saltaron fuera de la lava. De inmediato, emprendieron la persecución como orangutanes cubiertos de fuego, corriendo en línea recta en sus cuatro extremidades.

Dante sintió el calor de los demonios de fuego cada vez más cerca. Él era rápido, pero aquellos seres infernales estaban en su ambiente. Era como si el campeón olímpico de natación quisiera ganarle a un tiburón que había olido la sangre. En cuestión de segundos, aquellas criaturas de fuego lo tenían rodeado.

Dante paró en seco. Las almas infernales cerraban el círculo a cada segundo.

Los tres ojos del guerrero comenzaron a brillar con mayor intensidad. El resplandor que emitieron era cegador; como mirar directo al sol. Entonces, disparos de energía pura, de color azul, salieron de sus tres ojos. Las almas infernales saltaron hacia los

lados con colosal rapidez. La energía fue a estrellarse de forma violenta contra las rocas y cientos de fragmentos llovieron sobre él al tiempo que pegó su cuerpo a la pared de piedras. Las rocas le pasaron tan cerca que casi rasgaron su gabán.

Las rocas alcanzaron a un par de almas infernales, derritiéndose al contacto con sus cuerpos en llamas.

Dante continuó avanzando. Tomó la delantera: no había tiempo para una batalla larga ni un derroche de energía. Su objetivo era llegar a la cima y salir del volcán. Pero las almas infernales tenían otros planes: las seis criaturas de magma y fuego abrieron sus fauces y vomitaron lava de sus bocas.

Dante miró por encima del hombro: la cascada de piedra fundida expulsada de las bocas de aquellas criaturas infernales subían hasta él a gran velocidad. Sus tres ojos abrieron fuego al tiempo que un escudo de energía azul se formó a su alrededor. El magma se estrelló contra el escudo de energía.

De pronto, fragmentos de roca cayeron sobre su hombro. El guerrero astral volteó arriba y vio a dos almas infernales sobre su cabeza.

«¿A qué hora llegaron allá arriba? Son rápidas estas bestias —pensó».

Las almas infernales expulsaron lava de sus fauces. Dante volvió abrir fuego con sus tres ojos, creando un nuevo escudo sobre su cabeza: lluvia de fuego se precipitó a su alrededor. Por arriba, por abajo, por los lados. El escudo de energía que protegía al guerrero astral emitió un color azul intenso. La lava comenzó a solidificarse a su alrededor.

Las criaturas dejaron de escupir fuego y comenzaron a moverse en círculos alrededor de Dante. Era una espiral de fuego que iba cerrándose poco a poco.

Dante sintió un calor sofocante. Bastaba con tan solo un toque de aquellas criaturas para que su alma comenzara a arder. Entonces, frunció el entrecejo: sus tres ojos comenzaron a resplandecer con tan intensidad que toda sombra en la caverna quedó iluminada. El guerrero gritó al momento que sus ojos dispararon energía en todas direcciones. Las almas infernales no tenían lugar donde esconderse.

Una a una, las criaturas de fuego fueron alcanzadas por las energías de los tres ojos. Sus cuerpos, de magma y fuego, fueron aplastados contra la pared. El ataque fue rápido y sorpresivo. Las almas infernales se desplomaron inertes. Cuerpos ardientes que se iban apagando al caer en picada hacia el lago de lava.

Dante tomó un respiro. Todavía quedaba un largo tramo que subir. Las almas infernales habían desaparecido dentro de la lava. Una cosa menos de que preocuparse.

Después de un breve descanso, escaló las rocas, saltando de una en una. Sintió sus manos cortarse al contacto con el filo de las piedras volcánicas, pero continuó avanzando: no había tiempo para el dolor.

Bajo sus pies, un estridente sonido rugió. La caverna vibró. Fragmentos de rocas cayeron por todos lados. Era como el bramido de un dragón despertando. Dante miró abajo. El magma era un caldero efervescente, arrojando rocas ardientes hacia arriba. De manera inesperada, la lava comenzó a elevarse. Subiendo a toda velocidad hacia él.

El brillo, de sus tres ojos, había desaparecido. En su lugar quedaron un par de ojos que miraron horrorizados cómo la lava subía hasta él. La piedra fundida lo alcanzaría en tan solo unos segundos. Sus ojos miraron hacia arriba. Era un largo camino hasta la cima —no lo lograría—. Entonces, comenzó a moverse a gran velocidad sin voltear abajo, pero el calor del magma se intensificaba: sabía que estaba cerca. Quince metros, diez metros, cinco metros. En cualquier momento aquella roca fundida lo devoraría. Sintió el calor quemarle los pies. El humo lo alcanzó. El olor a azufre golpeó sus fosas nasales. Las rocas, de donde se colgaba, comenzaron a calentarse. Escalaba tan rápido como podía. Mirando hacia los lados, trataba de encontrar un rincón: un lugar para protegerse de la lava que la tenía a centímetros de sus pies. Entonces, allí estaba. Una cueva a un par de metros arriba de él. De un salto, alcanzó el borde con las manos. El magma alcanzó la suela de sus botas. Dante encogió las piernas y, con un impulso, dio un salto y entró al túnel. El instinto de supervivencia le hizo mover las piernas sin pensar. Corrió dando grandes zancadas.

La piedra fundida entró al túnel e invadió cada rincón. El guerrero astral no miró atrás, simplemente corrió tan deprisa como le permitían sus piernas. Era una gacela corriendo por su vida y la lava, el león buscando su comida. Las rocas incandescentes lo perseguían. No daban tregua alguna. De pronto, frenó de golpe al tiempo que sus pies se barrieron en el suelo arenisco. Una enorme pared de piedra lo separaba de la libertad. Se encontraba en un callejón sin salida. Miró por encima de su hombro y observó la espesa roca fundida de color naranja iluminar el lugar. El magma avanzó veloz hacía él: estaba lista para engullirlo. Los tres ojos de Dante resplandecieron. Volteó hacia la pared de roca sólida que bloqueaba la salida y abrió fuego. Los tres ojos dispararon a la vez.

—¡Blast!—. La muralla de roca sólida se hizo añicos.

∞ ∞ ∞

Un boquete de dos metros de diámetro se abrió en la pared del volcán. Dante emergió de este. Una vez afuera, un aire frío acarició su rostro. Luego echó un vistazo abajo. Una caída vertical de quinientos metros. Volteó y miró cómo la lava se le venía encima; lista para envolverlo con su masa hirviendo.

Volteó a su alrededor y miró un borde que sobresalía de las rocas. Dio un salto y sus manos alcanzaron a asirse del borde. Pegó su pecho contra la pared volcánica al momento que la montaña tembló. La lava salió disparada como cascada incontenible por el boquete que Dante había abierto.

El guerrero sintió el calor de la lava cerca de él. Volteó y la vio salir a chorros. Pegado sobre las rocas, se deslizó lejos de ella. A cada paso la temperatura bajaba drásticamente. Siguió avanzando. El aire fresco agitó su cabello. Cuando se sintió a salvo, se detuvo por unos segundos y recuperó el aliento. Sus dedos oprimían las rocas tan fuerte que creyó que podría romperlas. Más calmado, se dio media vuelta. Los ojos del guerrero, ya apagados, contemplaron en la distancia cómo una monumental catedral, de estilo gótico, se alzaba en la distancia. Sus tres enormes torres se encumbraban hasta el infinito y raíces formidables surgían de sus atalayas, dispersándose en siete diferentes direcciones.

El Castillo del Abismo estaba en la mira.

Capítulo 59

Los últimos rayos de sol hallaron estrechas grietas para penetrar dentro de la choza que se encontraba entre la frontera entre Etiopía y Eritrea. Yama, con una rodilla en el suelo, jadeaba fuertemente y con dificultad. Llevaba puesto el atavío de monje. La capucha sombreaba su cara: odiaba que los humanos vieran sus tres rostros demacrados. Aquel pequeño ser miraba, con el rabillo del ojo, a través de las ranuras de la luz dorada del sol a Ojore. El tiempo se agotaba. La presencia de la muerte caía sobre Yama con tal fuerza que sentía cómo su pecho se oprimía. De no encontrar a la chica pronto, su larga vida llegaría a su fin.

La voz enferma susurró con una voz tan tenue que parecía una brisa:

—El alma de la chica ha llegado hasta la villa cerca del Castillo del Abismo.

—Hemos buscado por todas partes —exclamó Ojore con la mirada llena de terror—. Estoy seguro de que ella ha cruzado la frontera y, en estos momentos, ya se encuentra navegando en el Mar Rojo.

—¡Ella está cerca, idiota! —gritó la voz del viejo, mientras las flemas en su garganta lo hicieron carraspear—. Puedo percibir la energía del bebé por nacer. Es como una luz cegadora que mata todos mis sentidos.

—Se ha escondido bien. Ya hemos peinado toda la zona: no encontramos nada.

—No necesitan encontrarla, solo apagar su luz. Destruir toda energía vital de ella y del ser que lleva adentro antes de que nazca. —se escuchó decir a la voz de la mujer.

—¿Cómo hacer eso si no sabemos dónde se esconde?

El monje se puso de pie. Tambaleándose, avanzó hacia Ojore. Una vez cerca del líder de la milicia, extendió la mano frente a él y, mostrándole un puñado de hierba seca, dijo con la voz del viejo:

—Quemen la selva entera.

El forraje seco, entre su mano, emitió una llamarada que se extinguió casi de inmediato, dejando una pequeña estela de humo elevándose desde la palma de su mano.

Ojore abrió tanto los ojos que el blanco de sus órbitas sobresaltaron del color negro de su piel.

—Eso acabará con los últimos vestigios de vida en la selva —exclamó en voz baja.

Con ambas manos, el monje se colgó de la solapa del miliciano, acercando tanto su rostro que Ojore alcanzó a ver seis pares de pupilas brillar como piedras ardientes incrustadas en roca.

—Todo será devorado por el fuego —dijo finalmente la voz enferma del monje.

∞ ∞ ∞

El sol se ocultaba sobre las llanuras de la frontera entre Etiopía y Eritrea.

La cálida y seca brisa levantó la tierra estéril, golpeando de lleno el rostro de Ren. El joven misionero llevaba tres días enterrado hasta el cuello. Sin agua ni alimento. Su rostro era un pergamino. Una máscara de sangre seca y tierra gris que se había impregnado en su piel. Cada bocanada de aire era un sabor a arena que le secaba, aún más, la garganta. Ren deseaba la muerte tanto como deseaba volver a ver a su amada.

«Maya, el único amor de mi vida»: ese pensamiento lo tenía tatuado en su mente. Era el motivo que le hacía olvidar dónde estaba.

Los gritos desesperados de los milicianos indicaban que no habían encontrado a Maya. Ese era el único consuelo que encontraba Ren en esos momentos. Fue entonces cuando escuchó un crujido que lo perturbó. El aire, de por sí cálido, se enrareció. Cada vez más caliente, sintió que le quemaba el rostro.

Ren alzó los ojos. Lo que miró lo trastornó tanto que quiso gritar, mas no tenía aire para hacerlo. Quiso llorar, mas no tenía más lágrimas que derramar.

Miró arriba y notó que el cielo resplandecía con un color rojo sangre. Las llamas se alzaban más allá de los árboles; iluminando la noche, y, un humo negro, se expandía por todo el cielo; ocultando la luna. Daba la impresión que el hollín se había incrustado al infinito.

La selva ardía en un mar de llamas escarlatas mientras que los jóvenes milicianos bailaban y brincaban con antorchas en las manos.

La quijada de Ren se abrió tanto que sintió que se dislocaba. Con el último aire en sus pulmones gritó:

—¡Esto es una locura! ¡Maya! ¡Despierta! ¡MAYA!

Los alaridos ahogados de Ren quedaron opacados por el crepitar de las llamas que se extendieron por toda la selva.

∞ ∞ ∞

Mientras la selva ardía, Maya permanecía en meditación profunda. Hojas de color verde y marrón descansaban en su regazo. La respiración de la chica era suave, su rostro sereno, pero con un ligero ceño fruncido que arrugaba su frente. Entonces, una delgada nubecilla blanca pasó frente a su rostro. El olor a madera quemada comenzó a percibirse en el ambiente.

A un par de kilómetros de ella, se alzaban las flamas de color rojizo mezcladas con amarillo. El fuego, aún lejos, devoraba los árboles secos y se acercaba peligrosamente.

Capítulo 60

La densa niebla se cerraba cada vez más entre las estrechas callejuelas de la villa a las afueras del Castillo del Abismo. Casas de adoquín, estilo medieval, daban la ilusión de flotar sobre las nubes. Al final de aquel callejón, se alzaba majestuoso el Castillo del Abismo; el reino de Yama estaba adelante y, dentro de él, la muerte o la salvación.

El guerrero del plexo solar había adelgazado en pocas horas. El par de hoyos que habían dejado los colmillos de la serpiente de Hambruna en su pecho, secretaban una especie de líquido viscoso parecido a un magma de color amarillo pálido. Extenuado por el viaje y el veneno, Yank no pudo más y cayó de rodillas, esparciendo la niebla a su alrededor.

Yina se apresuró hasta a su amado y vertió agua de la casa de Décima sobre la herida, para después dársela a beber. Una acción que venía repitiendo durante todo el viaje. El agua milagrosa de Décima había disminuido el veneno, pero aquella ponzoña tóxica se negaba a morir del todo; estaba determinada a llevarse a Yank con ella.

Maya recargó su cuerpo entre las frías y rústicas paredes. Se le veía pálida. Sus ojos brillaban con un verde más claro. Era un verdadero milagro que siguiera de pie.

Mateo y Somnus, aún encadenados el uno con el otro, se tambalearon y cayeron al lado de Yank: el grupo había dado hasta su último gramo de energía.

Yina giró la cabeza y miró a cada uno de sus compañeros de viaje. Ella era la única a la que le quedaban algunas fuerzas para hacerle frente a Yama.

«¿Qué debo hacer? —se cuestionó así misma—. Yank tardará en recuperarse de sus heridas. Si Maya da a luz antes de llegar al Océano de Loto, su cordón astral se romperá y morirá. ¿Qué debo hacer?».

Antes de encontrar una respuesta, el destino decidió por ella. Un terrible rugido retumbó en el cielo. El grupo alzó la vista al unísono. Ahí estaba, volando sobre sus cabezas, el dragón de fuego con Crudo montando en él. La bestia batió sus alas al bajar, esparciendo la niebla a los lados.

Las garras del dragón se posaron sobre el camino de piedras. Luego, miró al grupo con ojos grises. Fríos. Malvados.

Crudo se erguía orgulloso sobre la espina dorsal del animal. Su

máscara, de acero oxidado, hacía imposible descifrar sus emociones. Lo que hacía que fuese más aterrador.

A trompicones, Yank se puso de pie y se puso de frente al grupo para protegerlo.

—¡Quédense detrás de mí! —ordenó.

El dragón avanzó a medida que la niebla se apartaba de su camino. Crudo, empuñando las riendas de la bestia con fuerza, dirigió la máscara de hierro oxidado hacia sus presas.

Yank miró a la bestia acercarse lentamente, como si se tratara de una pesadilla. El dragón rugió. Su aliento olía a azufre.

Yank arqueó el pecho, listo para disparar. Pero un ardor intenso lo hizo contraerse. El dragón levantó sus patas delanteras y las arrojó sobre el pecho de Yank. El fuerte impacto hizo que el guerrero del plexo solar cayera de espaldas. Yank quiso levantarse, pero sintió que su cuerpo pesaba una tonelada; sabía que estaba fuera de combate.

El dragón abrió sus fauces. Yank pudo ver sus colmillos bañados de saliva, pero eso no era saliva, era azufre. Azufre que al caer al piso derretía la piedra de cantera.

La bestia estaba lista para disparar una bola de fuego sobre el guerrero.

Yank visualizó su final. Carbonizado en un callejón en las tierras del Abismo. Triste final para un guerrero astral.

El animal abrió fuego. Yank se cubrió el rostro con los brazos. Esperó sentir las llamas cubrir su piel; su carne, pero nada. Entreabrió los ojos y miró entre los brazos que protegían su cara.

Las llamas del dragón se habían congelado. Yank retiró sus brazos para ver mejor: el dragón era una escultura de hielo sin vida.

Luego bajó la mirada al tiempo que la niebla se dispersó a los pies del dragón. Entonces lo comprendió. Yina se había escurrido entre la espesa niebla y, con sigilo, sus manos habían apresado una de las patas del animal.

En un santiamén, la escultura gélida del dragón comenzó a cuartearse. Enormes grietas se expandieron desde el cuello hasta su cola. Comenzó a resquebrajarse. Sus pedazos cayeron al suelo como granizo. La entera escultura de hielo se desmoronó, dejando enormes trozos de hielo esparcidos en el suelo como pedriscos helados.

Crudo se desplomó con el animal, quedando bajo un monte de piedras congeladas.

Yina se apresuró a ayudar a Yank:

—¿Te encuentras bien?

Luego la guerrera de hielo miró por el reflejo de los ojos de su amado: Crudo se levantaba de la montaña de hielo. Sin más, dejó

caer su hacha sobre Yina.

Yina giró su cuerpo y cubrió su rostro con una mano.

Se escuchó el filo del hacha cortar el aire. Un silbido rápido y aterrador.

Después, Yina cayó al suelo sin una mano. En lugar de sangre, un líquido frío y espeso de color azul salió de la herida.

En ese momento, de la niebla, emergió una decena de ortros. Tras cada uno de ellos, centinelas sujetaban con firmeza sus cuellos con correas de hierro oxidado. El grupo de soldados de Yama se detuvo detrás de Crudo que permanecía inmóvil mirando al diezmado grupo de mortales.

—Llévenlos con Yama —ordenó.

Yina alcanzó a verter la escasa agua de la vida sobre el vacío que había quedado en lo que una vez fue su mano. Sintió un tenue alivio. Luego alzó la mirada para ver a sus captores.

Finalmente, los llevarían frente a Yama, pero el grupo no mantenía ninguna esperanza de salir con vida. Todo estaba perdido.

Capítulo 61

El Castillo del Dios del Inframundo estaba cubierto con prismas de colores cálidos y fríos. Los techos abovedados de la catedral gótica se alzaban más allá de la vista humana. Un lugar claramente en decadencia, pero que aún conservaba su hermosura y misticismo. Los endebles rayos de sol del atardecer traspasaban vitrales de colores de santos y símbolos de todas las religiones que, en algún momento, habitaron la tierra, llenando el lugar con luces antinaturales en cada rincón del santuario.

A los costados de la sala principal del templo, tortugas gigantes soportaban pilares monumentales que, a su vez, sostenían una infinidad de enormes domos que reflejaban, cada uno, las diferentes constelaciones: *Andrómeda, Draco, Hidra, Hércules, Lyra, Orión, Cruz del Sur, Atoq, Kukamama, Ketu, Shukra, Ravi*… Todas las leyendas, todas las religiones mezcladas en una sola con el universo.

El enorme portón, de maderas finas, se levantaba hasta veinticinco metros de altura. Incrustes en oro, plata y piedras preciosas lo adornaban con figuras geométricas a todo lo largo. Luego, emitiendo un chirrido, aquel portón se abrió. Yina, Yank, Maya, Mateo y Somnus entraron escoltados por los centinelas. Una vez dentro del recinto, el grupo de viajeros astrales fue arrojado al piso que estaba cubierto con una larga alfombra estilo persa con adornos en rojo y dorado.

Maya alzó la mirada. Enormes candelabros colgaban de la nada en un espacio abierto. Nueve cúpulas se elevaban y desaparecían hasta el infinito dejando ver un universo cubierto de estrellas. En ese momento, sintió un escalofrió que le recorrió todo el cuerpo. Miró hacia adelante: una pequeña figura se acercaba.

Arrastrándose como un lisiado, el pequeño ser, con sus tres pares de ojos que brillaban con el reflejo de los grandes ventanales, miraba a los prisioneros con tenebrosa serenidad. Una vez frente a ellos, Yama se detuvo y removió la capucha que cubría sus tres rostros.

—Con que estos son los guerreros astrales —dijo la voz vieja—. No se ven tan imponentes después de todo.

—Deberías preguntarle a Caronte y a Hambruna que tan imponentes hemos sido— contestó Yank en tono sarcástico.

El rostro enfermo de Yama sonrió mostrando dos pequeños colmillos blancos. Luego, observó detenidamente a cada uno del grupo. Algo no andaba bien. Sus tres rostros fruncieron el entrecejo

y la voz enferma gritó:

—¡¿Dónde está el guerrero del tercer ojo?!

—Cayó en batalla —se escuchó decir la voz de Crudo en un eco detrás de la máscara de acero.

—¡Idiota! Necesito a los tres guerreros astrales para recuperar mi energía — carraspeó la voz vieja—. Dos no me sirven de nada.

Los tres pares de ojos voltearon y, con mirada fulminante, miraron a Somnus.

—Tu orden fue traerme al guerrero del tercer ojo —masculló la voz vieja.

Con mirada incrédula, Somnus se encogió de hombros.

—Sus Guardianes del Inframundo fueron bastante agresivos —dijo—. ¿Cómo querías que tuviera control sobre eso?

Yama entrecerró los tres pares de ojos al ver a Mateo tumbado en el piso.

—Ese chico tiene potencial —expresó la voz femenina—. Podría ser un buen remplazo.

Somnus abrió los ojos y miró incrédulo a Yama.

—No, no, no… Por años le he estado trayendo almas de niños para alimentarse. Este muchacho se me prometió para que renaciera…

—¡Solo si traías al guerrero del tercer ojo! —gritó la voz enferma—. No has cumplido con tu palabra. El chico es mío.

Mateo volteó en todas direcciones. Intentaba comprender la situación.

Somnus se levantó y apoyando una mano en su rodilla dijo:

—Señor del Inframundo —dijo en un tono servil—, de que le puede servir un chico tan escuálido…

—El joven es el heredero del guerrero del tercer ojo —dijo la voz de mujer—. Servirá.

—Pero, ¿qué hay de mí? Oh, Dios de la Oscuridad. —suplicó Somnus.

—¡Soy el Dios de los Ciclos! —expresó molesto la voz enferma —. Tú podrás renacer conforme a lo corrompida que este tu alma.

«¿Conforme a mi alma corrompida? —pensó Somnus—. Como a un bicho raro querrá decir».

—El tercer guerrero astral vendrá —se escuchó una voz al fondo.

Yama volteó y miró salir de entre las sombras al pordiosero que había visto hace algunos días atrás.

—El guerrero del tercer ojo ha renacido —continuó diciendo el pordiosero.

—¿Quién eres? —exigió Yina al ponerse de pie—. ¡¿Descúbrete?!

El monje removió su capucha. Sus ojos se encontraron con los de Yina. La guerrera astral dio un salto hacia atrás. Sus ojos se ensancharon, incrédulos a lo que veían.

—¡Te conozco! —exclamó Yina—. Me contactaste hace meses para que me uniera a tu equipo.

—Y, sin embargo, rechazaste mi oferta.

—¡Virgilio! —dijo Yina después de algunos segundos—. Traicionaste a la humanidad.

Virgilio dibujó una fina sonrisa en su rostro.

—Toda causa noble requiere sacrificio —dijo Virgilio al tiempo que se encogió de hombros—. ¿Qué tan lejos llegarías para salvar al mundo?

—Los que ves aquí lo han dado todo —contestó Yina—. ¿Qué has dado tú o tu corporación?

—Resultados —dijo Virgilio con desenfado—. Yo no soy un guerrero, soy un empresario. Un diplomático entre los dos mundos. Yama necesitaba energía para los próximos diez mil años y, así, dejar de alimentarse de los recursos naturales. La gente, para quien trabajo, me pidió solucionar el problema y aquí estamos. Los tres guerreros astrales suministrarán esa energía para salvar a la tierra. Después de todo, ese es el sacrificio del soldado. Dar la vida por los demás. O…, en este caso, por la corporación,

Yank se puso de pie al tiempo que su mano tomaba la herida de su pecho. Una extraña fuerza se apoderó de él. La fuerza del coraje.

—Como siempre, mandar a otros al matadero mientras que ustedes, las corporaciones, se reparten el botín —reclamó Yank.

—Vamos, no hay muerte más digna para un guerrero que la de morir peleando.

—Apostaste al caballo equivocado, Virgilio —gritó Yank—. Ya hemos llegado lo suficientemente lejos como para rendirnos ahora. La pregunta es: ¿qué tanto estarías dispuesto a sacrificar tú?

—Ustedes estaban dispuestos a sacrificar a un recién nacido para salvar el pellejo —contestó Virgilio—. ¿Qué tipo de héroes son?

—El tipo de héroe que, regresando al mundo material, te pateará el trasero —exclamo Yina.

En medio de la discusión, Maya se retorció de dolor.

Yama sintió el mismo dolor en su vientre. La conexión entre ambos era más fuerte ahora que estaban tan cerca.

—El bebé está por nacer —gritó la voz femenina de Yama.

Maya se contrajo con dolores de parto.

Yama volteó a ver a Crudo y asintió con la cabeza. El guardián del inframundo captó la orden y avanzó hacia Maya.

De un salto, Yina y Yank se interpusieron en su camino.

—No te llevarás a la chica —gritó Yina.

Crudo balanceó su brazo, con tanta fuerza, que ambos guerreros cayeron sobre sus piernas.

Luego tomó a la chica entre sus brazos y la cargó, como si fuera una recién nacida, hasta donde se encontraba Yama. Una vez junto a él, el guardián del inframundo la acostó sobre la alfombra persa.

Yama se hincó en una rodilla al lado de Maya y, acariciando sus cabellos negros, dijo con la voz de mujer:

—Pobre niña —susurró con dulzura—. Has sufrido mucho. Prometo que tu muerte será rápida. Tan vertiginosa como la caída de un relámpago.

—Mi bebé… —suplicó Maya— no lastimen a mi bebé.

Yama alzó los ojos a Crudo que permanecía quieto con aquella máscara inexpresiva. Los tres rostros de Yama sintieron pena por la chica, pero, ¿qué se podía hacer? La naturaleza de Yama era hermosa, pero, algunas veces, debía ser salvaje. Implacable.

Con un solo gesto, Yama, asintió con la cabeza a Crudo: era la señal para ejecutar a la chica.

Crudo levantó la espada sobre el cuello de Maya.

Yina y Yank miraron aterrados la escena desde el suelo mientras que centinelas y ortros vigilaban sus movimientos.

Surcos de lágrimas resbalaron por las mejillas de Mateo. Se sentía impotente al no poder hacer nada por ayudar a la pobre chica.

Crudo agarró el mango de la espada con tanta fuerza que la empuñadura crujió. Se preparó para dejar caer el filo de la navaja sobre el cuello de Maya cuando…

—¡Zas!—.

Una energía azul golpeó la hoja de acero con tal fuerza que la espada salió disparada, dando giros en su propio eje hasta quedar incrustada en una de las columnas de mármol blanco.

Yama y Crudo alzaron sus cabezas y buscaron de que lugar había provenido el disparo de energía. Los tres rostros de Yama quedaron boquiabiertos al mirar quien había disparado.

Desde la repisa de un ventanal, Dante los miraba desde lo alto. Sus tres ojos radiaban con una energía intensa de color azul–índigo.

—No te ves tan extraordinario como para ser el rey del inframundo, Yama —gritó Dante desde lo alto.

Los tres rostros de Yama no salían de su asombro:

—¡Ha alcanzado el séptimo nivel! —masculló la voz enferma de Yama.

Virgilio tenía la mirada desorbitada. Su boca estaba tan abierta que podía dislocarse la quijada.

—¡¿Cómo es posible que hayas alcanzado tal nivel?! —se oyó gritar la voz de Virgilio con voz ronca—. Yo mismo miré tu cuerpo

tieso y frío.

Dante bajó la mirada hacia Virgilio y lo fulminó con la mirada.

—Ya me encargaré de ti más tarde, Virgilio.

El rostro de Virgilio se llenó de pánico.

—Regresa al mundo material, Virgilio. Encárgate del cuerpo mortal del guerrero del tercer ojo, pero no lo mates. Necesito de su energía —gritó la voz vieja de Yama—. Yo me ocuparé del alma del guerrero aquí.

Virgilio retrocedió despacio mientras que una larga sombra lo fue cubriendo; dejando, únicamente, el brillo de sus ojos. Después de unos segundos, aquel brillo se desvaneció en la oscuridad.

Capítulo 62

Los ojos de Virgilio se abrieron de forma desorbitada. Sus pupilas, dilatadas, guardaban la imagen de Dante con los tres ojos irradiando la energía de color índigo.

La compuerta de la cápsula de conexión mental se deslizó al abrirse. Virgilio saltó fuera de ella y cayó de rodillas al suelo dando fuertes espasmos. Sintió ganas de vomitar, pero solo un aire tibio salió de su boca. Virgilio alzó la mirada a Sarah que lo observaba desconcertada.

—¡Lo he visto! —masculló Virgilio—. Dante ha alcanzado el séptimo nivel.

—¿Qué? —preguntó Sarah incrédula con sentimientos encontrados.

Becca controlaba el monitor virtual de conexión mental. Marcus le encañonaba la nuca con una escuadra .45, pero aun así, una sonrisa de esperanza se dibujo en sus labios.

«Dante no solamente estaba vivo, ahora poseé la habilidad de destruir a Yama —gritó Becca para sus adentros».

Sarah ayudó a Virgilio a ponerse de pie. El encargado de Corporación Astral continuaba aterrado cuando su celular emitió un pitido que lo hizo brincar:

—¡Bueno!... —contestó Virgilio alterado—… ¿Qué?... Espere un segundo.

Virgilio llevó el auricular a su pecho y miró a Sarah con ojos desorbitados.

—El cuerpo de Dante ha dado signos vitales.

Los ojos de Becca se iluminaron. De alguna forma Dante había regresado de la muerte.

—Debemos encontrar la manera de regresarlo a su cuerpo —exigió Becca.

—Está muy lejos —explicó Sarah—. El único camino para regresar al mundo material es por el Océano de Loto. Y para hacerlo tendrá que derrotar a Yama.

—¡No podemos permitir que regrese! —gritó Virgilio recordando la amenaza del guerrero astral.

—¿Qué dices? —Sarah tomó la defensiva fulminando con la mirada a Virgilio.

—Él me ha visto… Sabe que lo he traicionado. Si regresa, mi vida no valdrá dos centavos. —La voz te Virgilio tiritó.

—No querrás mandarlo para que lo hagan abono para plantas.

—No podemos matarlo —susurró Virgilio—. Yama necesita de su energía. De lo contrario, tomará la energía de Mateo.

—Déjenlo pelear contra Yama —se entrometió Becca en un desesperado intento de salvar a Dante—. Él se irá con todo contra Yama. Con el séptimo nivel, puede derrotarlo.

—¡No escuchaste, niña tonta! ¡Me tiene amenazado!

—Aunque lograras hacer que no regresara, no creo que los otros dos guerreros astrales te perdonen —explicó Becca desesperada—. La mejor opción que tienes es ayudar a los guerreros astrales a derrotar a Yama y suplicar por su perdón.

Con manos temblorosas, Virgilio se jaló los cabellos.

«Encárgate del cuerpo mortal del guerrero del tercer ojo, pero no lo mates». Le había dicho Yama. Pero, ¿si no lo mataba y regresaba al mundo material? Dante acabaría con él. Por otra parte, Becca tenía razón. Si mataba el cuerpo físico del guerrero astral, su alma pelearía con todo contra Yama. Y si lograba eliminarlo, entonces él tendría poder en el inframundo, sin mencionar a los otros guerreros astrales que quedarían con vida. Y, ¿qué pasaría cuando el cuerpo de Virgilio muriera? Con toda certeza, Dante, estaría esperando por él. No cabía duda. Sus fichas apostaban por Yama, pero, «¿cómo ayudarle?» Entonces, sus ojos se iluminaron. Matarlo sería un error garrafal, mas mermar su energía… Estando su cuerpo en Corporación Astral, tenía una ligera ventaja sobre él. Luego de meditarlo, se llevó el celular a la oreja.

—¿Están allí? —dijo Virgilio por el celular—. Lleven el cuerpo de Dante al Departamento de Criogenia.

Sarah lo miró pasmada.

—¿Qué diablos vas a hacer?

—El frío, en una cápsula de criogenia, disminuirá tanto su energía que no será pieza para Yama.

—Yama lo aplastará como a un insecto —reclamó Sarah—. No puedes hacerle eso.

—Es eso o que la energía de Mateo ocupe la energía de su padre en las entrañas de Yama.

Sarah abrió la boca, pero no tenía argumentos. Era su hijo o su esposo. Sintió una presión en el pecho, pero conocía la respuesta.

∞ ∞ ∞

Sarah y Becca avanzaron por el corredor dando grandes zancadas. Debían llegar lo antes posible al departamento de conexión astral.

Sarah le había rogado a Virgilio para dejar que Becca la ayudara a monitorear los signos vitales de Mateo. Virgilio había aceptado a

regañadientes a sabiendas que, a esas alturas, Becca ya no podía hacer nada en contra de la corporación.

—Hay una forma de salvarlos a los dos —dijo Becca en voz baja.

Sarah volteó a verla sin dejar de caminar.

—¿Qué dices?

—Es arriesgado, pero puede hacerse. Tanto Dante como Mateo tienen una oportunidad de salir de esta en una sola pieza.

Ambas pararon frente a las compuertas de conexión astral. Sarah deslizó su tarjeta de admisión y las puertas de cristal se deslizaron al abrirse.

Las dos mujeres entraron y las puertas se cerraron tras ellas.

Sarah y Becca eran las únicas personas en el laboratorio de conexión astral. Solamente el cuerpo de Mateo flotaba inerte en una de las cápsulas.

—No voy a mentirte —la enfrentó Becca—, requiere un gran sacrificio de tu parte.

Sarah la miró impaciente. Nada en la vida se le había dado gratis. Ahora, en el momento más importante de su vida, aquello no sería la excepción.

—¿De qué se trata? —dijo Sarah después de un suspiro.

—Deberás dejar ir a Mateo.

—¡¿Qué?!

—¿Recuerdas la plática con Dante en el lago congelado?... «No hay nada más fuerte»…

—«Que el lazo entre una madre y sus hijos» —terminó la cita Sarah.

—Si rompes esa cadena entre ambos, Mateo quedará libre de Somnus. En medio de la batalla podría escabullirse hasta el Océano de Loto.

Sarah quedó con la mirada perdida al tiempo que una lágrima salió de su lagrimal y resbaló por su mejilla.

—Mateo siempre quiso hacer el viaje astral para renacer en un cuerpo sano —dijo Sarah mirando a un punto en el vacío—. No creo que regrese conmigo.

Becca la observó por un momento. Luego, colocó la mano en el hombro de Sarah.

—Esa será decisión de él —susurró Becca—. La pregunta aquí es, ¿cuál será tu decisión?

Sarah permaneció en silencio por unos segundos que se le hicieron eternos. Fuera cual fuera su decisión, ya había perdido a Mateo para siempre. Finalmente, tan suave como una brisa, la respuesta salió de su boca:

—Ayúdame a sacar a Mateo de la cápsula… Después tendré que hacer una conexión mental con él.

Becca asintió con la cabeza y caminó hacia el control virtual.

—¡Espera!… —recordó Sarah—. ¿Qué pasará con Dante?

—También tengo un plan para eso, pero primero rompamos la cadena que ata a Mateo con Somnus.

Capítulo 63

Las pequeñas manos de Yama sujetaron con fuerza el mango de la espada que había quedado incrustada dentro de la columna de mármol blanco. Sin gran esfuerzo, jaló de ella. La cuchilla afilada de acero emitió un rechinido al ser liberada. Luego, el ser con tres rostros avanzó cojeando de una pierna sobre la alfombra de estilo persa hasta llegar a una trampilla de madera empotrada en el suelo. Una gruesa cadena oxidada cruzaba la argolla corroída por el paso del tiempo, manteniendo atrancada la trampilla. Yama alzó la espada sobre su cabeza y la dejó caer sobre las largas cadenas oxidadas que descansaban en el piso. Las cadenas se partieron en dos tras un trueno de chispas que salieron del metal. Luego tomó la argolla corroída y jaló de ella.

Desde lo alto, en el cobertizo, Dante miró el contenido que guardaba aquella mazmorra: eran miles de almas que habían sido tomadas prisioneras al intentar cruzar hasta el Océano de Loto. Los espíritus de hombres, mujeres, ancianos y niños miraban al guerrero astral desde abajo con ojos de desamparo. Sus caras mugrientas reflejaban que habían perdido toda esperanza de salir con vida del Castillo del Abismo.

—Entrégame tu alma sin luchar, Dante Lamas —gritó la voz vieja de Yama— y liberaré a todas las almas.

Dante meditó por unos segundos. Ahí estaba la oportunidad de salvar a la humanidad y ser un verdadero héroe. Las almas quedarían libres, el planeta a salvo y Mateo regresaría con su madre. Quizá, de no saber toda la verdad acerca de Ariam hubiera accedido en ese momento. El conocer dónde se escondía su hija cambiaba todo. Además, de que el alma corrupta de Yama solo traería miseria a la humanidad.

—¿Qué hay acerca de la chica y su bebé? —gritó Dante.

—Ella no me importa. La dejaré llegar al Océano de Loto y que elija la vida que le apetezca —dijo la voz vieja—, pero lo que lleva adentro se queda.

—Las almas con vida no pueden renacer en un alma nueva.

—Veo que te has puesto al tanto de las leyes del inframundo, pero yo soy el Dios de este mundo. Podría hacer una excepción con la chica, pero su bebé tendrá que morir.

—¡No, por favor! ¡Nooo! —chilló Maya.

Yama la ignoró. Para él, Maya solo era un pedazo de carne.

—Esta espada puede romper cualquier cadena. —Los ojos de la

mujer de Yama giraron hacia Mateo y Somnus—. Liberaré a tu hijo y, como muestra de buena voluntad, te entregaré a Somnus.

—¡Ese no fue el trato! —reclamó Somnus.

La voz de la mujer de Yama continuó hablando con calma:

—Es la única forma de salvar a la humanidad, Dante Lamas.

Dante meditó un segundo y dijo con voz tranquila:

—El bebé de Maya es la salvación de la humanidad.

—¡No seas estúpido, Dante Lamas! —gritó la voz enferma—. No puedes vencer a un Dios.

—No, posiblemente no… Pero puedo darle batalla.

—Mira a los otros guerreros astrales —continuó la voz enferma de Yama—. Ellos ya han sido derrotados. Ni siquiera tú, alcanzando el séptimo nivel, podrás vencerme a mí o a mi guardián del inframundo.

—Yo no estaría tan seguro. Ya derroté a dos de tus guardianes del inframundo.

Dante entrecerró los ojos para verlo mejor.

—Y es claro que tu energía se acaba.

Una sonrisa diabólica se dibujó en los labios de Yama. Se dio vuelta y señaló a un largo corredor. Al final de este, grietas, alrededor de un portón cerrado, brillaban con el sol de afuera.

—Del otro lado está el final del viaje —susurró la voz de la mujer de Yama—. El renacer a un nuevo amanecer. El Océano de Loto. Todas las almas encerradas podrán irse. También tu hijo y la chica. ¡Por última vez¡ —suplicó con la voz del enfermo—. Son las vidas de tres guerreros astrales y de un mocoso a cambio de millones de seres humanos. ¿Qué carta te quieres jugar?

—Yo cumplí con mi trato —imploró Somnus—. Merezco renacer como un ser normal.

Con un movimiento rápido, Yama jaló de la cabellera de Mateo y lo levantó hasta ponerlo de pie. Mateo chilló e intentó liberarse, pero su alma no era lo suficientemente fuerte para esos dedos que eran pinzas apretando su cabeza. Los tres pares de ojos de Yama se cerraron mientras que la energía vital de Mateo volvía a pasar al cuerpo endémico de Somnus.

La carne de Mateo comenzó a secarse. Su piel se pegó a sus huesos. Con las últimas fuerzas que le quedaban, Mateo, volteó a ver a su padre.

Dante sintió cómo le hervía la sangre.

—¡Por una vez en tu vida se buen padre, Dante Lamas! —gritó la voz enferma de Yama—. Puedes salvarlos a todos. ¡Haz el último sacrificio!

Dante miró a Yina y a Yank tumbados en el suelo: estaban fuera de combate. Luego observó el rostro de Maya. Un rostro en la total

desesperanza. Mateo continuaba secándose y Yama esperando una respuesta. Todo el viaje. Todo el sacrificio se reducía a ese momento. A esa decisión.

Una vez más Yama gritó a Dante desde abajo con la voz enferma:

—¡Tú decides! Tu hijo vive, o todos mueren.

Dante no podía atrasar más su decisión. Con voz suave dijo:

—De acuerdo…

Yama sonrió.

—Todos morimos.

Dante fulminó a Yama con la mirada al tiempo que los tres rostros borraron sus sonrisas.

—Incluyéndote a ti —concluyó Dante.

Los tres rostros de Yama temblaron de rabia. Luego arrojó a Mateo al suelo. Sin más que añadir, los tres rostros gritaron al unísono:

—¡Crudo! ¡Acaba con la chica y con su fruto! Yo me encargaré del guerrero del tercer ojo.

Crudo avanzó con hacha en mano y paso firme rumbo a Maya que se encontraba tumbada a unos metros de él. Ella lo miró desde abajo con ojos llenos de terror. La chica embarazada retrocedió ayudada con sus manos; sus piernas se arrastraban inmóviles. No avanzó más de medio metro cuando un terrible dolor en el vientre se apoderó de ella. Entonces, gritó y se retorció en el suelo. Crudo continuó avanzando mientras que alzó el hacha sobre su cabeza. Maya giró su cuerpo y quedó frente a Crudo. Lo miró por el rabillo del ojo: lo tenía encima. Luego, otro retortijón golpeó su vientre con una punzada aguda. Crudo paró en seco al verla. Aún detrás de su máscara de acero oxidado, se percibió su asombro y temor por el ser que venía en camino. Maya, tumbada en la alfombra tipo persa, abrió sus piernas de frente al terrible guardián del inframundo. En medio de estas, se emitió una leve pulsación de energía de color oro. Era la primera señal de que el bebé venía en camino.

Al ver esto, Yina y Yank, gravemente heridos, se pusieron de pie. Arrastraron sus débiles piernas hasta Maya y se interpusieron entre ella y Crudo.

—No tenemos las fuerzas para enfrentarlo… —susurró Yina al oído de Yank.

—Permanece a mi lado. No hay animal más peligroso que uno herido —le respondió Yank.

∞ ∞ ∞

Ante la confusión, Somnus jaló a Mateo y lo arrastró rumbo al

portón que llevaba al Océano de Loto.

—No te preocupes muchacho —carraspeó Somnus—. Deja que los idiotas se maten entre ellos. Tú y yo nos vamos.

Mateo luchó y tiró de la cadena una y otra vez. Imposible. Las fuerzas del chico habían regresado a Somnus. De pronto, una imagen brumosa apareció frente a ellos. Somnus se detuvo de golpe. Sus ojos se abrieron incrédulos. Aquella figura etérea fue tomando forma lentamente.

Mateo sonrió al tiempo que una luz de esperanza iluminó su rostro.

Sarah se alzaba frente a ellos con mirada desesperada.

Capítulo 64

Somnus estaba pasmado. Sus ojos no daban crédito a lo que miraban. «¿Qué diantres hacía esa mujer allí?».

Entonces, hizo frente a la figura brumosa de Sarah y le soltó un tremendo puñetazo al rostro. Su puño atravesó el cuerpo de Sarah como si hubiera golpeado al aire. Aquel ser despreciable, de ojos inyectados de sangre, lanzó un par de golpes más sin hacer ningún daño al cuerpo etéreo de Sarah. En ese instante, cayó en cuenta que, si él no podía hacerle daño a aquella figura incorpórea, ella tampoco podría impedirle que llevara a cabo sus planes de arrastrar a Mateo hasta el Océano de Loto.

—¡Eres solo humo! —gritó Somnus a la cara de Sarah.

Sin decir más, cruzó el cuerpo etéreo de Sarah y jaló a Mateo con él. Sin embargo, Sarah no había comenzado a mostrar sus cartas.

—Mateo, has pasado por mucho desde que naciste —dijo Sarah.

Somnus se detuvo un instante y volteó a verla sobre su huesudo hombro.

Mateo, tirado en el piso, miró intensamente a su madre.

—No tienes que preocuparte por mí —continuó la madre de Mateo—, yo estaré bien. Mi vida continuará. Y tú debes seguir la tuya. Ya sea que elijas la anterior o una vida nueva, yo nunca te dejaré de amar. Y jamás reprocharé la vida que te haga feliz. Despierta y abandona el pasado. Libérate hacia el futuro. —Lágrimas resbalaron por las mejillas de Sarah—. Nunca podrás imaginar cuanto te amo y, sin embargo, ahora te digo… No temas empezar una nueva aventura con alguien más. Se libre.

Un brillo surgió de los ojos de Mateo: lágrimas de melancolía y esperanza rodaron por sus mejillas. Su vida le pertenecía; ya nada lo ataba al mundo material.

—Está bien, mi pequeño bebé —dijo Sarah con sonrisa nostálgica—. Sigue tu destino.

—¿Qué diablos haces? —gritó Somnus—. El chico es mío.

Con los ojos cubiertos de lágrimas, Sarah fulminó a Somnus con la mirada.

—Mateo se pertenece así mismo — Sarah sonrió al regresarle la mirada a su hijo—. Cumple con tu destino, hijo.

—¡Su destino está ligado al mío! —chilló Somnus y arrojó la cadena a su escuálido hombro. Luego, comenzó a caminar con la cadena a cuestas.

Somnus continuó tirando hasta que, de repente, cayó de bruces.

«¿Qué carajo? —gritó para sus adentros el devorador de almas».

Somnus miró por encima del hombro. Lo que vio hizo que los ojos se salieran de sus órbitas.

Aquella cadena, corroída y oxidada, que había apresado a Mateo durante todo el viaje, se disolvía como si miles de años le hubieran caído encima en tan solo un par de segundos.

Los ojos de Somnus se abrieron incrédulos. Su pecho se anchó con cada respiración al momento que salía un silbido de este. Con la quijada abierta, tomó la cadena oxidada entre sus manos. Esta se deshizo y se filtro entre sus dedos como arena. Somnus apretó los dientes. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Su rostro tembló de furia. Todo el esfuerzo, engaños, sacrificios… Todo perdido en ese instante. Pero «NO», no permitiría dejarse vencer sin pelear. Con mirada rabiosa volteó a ver la imagen fantasmal de Sarah y gruñó:

—¡¿Crees que una simple imagen me impedirá reclamar mi presa?! —Una sonrisa demencial se dibujó en su rostro—. Hay otras formas de demandar lo que es mío. Sino es por derecho… a la fuerza.

Sin dudarlo, Somnus, saltó sobre Mateo como una pantera a su presa. Una vez sobre de él, sus caras quedaron frente a frente. El devorador de almas fulminó a Mateo con la mirada. El chico no comprendía que estaba pasando.

—¡Eres mío, muchacho! —carraspeó Somnus.

Mateo reacciono e intento empujar el cuerpo huesudo de Somnus.

Somnus abrió su boca de forma bestial. Un aire frío salió de sus fauces y comenzó a absorber la energía vital del adolescente.

—¡Aléjate de mi hijo! —gritó Sarah mientras que intentaba golpearlo, pero sus puños eran humo que se desvanecían a cada golpe.

El rostro de Mateo comenzó a secarse. La piel se le pegaba al hueso; sus fuerzas comenzaron a abandonarlo.

De pronto, Somnus sintió un golpe seco en la cara que le entumió el rostro. La quijada le tronó y, sin saber cómo, cayó sobre su espalda. El devorador de almas alzó la mirada y observó, desorientado, a Sarah que lo veía sobre lo alto. «¡¿Cómo es posible…?! —pensó Somnus».

Luego, miró a su costado: Maya, recargada sobre sus codos, lo fulminaba con la mirada. Entonces, Maya encogió ambos pies para tomar impulso y le repitió la fuerte patada en la cara.

∞ ∞ ∞

Al ver, Maya, que Somnus tiraba de Mateo, y aprovechando que

Yina y Yank hacían frente a Crudo, la chica embarazada se escabulló para ayudar al chico

«Mateo es prisionero de ese monstruo por mi culpa —se dijo así misma».

Tumbada de un costado, se arrastró para ayudarlo. De repente, vio a la madre de Mateo aparecer de la nada. Sus esperanzas crecieron al percibir cómo la cadena que lo aprisionaba con Somnus se desvanecía. Pero esa esperanza se esfumó al tiempo que Somnus se le fue encima y comenzó a absorber su energía vital.

Arrastrándose, Maya se apresuró a llegar. Una vez junto a ellos, se dio cuenta lo distraído que estaba Somnus robando la energía de Mateo. Entonces, aprovechó la oportunidad: encogió ambas piernas y, como si estas fueran resortes esperando a ser liberados, lanzó ambos talones sobre la cara de Somnus. La chica miró cómo Somnus se iba de espaldas y, tras su confusión, le lanzó una segunda patada en la quijada.

De inmediato, Maya sostuvo la cabeza de Mateo y miró su rostro. Mateo lucía pálido y flaco hasta los huesos.

∞ ∞ ∞

Somnus sacudió la cabeza y sobó su quijada. Había absorbido gran cantidad de la energía vital de Mateo. Su cuerpo recuperaba fuerzas; estaba listo para dar batalla.

—¡El chico es mío! —gruñó—. Renaceremos en un mismo cuerpo.

De inmediato, se arrojó sobre Mateo cuando una explosión de energía estalló a un costado de sus pies. Alzó los ojos y miró, a unos metros adelante, a Dante que lo observaba con sus tres ojos que resplandecían con energía azul.

—Acepta tú derrota, Somnus —gritó Dante.

Somnus quedó petrificado, mas su rostro, pasmado, pronto se iluminó con un brillo de confianza.

Crudo avanzaba, con espada en mano, hacia ellos. Dante se encontraba distraído, pero la mirada esperanzadora de Somnus lo hizo mirar por detrás de su hombro.

Crudo alzaba la larga espada sobre la cornamenta de su casco. Dante se preparó para disparar, pero la afilada hoja de acero ya estaba sobre su cabeza…

—¡Clang!—.

Una energía de color rojizo explotó sobre la máscara de metal de Crudo. El guardián del inframundo dejó caer la espada a un costado de sus piernas.

Dante miró por encima del hombro al plexo solar de Yank. Este

brillaba con un intenso y radiante color escarlata.

Crudo cayó sobre una rodilla. El impacto lo dejó aturdido por unos segundos. Luego, alzó su cara. La mitad de su máscara estaba destruida, dejando ver parte de su rostro: una masa de órganos pulsantes con insectos que se retorcían en su superficie.

Después de sacudir la cabeza, Crudo se puso de pie. Su único ojo visible estaba inyectado de sangre. Su pupila, de color gris, mostraba que estaba ciego, únicamente se guiaba por la energía de sus víctimas. Aquella mirada fría y llena de maldad apuntó a Maya: la energía la delataba como sangre en el mar para los tiburones. Con pasos firmes, Crudo cogió la espada que había caído a sus pies y avanzó hacía la chica embarazada.

∞ ∞ ∞

Al otro extremo, Yama, cojeando, se deslizó con rapidez rumbo a su trono. Una vez ahí, sus manos engancharon una de las raíces. Las ramas comenzaron a secarse. Luego volteó hacia las almas de durmientes y centinelas. Sus tres bocas se abrieron tanto como el tamaño de sus rostros y comenzaron a succionar el aire.

Durmientes, centinelas y ortros corrieron despavoridos hacia la entrada principal del castillo, pero, aquella succión de Yama, los alcanzó en cuestión de segundos. Durmientes, centinelas y ortros fueron absorbidos al momento que sus almas se convirtieron en humo. Lamentos y chillidos retumbaron en un eco ensordecedor. Yama lanzaba su más brutal ataque sin importar quien pereciera en él. Las raíces, de donde se aferraban sus manos, comenzaron a tornarse grises al tiempo que morían.

∞ ∞ ∞

En el mundo material, remolinos monstruosos surgieron de los siete mares. El oleaje de los océanos levantó olas de hasta cincuenta metros de alto, golpeando con furia las costas y arrastrando todo a su paso. Después, las olas se contrajeron y no regresaron más. Poco a poco los mares se iban secando.

Los bosques se pudrían y terminaban de morir reduciéndose a cenizas. Ciudades enteras se sacudían con devastadores terremotos. La tierra se abría y tragaba rascacielos enteros.

Las pieles de las personas, en meditación profunda, comenzaron a rajarse y, algunas, a secarse hasta los huesos.

∞ ∞ ∞

Los dedos de Yama se alargaron como hiedras al tiempo que sus raquíticos brazos se convirtieron en gruesos troncos que crecieron de forma acelerada. Las venas de su cuello se hincharon con un líquido verdoso, el cuerpo entero creció de manera descomunal y los tres rostros se deformaron de forma diabólica a medida que también incrementaban su tamaño. En tan solo unos segundos, aquel ser enfermizo y moribundo, era tan grande como una montaña. Bajo sus pies, chispas de luz y fuego brotaron como un volcán a punto de hacer erupción. La superficie de madera del palacio crujió bajo los pies de aquel terrible ser que alcanzó los más de cien metros de altura. El piso del castillo no soportó más aquel peso y terminó por ceder, derrumbándose con un estruendo ensordecedor. Yama se desplomó al vacío, dejando un silencio aterrador.

∞ ∞ ∞

Aturdido todavía por el colosal terremoto que había causado Yama, Crudo sacudió la cabeza y se puso de pie. Empuñó un hacha enorme que llevaba en su espalda y tiró de ella, alzándola sobre su cabeza.

El cuerpo de Maya irradiaba energía pura que eran un manjar para los sentidos de Crudo. Aquel ser con armadura de espadas, hachas y cuchillas dio un par de zancadas hacia la chica que seguía tumbada de espaldas. De pronto, Yank se interpuso en su camino, abriendo fuego con su plexo solar.

El hacha de Crudo se fragmentó con el impacto, quedando reducida a pequeños trozos de metal.

Con rabia contenida, Crudo encogió su pierna y lanzó una poderosa patada contra el pecho de Yank. El guerrero astral voló un par de metros y cayó de espaldas contra un suelo lleno de escombros. Tan solo dos grandes zancadas le bastaron a Crudo para llegar hasta el guerrero del plexo solar. Ahora estaba listo para acabar con él. Yank arqueó su espalda y apretó los dientes al tiempo que tronó su columna vertebral cuando: —¡Crac!—. La planta del pie de Crudo golpeó su pecho, haciendo presión sobre el lugar donde se encontraba la herida de la mordida de la serpiente.

Yank se retorció de dolor al tiempo que golpeó, con puños cerrados, al enorme pie de Crudo, pero no causó ningún efecto contra aquel guardián colosal.

Crudo ejerció más presión sobre el pecho del guerrero al tiempo que se escuchó un crujido. El guerrero emitió un chillido de dolor.

Dante, desesperado, elevó su energía y rodeó a Crudo. Aquel gigante con armadura de navajas percibió esa energía como si oliera

un manjar que no podía dejar de comer. Sin dudarlo, Crudo soltó a Yank por una presa más apetitosa.

«Tengo su atención —pensó Dante». De inmediato, el guerrero del tercer ojo avanzó hasta Somnus y saltó sobre él, quedando los ojos de ambos enganchados.

—¿Te gusta robar energía? —expresó Dante fulminándolo con la mirada—. ¿Por qué no pruebas la mía? —Dante abrió su gabán y rasgó su camisa de lana, dejando su pecho al desnudo.

Somnus lo miró aterrado.

Dante cogió la mano derecha de Somnus y la puso sobre su pecho desnudo. Somnus sintió cómo la energía cálida radiaba del pecho de Dante. De inmediato, el devorador de almas comenzó a absorberla. Aquella energía astral era algo que Somnus jamás había sentido: una droga que lo llevaba más allá de cualquier éxtasis; una unión mística entre lo sublime con lo terrenal.

El cuerpo de Somnus comenzó a brillar; un aura de energía cubrió su alrededor.

Dante sonrió y alzó la mirada.

Somnus volteó para ver lo que miraba Dante: Crudo se acercaba peligrosamente a ellos.

—¡Mateo…, Maya! —gritó el guerrero astral—. ¿Recuerdan cómo bajar su energía?

Ambos jóvenes asintieron con la cabeza.

—¡Háganlo ahora! —ordenó Dante.

Tanto Maya como Mateo controlaron su respiración. De inmediato, su aura disminuyó.

—¿Qué demonios has hecho? —chilló Somnus.

Dante se puso de pie y retrocedió al momento que disminuyó su energía.

—¡No, no, no, no! —gritó Somnus—. ¿Cómo controlas la energía?

Dante le clavó la mirada y articuló cada palabra tan suave como el viento:

—Al ignorar tu ira, solo logras hacer que se acumule…

—¡No, por favor! —suplicó Somnus.

—… Así como el vapor se va acumulando en una tetera…

Dante retrocedió.

Los ojos de Somnus se ensancharon.

Crudo saltó sobre Somnus y lo cogió del cuello. Al levantarlo sobre el suelo, hizo que Somnus emitiera chillidos desesperados. Sus manos golpeaban a los enormes brazos de Crudo. Sin embargo, el guardián del inframundo permaneció estático. Los ojos de Somnus se salieron de sus órbitas: miraban a su alrededor en busca de ayuda. Una ayuda que jamás llegaría.

De pronto, colocando una mano en la cabeza de Somnus y la otra en su torso, Crudo jaló con fuerza.

—¡Blast!—.

El cuerpo del devorador de almas se desgarró en dos partes. Una explosión de energía se esparció por todos lados. Toda esperanza por renacer, todo el mal hecho; las risas y las burlas: todo quedo reducido a nada. Somnus había dejado de existir.

Dante disfrutó ese momento como agua para el sediento. Pero sabía que el tiempo apremiaba. Sus pensamientos trabajaron a mil por segundo. Crudo atacaría de nuevo y Yama reaparecería en cualquier momento.

Dante alzó el brazo y apuntó hacia el portón que daba al Océano de Loto.

—¡Mateo, Maya! —gritó—. ¡Salgan de aquí!

Luego miró a Crudo que avanzaba hacia él. El guardián del inframundo llevó su mano a la entrepierna y empuñó una hacha. Luego de su cinturón sustrajo una enorme y pesada espada.

Aquel ser formidable era el más poderoso de los guardianes del inframundo, pero Dante era el guerrero astral que había llegado al séptimo nivel.

«Ha llegado el momento de saber que tan poderoso soy —pensó».

Los tres ojos de Dante abrieron fuego contra Crudo. La energía salió de los tres ojos del guerrero y fue tan poderosa que Crudo salió volando por los aires diez metros atrás. La pesada armadura del guardián chocó contra un pilar al tiempo que se escucharon los huesos crujir cuando cayó al suelo. Tambaleándose, se levantó y miró sus armas: ambas, hacha y espada, estaban destrozadas. Lo único que quedaba de ellas eran sus empuñaduras.

Crudo arrojó vapor por sus fosas nasales y boca. Sacó otra espada que tenía en su pierna y se abalanzó sobre Dante. Parecía un toro enorme y enfurecido que atacaría al guerrero astral con todo.

Dante se concentró. Los tres ojos brillaron en un azul intenso y, después de un segundo, abrieron fuego. La energía salió disparada en diferentes direcciones: una de ellas fue cortada con la espada de Crudo, pero las otras dos se abrieron a los lados del guardián del inframundo, cerrándose de golpe y aplastándolo por los lados.

Crudo cayó de rodillas. El tercer ojo de Dante resplandeció más que los otros dos. Tomó puntería y abrió fuego: la energía golpeó la espada de Crudo, zafando la empuñadura de su mano y haciéndola volar veinte metros atrás.

Dante caminó con paso firme hacia Crudo que se encontraba de rodillas. El guerrero astral lo observó por un momento. «Cómo hasta el ser más aterrador puede dar lástima cuando se le ve indefenso —

pensó».

Sus tres ojos brillaron con intensidad; estaba listo para asestar el golpe final. Entonces, miró por encima del hombro y vio a Sarah que lo miraba con orgullo. Era la primera vez que lo había visto en acción. «Quizá, ahora comprendiera la carga de ser un guerrero astral —pensó». Luego miró a Yina y a Yank tumbados en el piso. El viaje había sido cruel y cobraba factura. Finalmente, observó alejarse a Maya y a Mateo rumbo al portal que los llevaría al Océano de Loto.

Si el bebé de Maya nacía, podría romperse su cordón astral y moriría. Además, Sarah había dejado ir a Mateo y ya no quedaba más conexión con el mundo material; su hijo debía de llegar al portón antes de que su cordón astral terminara por romperse.

Luego echó un vistazo final a Crudo que permanecía hincado e inerte. Era un guardián que aceptaba su derrota. Los tres ojos de Dante apuntaron a su objetivo. Un potente disparo bastaría para volarle la cabeza. Los tres ojos brillaron intensamente cuando…, como si hubieran apagado el interruptor, el brillo en sus ojos se desvaneció. Su tercer ojo se esfumó. Un frío intenso recorrió su cuerpo. Su energía había desaparecido de pronto. Sin más, el guerrero del tercer ojo cayó de rodillas.

Sarah lo observó de lejos. «Virgilio», pensó. Había llegado el momento de regresar al mundo material y hacer su parte para salvar a Dante y a la humanidad. Sin decir una palabra, Sarah se desvaneció en el aire.

Capítulo 65

La cápsula deslizó su compuerta hacia arriba. Dentro de ella, Sarah tomó una gran bocanada de aire al despertar. Por un momento se sintió aturdida.

—Sarah, Sarah… —se escuchó una voz.

Sarah sacudió la cabeza, tratando de despejar su mente. Odiaba los viajes mentales. Siempre la dejaban aturdida y con un fuerte dolor de cabeza.

—Sarah… —la voz insistió.

Sarah alzó los ojos y miró una figura borrosa que, poco a poco, fue tomando forma.

Becca la observaba desde el tablero holográfico en azul claro.

—¿Qué está pasando en el inframundo? —preguntó Becca al acercarse.

Sarah la miró desconcertada; entrecerró los ojos para poder distinguir a la joven científica.

—¿Dónde se encuentra el cuerpo de Dante? —preguntó Sarah preocupada.

∞ ∞ ∞

Marcus había llevado el cuerpo de Dante al Departamento de Criogenia.

Virgilio lo esperaba allí junto con Eugenio y un médico tomaba los signos vitales del guerrero astral.

—¡Es un milagro! —expresó el médico abriendo mucho los ojos —. No sé cómo, pero Dante ha regresado a la vida.

—¿Se encuentra estable? —preguntó Virgilio en tono solemne.

—Todo indica que sí, pero sus signos vitales son débiles; habrá que llevarlo a hacerle un examen minucioso.

Virgilio negó con la cabeza.

—Eugenio —ordenó Virgilio al tiempo que miró al suelo—, mete a Dante en una cápsula criogénica.

—En su estado sería muy peligroso… —expresó el médico.

Virgilio alzó los ojos y lo fulminó con la mirada.

—Puede marcharse, doctor.

El médico quedó congelado por unos segundos. Quiso debatir la decisión de su jefe, pero sabía que era una pérdida de tiempo discutir una orden de Virgilio. Sin más que hacer, el médico realizó una pequeña reverencia y salió del lugar.

Eugenio se encontraba engarrotado, dudando en acatar una orden que iba en contra de sus principios.

—¡¿Qué esperas, Eugenio?! —alzó la voz Virgilio.

Finalmente, el miedo se impuso ante la razón.

—Necesitaré ayuda.

—Marcus —ordenó Virgilio—, échale una mano a Eugenio.

Juntos, Marcus y Eugenio, metieron a Dante dentro de una cápsula de congelación. Una vez ahí, Virgilio ordenó:

—Baja la temperatura entre el límite de regresarlo y mantenerlo en el inframundo.

Eugenio volvió a dudar.

—Eso nunca se ha hecho. Podría matarlo.

—Dante ya es un hombre muerto —respondió Virgilio con desenfado.

Eugenio apretó los labios. Conocía a Dante desde que había entrado a trabajar ahí. Siempre había sido amable con él. Además, él y Sarah eran muy cercanos.

—¡No lo haré! —dijo Eugenio finalmente.

Virgilio frunció el entrecejo al tiempo que grandes surcos se formaron en su frente.

—¡Estoy rodeado de cobardes!

Virgilio hizo a un lado a Eugenio con el antebrazo y golpeó, con el puño cerrado, el botón rojo sobre el tablero virtual.

La compuerta se deslizó al cerrarse.

El rostro de Dante se asomaba por la ventanilla de plexiglás al momento que cristales de hielo comenzaron a formarse como membranas plateadas. La delgada y gélida escarcha fue expandiéndose a todo lo largo del capullo metálico. Daba la impresión de que el guerrero astral estaba metido en un ataúd hecho de una capa de hielo. Los álgidos cristales de hielo continuaron expandiéndose dentro de la cápsula, cubriendo el rostro del guerrero astral en un manto blanco y frío.

∞ ∞ ∞

El eco de las pisadas retumbó en el pasillo. Sarah y Becca apresuraron el paso. Ambas sabían que el tiempo se acababa. Si los guerreros astrales perecían, el mundo entero compartiría el mismo destino.

Sarah deslizó la tarjeta de ejecutivo en la barra electrónica y las compuertas corredizas se deslizaron, abriéndose de par en par. Al entrar Sarah y Becca, pararon en seco al ver a dos paramédicos meter a Mateo dentro de un saco de plástico color verde oscuro.

—¡¿Qué diablos están haciendo?! —les gritó Sarah con la

mirada llena de furia.

Los dos paramédicos giraron sus caras para verse mutuamente. Cada uno en espera que el otro respondiera la pregunta.

—No… Nosotros… Virgilio… —tartamudeó uno de ellos— Virgilio dio la orden de llevarlo abajo.

Sarah avanzó con paso amenazante y empujó a ambos con todas sus fuerzas.

Ambos paramédicos, aunque más grandes y con más peso, retrocedieron atontados sin saber que responder.

Inmediatamente, Sarah bajó el cierre de la bolsa de lona. Mateo parecía profundamente dormido. Sarah pudo detectar una débil respiración que hinchaba la caja torácica de su hijo.

—¡Idiotas! ¡Él sigue con vida! —les gritó.

—Eso no había detenido antes a la corporación —susurró el otro paramédico.

Los ojos de Sarah se agrandaron. No podía creer lo que había escuchado.

—¿A cuanta gente viva han llevado al departamento de reciclaje?

Ambos paramédicos volvieron a voltearse a ver confundidos. Nuevamente, cada uno de ellos esperaba que el otro respondiera.

—¡¿A cuántos?! —repitió Sarah.

Los ojos de Sarah arrojaban lumbre.

—Eran órdenes de Virgilio —por fin dijo uno de ellos.

Sarah sintió un vacío en la boca del estómago. La cabeza le dio vueltas. Parecía que perdería el conocimiento en cualquier momento. Luego de algunos segundos, tomó una gran bocanada de aire y dijo apretando los dientes:

—Salgan ambos de aquí.

—Pero Virgilio dijo…

—¡LARGO DE AQUÍ!

Ambos paramédicos se apresuraron a salir pasando junto a Becca que se había quedado sin palabras.

—Ayúdame aquí, Becca. —Sarah la miró por encima del hombro —. Por favor —suplicó.

Becca se apresuró y ambas sacaron a Mateo de la bolsa de lona.

Mateo quedó tumbado en la camilla mientras que las lágrimas de su madre resbalaron por sus mejillas.

Becca observó llorar a Sarah. No pudo dejar de sentir lástima por aquella mujer. El monstruo que había creado, amenazaba con devorar a su familia.

—Tengo que entrar a la computadora —dijo Becca.

—Haz lo que tengas que hacer.

—Necesitaré tu clave para jaquear el Departamento de

Criogenia.

Sarah tenía los ojos clavados en el rostro de Mateo. Con un suspiro, salieron las palabras:

—Astral, guion bajo, para mis hijos —dijo Sarah—. Escribe todo seguido.

Becca asintió con la cabeza y avanzó hasta el teclado virtual. Una vez ahí, sus dedos se movieron con gran agilidad. A una velocidad que daba la impresión que las palabras se amontonaban sobre la pantalla virtual.

—¿Crees que Mateo regrese a su cuerpo? —susurró Sarah—. O ¿crees que renazca en otro cuerpo?

—Solamente él lo sabe. —respondió Becca al tiempo que, finalmente, golpeó la tecla de «entrar».

—Ya está —suspiró Becca al ver su obra terminada—. Ahora tenemos que salir de aquí.

—¿Qué quieres decir?

—Las cápsulas de criogenia se descongelarán en unos minutos. Varios pisos quedarán inundados hasta el techo. Incluyendo este.

—Nunca mencionaste con destruir corporación astral.

—Dije que los detendría. Esto los detendrá para siempre.

Sarah se quedó boquiabierta. Todos esos años de trabajo quedarían reducidos a nada en cuestión de minutos. Resignada, expresó lo único que quedaba por decir:

—Hay que sacar a Mateo de aquí.

Capítulo 66

Cristales de hielo cubrían a Dante de pies a cabeza. Sus músculos, engarrotados, no paraban de tiritar. Sus ojos, agrandados, miraban fijamente a Crudo que avanzaba directo a él con paso firme.

El guardián del inframundo llevó su mano a un costado del muslo y empuñó una enorme espada. Luego jaló la espada por el mango y, una vez fuera, la blandió hacia los costados, formando enormes equis que cortaron el aire. Lentamente, se fue acercando al guerrero que se encontraba indefenso.

Crudo alzó la espada sobre su cabeza. Solo necesitaba un golpe seco y certero con su afilada arma para acabar con esa molestia que había resultado ser aquel guerrero astral.

De pronto, los pies del guardián del inframundo se negaron a dar otro paso. Sus extremidades inferiores se engarrotaron. Bajó los ojos y miró que su cuerpo era un bloque de hielo de la cintura para abajo. Luchó por dar otro paso, pero le resultó imposible. Un rugido ensordecedor salió de su garganta. Enfurecido y colmado de frustración, miró por encima de su hombro:

Yina había congelado el suelo. Un camino glacial emergía desde su única mano y recorría un sendero hasta llegar a los pies de Crudo. De allí, el hielo subía hasta la cintura del guardián.

Con la punta de la espada, Crudo pinchó el hielo que lo rodeaba al tiempo que pequeños trozos de hielo saltaron por todas partes.

—¡No creo aguantar mucho tiempo! —gritó Yina que se encontraba tumbada en el suelo.

El hielo cedía a cada pinchazo de la espada de Crudo. El esfuerzo de Yina solo proporcionaba a Dante unos minutos más de vida.

∞ ∞ ∞

En el borde entre la frontera de Etiopía y Eritrea se levantó una inmensa llamarada que iluminó la noche. Parecía que al cielo lo habían calentado con un soplete hasta dejarlo al rojo vivo. El fuego devoraba la selva y sus flamas se levantaban sobre los árboles.

Enterrado hasta el cuello, Ren luchó por salir. Detrás de su rostro: cubierto de tierra, sudor y cenizas, se apreciaba el dolor y la desesperación.

—¡Maya! ¡Maya! —los gritos de Ren eran apenas unos susurros;

opacados por el crujir de troncos y ramas al quemarse.

Ren volteó a ambos lados. logrando ver por, el rabillo del ojo, a los milicianos correr por todas partes mientras que el fuego rodeaba la villa por completo. Las llamas los iban rodeando poco a poco. Primero los asfixiaría y luego los devoraría, dejando solamente esculturas carbonizadas.

Ren alzó la cabeza y miró al cielo. El reflejo del incendio iluminó su rostro. En su mente estaba Maya y su hijo no nacido. De haber tenido lágrimas habría limpiado su rostro con ellas, pero solo la fatiga atiborraba su cuerpo. Agotamiento, impotencia y frustración de no poder haber cumplido su promesa de proteger a los que más había amado en el mundo. A Maya y a su bebé.

∞ ∞ ∞

A trompicones, Mateo y Maya avanzaron rumbo al portón que los llevaría al Océano de Loto. De manera inesperada, Maya cayó de rodillas: los retortijones se habían vuelto insoportables.

—¡El bebé está en camino! —alcanzó a chillar la chica—. No podré retenerlo más.

Maya colocó su cuerpo boca arriba y, en posición de parto, comenzó a gritar tan fuerte que sintió que su garganta se partía.

Mateo inclinó la cabeza frente a la chica sin saber cómo ayudarla.

El vientre de Maya comenzó a brillar tanto que deslumbró los ojos del joven.

Mateo giró la cabeza para evitar el resplandor y, luego, miró por encima del hombro: el portón estaba a unos cuantos pasos de ellos. De pronto, el chico sintió su cuerpo acalambrado. El dolor lo hizo contraerse, era como si miles de aguijones de avispas inyectaran su veneno al mismo tiempo. Volteó a ver sus manos: con terror, miró que se desvanecían y volvían a aparecer. Fue cuando cayó en cuenta: su cordón astral estaba rompiéndose. El tiempo se les terminaba tanto a él como a Maya. En un último esfuerzo, Mateo la tomó por las axilas y comenzó a arrastrarla hasta el portón que daba al Océano de Loto.

∞ ∞ ∞

El hielo alrededor de Crudo comenzó a ceder. Por fin movía sus extremidades de nuevo.

Yina luchó por expulsar más energía gélida, pero sus fuerzas habían llegado al límite. Con el rostro demacrado, volteó a ver a Yank que se arrastraba hacia ella.

—Se acabó —alcanzó a decir Yina.

—Todavía no —respondió Yank al aproximarse—. Podemos derrotarlo juntos.

Las miradas de ambos se engancharon. La decisión que estaban a punto de tomar cambiaría sus vidas de forma drástica.

Yina meditó por unos segundos. Finalmente, asintió con la cabeza: «¡Hagámoslo!».

Arrastrándose, Yank llegó hasta ella. Ambos levantaron sus miradas al mismo tiempo y vieron a Crudo liberarse. No tenían tiempo que perder. Era el momento de usar todos sus recursos.

Yank arrancó el cristal astral de su antebrazo.

Yina tomó el suyo de su frente.

Los ojos de ambos se perdieron al mirarse. Una mirada de amor y sacrificio. Ella asintió con la cabeza; estaba lista. Yank le regaló una sonrisa.

—Unidos hasta el fin —susurró él.

—Unidos hasta el fin —repitió ella.

Sus manos acercaron lentamente los cristales astrales e hicieron que se tocaran con la sutileza de un beso.

La reacción fue inmediata. Ambos cristales astrales emitieron una luz cegadora. Prismas de color azul y rojo salieron disparados por todas partes. Un destello de luminosidad los cubrió a ambos al instante que unieron sus labios.

Al desvanecerse la luz, un solo cuerpo había surgido de ambos. Un híbrido de las energías, almas unidas para formar una más fuerte: Yina-Yank: ambos en un solo cuerpo. Hermosa hermafrodita de tez en blanco y negro como la piel de una cebra. Un ojo negro y el otro azul de hielo. Cabello lacio y largo que llegaba a la mitad de la espalda. Un cristal astral caía de su cuello: piedra preciosa entrelazada en forma de trenza de colores vivos en azul, rojo, amarillo y blanco.

Yina-Yank se puso de pie. Su plexo solar ardía intensamente. En ambas manos se levantaba una neblina gélida. La energía de Yina-Yank aumentaba a cada segundo.

∞ ∞ ∞

Finalmente, Crudo despedazó el último trozo de hielo que lo aprisionaba. Sus sentidos estaban puestos en Dante. El aterrador ser avanzó hacia su presa inmóvil cuando sintió una energía asombrosa. Algo tan grande que lo maravilló y lo horrorizó al mismo tiempo. Luego miró por encima de su hombro y observó a Yina-Yank. Aquel nuevo ser estaba a unos cuantos metros detrás de él cuando: —¡Boom!—. Yina-Yank abrió fuego con plexo solar y

manos gélidas.

El impacto fue tan fuerte que Crudo salió volando. Después de varios metros por los aires. Su cuerpo impactó contra una columna. Pedazos de mármol salieron volando en todas direcciones. Luego cayó pesadamente de bruces contra el piso. Levantó la cabeza aturdido. Esperaba una tregua de sus agresores, pero esta nunca llegó. El ataque de Yina-Yank no cesó ni por un segundo. Gélidas ráfagas de aire y calor intenso penetraron en su armadura de navajas, llegando a penetrar dentro de su cuerpo.

Con la fuerza de la bestia que era, Crudo se puso de pie: empuñó un hacha con una mano y una espada con la otra. Emitiendo un rugido ensordecedor, se preparó para el contra ataque. Sin embargo, sabía que la energía de Yina-Yank acabaría con él. Hielo y fuego le penetraron hasta los huesos. Su único consuelo era permanecer erguido y con armas en sus manos; moriría como un guerrero, como un protector del inframundo.

Ambas energías: fuego y hielo; penetraron en cada célula de Crudo hasta que… —¡Boom!—, su cuerpo entero estalló en una andanada de energía que salió disparada por todas partes. Navajas, espadas y hachas fueron disparadas también; clavándose entre los pilares. Yina-Yank se agachó en el último segundo para evitar ser impactado. Después de aquellos segundos de estruendo, Yina-Yank se irguió a todo lo alto para observar su trabajo. Crudo había llegado a su fin.

Capítulo 67

El grito de Maya resonó en todo el castillo. Una luz, brillante y cegadora, salió de su vientre. Por unos momentos la antesala del castillo brilló con tal resplandor que dejó a todos sus ocupantes viendo una estela blanca por varios segundos.

Poco a poco, la luz fue desvaneciéndose.

Dante frotó sus ojos y, después de unos segundos, los entrecerró, agudizando la vista. A lo lejos, tumbada junto a Maya, una hermosa criatura movía sus pies y manos. Lo primero que captó Dante fue un par de grandes ojos verdes que resplandecieron como esmeraldas.

∞ ∞ ∞

Yina-Yank se apresuró hacia adonde estaba el bebé. Con gran agilidad y cuidado, lo envolvió en un velo de seda color azul claro.

—¡Mi bebé! ¿Cómo está mi bebé? —chilló Maya.

Yina-Yank contempló al bebé por un momento: Era una hermosa niña. Sus ojos eran como dos lagunas de color verde turquesa, piel rosada y con una leve pelusa de cabello dorado en la cabeza. Aquella recién nacida devolvió la mirada a Yina-Yank. Los ojos del bebé irradiaban ternura; parecía comprender lo que estaba pasando.

Yina-Yank sonrió y tomó entre sus brazos a la frágil criatura. Después, la levantó suavemente, apretándola contra su pecho.

Yina-Yank notó que el bebé respiraba con dificultad. Su pequeño pecho subía y bajaba a gran velocidad al momento que se escuchaba un silbido en cada bocanada de aire: el bebé estaba muriendo.

Entonces, un estruendo hizo reaccionar a Yina-Yank.

Dante volteó a su entorno al momento que el castillo se sacudió.

Los muebles brincaron; paredes y columnas se cuartearon. Grietas enormes comenzaron a recorrer las paredes a tal velocidad que, en solo unos segundos, el palacio era un lugar en ruinas. El guerrero del tercer ojo se cubrió la cabeza al momento que el yeso comenzó a llover por todas partes.

Yina-Yank cubrió con su cuerpo al bebé. Algunos pilares se desplomaron. El techo, hecho de constelaciones, parecía que se les vendría abajo.

Un hueco enorme comenzó abriese en el suelo, dando la impresión que un remolino se tragaba el piso. El lugar entero se derrumbaba.

Yina-Yank sujetó con una mano a Maya, mientras que con la otra continuaba sosteniendo al bebé. Jaló de la chica lejos del boquete que se abría cada vez más en cada momento.

El palacio continuó estremeciéndose por unos segundos cuando de pronto paró…

Un tenso silencio reinó en el lugar por un momento. De pronto, un rugido ensordecedor hizo eco en todo el castillo. De aquel gigantesco hoyo, Yama brotó como un nuevo ser. Un monstruo tan grande como montaña. Una bestia aterradora de tres caras en una sola cabeza. Seis brazos. Dos pares de alas de murciélago revoloteaban arrojando fuertes ráfagas de aire. Los tres pares de enormes ojos rojos brillaron como carbones ardientes y arrojaron una mirada llena de odio sobre Yina-Yank que sostenía al bebé contra su pecho.

Yama bufó un grito tan estridente que los muros terminaron por desmoronarse. Galaxias y nebulosas aparecieron detrás de las paredes y techos que sucumbieron con aquel rugido. El piso explotó. Los pedazos de cementos salieron volando en todas direcciones. Al final, las piezas estructurales del castillo quedaron flotando como satélites alrededor de Yama, dejándolo en el centro de gravedad. Era un tornado incontrolable de mármol, cemento y acero.

Yama alzó la cabeza. Sus tres mandíbulas se abrieron enormes. Sus ojos apuntaban al techo que estaba cubierto por miles de constelaciones. Las tres fauces comenzaron a succionar el infinito. Se había convertido en un enorme agujero negro que engullía el universo.

Capítulo 68

Becca observó desde el ventanal, del sexagésimo piso, cómo la ciudad entera empezaba a colapsarse.

El asfalto en las calles comenzó a girar, tragando el concreto. Casas y edificios reventaron en un crujido que sacudió la ciudad entera. Remolinos de pavimento empezaron a acercarse peligrosamente rumbo a Corporación Astral. Becca quedó paralizada; el edificio entero sería devorado en unos cuantos minutos. Aunque pudieran huir de la inundación que ella misma había provocado, no tendrían lugar a donde escapar; las posibilidades de sobrevivir esa noche se acortaban a gran velocidad.

Becca giró la cabeza y miró a Sarah empujando la camilla, donde se encontraba Mateo, dentro del ascensor.

—No funciona —le gritó Becca.

Sarah extrajo, de la bolsa de su bata de científica, una tarjeta de color azul trasparente.

—No iremos por el ascensor de los empleados —dijo Sarah alzando su tarjeta de la corporación.

—Malditos ejecutivos —masculló Becca al momento que apresuró el paso para entrar al elevador.

Sarah deslizó la tarjeta y oprimió el botón hacia la planta baja. Las puertas se deslizaron de inmediato. Emitiendo un rechinido, el elevador comenzó a descender.

Sarah contempló a su hijo y le tomó el pulso mientras que Becca trató de leer la mirada de aquella madre angustiada. De inmediato, percibió en los ojos de Sarah una sombra de desesperanza.

—Su pulso es débil —Sarah miró a su alrededor como si tratara de comunicarse con Dante—. Lo que sea que esté pasando allá abajo, por favor, no dejes morir a nuestro hijo.

—¿Creés que Mateo quiera regresar a su cuerpo? —preguntó Becca.

Sarah apretó los labios. De alguna manera sentía que, pasara lo que pasara, Mateo no regresaría con ella.

∞ ∞ ∞

La villa, en la frontera entre Etiopía y Eritrea, era un pandemonio. Torbellinos de arena y cenizas tragaban árboles desde la raíz.

Desde la entrada de la choza, Ojore miró con ojos aterrados

cómo la tierra se abría y los milicianos iban siendo devorados. Las grietas en el suelo eran como relámpagos de tierra y polvo que se expandían en todas direcciones.

Ojore gritó al ver cómo una zanja de tierra fue abriéndose hacia él. De inmediato, volteó hacia ambos lados, buscando algún lugar para escapar. Por fin, divisó un pequeño espacio entre las grietas por dónde podía escabullirse. Así que salió de la choza y saltó entre las enormes grietas. Sus piernas se movían con torpeza al instante que esquivaban las profundas resquebrajaduras en el suelo. Su rostro reflejaba pavor al momento que zigzagueaba a trompicones hacia la jungla que ardía con flamas que se elevaban más allá de los árboles.

De repente, paró en seco. Tenía enfrente a Ren que se encontraba enterrado hasta el cuello. Ambas miradas se engancharon por unos segundos.

—¡Mira lo que has hecho! —dijo Ojore con ojos desorbitados—. Solo tenías que haber entregado a la chica.

Ren lo miró fijamente. No podía entender cómo, hasta en ese momento, Ojore no cayera en cuenta que él era parte del problema.

«Cuando una persona hace el mal, creyendo que hace un bien, es aún más peligrosa —pensó Ren».

Ren quiso razonar con él, pero entendió que era como razonar con una pared. Así que solo le dijo:

—Vete al diablo.

La mirada de Ojore se llenó de cólera. Volteó a todos lados en busca de algo, cualquier cosa para sacar su furia. Entonces, miró una de las palas con la que los guerrilleros habían cavado la tumba de Ren. El jefe de la guerrilla se apresuró y cogió la pala del mango. Luego volteó a ver a Ren y alzó la pala sobre su cabeza. Pero el destino tenía otros planes; la tierra trepidó bajo los pies de Ojore y una enorme grieta se abrió, tragándoselo vivo.

Aquella hendedura, que había tragado a Ojore, aceleró hasta Ren. El joven quedó sin aliento al ver cómo se abría la tierra hacia él. Mas la grieta paró a centímetros de su cara. Aquella cosa que parecía que lo iba a matar, no hizo más que aflojar la tierra.

Ren sacudió sus brazos, liberándolos uno a uno. Usando sus últimas fuerzas, se empujó con la palma hacia fuera del agujero. En unos cuantos segundos, se encontraba libre. Sin pensarlo una segunda vez, corrió tambaleándose rumbo a la jungla. Quizá, había esperanzas de salvar a Maya.

Capítulo 69

Yina-Yank observó aterrado cómo todo era tragado por aquel monstruo de tamaño colosal.

«Cuando todo está perdido, no hay otra salida que arriesgarlo todo —se gritó para sus adentros».

Luego entregó el bebé a los brazos de su madre. Una leve sonrisa se dibujó en el andrógino. Dos cuerpos tan diferentes, sin embargo, unidos por el amor. Juntos eran más poderosos, pero, ¿podrían vencer al ser supremo del inframundo?

Clavándole los ojos a Maya, Yina-Yank dijo sus ultimas palabras:

—Busca tu destino —se escucharon las voces de Yina y Yank en un eco—. Que nadie lo elija por ti.

Sin más que decir, Maya afirmó levemente con la cabeza. Tomó a su hija y comenzó a arrastrarse hacia el portal que la llevaría al Océano de Loto.

La chica lucía pálida. Desde el momento que su bebé había nacido, el cordón que la unía con el mundo material se estaba rompiendo.

∞ ∞ ∞

Un pedazo de mármol color hueso flotaba alrededor de Yama. Sobre este, Dante se encontraba de rodillas. Su cuerpo temblaba de frío. Una fina escarcha de hielo cubría todo su cuerpo.

—No, no, no… —tiritaba Dante sin poder controlarse—… No puedo moverme.

Yina-Yank lo miró desde lo alto de otro trozo de mármol que flotaba sobre él.

—¿Listo para enfrentar tu destino, Dante Lamas? —gritó desde arriba Yina-Yank.

Dante alzó la cabeza y, apretando los dientes, alcanzó a decir:

—Es-es-este… no-no… se-será mi destino.

Yina-Yank dibujó una sonrisa triste en su rostro:

—Fue un placer luchar a tu lado, Dante Lamas. —El híbrido ser, hizo una leve reverencia y se preparó para lanzar un ataque mortífero al demonio gigantesco que tenía enfrente.

∞ ∞ ∞

La fuerza destructiva de Yama arrastraba todo hacia su garganta.

Era una aspiradora voraz e insaciable; destruiría al universo para salvarse. Aquel egoísmo que también había cometido el ser humano, terminaría por destruirlo tarde o temprano.

Fuertes borrascas rugieron como leones hambrientos. Rocas de todos tamaños giraban al entorno de Yama. Entonces, Yina-Yank apareció. Saltando de plataforma en plataforma, buscaba una mejor posición para emprender su ataque. Al tener un buen ángulo, Yina-Yank estaba listo y, sin perder el tiempo, disparó. Una combinación de fuego y hielo golpearon el cuello de Yama al tiempo que un alarido de dolor cimbró el lugar. La herida, sin ser mortal, era dolorosa. Un boquete se abrió en el cuello de la colosal bestia. De ahí, escurrieron pedazos de lava mezclados con hielo.

Yama giró la cabeza. Sus ojos eran carbones ardiendo. Los tres pares de pupilas se clavaron en Yina-Yank. «Maldito insecto —gritó en su mente». Sin más, enormes cascadas de lava ardiente salieron de sus tres pares de ojos.

Yina-Yank abrió los ojos aterrado. Aquella roca fundida se le venía encima.

El andrógino saltó, escapando por milésimas de segundo de la lava que devoró aquella plataforma. Luego, Yina-Yank cayó sobre una plataforma más abajo.

Los ojos de Yama lo siguieron, así como la lava hirviendo. Yina-Yank continuó saltando de estructura en estructura mientras contraatacaba, lanzando descargas de energía de fuego y hielo sobre el colosal monstruo que tenía encima.

Yama se retorció de dolor ante el contraataque del andrógino. Sentía como picaduras de avispas cada vez que era golpeado por aquella energía de fuego y hielo. Pero aquel híbrido de hombre-mujer necesitaría algo más poderoso para vencerlo. Mientras tanto, a él le bastaba con dar una sola vez en el blanco para terminar con esa plaga.

La paciencia de Yama terminó después de la última descarga de energía que impactó contra su pecho. Sus seis pares de ojos se abrieron de par en par. Lágrimas de lava escurrieron por sus negras mejillas. Aquel titán de tres rostros volteó en todas direcciones, pero no divisó a su presa. Yina-Yank se había escondido en algún lugar. «No importa —reflexionó—. Ya me encargaré de ellos».

∞ ∞ ∞

Maya y Mateo se arrastraron rumbo a la entrada que los llevaría al Océano de Loto y, de allí, a poder renacer, pero, «¿renacer a dónde? —meditó ella». Luego recapacitó: por el momento no podía pensar en eso. Todo se reducía a escapar. El Castillo del Abismo

estaba en ruinas y, aunque aquel pasillo todavía no era alcanzado por la succión devastadora de Yama, no tardaría mucho en ser devorado también. La vida de ambos chicos pendía de un hilo. Ya sea que Yama los devorara o su cordón astral terminara por romperse, la suerte no estaba de su lado.

Maya recargó su cuerpo con Mateo. Lentos, pero con paso firme, seguían avanzando. Al ver de cerca el portón con la luz del sol saliendo de su marco, Maya apresuró el paso con su bebé en brazos. Estaban cerca. Los bordes del portón resplandecían con una fuerte luz blancuzca.

Mateo percibió la estructura del portón. Le sorprendió ver que no era tan grande como había imaginado. Tan solo unos tres metros de alto y uno de ancho. Tenía una textura de madera de caoba oscura con relieves en oro y plata que formaban grecas en forma de ramas y hojas.

«No dejaré morir a Maya ni al bebé en este lugar —pensó Mateo».

Maya, Mateo y el bebé estaban cerca de escapar de la destrucción del palacio del inframundo. Tal vez solo para encontrarse con un mundo completamente devastado. Eso no importaba por el momento. Lo primero era salir de ahí y estaban a metros de lograrlo.

«Solo unos cuantos pasos más…, —se repitió Maya».

Entonces, el piso tembló bajo sus pies. Enormes grietas se abrieron a sus costados. Ambos detuvieron su avance para poder mantener el equilibrio. El lugar se zarandeó de un lado a otro. Maya y Mateo contuvieron la respiración al momento que el piso se derrumbó frente a ellos. Un boquete de dos metros de ancho se interpuso entre su camino para alcanzar el portón que los llevaría a su salvación. Ambos miraron abajo: una larga plataforma se encontraba a tres pisos por debajo de ellos. Luego una ventisca helada golpeó sus rostros. La fuerza destructora de Yama los había alcanzado.

El suelo osciló de un lado a otro. Yeso y concreto comenzó a caer sobre ellos. El piso se ladeó hacia el boquete al tiempo que Maya perdió el equilibrio. De pronto, su rostro apuntaba directo al vacío. Mateo se apresuró a cogerla del hombro. En un reflejo, Maya abrazó el brazo de Mateo, soltando al bebé.

—Nooooo —gritó Maya al ver cómo su hija caía hacia la plataforma que estaba debajo de ellos.

Mateo jaló del brazo de Maya con tanta fuerza que, ella, cayó de costado sobre el piso de jaspe.

De inmediato, Mateo se echó un clavado al boquete. En el aire, alcanzó a enganchar al bebé con una mano. Con ojos desorbitados,

Mateo, miró a la plataforma acercarse a gran velocidad. Con reflejo raudo, el chico cubrió al bebé con su cuerpo a tan solo un segundo antes de estrellarse contra el piso.

El golpe sonó seco y sordo. Las costillas de Mateo crujieron, dejándolo sin aire. Mateo jadeó e intentó respirar. Al llevar un poco de aire a sus pulmones, abrió los brazos para ver cómo se encontraba el bebé. La recién nacida miró, con sus enormes ojos de color verde jade, a Mateo. Le echo una mirada que, si esta hablara, hubiera dicho: «qué cerca estuve de llevarme tremendo golpe».

∞ ∞ ∞

Maya asomó su cabeza por abajo de la plataforma. Un aliento de alivio salió de su boca al observar a su hija sana y salva entre los brazos de Mateo. De repente, la plataforma dónde se encontraba ella se ladeó de un lado a otro. Se escucharon fuertes crujidos de piedras al desprenderse. Finalmente, la plataforma se partió en dos. Maya saltó hacia un costado, donde se encontraba una plataforma más larga. Al caer sobre ella, esta se ladeó peligrosamente hacia el vacío: La chica rodó por la empinada plataforma como si estuviera sobre un tobogán. Al final de esta, le esperaba una caída al abismo. La chica intento sujetarse con sus uñas sobre la superficie, pero el mármol, duro y frío, no le daba ninguna oportunidad. Entonces, a lo lejos, notó que algo brillaba. Un pilar emergía desde el suelo y, en un costado, surgía una de las espadas de Crudo que había quedado clavada.

Maya enfocó la vista en la espada a medida que ganaba velocidad al caer; tenía una sola oportunidad de cogerla. El camino hacia el abismo avanzaba deprisa a medida que resbalaba. La plataforma de mármol se ladeaba de un lado a otro, alejándola y acercándola a la espada. Pareciera que el destino jugaba con ella como si fuera una muñeca de trapo. Al pasar junto a la filosa espada, Maya estiró tanto su brazo que sintió que se dislocaba el hombro. Con la punta de los dedos logró sujetar el mango de la espada. Su brazo dio un jalón. El dolor agudo golpeó su hombro, pero la chica no gritó. Solo apretó los dientes. Estiró el otro brazo y sujetó con fuerza la espada; ambas manos se aferraban al mango. Se había librado de una caída mortal.

Capítulo 70

Los controles enloquecieron. La energía que resplandecía alrededor de los capullos parpadeó por unos segundos hasta que por fin murió. Eugenio corrió de un lado a otro para revisar los dispositivos de energía mientras que Virgilio lo observaba con mirada incrédula.

—¿Qué diablos está pasando? —gritó Virgilio.

Eugenio revisó el ordenador al momento que golpeó sobre las teclas virtuales. En la pantalla brotaron algoritmos sin sentido.

—¡Hemos sido jaqueados! —carraspeó Eugenio con la garganta seca.

—¡¿Qué?! ¿Quién pudo haber hecho algo tan…? —la respuesta golpeó a Virgilio antes de acabar la pregunta. Solo una persona era tan hábil para matar a todo el sistema de cómputo de Corporación Astral.

«¡Maldita, Becca! —pensó Virgilio al momento que el hielo comenzó a derretirse».

El agua empezó a drenarse a través de las cápsulas incrustadas en la pared. Grandes cascadas de agua helada brotaron de las colmenas donde descansaban los durmientes.

—¡Haz algo! —ordenó Virgilio—. ¡Arréglalo!

Los ojos de Eugenio se llenaron de terror. En unos segundos, el agua había llegado hasta sus rodillas. Entonces, comprendió que solo quedaba una cosa por hacer…

Luchando contra el agua que comenzaba a llegarle hasta la cintura, Eugenio avanzó a paso rápido hasta la compuerta y pasó su tarjeta por la cerradura electrónica. Al abrirse la compuerta, el agua salió expulsada, arrastrando con ella a Eugenio.

Virgilio se sujetó con firmeza de una de las máquinas al tiempo que el agua disminuyó, llegándole hasta los tobillos. El encargado de Corporación Astral corrió hasta la entrada y echó una mirada al pasillo. Ahí, miró cómo Eugenio huía despavorido.

—¡Cobarde! —gritó Virgilio—. ¡Regresa!

Los ojos de Virgilio se llenaron de desesperación

—¡Regresa! —esta última orden salió como un susurro.

Virgilio miró por encima del hombro a la cascada que persistía en acabar con el Departamento de Criogenia. Luego alzó los ojos y observó a los miles de personas en sus capullos. Aquellos seres humanos que permanecían congelados y, que para sus adentros, deseaban un nuevo amanecer, despertarían en un edificio destruido.

El agua continuó cayendo a chorros, subiendo nuevamente de nivel. Virgilio avanzó hasta el teclado virtual. Comenzó a golpear las teclas en espera de una reacción. Cualquier reacción. Pero en respuesta, el teclado virtual se desvaneció en el aire. Los sistemas se apagaron. De pronto, el lugar era una bóveda gigantesca, fría y húmeda. Sin poder hacer nada más, salió del Departamento de Criogenia. Con paso torpe, intentó abrirse paso entre el agua que cubría su cintura.

La pared en el pasillo era un largo ventanal que dejaba ver a la ciudad que continuaba destruyéndose. Yama acabaría con todo.

«Yank tuvo razón —se reprimió—. Aposté a la persona equivocada».

No quedaba nada por hacer. Tan solo contemplar, lo que alguna vez había sido, a una civilización rebosante de vida.

La ciudad crepitó delante de sus ojos. Las luces se fueron apagando. De pronto, un rugido lo hizo girar sobre sus talones. Sus ojos se abrieron desorbitados al mirar miles de galones de agua avecinarse hacia él. Lentamente, cerró los ojos. Estaba consiente de lo que seguía.

El golpe del agua fue tan fuerte que lo aplastó contra el ventanal: Sus huesos crujieron y sus pulmones quedaron sin aire. Intentó respirar, mas el agua ya había cubierto su cabeza. La cruel corriente entró por sus fosas nasales, por su boca; hasta llegar a sus pulmones. Desconocía si moriría aplastado o ahogado. Y ante esa agonía, la respuesta llegó de manera brutal. No sería ni ahogado ni aplastado. Se escuchó el ventanal chirriar mezclado con el ensordecedor rugir del agua.

Con los ojos entreabiertos, notó cómo una pequeña fisura se extendió por todo el cristal tomando la forma de una enorme telaraña. Sus párpados se abrieron tanto que las órbitas de sus ojos saltaron aterrados. El sonido del cristal al romperse lo llenó de pánico. Sería el último ruido que escuchara en su vida.

Su cuerpo se desplomó a tal velocidad que el aire que deseaba con tanta desesperación, ahora era el que no lo dejaba respirar. El encargado de Corporación Astral miró cómo el piso se acercaba velozmente. El pánico lo inundó. Su corazón palpitó a ritmos acelerados cuando de pronto…, dejó de hacerlo. Un paro cardíaco terminó con su vida. No sentiría estrellar su cuerpo contra el asfalto. Su último recuerdo sería una caída sin fin al vacío, a la oscuridad.

∞ ∞ ∞

En el Departamento de Criogenia, chispas de electricidad

saltaron en todas direcciones. Las cápsulas quedaron expuestas. Hombres, mujeres y niños estaban en un letargo helado.

Dentro de una de las cápsulas, el pecho de Dante comenzó a levantarse y bajarse. Poco a poco, su respiración se hizo regular; el congelamiento que le impedía luchar, había terminado.

∞ ∞ ∞

Océanos enteros comenzaron a secarse.

Los árboles se volvieron cenizas.

Las capas tectónicas se desplazaron a velocidad tan rápida que enormes terremotos derribaron ciudades enteras.

Ocultos en casas, la gente en meditación profunda se secaba hasta los huesos.

Yama intentaba sobrevivir a costa de la destrucción de lo que había protegido en el pasado. El equilibrio del universo llegaba a su fin.

Capítulo 71

El elevador crujía al momento que bajaba.

Solo quedaban veinte pisos para llegar al *lobby* de Corporación Astral. Al llegar ahí, debían de apresurarse a salir del edificio y buscar refugio. Algo casi imposible en una ciudad que se caía en pedazos.

Sarah y Becca no sabían que les esperaba al salir a la calle, mas estaban consientes de que quedarse dentro del edificio era muerte segura.

El descenso, lento por culpa de los viejos y mal lubricados cables que sostenían el ascensor, se hacía interminable. La falta de mantenimiento saltaba a la vista y se reflejaba en su uso.

A través de las rendijas del ascensor, Sarah miró impaciente cómo se iluminaba cada piso que dejaban atrás. Luego, tardaban de dos a tres segundos para llegar a un piso más abajo; era un viaje interminable. Impaciente por el tiempo que les estaba tomando bajar por el ascensor, volteó a ver a su hijo que yacía en la camilla. El pecho de Mateo se elevaba con debilidad, indicando que continuaba con vida, pero, ¿por cuánto tiempo?

Por su parte, Becca, recargando su cuerpo en la pared, miraba hacia un punto distante. Sus pensamientos estaban lejos del ascensor. Quería que todo terminara. Aquellos días llenos de estrés habían terminado por agotarla y, sin embargo, todavía faltaba un buen trecho que recorrer.

De pronto, se escuchó un estruendo seguido por una sacudida.

Ambas mujeres quedaron paralizadas.

Después, sintieron otras sacudidas. El elevador ronroneó como gato en celo al tiempo que osciló para ambos lados. Ambas mujeres se voltearon a ver cuando…

Una última sacudida, con más intensidad que las anteriores, casi las derribó. Las luces de neón parpadearon un par de veces y después dejaron de existir. El jaqueo, que Becca había realizado, llegaba más rápido de lo que esperaban. Al quedarse a oscuras, el elevador detuvo su descenso.

«¿En que piso estamos? —pensó Becca».

La joven recordó haber visto el noveno piso, pero no estaba segura. De lo único que estaba consiente, era que tenían que salir de allí por sí mismas. No quedaba nadie más. Ningún trabajador ni, mucho menos, un grupo de rescate; estaban a merced de sus propias habilidades para escapar y sacar a Mateo con vida.

De pronto, se escucharon unos golpecitos sobre el techo. Ambas mujeres miraron arriba. Los sonidos huecos contra el metal aumentaron drásticamente.

Becca sintió un leve golpe frío chocar contra su mejilla. Llevó la mano a su rostro y notó que estaba mojada.

Sarah volteó a ver a Mateo. La manta verde, que lo cubría, se oscurecía en el lugar donde caían las gotas de agua.

En un santiamén, el ascensor comenzó a gotear intensamente. El agua se filtró por cada rendija y grieta, escurriendo por paredes y techo. A esa velocidad, el lugar quedaría cubierto de agua en cuestión de minutos. Sarah miró a sus pies y notó cómo el agua comenzaba a cubrirle los tobillos.

De repente, se escuchó un rugido. Era un eco sordo que provenía desde arriba.

Sarah y Becca levantaron sus miradas al techo cuando…

—¡PLASH!—: un chorro de agua penetró con brutal estrépito dentro del ascensor. El agua las golpeó con tal fuerza que ambas cayeron de espaldas sobre el charco que ya había alcanzado los veinticinco centímetros. El agua ascendió de manera estrepitosa. En un intento desesperado, Becca, escaló por una pared e intentó ponerse de pie. En cuestión de segundos, el agua ya había alcanzado su cintura.

A trompicones, Sarah se puso de pie y sujetó la camilla donde se encontraba Mateo inconsciente, pero resbaló y, con su peso, volcó la camilla. Mateo cayó sobre su madre al tiempo que el agua los cubrió de inmediato.

Sarah dio un salto fuera del agua y jaló a Mateo del cuello para que pudiera respirar.

Becca alzó la cabeza: observó cómo Sarah luchaba por mantener a flote a su hijo. Sin dudarlo, Becca avanzó hacia ellos y tomó a Mateo de las axilas. El agua no cesaba de caer. El pequeño cubículo, donde se encontraban, comenzó a inundarse. Sin darse cuenta, el agua les había llegado hasta el cuello.

Con una mano, Becca sujetó la puerta del ascensor y jaló con todas sus fuerzas sin poderla mover un centímetro.

En cuestión de segundos, el agua ya cubría las cabezas de ambas mujeres. Sarah luchó por mantener el rostro de Mateo fuera del agua mientras que Becca intentaba abrir las compuertas del ascensor.

Entonces, Becca recordó del viejo barandal incrustado en la pared. La chica se sumergió dentro del agua y lo buscó con ojos desorbitados. Al ver el barandal, se abalanzó hacia él y lo tomó con una mano. Los años sin manutención había hecho mella en él. La joven jaló con pujanza sin ningún resultado. De pronto, sintió cómo

sus pulmones exigían algo de oxígeno; no tuvo otro remedio que salir a la superficie a tomar algo de aire. La bocanada de aire fue un alivio que la revitalizó.

Luego miró por encima del hombro a Sarah que apenas podía asomar la cabeza fuera del agua. La mujer luchaba, a toda costa, por mantener a su hijo a flote sin importarle que ella misma se ahogara.

Becca sintió la necesidad de ayudarlos, pero el nivel del agua seguía subiendo de forma vertiginosa. En un abrir y cerrar de ojos, el ascensor quedaría cubierto de agua, así que tomó una decisión. La joven se sumergió de nuevo y, una vez dentro, asió el barandal con ambas manos. Jaló con fuerza un par de veces. La barra metálica se zarandeó, pero se aferraba a no desprenderse. Colocó un pie en la pared para apoyarse y tiró con todas sus fuerzas. Sintió cómo el barandal comenzaba a ceder. Dio un último tirón y la barra metálica por fin se desprendió. Con la barra en la mano, se puso de pie, pero el agua ya cubría su cabeza. Bajo del agua, miró a un costado: Sarah aguantaba la respiración mientras que, con ambas manos, alzaba a Mateo para mantener su cabeza fuera del agua.

Becca nadó hacia arriba y choco contra el techo. Faltaban unos diez centímetros para que el agua cubriera por completo el ascensor. La chica giró a un costado y observó a Mateo asomar apenas la mitad de su rostro. El agua pronto llegaría a sus fosas nasales y, después de eso, no habría nada que hacer.

Becca cogió una nueva bocanada de aire y se sumergió.

En el fondo, hizo palanca con la puerta del elevador. Sus manos apretaron la barra. Los músculos de sus brazos se tensaron. Jaló con todas sus fuerzas al momento que esferas de burbujas escaparon de su nariz y boca. Necesitaba aire con urgencia. Volteó a un lado y miró como Sarah comenzaba a perder el conocimiento. Becca no tenía tiempo de otra bocanada de aire. La puerta, del elevador, habría de abrirse sí o sí.

Apoyando ambos pies sobre la pared, la chica tiró con todo lo que tenía. De pronto, se escuchó el eco de un rechinido. La puerta se abrió un par de centímetros. Muy poco, pero suficiente para que el agua escapara por allí. Con más fuerza, jaló de nuevo. La puerta se abrió lo suficiente para que deslizara su mano dentro de la orilla. Arrojó la barra de metal a un lado y empujó con todas sus fuerzas. La compuerta se abrió más hasta que logró sacar la mitad de su cuerpo. Con ambas manos, empujó de nuevo. El agua la golpeó al salir del ascensor. La chica gritó con furia al tiempo que la compuerta se deslizó al abrirse. La corriente de agua salió con tal fuerza que la arrastró fuera del ascensor.

Becca azotó de bruces en el suelo. Luego comenzó a toser

mientras jadeaba. Después de unos segundos, su respiración se normalizó. Alzó los ojos y vio que el elevador había quedado entre ambos pisos.

Dentro del ascensor, Sarah asomó su cabeza y miró a Becca con una sonrisa de gratitud.

El agua continuaba cayendo a los pisos de abajo, pero ellas estaban a salvo. Y, por lo pronto, habían salvado a Mateo. Pero el alma de Mateo enfrentaba otra batalla en el Castillo del Abismo.

∞ ∞ ∞

Mateo iba recostado en los hombros de Sarah y Becca que lo cargaban fuera del edificio.

Una vez que lograron salir, miraron cómo, a lo largo de la calle, se levantaban remolinos de concreto.

El asfalto giraba sobre su eje y engullía calles enteras. Enormes boquetes se abrieron tragando casas y edificios.

Las dos mujeres, con Mateo acuestas, frenaron de golpe. Sus ojos voltearon en todas direcciones en busca de un lugar para protegerse. Al final, terminaron por quedarse petrificadas a mitad de la calle. Recostaron a Mateo y esperaron un milagro. En ese momento, era cuestión de suerte que lograran sobrevivir.

Sarah miró por encima de su hombro y observó cómo el edificio de Corporación Astral se caía en pedazos. Entonces, advirtió a una figura conocida salir despavorida de la entrada.

∞ ∞ ∞

Marcus se detuvo al mirar a las mujeres y a Mateo en medio de la calle. Les sonrió aliviado. Una sonrisa de que, aunque fuera su peor enemigo, ahora compartían el mismo fin: el de sobrevivir.

Arrancó hacia ellas, pero paró en seco al mirar el rostro de asombro y terror de ambas. Alzó los ojos y miró una gran loza de concreto venírsele encima.

La oscuridad y el silencio eterno se hicieron en un segundo. Una muerte rápida para, lo que había sido, una larga vida de servilismo.

∞ ∞ ∞

Dentro del edificio de Corporación Astral, la gente pudiente corrió despavorida por todos lados en el salón de fiestas.

Parecían ovejas atacadas por un lobo. Luchaban entre ellos para salir primero. Empujando a los más débiles y pisoteando a los ancianos que habían quedado abajo, luchaban por salvarse así

mismos. Sin embargo, no habría salida. El techo, de la corporación que habían construido, se derrumbó sobre ellos. Gritos de terror y dolor imploraban por ayuda. Una ayuda que no llegaría.

Capítulo 72

La batalla había inclinado su balanza hacia un solo lado.

Al momento que Yama localizó a Yina-Yank, los atacó con todo lo que tenía. El guerrero astral había dejado de pelear y, únicamente, se protegía de las embestidas mortales que lanzaba Yama. Ni con las almas unidas contaban con la capacidad de encarar a aquella montaña de destrucción. Después de lanzar numerosos ataques al cuerpo de Yama, ahora, Yina-Yank permanecía replegado en una plataforma flotante que giraba alrededor de la bestia.

Yama cazó con furia al andrógino guerrero, acorralándolo poco a poco, hasta no dejarle otra plataforma dónde saltar u ocultarse.

Finalmente, aquel demonio con tres rostros cercaba a Yina–Yank. Al tenerlo en la mira, sus tres pares de ojos arrojaron una cascada de roca fundida sobre ella-él.

Yina-Yank alzó la palma de sus manos y proyectó una energía de fuego helado sobre su cabeza. Creando así, una cúpula de color azul, rojo y amarillo sobre sí mismo.

La lava, que los ojos de Yama expulsó, se precipitó por encima del escudo que Yina-Yank formó sobre su cabeza, haciendo resbalar el incandescente líquido a un costado del andrógino. El magma escurrió por la cúpula de energía y cayó a los costados como una tormenta incandescente de piedra fundida.

La energía de Yina-Yank se agotaba de forma gradual a cada segundo: no resistirían por mucho tiempo.

Por su parte, Yama recuperaba sus fuerzas a medida que devoraba al universo.

Cuando todo se veía perdido para el andrógino guerrero, Yama pegó un alarido de dolor; algo lo había lastimado y distraía de su objetivo. Yama desvió el ataque, dándole así, un suspiro a Yina-Yank.

Yina-Yank miró por encima del hombro, quedando atónito al ver a Maya alzando la espada sobre su cabeza. Un alma, sin ninguna habilidad especial, lo había salvado.

Maya hundió, una y otra vez, la afilada hoja de acero en uno de los brazos de Yama.

Con más rabia que dolor, Yama chilló tan fuerte que el universo se estremeció. Luego volteó a ver a Maya. Aquella chica, que intentó eliminarla tantas veces, la tenía enfrente, mas ahora no valía de nada acabar con ella. Con su fruto ya nacido, aquella mujer

no representaba ningún peligro, pero la satisfacción de aplastarla como a un gusano no se la quitaría nadie.

Poniéndose en posición, Yama comenzó a aspirar el aire en dirección a ella. La chica dio media vuelta y buscó un rincón en el que pudiera protegerse. Sin encontrar nada, solo le quedaba aferrarse a algo para impedir ser succionada. Maya avanzó tan rápido como pudo a una de las columnas y, una vez ahí, rodeó el pilar con sus brazos, aferrándose con todas las fuerzas que le quedaban.

Yama succionó el aire y, con este, parte del alma de Maya.

De manera inesperada, el demonio de tres rostros frenó de golpe y paladeó un sabor dulce como nunca lo sintió en ninguna alma. Era un sabor a miel que lo revitalizaba; sintió la necesidad de tragar a esa alma por completo.

Los tres pares de ojos de Yama la miraron como si fuese un manjar irresistible. A punto de continuar la succión del alma de la chica, Yama abrió sus tres fauces de forma salvaje.

De repente, Yina-Yank saltó frente a Maya y la cubrió como si fuera un escudo.

—¡No te la llevarás!— gritó Yina-Yank.

Los tres pares de ojos del demonio brillaron con lujuria. El andrógino resultaría ser una deliciosa comida antes de llegar al postre.

Yank comenzó a succionar al tiempo que Yina-Yank le dio la espalda al monstruo y utilizó el cuerpo para proteger a Maya. El andrógino guerrero sintió como su alma era engullida. De frente a Maya, Yina-Yank miró a la chica con una sonrisa de dolor en el rostro.

—No tengas miedo de vivir —dijo Yina-Yank mientras su energía era drenada—. Y, sobre todo, nunca dejes de pelear.

Maya miró aterrada al ver cómo el alma de Yina-Yank se iba secando. Los colores blanco y negro se volvieron grises. En cuestión de segundos, su alma era una estatua de cenizas.

Maya llevó la mano hasta la mejilla de aquella estatua gris y, con la yema de sus dedos, acarició su rostro. De inmediato, la escultura del híbrido voló en una nube de cenizas, esparciéndose hasta desaparecer por completo. El último vestigio del guerrero cayó a los pies de ella: una semilla de cristal con la combinación de los colores entre rojo fuego y azul hielo.

Yama observó a la chica con tal intensidad que la chica no pudo dejar de sentir un escalofrió recorrer su cuerpo.

Los tres pares de ojos de Yama brillaron al rojo vivo. El demonio de tres rostros extendió una de sus manos para agarrar a Maya cuando…

—¡Zas!—.

Una ráfaga de energía color azul golpeó su mano. El dolor fue tan intenso como un arponazo con la punta de acero al rojo vivo.

Yama giró su torso. Sus tres pares de ojos se abrieron incrédulos.

Dante erguía su cuerpo en una de las plataformas flotantes frente a él. El color había regresado a su rostro. Sus tres ojos emitían un destello de luz azul tan intenso que deslumbró a la bestia de los tres rostros.

Yama lo observó por un momento. Aquellos segundos fueron interminables. Frente a él quedaba el tercer guerrero astral.

Poseyendo las almas de Yina y Yank, solo quedaba el alma de Dante. Era una estrecha brecha para obtener otros diez mil años de soberanía. Era cierto que el mundo material estaba casi destruido, pero, que demonios, Yama era un rey; un dios que podría reciclar lo destruido. Tragaría toda devastación y, con ella, reconstruiría un nuevo reinado; el mundo volvería a florecer.

Pero Dante tenía otros planes. Yama jamás sería el mismo. Su alma contaminada crearía un mundo envenenado y lleno de odio. De una u otra forma, el tiempo de Yama llegaría a su fin esa noche. Si fuera necesario, el guerrero del tercer ojo pelearía hasta la muerte para derrotarlo.

—¡Papá! —se escuchó el grito de Mateo en la distancia.

Dante dio media vuelta y vio a su hijo sobre una plataforma flotante. Entre sus brazos, sostenía al bebé de Maya. Luego el guerrero astral miró sobre la cabeza de su hijo. A espaldas de él, flotaba el pasillo que llevaba al Océano de Loto.

—¡Mateo!... —gritó Dante—. Intenta llegar hasta el pasillo.

Luego observó a Maya que permanecía tumbada de costado.

—¡Maya!, ve con Mateo y tu bebé. Yo me encargaré de Yama.

∞ ∞ ∞

La plataforma, donde se encontraba Maya, giraba en dirección de las manecillas del reloj; mientras que una plataforma más abajo, donde estaba Mateo y el bebé, giraba en dirección opuesta. A cada giró, ambas plataformas permanecían al mismo nivel, una por debajo de la otra. Sin embargo, la plataforma donde permanecía ella quedaba demasiado alta para que el joven pudiera alcanzarla. Al primer encuentro entre ambas plataformas, Maya se recostó boca abajo y extendió su mano, intentando, sin éxito, alcanzar la mano de Mateo. La plataforma del chico con el bebé en brazos pasó de largo. Ahora, Maya tendría que esperar un par de minutos para que las plataformas volvieran a encontrarse. Maya pensó en cómo ayudarlos a subir. «Quizá, si me inclinara más y estirara el brazo

tanto como pueda», pero de inmediato descartó la idea. Maya, de complexión pequeña, no aguantaría el peso de Mateo con el bebé y, lo más seguro, es que los tres cayeran al vacío.

Luego, Maya bajó los ojos: a sus pies yacía la espada con la que había atacado el brazo de Yama.

«Si clavo la espada por debajo de la plataforma, Mateo podrá sujetarla y escalar hasta arriba».

Así que inclinó su cuerpo a la orilla de la plataforma y, con todas sus fuerzas, golpeo la plataforma con la punta de la espada:

¡Nada! La chica no era tan fuerte.

A lo lejos, la plataforma donde se encontraba Mateo volvía acercarse. El joven miró lo que Maya intentaba hacer y le gritó:

—¡Maya! Arrójame la espada…

Maya alzó los ojos y vio al chico acercarse a gran velocidad con el bebé en brazos. De inmediato, cayó en cuenta del plan de Mateo. Al tenerlo a tiro de piedra, la chica lanzó la espada.

Mateo saltó y cogió con una mano la espada por el mango. Luego le gritó a la chica.

—¡Atrapa al bebé!

Maya tardó un segundo en reaccionar cuando Mateo, que pasaba a un metro por debajo de la plataforma donde se encontraba ella, arrojó al bebé. Con reflejos felinos, Maya alcanzó a coger al bebé entre sus brazos mientras miró cómo Mateo se perdía por debajo de ella.

—¡Sube! —le gritó la chica—. Utiliza la espada para escalar…

La plataforma, donde se encontraba Mateo, pasó de largo. Maya miró a Mateo asir el mango de la espada con ambas manos.

—Ve al Océano de Loto, Maya —gritó el chico—. Me quedaré a pelear junto a mi padre.

Maya meditó un momento: «quiero ayudar», pero ¿qué podía hacer ella? Siempre la habían protegido en la vida.

Volteó y miró al portón a unos cuantos metros de ella.

«Si Dante fracasa, el mundo perecerá y tendrá diez mil años de maldad. Acaso, ¿ese era el mundo que quería dejar para su hija?».

Entonces, decidió esperar para mirar de que lado se inclinaba la balanza y, si fuera posible, ayudar en lo que fuera necesario.

∞ ∞ ∞

Dante miró cómo Mateo brincaba de plataforma en plataforma para acercarse a Yama. Mientras tanto, Maya permanecía expectante sobre la plataforma que la llevaría al Océano de Loto. «¿Qué diablos espera para largarse de aquí? Y, Mateo, ¿por qué no hizo lo que le pedí?».

Un pánico recorrió el cuerpo del guerrero astral. Aquellos chicos, lejos de ayudar, podrían ser su talón de Aquiles.

Luego giró la cabeza para ver a Yama que lo observaba con los tres brillantes pares de ojos.

«¡Tengo que atacar primero! —se gritó para sus adentros el guerrero astral».

Los tres ojos de Dante dispararon un destello de energía con un color azul intenso.

Yama aulló de dolor. La energía del guerrero astral, se había estrellado en el rostro del hombre enfermo.

Los tres ojos del guerrero brillaron con mayor intensidad. Su aura se incrementaba a cada segundo; la batalla sería a muerte.

El demonio gigantesco retrocedió, dejando caer el puño sobre Dante.

El guerrero astral miró aterrado aquella garra enorme abalanzarse sobre él y saltó en el último segundo, cayendo en picada rumbo al vacío. De pronto, sintió su cuerpo más ligero; miró a su alrededor y se dio cuenta de que flotaba. La ley de gravedad dejaba de existir al alejarse de las plataformas.

Dante flotó a la deriva hasta que su cuerpo quedó frente a los tres rostros de Yama que lo miraban con furia. Sin perder tiempo, los ojos del guerrero astral brillaron de nuevo y abrieron fuego. La energía impactó en uno de los ojos de la mujer de Yama, haciendo que emitiera un alarido tan ensordecedor que hizo retumbar al universo. Al abrir el ojo herido, roca fundida brotó del hueco donde había estado el ojo.

En un intento desesperado de contraatacar, Yama exhaló nubes de vapor caliente que salieron de sus fauces y fosas nasales. El vapor hirviendo fue a estrellarse contra el guerrero. Su cuerpo voló sin control y fue a estrellarse contra un bloque de mármol blanco.

En un intento desesperado de acabar con el guerrero astral, los ojos de Yama arrojaron piedras cubiertas de fuego sobre él, dejándolo atrapado.

Maya miró aterrada cómo Dante estaba siendo vencido por el demonio de los tres rostros.

∞ ∞ ∞

En la distancia, Mateo miró a su padre sucumbir. Con rabia comprimida, apretó el mango de la espada y avanzó a grandes zancadas para ayudarlo. Saltando de plataforma en plataforma, pegó un grito de guerra al tiempo que alzó la espada sobre su cabeza. De pronto, miró de reojo y sus ojos advirtieron que Yama elevaba su brazo para asestar un golpe final a su padre.

«Un solo golpe con la espada no producirá gran daño a esa montaña aterradora —reflexionó Mateo—, pero podría distraerlo de su objetivo».

En un acto desesperado, Mateo cogió el mango de la espada como si fuera una lanza y la arrojó al demonio de los tres rostros. El arma salió volando como un proyectil y se impactó sobre una de las mejillas de la bestia.

Yama rugió y giró a los lados. Buscaba de qué lugar lo habían atacado. Entonces, miró al chico sobre una plataforma frente a él.

Solo y desvalido, Mateo sintió una gran impotencia. Volteó en todas direcciones en busca de algo para protegerse. Necesitaba atacar a Yama con algo: una roca, un palo. Cualquier cosa para golpear al demonio. De pronto, miró algo mucho mejor: el hacha de Crudo clavada en el piso de mármol a un par de plataformas por debajo de él. Mateo aceleró el paso y, dando grandes zancadas, saltó de plataforma en plataforma. Una vez en el lugar indicado, avanzó con paso firme hasta el hacha y jaló del mango, pero el arma permaneció inmóvil.

Entonces, enormes piedras ardientes cayeron en picada a los costados del chico. Mateo miró por encima del hombro: los ojos de Yama arrojaban aquellos proyectiles sobre él.

Con una mano cubrió su cabeza y, con la otra, jaló de nuevo el hacha sin ningún resultado. El joven, frustrado, miró a su alrededor en busca de ayuda, pero, ahora, él tendría que ser la ayuda. Fue cuando, en ese instante, recordó quién era y cual era su poder astral. Cerró los ojos y se concentró. En un santiamén, su enclenque cuerpo comenzó a hincharse; cada fibra de músculo creció de forma espectacular. En unos segundos, era sumamente fuerte. El joven gritó y tiró del mango del hacha con todas sus fuerzas. Fue como sacar un cuchillo de la mantequilla. Luego miró el cuello de Yama quedando a su altura. Levantó el hacha sobre su cabeza y la dejó caer sobre una punzante arteria en la garganta del demonio. Se escuchó un alarido al tiempo que monstruosos insectos brotaron de la herida. Aquellas terroríficas criaturas abalanzaron sus bestiales organismos sobre Mateo en un frenético ataque. El joven balanceó el hacha, manteniendo a raya a las criaturas que brincaban para morderlo.

∞ ∞ ∞

Maya observó aterrada cómo Mateo estaba en la vista de Yama.

«Tengo que hacer algo —se dijo así misma».

De pronto, una idea se le vino a la cabeza. Algo que quizá equilibraría la balanza a favor de Dante. Sin perder tiempo, bajó la

mirada a la palma de su mano: «la semilla de cristal de Yina-Yank». Apretó la semilla con la mano formando un puño. Con su bebé acurrucado en un brazo y la semilla de cristal en la otra mano, saltó torpemente entre las plataformas flotantes que se movían alrededor de Yama. Una a la vez, la chica, avanzaba para ayudar a sus amigos. A veces, saltaba abajo, otras arriba. Las plataformas se movían constantemente por lo que tenía que esperar el momento exacto para hacerlo. Cada vez más cerca de Dante, el peligro aumentaba. Si Yama la veía, no tendría forma de poder escapar a su furia.

∞ ∞ ∞

Los tres ojos de Dante dispararon sobre la prisión de piedras que lo acorralaban. Las rocas salieron volando por todas partes en un estridente estallido, pero las piedras ardientes seguían saliendo de los ojos de Yama. El guerrero astral disparó con los tres ojos repeliendo, así, el ataque del demonio de los tres rostros.

De pronto, el ataque cesó. Dante alzó la mirada y observó al coloso dirigir su embestida a otro objetivo.

«¡Maldición! —exclamó para sus adentros». El ataque apuntaba a su hijo.

Entonces, el guerrero astral concentró todo su poder en el tercer ojo que estaba sobre su frente. La energía se acumuló de tal forma que una luz intensa cubrió el rostro del guerrero. Al no poder contener más la energía, disparó un rayo de color azul sobre uno de los rostros de Yama.

El impacto fue tan fuerte que voló la mitad del rostro del anciano. El chillido, que emitió Yama fue tal que Dante, Mateo y Maya cubrieron sus oídos.

Yama volteó a ver al guerrero astral. Debía terminar con aquel guerrero de una vez por todas; al chico y a la muchacha le sería fácil liquidarlos después.

Dante no le dio tiempo a Yama para que reanudara su ataque, así que tomó la iniciativa. En esta ocasión, el disparo salió de los tres ojos del guerrero. La energía golpeó los rostros y el pecho del demonio. Yama chilló de nuevo. Un rugido más de rabia que de dolor. En su desesperación de no poder acabar con el guerrero del tercer ojo, levantó sus tres rostros al firmamento. Con bestial ferocidad, abrió sus tres fauces tan grandes como su cabeza. Esas bocas, llenas de dientes en forma de triángulos afilados, eran una aspiradora voraz. El universo entero comenzó a ser engullido. Terminaría con el cosmos antes de verse subyugado.

∞ ∞ ∞

Maya llegó hasta una plataforma arriba de donde se encontraba Dante. Los ventarrones eran tan fuertes que la chica enredó sus brazos en una columna y se aferró a ella.

Dante, por debajo de la plataforma donde se encontraba ella, hizo lo mismo. Aquel voraz ataque terminaría por engullirlos en unos minutos.

—¡Dante! —gritó la chica—. ¡Mira! —La joven alzó el cristal de Yina-Yank sobre su cabeza.

De inmediato, Dante, reconoció el cristal y una sonrisa iluminó su rostro.

—¿Crees poder vencerlo? —preguntó Maya angustiada.

Dante se puso de pie y estiró el brazo cerca de ella. Entonces, la chica dejó caer el cristal sobre la palma de la mano del guerrero astral.

Al tener el cristal de Yina-Yank en su mano, le gritó a la chica:

—Mantente alejada, niña. Esto se pondrá feo.

Maya retrocedió y volvió a aferrarse a la columna.

Dante alzó el capullo de cristal a todo lo alto y después de unos segundos lo estrello contra el cristal que colgaba de su cuello. El resplandor fue tan intenso que cegó momentáneamente a Maya.

Capítulo 73

El universo se desmoronaba al tiempo que se desplomaba dentro de las tres fauces de Yama.

Fue cuando sucedió el milagro. Una fuerza letal golpeó el pecho del demonio. Yama perdió el equilibrio y lucho por no derrumbarse.

«¿Qué me ha golpeado? —se preguntó».

Giró sus tres rostros en busca de su atacante. Al descubrir de donde provenía la energía que lo había sacudido, quedó pasmado. Su mente no pudo concebir lo que sus ojos miraron.

Dante estaba de pie en una repisa angosta. Sus tres ojos brillaban, su plexo solar estaba en llamas y un aura fría envolvía su cuerpo.

Los ojos de Yama se volcaron hacia el guerrero. La rabia que sintió hizo que se le hincharan las arterias de su cuello. Luego extendió su brazo y aprisionó a Dante entre sus alargados y gruesos dedos.

Dante expandió una aura helada. El frío fue tan intenso que, Yama, sintió como si hubiera agarrado nitrógeno líquido. La congelación se extendió desde su mano hasta su antebrazo, convirtiendo su extremidad en una prótesis de hielo.

Los insectos, que atacaban a Mateo, se congelaron. Mateo dejó caer el hacha al piso al momento que un suspiro de alivio escapó de su boca.

En la plataforma que estaba encima de Dante, Maya volteó a ver al bebé. Esta dio un gran bostezo como si estuviera aburrida.

Sobre la plataforma, Dante avanzó rumbo a Yama. De pronto, el plexo solar del guerrero astral estalló. Un disparo de fuego salió proyectado hasta el brazo congelado de Yama, reventándolo en pequeños pedazos de hielo.

El alarido de Yama fue ensordecedor.

Los insectos congelados, frente a Mateo, estallaron también; cubriendo al chico con minúsculos copos de hielo.

Una fina manta de hielo envolvió a Maya y a su bebé, de inmediato, ella removió la nieve de su hija y volteó a verla: la recién nacida estornudó sin dejar de ver a su madre.

La frustración de Yama fue acumulándose al tal grado de no resistir más; volvió a abrir sus mandíbulas. Sus fauces comenzaron a chupar las ruinas del castillo.

Piedras cayeron en picada sobre Dante.

Maya se prendió a un pilar, aferrando a su bebé contra su pecho.

La fuerza de succión de Yama arrastró a Mateo hacía él, derrumbándolo al piso. El chico era arrastrado hacia las fauces de Yama; cuando, tumbado en el piso, el joven cogió el mango del hacha y estrelló su navaja contra el mármol, hundiendo su cuchilla sobre él. Sujetó el mango del hacha con todas sus fuerzas, pero sus dedos, poco a poco, se iban resbalando.

El Castillo del Abismo comenzó a desvanecerse, convirtiéndose en un lugar oscuro y sin materia.

Dante emergió de entre las rocas. La fuerza de succión de Yama absorbía su energía. Tenía que contraatacar a esa bestia de destrucción…, pero «¿cómo?».

El guerrero astral bajó los ojos y descubrió un vórtice inmenso a los pies de Yama. Así que, apretó los ojos al concentrarse. Las tres energías brillaron con una intensidad más allá del límite. El guerrero gritó y sintió desgarrarse la garganta. Las tres energías se unieron en una sola: plexo solar, congelación, tercer ojo… Después de un momento, abrió fuego contra el vórtice.

Una luz cegadora emergió de lo profundo del espiral. Yama comenzó a hundirse como si estuviera metido en arena movediza. El demonio de tres rostros chilló con un grito agudo. Se hundía cada vez más. En un acto desesperado, succionó con todas sus fuerzas.

El torbellino de aire comenzó a aspirar los últimos vestigios que quedaban. Yama era ahora un agujero negro que tragaba hasta la última energía del universo.

—¿Qué está haciendo? —gritó Maya.

—Trata de arrastrarnos con él —contestó Dante a todo pulmón.

—¡Haga algo!

«¿Hacer algo?… —pensó Dante—, ¿pero qué más puedo hacer?».

De repente la succión lo alcanzó. Dante gritó de dolor. Su energía era absorbida. Solo quedaba un camino. Un camino que el guerrero astral había rehusado a aceptar desde el principio. Sin más y, con lágrimas en los ojos, volteó a ver a su hijo.

Mateo se aferraba al mango del hacha. Poco a poco sus dedos se iban resbalando. En ese instante, Mateo notó que su padre lo observaba. Sin entender por qué, Mateo vio que su padre lloraba al tiempo que una sonrisa de melancolía se dibujaba en su rostro. Entonces, leyó los labios de su padre que decían: «Lo siento».

Mateo abrió los ojos sorprendido. Miró a todos lados en busca de una respuesta, pero no quedaba nada que pudiera hacer.

Luego, alzó la vista a Maya y le regaló una última sonrisa.

Maya intuyó de inmediato lo que el guerrero astral pensaba hacer. Pero al sacrificarse, sacrificaría a la humanidad con diez mil

años de maldad.

«Todos se han sacrificado por mí —se dijo—, pero, ¿qué he hecho yo por ellos?».

En la mente de Maya llegaron los recuerdos de Vanthy muriendo por la guadaña de Caronte, Yina-Yank dando su vida al protegerla. Dante y Mateo a punto de morir por ella y, el amor de su vida, Ren. Todos dando hasta su último aliento, mientras que ella, ¿qué les había dado en cambio? ¿Cuál era su sacrificio para la humanidad?

Lo había visto en el bosque de las luces: su destino la esperaba. Un destino no creado por un oráculo: un destino al saber que era lo correcto por hacer. Pero si su hija era sacrificada, ella se iría con ella.

Sin pensarlo dos veces, Maya, soltó el pilar donde se aferraba al momento que le devolvió la sonrisa de melancolía a Dante.

—¡Noooooo! —gritó Dante.

Demasiado tarde, Maya y su bebé caían en la boca del enfermo de Yama.

Dante logró ver cómo las lágrimas resbalaron por las mejillas de la chica hasta que desapareció en las fauces de la bestia.

El rostro de Dante se tensó, deformándose de dolor. «¿Para que tanto poder, para que tanto esfuerzo?». Había visto desaparecer a Maya y, por segunda vez, a su hija.

«¿Qué clase de guerrero soy? —se recriminó—. Todo está perdido. Maya y Ariam han desaparecido en aquel hoyo negro».

En ese momento, las tres fauces de Yama dejaron de absorber. Sus tres pares de ojos, menos el que había quedado ciego, se clavaron sobre Dante. La batalla había sido feroz, pero solo podía haber un ganador. De pronto, Yama comenzó a jadear. Una tos violenta se apoderó del gigantesco demonio.

Dante miró incrédulo cómo los tres rostros de Yama se iban quebrando. Luces brillantes se abrieron paso a través de las fracturas. Los rayos de luz brillaban y se liberaban por las grandes grietas en sus tres rostros y su cuerpo...

Entonces, la cabeza de Yama explotó en un destello de luz. Su cuerpo, flácido, cayó en picada dentro del agujero negro.

En la explosión, Maya salió expulsada del cuerpo que había quedado de Yama. La chica salió disparada y fue a estrellarse contra una pared. Después su cuerpo se desplomó contra el piso.

Siete remolinos devoraron lo que quedaba del cuerpo de Yama, haciéndolo desaparecer en el vacío absoluto.

Capítulo 74

Por un breve momento, la oscuridad fue completa.

En medio de la nada, Maya se encontraba tumbada boca arriba. Paulatinamente, sus párpados se abrieron al tiempo que sus ojos verdes resplandecieron en la oscuridad. De pronto, una tenue luz escaneó su rostro. De forma pausada, la luz fue creciendo hasta que se hizo tan intensa que Maya utilizó su mano como visera.

Al adaptarse a la luz, pudo distinguir en el firmamento a un cosmos cubierto de Galaxias y nebulosas que brillaban en el cielo nocturno.

La chica sintió el frío mármol en su espalda y se incorporó con lentitud. Luego se sentó sobre sus piernas. Volteó su alrededor y notó que se encontraba en una pequeña plataforma de jaspe blanco que flotaba en el espacio exterior. Fue cuando una tenue luz de color azul claro llamó su atención. Al ver lo que tenía enfrente, quedó atónita. Su pequeña bebé, con el cuerpo hecho de energía, la observaba de cerca al momento que flotaba frente a ella.

En una plataforma cercana, se encontraba Mateo que abrió los ojos sorprendido al verla también. En la misma plataforma, Dante se sentó sobre sus piernas y se colocó al lado de su hijo.

Con un rostro que radiaba alegría, la bebé sonrió a Maya y luego volteó a ver a Mateo y a Dante. De pronto, la bebé, hecha de energía, comenzó a crecer. De recién nacida a unos meses, de meses a un año, a dos años, a tres años, a cuatro años, cinco años… seis años.

Al ver a aquella niña, una lágrima resbaló por la mejilla de Mateo.

Los ojos de Dante se cegaron con el llanto. Por lo que pasó el antebrazo en sus ojos y secó sus lágrimas. No podía creer lo que miraba.

Frente a ellos estaba Ariam.

Su cuerpo era de energía pura, energía nueva, una energía compasiva y piadosa.

Todo el tiempo Ariam había estado con ellos. Pasando todas las aventuras. Su destino era ser la nueva diosa de la vida, pero al ser perseguida por Yama tuvo que ocultarse. Y no pudo encontrar mejor lugar que en el vientre de Maya. Aquella noche de luna llena su alma se había escabullido para ser parte de Maya. Era hija de Maya y Ren, pero también seguía siendo la hija de Dante y la hermana de Mateo. Ahora, aquella hermosa criatura, sería la madre

de un nuevo comienzo.

Dante comprendió todo de un solo golpe: las profecías, su destino y sacrificio.

—¿A- Ariam? —susurró Mateo con voz entrecortada.

Ella le sonrió al momento que, su pequeña mano, acarició la mejilla de su hermano.

—¿Qué significa todo esto, papá? —preguntó Mateo.

—Un nuevo comienzo —respondió Dante.

Ariam flotó hasta Maya y besó su mejilla.

Luego, Ariam, observó a su padre.

—Gracias, papá —dijo la niña.

Dante asintió con la cabeza al tiempo que sus ojos se cubrieron de lágrimas.

Forzando una sonrisa, las lágrimas brotaron de los ojos de Maya. Comprendió que debía dejarla partir. Que el sacrificio de dejar a su hija era por un bien mayor.

Ariam comenzó a alejarse. Flotando hasta el infinito.

Entonces, Dante recordó la última vez que vio a su hija: hundiéndose en el río y perdiéndose en las profundidades del agua. Sus ojos verdes convirtiéndose en dos piedras de jade que brillaron en la oscuridad. Esas luces verdes que se apagaron en las oscuras aguas, ahora eran un par de estrellas verdes que alumbraban el infinito; cada vez más brillantes. Hasta hacerse tan fuertes que cegaron los ojos de Dante, Mateo y Maya.

De pronto, la luz era un portón donde, en su marco, traspasaba la luz del día.

Dante, Mateo y Maya notaron que se encontraban en un pasillo. El portal frente a ellos era la entrada al Océano de Loto. Los tres se pusieron de pie. Las paredes, del antiguo Castillo del Abismo, ahora eran un espacio abierto donde las estrellas comenzaron a brillar.

A medida que el grupo se acercaba al portón; el sonido de las olas, rompiendo contra la playa, se escuchó más fuerte, casi ensordecedor.

Las grietas alrededor del portón cerrado, iluminaban en un blanco brillante por el sol de afuera. Una brisa suave escapaba por las hendiduras alrededor del portón. Maya olfateó un aire tan limpio y fresco que era como beber agua.

Los tres pararon frente a la puerta. En su madera de cedro estaban incrustadas, en plata, las letras griegas: alfa y omega.

Colocando la palma de sus manos sobre el portón, Dante, empujó sin mucho esfuerzo. Las puertas se abrieron de par en par, dejando entrar los rayos del sol que resultó ser un cobijo tibio para el grupo.

Una línea de luz aguda se dibujó en los rostros de Dante, Mateo

y Maya. El viento jugó con sus cabellos desordenándolos. El sonido del oleaje se intensificó.

La entrada daba directo a un muelle de madera. El paisaje marino de color azul turquesa sobresalía en el horizonte. Dante notó que era difícil distinguir dónde terminaba el cielo y comenzaba el mar.

El grupo continuó caminando hasta el final del muelle. De pronto, Maya cayó al piso: su alma perdió color volviéndose casi transparente. Dante inclinó una pierna; supo de inmediato lo que ocurría: el cordón astral de Maya, estaba roto; la chica no lo lograría. Entonces, el guerrero recordó cómo Maya había salvado su vida. Así que metió la mano en su bolsillo y sacó la semilla de cristal de Yina-Yank. De inmediato la puso en la palma de su mano para luego cerrarla y apretarla con fuerza. El color regresó al alma de Maya. La chica alzó los ojos a Dante y sonrió agradecida.

Maya se puso de pie y contempló el brillar de la arena que era como pequeños diamantes. El sol se reflejó en las olas. El océano brillaba, cubierto con millones de flores de loto.

Al llegar al final del muelle, el paisaje azul se perdía en la distancia. Los tres se detuvieron al borde del muelle, mirando al océano de color azul turquesa.

—Es hermoso —dijo Maya con una sonrisa de asombro.

—Lo es —respondió Dante al momento que volteó a ver a Mateo.

Entonces, abrió los ojos aterrado al ver a su hijo.

El alma de Mateo era casi transparente. Dante intentó rodear su espalda con su brazo, pero el brazo lo traspasó. Fue como querer abrazar a la niebla.

Mateo miró a su padre con ojos llorosos, pero resignado.

—Estoy muriendo, papá —dijo Mateo con un toque de melancolía en su voz—. Mi cordón astral se ha roto. Pero no te preocupes. Mira a tu alrededor. Es un hermoso lugar para morir.

Dante agachó la cabeza. Por un momento su vista quedó fija en un punto distante. Luego, le sonrió a su hijo:

—Un viaje termina… —miró a Mateo con ojos llorosos—… y otro comienza.

Dante se llevó la mano a su cristal astral y jaló con fuerza, arrancándolo de su cuello.

—¿Qué haces? —preguntó Mateo confundido.

—Aquí termina mi viaje.

—No…

—Todos tenemos un camino que seguir y el mío fue toda una aventura.

—No… —gritó Mateo.

—Como lo dijiste: «es un hermoso lugar para morir».

—Pero tú no puedes… —la palabra quedó atorada en la garganta de Mateo.

—No lo haré. Estaré siempre aquí. —Dante tocó con el dedo índice al corazón de Mateo—. Y aquí. —Tocó la frente de Mateo.

—Señor Lamas… —Maya quiso hablar, pero las palabras se ahogaron en su garganta.

—Vamos chicos —sonrió—, yo ya he acogido mi destino. Ahora es tiempo que ustedes elijan el suyo. Hagan todo lo posible para que valga la pena.

—Papá…

—Mateo, ya he completado todo lo que pude haber cumplido en la vida. Ahora es tu turno.

Mateo tomó el collar de Dante. De inmediato, el color volvió a su alma.

Maya se agachó junto a él y lo envolvió con sus brazos. Mateo hizo lo mismo, quedando los tres fundidos en un tierno abrazo que superó lo terrenal.

—¿Qué camino debo tomar? —preguntó Mateo—. ¿Renacer en otra persona? ¿Volver a mi cuerpo?

—Esa será tu decisión —contestó Dante.

Maya secó sus lágrimas con el antebrazo y dijo:

—Adiós, señor Lamas.

Dante asintió con la cabeza en señal de despedida. Luego, volteó a ver a su hijo y le dijo adiós con una sonrisa.

Mateo y Maya tomaron sus manos y saltaron al Océano de Loto al mismo tiempo, sumergiéndose en las profundidades.

Una sonrisa se dibujó en el rostro de Dante al verlos partir. Después de un momento, buscó en el bolsillo del gabán y sacó le roca que le había entregado Décima.

∞ ∞ ∞

La marea era tranquila y cubierta con flores de loto. El sol brillaba en el horizonte. Maya y Mateo nadaban mar adentro. Al internarse en el océano, el cielo se reflejó con el agua, haciendo imposible saber dónde terminaba uno y comenzaba el otro.

En el horizonte, las enormes ballenas que bailaban sobre el agua, daban la impresión de estar entre las nubes.

—¿A dónde irás? —preguntó Mateo.

—A encarar mi vida.

—¿El que el destino te dé?

Maya sonrió y negó con la cabeza.

—El que yo elija.

Luego, la chica se sumergió en el océano, desapareciendo en las profundidades.

Mateo dudó por un momento: «¿qué camino seguir?».

Metió su rostro dentro del océano y contempló a miles de galaxias resplandecer en las profundidades. Sin pensarlo de nuevo, se zambulló y nadó rumbo a su destino. Aquel que él mismo se forjaría. Con, o sin impedimentos.

∞ ∞ ∞

Dante permaneció sentado a la orilla del muelle.

Llevaba un buen rato mirando la piedra de Décima en sus manos. Sin esperar más, comenzó a acariciarla. Los recuerdos comenzaron a bombardearlo como fulgores distantes. Por un instante, se detuvo. El miedo a invadir el pasado se apoderó de él. Pero, ¿por qué temer? Después de todo, aquellos recuerdos lo convertían en lo que era ahora. Tomando un respiro profundo, continuó acariciando la roca.

La primera imagen, en aparecer en su mente, fue de completa oscuridad. Recordó sentir una calidez envolverlo. Una tranquilidad como nunca la había sentido (ni sentiría jamás) lo reconfortaba. Después de algún tiempo algo lucho para expulsarlo del lugar. Recordó luchar por no salir, pero no era tan fuerte. Una vez fuera, abrió los ojos: las primeras imágenes fueron difusas; se escuchaban ruidos que no podía distinguir. Al enfocar mejor la vista, cayó en cuenta que estaba en un hospital. Allí vio una mujer tumbada en la cama. «¿Quién es esta mujer?, —se preguntó». Estaba bañada en sudor. Se le veía exhausta y lágrimas de alegría cubrían su rostro.

Sin saber por qué, Dante sintió su cuerpo sumamente frágil. Luego percibió cómo unas manos lo llevaron hasta la mujer y lo colocaron entre sus brazos. El momento no era un recuerdo; era como si ese instante pasara de nuevo. Un instante perdido en el tiempo que volvía a tomar vida. Dante entrecerró los ojos y enfocó la vista para distinguir aquella mujer. No podía verla bien, pero un calor repleto de amor se apoderó de él. Hace mucho que no sentía tal protección. Entonces, sin verla, supo que aquella mujer era su madre. Nunca se había sentido tan cercano a nadie, ni tan protegido. Quería permanecer ahí para siempre, mas las memorias continuaron llegando imparables como el paso en el tiempo.

De pronto, dejó de ser bebé. Se sintió correr y gritar en un parque con toboganes, columpios, subibaja, girador… Jugaba con otros niños de la misma edad. En un parpadeo había llegado a los cinco años de edad.

Las memorias en el tiempo siguieron cambiando. Apenas podía

disfrutar aquellos momentos de la infancia. Sin darse cuenta, su niñez quedaba atrás y daba paso a la adolescencia. Cumplía los trece años de edad y miraba nervioso cómo una niña de quince años le daba su primer beso. Un beso que, en un instante, pasó a ser un recuerdo.

«Por favor —rogó— permítanme disfrutar de estos momentos un poco más». Pero las memorias iban de la mano con el tiempo. En un abrir y cerrar de ojos, se vio en una iglesia. Tenía veintiocho años. Se miró así mismo esperar nervioso en un altar. Al mirar por encima del hombro, vio a Sarah. Ella se veía hermosa. Vestía de blanco y con ramo de gardenias blancas entre las manos. El amor que sintió en ese momento solo era comparable por el amor que sintió al nacer, pero, en esta ocasión, él sentía que era el protector.

Sin saber cómo, de pronto Sarah daba luz a Mateo en un grito de dolor y, en otro instante, Dante alzaba a su hijo de un año sobre su cabeza.

Los recuerdos, así como el tiempo, pasaron con mayor velocidad a cada instante. Tan deprisa que no tuvo tiempo de saborearlo.

En un santiamén, Dante jugaba con Mateo, de siete años, en el parque mientras que Sarah los miraba sentada en una banca con Ariam en sus brazos.

Los siguientes recuerdos pasaron a mayor velocidad. Recuerdos cortos de trabajo y más trabajo. Eran memorias sin sentido, repetitivas y vacías. Los momentos importantes fueron quedando atrás.

«¿A qué rumbo llevé mi vida? ¿Valió la pena el sacrificio? —se preguntó».

En ese instante, las memorias dejaron de pasar, dejando solo una huella de sentimientos. Las risas y los llantos; amores y desamores; pérdidas y encuentros. Ese fue el mundo donde él existió y, aún con todo el sufrimiento, moría feliz; pues los momentos felices con las personas amadas, siempre eran más fuertes que todas las calamidades que tuvo que pasar.

Las lágrimas resbalaron por las mejillas de Dante y cayeron sobre la roca de Décima. La piedra empapada con las lágrimas, poco a poco, se fue disolviendo hasta llegar a ser como un grano de arena.

Al desintegrarse por completo, Dante se transformó en una escultura de cenizas.

Frágil.

Quieta.

De manera inesperada, una energía azulada se materializó detrás de la escultura de cenizas que se había creado de Dante. Aquella energía era la de Ariam. Durante unos segundos, la niña, con ojos

llenos de amor, miró a su padre.

Después, la hija del guerrero astral infló sus mejillas y sopló con suavidad a la escultura de cenizas de Dante. De inmediato, las cenizas se esparcieron en el aire y volaron rumbo al Océano de Loto.

∞ ∞ ∞

El sol iba muriendo lentamente dejando al cielo con un color rosado intenso.

Las cenizas de Dante siguieron su rumbo hasta llegar a un punto en el océano. Una vez ahí, se adentraron en sus profundidades.

Mateo continuaba sumergiéndose. Las galaxias se convirtieron en vientres femeninos. El joven miró a su alrededor y presenció a millares de almas eligiendo los vientres donde querían pasar los próximos nueve meses. Mateo cayó en cuenta que debía escoger uno. ¿Cuál sería su nueva vida? ¿Cómo serían sus nuevos padres?

Entonces, las cenizas de Dante lo alcanzaron, cubriéndolo en un abrazo fraternal. Mateo sintió cómo las cenizas se adentraban en su alma y se mezclaban con su ser. Fue cuando una fuerza extraña se apoderó del joven. El instinto le exigió a gritos el lugar donde ir. Mateo alzó la vista y miró una galaxia en espiral. De inmediato, reconoció el lugar; ahora sabía dónde dirigirse.

Mateo nadó hacia la galaxia, que al acercarse, fue tomando forma de mujer. Una forma que le era familiar.

Capítulo 75

Sarah acariciaba el cabello de su hijo al tiempo que miraba hacia un punto distante. Los ojos de la mujer estaban hinchados y doloridos de tanto llorar. Sin embargo, no podía dejar de hacerlo. Las lágrimas seguían brotando sin poder contenerlas. Sentía cómo su hijo luchaba por cada respiración. Cada latido de su corazón era un regalo para ella que no cambiaría por nada. Pero presentía que todo eso terminaría en cualquier momento.

Entonces, sintió algo. Una mirada profunda. Miró abajo y sus lágrimas ahora fueron de alegría. Mateo la miraba con ternura. Su hijo había elegido regresar a su cuerpo.

—Hola, mamá.

La mujer envolvió a Mateo en un fuerte abrazo.

—Me ahogas, mamá.

Sarah soltó una leve carcajada unida con lágrimas que resbalaron por sus mejillas.

Pero el asombro de la madre fue mayor al soltar a su hijo y ver que este se levantaba por sí mismo.

—Me siento entumido —dijo Mateo al estirar su cuerpo.

Sarah lo miró atónita. Ni siquiera podía parpadear.

—¿Qué? —preguntó Mateo.

—Estás de pie —contestó su madre al llevarse la palma de su mano a la boca.

Mateo miró abajo. Estaba completamente sano. Entonces recordó: su padre había dado las cenizas de su alma para curarlo. El último sacrificio de Dante fue para él.

∞ ∞ ∞

Con lágrimas en los ojos, Becca sonrió al ver cómo los durmientes despertaban de su letargo y salían de sus casas.

Velas e inciensos comenzaron a iluminar los hogares que quedaron en pie. La vegetación iba creciendo a lo largo de la calle al momento que el sol se asomaba por el oriente.

Becca volteó a un costado y vio a Eugenio salir de entre las ruinas. La chica sintió un alivio al saber que había salido con vida del edificio.

«Solo espero que haya más chicas además de mí —deseó».

Al seguir andando, se encontró con Mateo y Sarah que se le unieron en su andar. Juntos observaron el sol de la mañana al

tiempo que este iluminaba sus rostros.

Becca pensó que tenía mucho trabajo por hacer. Ella y Sarah poseían los conocimientos para restablecer y crear un mundo mejor: más igualitario. Había llegado el momento de hacer lo correcto para el planeta y de no usar a la humanidad como una herramienta para un fin egoísta.

Sarah tomó la mano de Mateo y dijo:

—Gracias por haber regresado.

Mateo le sonrió:

—No me quedaré por mucho tiempo, ¿lo sabes?

Sarah le regresó la sonrisa:

—Lo sé.

Epílogo

Maya se encontraba de pie al borde de la playa que daba al mar rojo.

Sus ojos, clavados en el horizonte, vislumbraban a un futuro incierto pero prometedor. Los pastos y árboles habían recobrado su color verde. El canto de los pájaros, la fauna animal y los insectos daban una sinfonía de vida.

—¡Maya! —se escuchó un grito a lo lejos.

Maya miró sobre su hombro al tiempo que una sonrisa se dibujaba en su rostro.

Ren agitaba su brazo y corría hacia ella.

Ella lo esperó paciente. Cada vez más cerca, la felicidad de la chica aumentó.

Al llegar Ren junto a ella, ambos se abrazaron y juntaron sus labios en un beso intenso y lleno de ternura.

Al separarse, Ren notó que su amada había dado a luz. Con los ojos muy abiertos preguntó.

—¿Dónde está el bebé?

Maya apuntó al firmamento donde un hermoso amanecer con rayos de extraordinarios y vibrantes colores surcaban el cielo.

Finalmente, dijo con voz suave y melancólica:

—Está en todas partes.

Glosario

Lugares del Inframundo

Bosque de las Luces: Lugar dónde se puede observar el camino que toman las personas vivas.

Burdel de los pecados: Lugar de entretenimiento donde los pecados tienen su origen.

Callejón Sombrío: Lugar dónde las almas intentan cruzar ilegalmente para hacer el viaje al inframundo.

Castillo del Abismo: Lugar dónde mora Yama. Última parada antes de llegar al Océano de Loto.

Caverna de Morta: Lugar dónde se encuentran las llamas de todo ser vivo. También es un sitio de purificación y prisión para los pecadores sin salvación.

Desierto de los Mil Soles: Lugar inhóspito con calor asfixiante y ríos de lava.

Las Ruinas de Necromancia: Lugar dónde las almas quedan atrapadas cuando las personas vivas no las pueden dejar ir.

Limbo: Lugar dónde las almas esperan el paso para cruzar al inframundo.

Montañas del Hielo Eterno: Lugar dónde siempre es invierno y está rodeado de montañas hechas de hielo sólido.

Océano de Loto: Lugar dónde pueden reencarnar las almas.

Remolino de Caribdis: Remolino en medio del Río Caribdis que traga todo al que cae en él.

Río de Caribdis: Río con corrientes salvajes que llevan al inframundo.

Río de las Almas Perdidas o Río del Dolor: Atajo para llegar al Callejón Sombrío.

Templo de los Lamentos: Lugar dónde nacen las inspiraciones que llevan a crear el arte.
También es el lugar dónde los pecadores pueden eximir sus pecados.

Terminal del submundo: Terminal de trenes que lleva a las almas del mundo material al Limbo.

Villa a las Afueras del Castillo del Abismo: Aldea situada a los pies del Castillo del Abismo.

Criaturas que Habitan en el Inframundo

Águilas de Fuego: Águilas que se estrellan contra la tierra, hundiéndose en ella y creando enormes montículos que, después de algunos segundos, explotan en todas direcciones.

Almas puras: Almas que llevaron una vida correcta sin hacer daño a los demás ni así mismos. Su aura es de color dorado.

Caronte: Dios de la Muerte.

Centinelas: Guardianes del inframundo sin párpados, achaparrados y musculosos.

Cerbero: Lobo de tres cabezas que monta Caronte.

Crudo: Dios de la guerra y la destrucción.

Décima: Diosa de la segunda oportunidad y de la iluminación.

Destripadores: Almas podridas que se alimentan y convierten a otras almas en destripadores.

Durmientes: Almas de personas que continúan con vida y que permanecen en el mundo material en meditación profunda. Su alma es de color azul claro.

Hambruna: Diosa del Hambre y enfermedades.

Minotauros de Hielo: Guerreros de hielo con cabeza de toro y cuerpo de hombre.

Morta: Diosa que apaga la vida.

Nona: Diosa que muestra el camino de la vida.

Ortros: Perros de dos cabezas y carnes podridas que olfatean a las almas.

Pecadores: Almas contaminadas de personas muertas que hicieron mucho daño a los demás o así mismos. Su aura es de color marrón; aunque algunos pecadores tienen el aura de color rojizo.

Quimera: Animal híbrido que monta Hambruna. Respira fuego: tiene cabeza de león, cuernos de cabra y una cola que termina en la cabeza de una serpiente

Yama: Dios de la Destrucción (aunque en el pasado era el Dios de los ciclos).

Guerreros Astrales

Dante: Guerrero del tercer ojo.

Yank: Guerrero astral del plexo solar.

Yina: Guerrera astral del hielo.

Vanthy: Conocida como la guerrera de Polaris. Guía de los guerreros astrales.

ACERCA DEL AUTOR

Roberto R. Bengoa

Nacido en la ciudad de México, Roberto R. Bengoa se graduó de la preparatoria en el área de filosofía y letras. Posteriormente emigró a California, USA. Allí estudió cine y teatro. Durante un tiempo trabajó como *copywriter* en un canal de televisión en Los Ángeles, California. Después comenzó a trabajar como guionista de cine.

Entre sus guiones destacan:

Beyond the Line; seleccionada por Los Ángeles Film Festival.

The fighter: película protagonizada por Rafael Amaya y Ana Layevska.

Shadows: cortometraje aceptado en el Hollywood Film Festival, Newport Beach Film Festival, International Short Film Festival of India (DBICA), Los Ángeles Latino International Film Festival (donde recibió el premio al mejor cortometraje) y el premio al mejor corto Opera Prima como mejor nuevo corto Europeo otorgado por el colegio de directores de Catalunya.

Go to Sleep: seleccionado en el festival *Stiges en España.*

Ahora Roberto R. Bengoa comienza una nueva aventura como novelista y da vida a la épica novela de fantasía: *Astral.*